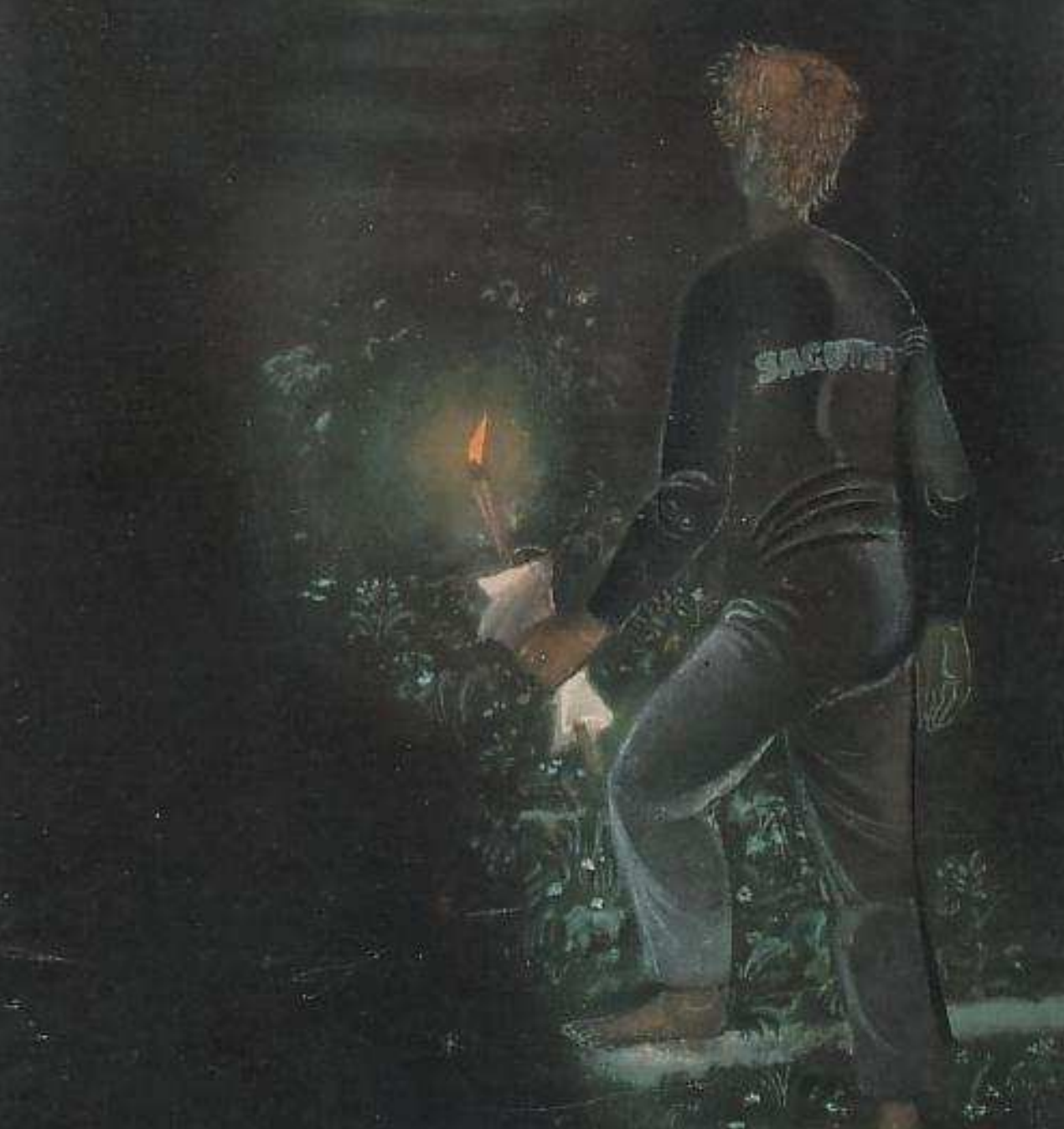


RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS



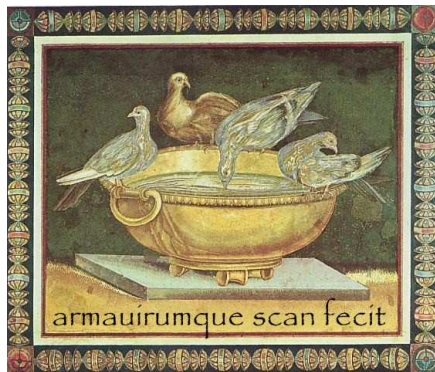
**LA VIDA NUEVA
DE PEDRITO DE ANDÍA**

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

LA VIDA NUEVA DE PEDRITO DE ANDÍA

NOVELA

EDITORIAL PLANETA
BARCELONA



COLECCIÓN "AUTORES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS"

© R. SÁNCHEZ MAZAS, 1958

Quinta edición:
SEPTIEMBRE DE 1958

DEPOSITO LEGAL. B. 14771 - 1958
BALLESTEROS impresor - Teléfono 236414 - BARCELONA

[Los siguientes artículos no pertenecen al libro, pero se incluyen a modo de entrada y reseña del mismo]*



Rafael Sánchez Mazas (1894-1966),

“Mi padre era un hombre generoso, aunque se le trace de egoísta, y lo era sobre todo en cuestión de dinero. Leía hasta la madrugada y se levantaba hacia el mediodía. Una mañana, mi hermano Rafael le despertó para pedirle dinero. Con su timidez habitual le dijo: “dame cinco duros, y mi padre le contestó: toma 500 pesetas. A un padre no se le despierta por cinco duros”. Éste es uno de los recuerdos que relata de su padre, Rafael Sánchez Mazas, el menor de sus cinco hijos, Chicho Sánchez Ferlosio.

Éste lo define como un hombre callejero, simpático, divertido, egocéntrico y muy aficionado a los juegos. Mezclaba cierto desprecio por la fama con un punto de esnobismo. Su más que probable falta de valor hacía que tuviera "más de asesor del príncipe que de héroe épico", escribe Patxo Unzueta en su libro *Bilbao* (Destino). Era además Sánchez Mazas un notable escritor reconocido por otros escritores del bando contrario, fascinado por la cultura clásica, líder espiritual de la Falange, político y

ministro con Franco. Y prácticamente un desconocido hasta ahora para la inmensa mayoría.

La novela *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, y su adaptación cinematográfica, de David Trueba, han recuperado a este protagonista de la historia reciente de España. La biografía de Sánchez Mazas contenía un episodio verdaderamente digno de ser llevado a la ficción: primero, logró escapar de un fusilamiento y, después, un soldado del pelotón le perdonó la vida. Pero su intensa vida personal y política y su variada obra literaria añaden mucho más. Son un resumen de las contradicciones del siglo pasado español.

A Sánchez Mazas, que nació y murió en Madrid (1894-1966), siempre se le ha considerado un escritor bilbaíno. Llegó a Bilbao muy pequeño, con su madre, Rosario Mazas Orbegozo, una escritora que regresaba a su ciudad natal tras haberse quedado viuda con 26 años.

Siendo casi un adolescente empieza a escribir versos. Allí vivió varios años, donde llegó a ser un intelectual orgánico de la burguesía vasca más conservadora. El recuerdo de esa ciudad le marcará para siempre. Y no sin una acusada nostalgia que quedaría reflejada en su novela *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951), donde retrata el mundo de la influyente oligarquía de Neguri.

Jon Juaristi, impresionado por su lectura y por el universo lingüístico que crea en esta obra, diría: "A él le debo la revelación del arte verbal, y la del fundamento ético de la literatura. La de que, a fin de cuentas, el escritor sólo tiene una patria: la patria del lenguaje".

Andrés Trapiello habla de la complejidad del personaje de Sánchez Mazas y de una especie de fatalidad poética, de estar en un sitio y querer estar en otro. O de su punto vanidoso. Da el paso para ser académico y nunca lee el discurso de ingreso. "Esa complejidad la trasladaría a su poesía", observa Trapiello. "Es una poesía que no está de moda, simplemente por esto creo que los editores se muestran remisos a editarla. Pero, lo he dicho muchas veces, encuentro que algunos de sus poemas son los más hermosos que se han escrito en el siglo XX en la poesía española".

Con Manuel Aznar (abuelo del presidente del Gobierno), el autor inició su carrera periodística, que luego le llevó a Roma, en 1922, como corresponsal de *Abc*. Había publicado ya un bello libro,

* Nota del escaneador

Pequeñas memorias de Tarín (1915). La cultura italiana le fascina, allí se casa con Liliana Ferlosio y será testigo privilegiado del triunfo del fascismo.

"Cuando vuelve de Italia tiene la biografía más amplia de todo el grupo fundacional de la Falange", relata Gregorio Morán en su libro *Los españoles que dejaron de serlo* (Planeta). Con el carné número 4 de la Falange, "será Rafael el inspirador de casi toda la simbología falangista, con sus poéticas y relamidas imágenes que hacían las veces de ideario político. Porque como poeta estaba más lleno de voluntad que de éxito".

Como mentor intelectual del movimiento falangista, preámbulo de la guerra civil, Javier Cercas sostiene en *Soldados de Salamina* que Sánchez Mazas "durante los años veinte y treinta había trabajado como casi nadie para que su país se sumergiera en una salvaje orgía de sangre". Otras voces, como la de Eduardo Haro Tecglen, que le trató con frecuencia, rechazan esta idea. En todo caso, el escritor acabaría distanciándose de la Falange "horrorizado por los fusilamientos", explica el hijo menor.

Pero Franco le nombró ministro sin cartera (1939-1940). Al tirano "enseguida le vio su verdadero rostro", dice su hijo. Entre ellos mantenían una fría distancia. Franco, que quiso canjear al escritor durante la Guerra Civil, cosa que Sánchez Mazas conocía, iniciaba sus conversaciones con él por el lado cultural. El escritor "le cortaba tajante", dice su hijo, y consiguió de Franco la conmutación de algunas penas de muerte, como la de otro poeta y amigo, Miguel Hernández. Después, una mezcla de desprecio y de indolencia hizo que pronto dejara de acudir a los consejos. "Como ministro no fue un desastre; ni bueno ni malo, sencillamente no fue", resume Morán.

¿Cómo se explica que un intelectual brillante, conservador de talante liberal engrosara, como tantos otros, y abrazara idearios falangistas o fascistas? Cercas subraya que no es insólito, ni único en España. "Son gente aterrorizada por la revolución rusa proletaria del 17, que les parece que iba a acabar con la sociedad occidental. También sienten nostalgia del antiguo régimen, de la sociedad jerarquizada, de la religión. Y el fascismo es una ideología de choque. No hay que olvidar que tenía un componente nacionalista (la patria) y socialista, de preocupación por los problemas sociales".

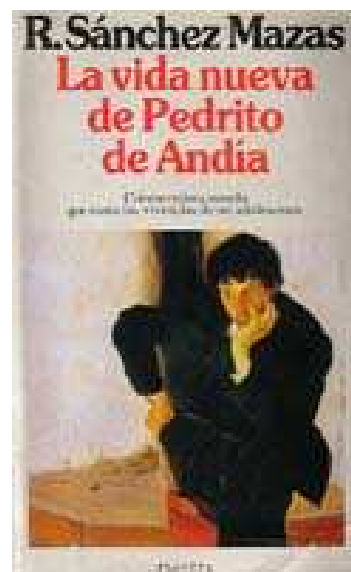
El autor de otra gran novela, *Rosa Kruger* (inédita hasta 1984) y de *Sonetos de un verano antiguo y otros poemas* se retiró a Coria (Cáceres). Laureano García Camisón (médico de Alfonso XII), a quien su familia había adoptado, dejó unas tierras y un viejo palacio que permitieron a Sánchez Mazas vivir de las rentas y acabar su vida como la había empezado, escribiendo y devorando libros.

http://www.elpais.com/articulo/cine/vida/nueva/Sanchez/Mazas/elpcinpor/20030321elpepicin_4/Tes/

***La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951).**

La vida nueva de Pedrito de Andía ha sido tradicionalmente entendida como una obra cándida y nostálgica cuya mayor virtud consistía en su sencillez y espontaneidad. Esta novela, por el contrario, propone un ingenioso y complejo experimento narrativo de reescritura y hermenéutica en el que toda inocencia intelectual es perdida. Por una parte, nos encontramos con la reelaboración de un diario, base y sustento del relato final, en la que un narrador adulto vuelve a leer y redacta de nuevo un texto de juventud tras la emergencia de la novela vanguardista en España. Este juego de espejos desencadena una reflexión metatextual sobre la evolución de un sujeto-enunciador que, a pesar de perfilar su estampa de juventud en unos términos tardo-románticos, ha asumido una actitud irónica y distanciada en su labor autobiográfico- narrativa.

La novela refleja las memorias de un colegial entre Junio y Octubre de 1923, durante unas vacaciones en Bilbao: sus estudios —con el Padre Cornejo—, inquietudes, amoríos —Isabel— y peleas, en un ambiente vasco de clase alta.



Después de tres años sin verla, el protagonista espera con ilusión la llegada de la que fue su novia de niñez, Isabel, desde Inglaterra. Pero, cuando llega, descubre con horror que, aunque ambos tienen casi la misma edad de quince años, Isabel ha crecido mucho mientras él sigue siendo mucho más niño. «A mí se me concluía todo en la vida, por una fatalidad tan estúpida como la diferencia de las estaturas, que no era, si echamos un cálculo en centímetros, arriba de los doce o trece. Era una infamia, Dios eterno, que una cosa así pudiese influir en la felicidad y que así se pudiese destruir todo el ideal que uno se hubiese formado en este mundo. Ella había crecido demasiado. Yo era casi como se debe, por más que dijeran. [...] Era una situación espantosa, pero ya de irrisión, que nadie la podía comprender, si es que no se reían en mi cara». Mientras la vida discurre con normalidad —fiestas, salidas a pescar, excursiones, relaciones familiares, una grave enfermedad...—, también se van reconstruyendo historias previas de la infancia y de las familias de Pedrito y de Isabel, y de antiguas guerras carlistas.

En esta se plasma perfectamente la psicología del protagonista-narrador, sus ideales románticos y nobles, sus deseos de amor y de heroísmo, su carácter impulsivo y generoso, y unos sentimientos a flor de piel. Pedrito es un chico de clase alta, con una educación de gran nivel cultural que asoma en las referencias a los clásicos latinos que traduce, pero que usa un lenguaje espontáneo y coloquial, expresivo cuando reproduce fielmente modos de hablar castellanos y vascos, y apropiado también para realizar magníficas descripciones de la naturaleza. El sentido del humor brota de las situaciones, de las reacciones de furia hispánica de Pedrito, y de golpes como la referencia al profesor de música que, como tiene dos dedos de más, utiliza una flauta especial, «con dos agujeros más de los corrientes».

Son frecuentes las digresiones que, aunque podrían cansar a los acostumbrados a un modo de narrar más lineal, por su calidad literaria y el atractivo de los personajes, logran «detener» el interés del lector. La historia muestra cómo los hijos se fijan y juzgan los contrastes entre lo que dicen y lo que hacen los mayores. A pesar de las incoherencias que ve, Pedrito puede conservar su idealismo intacto gracias a un amigo y confidente fiel que no aparece más que como destinatario de sus cartas, porque tiene adultos que le sirven de referencia como su tío Ricardo y el padre de Isabel, y, sobre todo, porque puede acudir al padre Cornejo, un viejo profesor jesuita, comprensivo pero exigente cuando hace falta.

La mejor novela de amor juvenil

Sin embargo, el tema de *La vida nueva de Pedrito de Andía* es el amor juvenil. Sánchez Mazas dirige todos los sucesos a un reencuentro entre Isabel y Pedrito en «la Puerta Secreta», un esperado final feliz donde las inquietudes se calman, y Pedrito recuerda sus sentimientos confusos de antes, cuando «siempre esperaba más, más, más, sin saber qué sería». Me atrevo a decir que Sánchez Mazas consiguió, con esta novela, un grandísimo relato sobre amor juvenil, quizá el mejor, porque, con una calidad literaria excepcional, presenta las cosas con un idealismo que no deforma y un realismo que no animaliza, porque no cae en planteamientos de dominio ni en actitudes empalagosas, y porque transmite al lector algo de la grandeza de un amor joven no manchado por ninguna infidelidad. Y a quien no lo sepa por experiencia propia, su lectura le puede hacer entender por qué **C. S. LEWIS** habla de cómo el amor nos da una «creciente consciencia de nuestra inconsciencia, hasta sentirnos como quien está junto a una gran catarata y no oye ningún ruido, o como el hombre del cuento que se mira en el espejo y no encuentra en él ningún rostro, o como un hombre que en sueños tiende su mano hacia objetos visibles y no obtiene ninguna sensación táctil. Saber que uno está soñando es no estar completamente dormido».

Nota: La cita de C. S. Lewis está tomada de *Los cuatro amores* (The Four Loves, 1960). Madrid: Rialp, 2005, 10ª impr.; 160 pp.; col. literaria; trad. de Pedro Antonio Urbina; ISBN: 84-321-2749-3.

En aquella parte del libro de mi memoria, donde antes poco se podría leer, hay una rúbrica que dice:

INCIPIT VITA NOVA.

DANTE (primeras palabras de *La Vita Nuova*).



PRIMERA PARTE

JUNIO Y JULIO DE 1923

D E L 2 0 D E J U N I O A L 8 D E
J U L I O

I

Llegué de Vitoria, aquel jueves, por el Alto de Urquiola, y me encontré a mis padres en Bilbao todavía. Un poco antes de San Juan fuimos a Las Arenas. Lo primero, le escribí a Joshe-Mari, si se quedaba en San Sebastián o si, hasta la Virgen, iba, como otros años, con los abuelos de Lequeitio. Lo vi que era un ingrato y no me escribía, a pesar de tanto que dijo. Me preocupaba su maldito suspenso de Álgebra y Trigonometría. No le fueran a reventar las vacaciones, porque, a lo mejor, le pondrían profesor particular. Entonces, no le dejarían ir a Lequeitio ni le traerían tampoco a Bilbao a ninguna corrida. Si pasaba eso, no nos veríamos hasta octubre y sería un fastidio.

En casa, mis notas y los premios les parecieron bien. Los días de Bilbao me trajeron, de acá para allá, con pesadeces. Me llevaron, por lo pronto, al dentista, sin venir a qué, y todas las mañanas, de tiendas. A mamá todo le parecía mal, con que si era una edad imposible y no se sabía qué ponerme. Yo no veía ya la hora de ir a Las Arenas a dormir tranquilo, por la noche, con el ruido del mar.

El día que llegarnos, limpiaban cristales. Todo olía mucho a pintura y se creía de estar en un barco. No le tenía yo a esa casa simpatías ningunas y era para mi gusto muy sosa. Al principio, yo estaba como tonto, sin casi amigos y sin planes de nada, porque los Eguía y el de Larreátegui me dijeron que no vendrían hasta los primeros de julio.

Sólo hubo, apenas llegar, un asunto importante. Me alquilaron, por fin, un buen bote, llamado «Sagutxu», para toda la temporada. A todos ya se lo advertí que allí, a bordo, mandaba yo y cogía el timón cuando quería como patrón del barco. Lo probamos fuera de puerto y se nos portó colosal. Le encontré el aparejo muy bueno, estilo balandro el palo superior, y la mayor sólo con un remiendo en el pico. La orza la bajé y la subí con la cadena. El casco no nos hizo ningún agua, recién calafateado, y lucía con toda la pintura nueva en blanco y verde. Resultaba, lo que más, para vela. Chomin, el marinero, le trajo al hijo Poli de grumete, y así tuve dos hombres como tripulación. Dijo en seguida Chomin que el «Sagutxu» era de lo mejor en su clase para pescar y navegar. Me hubiera gustado que le viera Joshe-Mari mismo cómo obedecía al timón, ceñía el viento y aguantaba la mar. ¡Hay que ver cómo se zampaba las olas! Dijo también Chomin que él, con un pellejo de vino, el barril de agua dulce, galleta, carne de lata y tabaco de cuarterón se iría tranquilísimamente hasta Liverpool en un barco así de seguro. ¡Ay —pensaba yo entonces—, quién fuese a Inglaterra! Saltamos a tierra, que se ponía el sol y yo me sentía muy triste. Estaban encendiendo en los montes las fogatas de San Juan. Otros años, en la casa de Andía, iba a hacerlas yo, con los chicos de la aldea, y nos poníamos a cantar en vascuence y a saltar sobre el fuego:

¡San Juan!
¡San Juan!
¡Eztot nik
bes terik
gogoan!

II

En la mesa, me siguieron amargando la vida con que si yo crecía poco. Todo, porque mi hermana Pitusa se había puesto como una jirafa. Ella era la que se burlaba más de mí, y si ella no fuese mujer, ya le habría partido la cara ochenta veces. Aparte su risita y que se metiera o no conmigo, yo no la podía tragar por lo redicha y fatua. Ahora, pase. Y es que, claro, no la corregían entonces, y, así, no se educa. Luego, todo el mundo venía con lo mismo: «Estaréis locos, lo que se dice locos, con la nena». ¡Y vaya criatura! ¡Con doce años y medio y ya oía el Vals Triste de Sibelius entornando los ojos! El tío Ricardo, que es el hermano más joven de mamá, me solía defender bastante. Pero yo no sé si aquello mío lo tomaba él muy en serio. Tanto exagerar y pinchar en la cuestión de la estatura, uno ya se hartaba. Les tenía repetido hasta la saciedad que yo no era el más bajo del curso, y ahí estaban, como todos lo podían decir, Mariscal, Gago y Olaechea, más pequeños que yo, y, después, López y Llerandi, de mi misma estatura. Tampoco era verdad que yo fuese casi de quince años, porque había cumplido los catorce el día 2 de enero y ni valía la pena tanto hablar, pudiéndose crecer muy a gusto, como se puede, hasta los veinticinco.

Le pregunté a la abuela Carlota, una tarde que estuvimos solos, si habían habido muy altos o muy bajos en nuestra familia. Me dijo que, en general, no. Hubo dos excepciones: la tía Jacobita, enanita, que vivía en Bermeo, prima del abuelito Ambrosio, y el tío Juan Felipe, un gigantón, canónigo de Ciudad Real y cervantista, como que escribió un libro, «Cervantes y el Pueblo Euzkeldun», que tenemos en casa. Ése, fue una vez a Madrid, porque era predicador de Su Majestad y teólogo, a presentarse a la Reina Doña Isabel Segunda, que le quería ver de cerca, y la Reina le puso una medalla de oro, por ser, quizás, el cura más alto que se había visto en España. En el Ayuntamiento de Ciudad Real, enseñan el bastón y el sombrero, que son de no creer. Otro pariente nuestro, lejano, profesor de música, se llamaba Críspulo Argonz y nació en Pamplona, con seis dedos en cada mano, de modo que, por San Fermín, tocaba una flauta especial, con dos agujeros más de los corrientes.

Por las Navidades, me había mirado el doctor Zabaleta porque tuve un golpe y me dio como un parálisis. Me dijo el doctor que me encontraba muy fuerte y sano y que yo era de formación atlética. Le gustaba mucho que, siendo yo tan rubio de pelo, tuviese la piel tan morena y con pelusa de melocotón. «Tú lo que eres, como de bronce», dijo él. También eché, un pulso conmigo y se asustó de la fuerza que le hice y lo que le aguanté. Creía él que yo no habría crecido tanto como esperaban, a pesar de tanto que comía, por jugar demasiado al fútbol y a la pelota a pala, y, también, por remar en el bote de los Eguía y por las excursiones a pie, subiendo montes, como las del año anterior a Urquiola y al Gorbea, con Alberto y el tío Ricardo. También subí al Toloño, monte preciosísimo, con don Formerio y el tío Lorenzo, cuando estuve en La Rioja.

El abbé Le Breuil, que pasó el verano antepasado con los primos de Eguía, nos contó que los mozos de su pueblo, en Bretaña, son más bien chaparritos y llegan a la talla así así. Para achicarse más la estatura y librarse de quintas, hacen excursiones tremendas, de no parar una semana o dos, y beben muchísimo aguardiente. Desde que oí eso, no debería haber subido más a montes y menos tomar copas.

Otros creían que el fumar también fuese malo. Pero de los pitillos me pasaba y me pasa, como a Joshe-Mari, que ya no me podía quitar, y del fútbol, en aquellos momentos, tampoco. Me comprometí, apenas llegar, como delantero extremo izquierda en el «Athlétic Junior» y le habíamos desafiado al «Escolar Arenas». También se iba a jugar, en breve, un partido amistoso con los

«Koskas». Pero, a los del «Arenas» había que darle una tunda de ocho a diez goles. Le escribí a Joshe-Mari contándole eso y que él me comunicara si seguía de medio centro y capitán provisional en «Los Cachorros de Ondarreta» o si había vuelto, de Méjico, Amechazurra y le sustituían. En equipos de nuestra categoría, un medio centro y capitán provisional como Joshe-Mari no se ha visto jamás, y a todos les consta que vale por un equipo entero. Los del «Junior» nos habíamos encargado insignias nuevas en esmalte, y nos salieron, a cada uno, a cuatro pesetas. También aquellos días dijeron que se iba a elegir la nueva Directiva, y Momo Valmaseda, nuestro capitán, que me distinguía a mí mucho (y en mal hora), quería presentarme de secretario, pero yo no quise. A Fruniz le iban a quitar de Tesorero, por robar.

Un domingo estuvieron almorzando en casa los Larreáteguis, muy parientes de Joshe-Mari, que vinieron desde Bilbao, y (los o tres más. A mamá le tomaron mucho el pelo, sobre todo Juanito Villar, el de la Copa del Cantábrico. Le decían que, como ella está muy joven y guapa, le convenía que yo no creciera y tenerme de marinerito perpetuo. Hablaron, también, de la tía Lucy Ispaster, prima segunda de mamá, guapísima de veras, y que se viste, según mi padre, de prodigio. Ella tiene un hijo, así de mi edad, altote, rubiote, gordinflón, un soso como la patata, Pepín-Pepón, que al mismo Joshe-Mari le llevará tres dedos, aunque sea el más alto del Curso. Pepín-Pepón estaba, el día que nosotros llegamos, en el embarcadero del «Marítimo», con un traje de marinero de dril blanco y de pantalón de campana. Parecía que le acababan de soltar de un crucero, porque había fondeado la Escuadra y él tenía en la cinta de la gorra: «Victoria Eugenia». Desembarcó, que, por cierto, le trajeron los del «Alfonso» en una remada magnífica, el almirante San Miguel, con el séquito. Un ayudante va y, al ver allí a Pepín papando aire, que no saludaba, se quedó un poquito detrás, y, mientras los otros subían al Club, le atizó a Pepín un tortazo en el carrillo izquierdo, diciéndole muy seco: «se saluda», y hasta lo quería arrestar. Pepín, muy llorón, como siempre, el bobo de él, con la mar de hipos y mocos, le decía tartamudeando: «Pero yo, yo, yo, no soy un marinero de verdad. Soy el hijo de doña Lucy Ispaster». Dijeron después, que la tía Lucy se metió por medio y arrestaron al ayudante. No se habló en Las Arenas de otra cosa.

III

Aquellas clases particulares de latín que me daba el Padre Cornejo, iban a complicarme la vida. ¿Cómo le quitaba yo la ilusión, que le había entrado —y que le sigue—, de que yo no dejara el latín, aunque no me tocara ya de asignatura? También me fastidiaron los premios: la Matrícula de Literatura y el accésit de dísticos latinos, en el Certamen de las Bodas de Oro del Padre Mendoza. El Padre Cornejo, por el cariño grande que me tiene, me dio para las vacaciones el trabajo especial sobre «Pigmeos y Gigantes». A mí, eso, me preocupaba mucho aquellos días. La cuestión se presentaba muy peliaguda, sobre todo si se comparaba con lo de «Duelos y Torneos», que lo hice, casi todo, con el César Cantú, y tanto me habían aplaudido en la «concertación» de Carnavales.

El Padre Cornejo me puso, para orientarme, en eso del verano, todo el plan por escrito, con una lista de obras y autores, que yo no había visto ni por el forro, y dijo, también, «que la biblioteca de mi padre y su mucha erudición clásica me ayudarían». Mi padre se rió. Me dijo que eso era el preparatorio para el *Gulliver* y, además, ni pintado para uno de Bilbao, porque aquí son muy célebres los Gigantes y Cabezudos, que salen por fiestas, y no digamos nada el «Gargantúa». Luego me señaló para traducir, con toda la intención del inundo, cinco versos de la Sátira XIII de Juvenal, porque sabía que ese autor yo no lo había dado nunca. ¡Y vaya con los versos! Eran así:

*«Ab subitas Thracum volucres nubemque sonoram
Pygmaeus parvis currit bellator in armis
Mox impar hosti, raptusque per aera curvis
Unguibus a saeva fertur grue: si videas hoc*

Gentibus in nostris, risu quatiere.»

A mí me picó el amor propio como no hay ni idea. Vi que él se quería burlar del premio y lo que se reiría Pitusa si quedaba yo mal. Los traduje, yo creo, poéticamente, con cierta libertad, y conservando algo del hipérbaton. Decían así:

«Cuando de los pájaros tracios aparece la nube sonora
El Pigmeo belígero corre, cubierto de sus armas pequeñas,
Pero, en lo desigual de la pugna, se ve pronto raptado a los aires,
Prisionero en las uñas ganchudas de la grulla inhumana.
Si tal, entre nosotros viéramos, todos se reirían...»

El me tuvo que dar los dos duros que me prometió, y yo me compré sereñas y anzuelos y me soplé, encima, tres cervezas. También, un día, vino el capellán de las Adoratrices, que es amigo de casa. Cuando se enteró de mi asunto, porque eso fue los días de Bilbao, me trajo, muy amable, el versículo del Profeta Ezequiel, facilísimo, que empezaba *sed et Pigmaeis qui erant in turribus tuis*, y la nota de San Jerónimo con que si los Pigmeos eran *ad bella promptissimi*, dispuestísimos para el combate, y que el nombre *pygmé* quiere decir, en griego, «combate». Me llevé a Las Arenas el Raimundo Miguel y varios librotos.

Me impuse un plan para todo el verano. Se lo mandé a Joshe-Mari para que se hiciese otro plan él y cambiáramos impresiones. El no hizo nada. Mi plan, que aquí lo tengo todavía, de cuando lo puse limpio entonces, dice así: «*Primero*: Salir a la mar todos los días, y, si me dejan, hacer un crucero a Castro Urdiales y otro a Plencia, para entrar por la Ría de Butrón y subir al Castillo. *Segundo*: Jugar menos al fútbol que el año pasado, salvo compromisos, y preguntar una gimnasia buena, estilo «My System», para crecer y conservarse fuerte. *Tercero*: Leer menos libros de policías y aventuras que el año pasado, y más de amor y de filosofía, en buenos autores, además de dramas, comedias, versos, algo de historia, sobre todo las vidas de los hombres célebres, desde que tenían mi edad, y, si pudiese, el libro del «Amadís de Gaula» y los «Heterodoxos». *Cuarto*: Dedicar una hora, martes, jueves y sábados, al latín, y lunes, miércoles y viernes, con latín también, a los Pigmeos y Gigantes. *Quinto*: Comulgar por lo menos los domingos y toda la novena de la Virgen y pedir voluntad de hierro para dominarse las pasiones y ser como yo quiero ser. *Sexto*: Buscar el modo de tener una mesa mía de cajones cerrados, por lo menos uno. *Séptimo*: Seguir con los amigos de siempre, el de Larreátegui y los primos de Eguía, pero sin intimar con nadie, porque, lo que se dice íntimo, para mí sólo es Joshe-Mari Azelain, y no se debe tener más que un íntimo. *Octavo*: Procurar que me lleven a viajes, si pudiera ser a La Rioja, y, también, al teatro, sobre todo si, por agosto, viene doña María Guerrero y dan «La Vida es Sueño», «El desdén con el desdén» y el «Cyrano de Bergerac», las tres de lo mejor que yo he leído, en asunto de capa y espada. *Noveno*: Dar paseos muy solitarios a sitios, como las Peñas de Urdúliz, misteriosos, y lo mejor sería si me dejasen alquilar caballo, sin tanto profesor ni picadero, para irme a pensar mis cosas al estilo de caballero andante. *Décimo*: Escribir un «Diario» sin faltar un día, y lo muy secreto con mi clave, para ver al final lo que he hecho y saber cómo soy. si vale la pena, me servirá de base para escribir mi «Historia».

Es lo que estoy haciendo, aunque el «Diario» no lo seguí siempre. Me han pasado cosas tan extraordinarias en ese poco tiempo hasta octubre, que parece increíble. ¡Vaya si ha valido la pena, al menos para mí!

IV

El Padre Cornejo quería que me extendiese mucho. En el plan por escrito me mandaba que averiguase: «si los Pigmeos y Gigantes fueron invenciones poéticas y errores populares de los

antiguos, o si tuvieron fundamento de realidad, que hoy Pueda demostrarse, y en qué medida».

El tío Lorenzo me había dado a consultar el libro de las «Razas Humanas» y la «Historia Natural» de Buffon, que traía mucho de monstruos. Me salían más, entre los hombres, tirando a pigmeos, aunque gigantes ya los hubo a montones, antes del Diluvio, y después Sansón y Goliat. Me supuse que habían de quedar todavía gigantes vivos, de los de «La Araucana», que la he leído yo toda entera, porque a mí me tira muchísimo ese Ercilla, que es igual que nosotros, medio de Bermeo. También leí en un torno de «Alrededor del Mundo» un artículo que se titulaba: «¿Una isla de Gigantes en el Mar Austral?». Eso era por la siesta. Me recordé que las otras vacaciones, cuando vino Joshe-Mari a la corrida de los Murubes, en las barracas, por la noche, vimos al enano Faustino y al gigante Isidoro. Estaba yo pensando, entre mí, lo simpáticos que se nos hicieron, aquel Don Faustino, sobre todo, y lo a gusto que yo les pondría en lo que iba a escribir. ¡Y en esto!

En esto, de repente, entró mi madre y me dio la noticia enorme, divina, la principal de todas, la mayor, la mejor que se pueda tener en este mundo. ¡Viene Isabel!

Le escribí a escape a Joshe-Mari: «¡Joshe-Mari, abrázame bien fuerte, con toda tu alma! ¡Viene Isabel! Tendré que escribirlo cien veces. ¡Viene Isabel! ¡Viene Isabel! ¡Viene Isabel! ¡Me voy a morir de alegría! No comeré, no dormiré, no viviré, no podré estar en ningún sitio, hasta que Isabel llegue. Tardará todavía no sé cuántas horas y quién sabe si el barco se retrasará. ¿Y si naufragara, Joshe-Mari? ¿No sabes lo de Pablo y Virginia?»

Me pasé las horas mirando por el anteojo grande que teníamos en la rotonda de cristales. Me fui de paseo con Chomin a la Punta del Contramuelle, porque Chomin me decía todos los barcos, la matrícula, la Compañía, el andar y la hora de arribo, apenas asomaban por el horizonte. ¿Cómo pude vivir, Dios mío, hasta la llegada de Isabel? No eran más que las cuatro de la tarde cuando mamá me trajo la noticia. ¡Ay si hubiera estado Joshe-Mari conmigo! ¡Allí, nadie más que él me podía ayudar y acompañar! Apenas le escribí, tan alegre, empecé a sentir que yo no era nada. Sólo sentí que me sentía morir.

¡Éramos novios! Sí. ¡Éramos novios de los ocho a los once años! ¡Y cómo se hubieran reído, si me hubieran oído eso, los mayores! Ellos nunca podrían comprender que yo la quisiera tanto, tanto, tanto, casi desde siempre. y cuando supe que ya iba a venir, yo la quería más que nunca y hasta no poder respirar. Eso puse en el «Diario»: «Yo me ahogo sin el aire que ella respira».

Ni me quería yo acordar, cuando iba a venir, de aquellos veranos de antes, en San Pedro de Gautéguiz, allí, junto a la Ría de Mundaca. ¡Si estuviéramos los dos otra vez —pensaba yo—, ella, en su casa de Mendive, y yo, en la de Andía! Entre los dos jardines, hay tina tapia vieja, enorme, un paredón muy alto, y, allí, la puertecita de hierro, casi imposible de encontrar, porque es un sitio muy oculto con zarzas. ¡Nadie la sabe en este mundo más que Isabel y yo! ¡Ay, me acordaba de las horas aquellas de la siesta, en que yo iba a llamar!

—¡Tan! ¡Tan!

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién es yo?

—Yo.

—Si eres tú, si eres yo, abriré.

¡Qué feliz fui entonces! ¡Y luego me dijeron que, no había sufrido! Pasé los tres años que ella estuvo fuera días atroces, sobre todo aquel curso último, con angustias, que sólo Joshe-Mari sabía, y, a todas horas, yo esperando que ella volviese.

Miraba yo a la mar, que brillaba mucho aquella tarde, cuando mamá me trajo la noticia. ¡Y qué miedo me daba de mirar aquel sitio por donde Isabel iba a venir!

Tres años había estado ella en el colegio de Londres. No me había escrito más que los Christmas de las Navidades y la postal del día de mi Santo, y yo sí le escribí las vacaciones, pero, desde el colegio, no podía.

Ni quería pensar lo que había pasado. Pero nadie me quitaría a Isabel. Nadie en este mundo. Comprendí que yo era pequeño y estaba solo. Pero apreté los dientes con furia y me tragué las

lágrimas.

V

Todo el tiempo, antes de ir al muelle, yo pensaba si se habría olvidado de mí o si tendría novio en Inglaterra. Supe las Navidades, y lo contaron en su misma casa, que había ido a fiestas de chicos y chicas, y que, en un Árbol de Navidad, bailó. Pero es que allí, pensé, a la que se pone debajo del «gui» le dan un beso. También salió con chicos a caballo, cuando estuvo en Escocia con sus tíos de Londres, y mandó fotos, pero yo no las vi.

Cada vez dudaba yo más, desde que me dieron la noticia de que volvía, si lo nuestro volvería a ser lo de antes, y si podríamos volver a lo de antes, aunque quisiéramos. A lo mejor, les daba a las familias por decir que empezábamos a ser ya algo grandes y nos quitaban de estar juntos, con toda aquella libertad de cuando pequeños. ¡Quién sabe, dije yo entre mí, si no habríamos cambiado tantísimo, cada cual por su lado, que nos encontrásemos muy diferentes el uno del otro, y ella convertida en una medio inglesa! Lo que no se me ocurrió, ni por sombra que pasaría, fue lo que pasó.

Serían poco más de las tres cuando nos levantamos de la mesa aquel día, que yo no comí casi, como cualquiera se lo puede imaginar, y si ella tarda un día más, me muero. Pero al venir ella, me mató. ¡Hay que ver lo que son las cosas!; y yo me quería meter a ermitaño en la Peña de Orduña, y estar allí solo, junto a la Virgen, sin que nadie me viera, hasta que me muriese. ¡Qué triste se me hizo la vida! ¡Ay, qué triste!

A pesar de que me entraban dudas, yo fui con la mar de ilusiones. Me dejaron ponerme el traje nuevo, que era de chaqueta y pantalón de golf. Siquiera, con eso, respiré y estrené la corbata verde que me regaló el tío Ricardo. Era la hora, y entré en el cuarto de mamá, que se cambió un par de sombreros y yo muy impaciente de que el barco atracara sin estar yo. ¡Ojalá no hubiera ido nunca!

Hacia las tres y media llegamos al muelle los Mendive, menos el padre, que estaba recién operado, y por eso venía Isabel; mamá con Pitusa y conmigo los primos de Eguía, los de Loyzaga, la tía Lucy Ispaster con Pepín-Pepón, y no sé si alguien más, todos parientes. Desde que arrancamos para allá no me llegaba la camisa al cuerpo. Después de haber esperado aquellos tres añitos y como ni se puede creer ese momento que Isabel llegase, al entrar en el muelle, yo quería mejor volverme a Las Arenas. Me entró pánico. Yo decía para tranquilizarme: «¿Qué me puede pasar aquí?» Pero no me pude quitar aquel escalofrío. Me debió notar algo raro mi madre y me dijo: «Pedro, estás con mala cara. ¿Qué tienes?» Le contesté que me dolía la cabeza desde por la mañana. Ella dijo que aquellos bancos, donde todos estábamos, ardían, que no tomara sol y que me metiera en el coche y durmiese algo, o, si me sentía mal de verdad, que me llevara Cándido a casa, y allí me echase a oscuras una buena siesta y le pidiese a Soledad media aspirina.

Iba a meterme al coche, más que nada para estar solo y pensar mejor en Isabel, cuando va un oficial y le dice a doña Magdalena Mendive: «Señora, telefonéan del Puerto Exterior que el "Monte Aralar" está a la vista». Era como cuando te van a llamar al examen y no te queda ya ninguno delante de ti. No me metí en el coche. Me supuse que el barco tardaría poco y yo quería verlo aparecer. Pero tardó una eternidad y no se resistía aquel fastidio. A mí, siempre, esperar lo del mar se me ha hecho mucho más largo que lo de tierra. Entonces, di una vuelta a ver los vapores. Había un inglés negro, el «Daphnis», descargando carbón, y otro blanco, noruego, el «Chloe», de los del bacalao, y con aquel olor no se paraba. Creía que Isabel no llegaría nunca y picaron la campanita del rancho en los vapores. Habían parado ya las grúas, que hacían mucho ruido y humo, y se habían marchado los cargadores. El muelle se quedó muy triste. El cielo se nubló y pensé si eso traería mala suerte. Yo quería, para la vuelta de Isabel, todo el sol del cielo. Cayó un poco de lluvia caliente, de gotas gordas, y oímos truenos hacia la parte de la mar. Dijeron si se levantaría galerna. Le pregunté a don Pedro Loyzaga si el barco de Isabel naufragaría, y él se rió. En el tinglado, me sentí un mareo que no podía ya pensar nada. Mamá me dijo que en el codo me había manchado de

pintura y que me había puesto los puños muy sucios. Merche Loyzaga me preguntó cómo no estaba más contento de que Isabel venía. Los primos jugaban a la pelota contra una pared. Quise jugar, para despabilarme, y no me tenía. Me eché sobre unas pilas de sacos vacíos, que olían a peste, y me dormí, sin que me vieran. Soñé que Isabel naufragaba. Era allí, frente al Machichaco, pero yo le salvaba en un arca vieja de madera y le remolcaba nadando hasta Izaro, que es una isla desierta, como se sabe. Acabó al final muy hermoso aquel sueño. Nos venían a buscar los de Bermeo en una trainera de regata, con todos los remeros de blanco y boinas encarnadas. Nos pusieron a bordo muy bien porque hacía sol, y estuvimos debajo de un pedazo de vela verde, que se transparentaba toda la luz del día. A babor y estribor iban saltándonos del agua dos toninos enormes y nos hacían muchas fiestas cuando nos asomábamos. Antes de llegar a Bermeo, me despertaron o me desperté. Había mucho movimiento de gente y una sirena a todo meter, que me dejaba sordo. En cuanto que paró, se oían muchos gritos de marineros y el golpe de los calabrotes contra el muelle. El «Monte Aralar» lo vi como entre nubes. Entre unos chorros de vapor colosales hacía la maniobra de atraque, y era un barco blanco, de chimeneas amarillas, muy nuevo, con todas las banderas izadas y el telégrafo de señales. Hacía el primer viaje a Bilbao y traía los metales dorados, con mucho brillo, que echaba chiribitas. En esto, volvió a salir el sol, entre nubes y viento, que andaban locas las banderas. Todo el pasaje saludaba desde la borda con las manos y los pañuelos y todos los del muelle lo mismo. A popa, tocaba la música. Yo corrí hacia mi madre y los demás. ¿Dónde estará Isabel?, decía yo.

Me junté al grupo nuestro, y allí, de puntillas, entre los mayores, me empinaba a ver si le veía. Doña Magdalena Mendive le llamaba a su hija: ¡Hija mía! ¡Hija mía, Isabel!» yo me quedé temblando. Me picaban los ojos como para llorar. A un señor fe oí, detrás de nosotros: «Es la chica de Magdalena, que viene de Londres». La tía Lucy Ispaster, muy cerca de mí, decía, mirando con los impertinentes: «¡Ay, qué guapa! ¡Pero qué guapísima, Isabel!» Me froté los ojos con las manos por si me habría vuelto ciego. ¿Cómo veían todos a Isabel y yo no? Le tiré del brazo a mi madre y le dije: «Mamá, ¿y adónde está Isabel, que yo no la veo?» No me oía. Los marineros acabaron de tirar la escala. Nos dejó el Comisario de Policía subir a nosotros los primeros y mucho antes que a todos los demás, pero, de nosotros, yo iba el último, con carne de gallina y me temblaban las piernas al subir. No quería dejarme pasar el carabinero de cubierta. Le grité a Paco Eguía, como mayor, que estaba ya dentro, y entré. En el camarote de Isabel había flores y chocolate. Pero ¿dónde estaba Isabel?

VI

Le acompañó miss Bennet, que me odia. No pensé que vendrían en un camarote así de oscuro ni tan grande y cabíamos dentro mucha gente. Pero tampoco allí veía yo a Isabel. Una chica mayor, alta, rubia, más alta que mi madre, abrazaba a mi madre y sobre el hombro de mi madre caían los tirabuzones de aquella chica. ¡Se volvió y era ella, Dios mío! yo le quise mirar a los ojos y no pude, porque se me echó al cuello y caímos, en el diván, juntos. Me cogió la cabeza con las manos, que le noté muy frías, y se la apretó fuerte contra el pecho. Allí me tuvo un poco, sin ver nada, y allí le oía el corazón. Muchas veces, cuando pequeños, nos oíamos el corazón, uno a otro, para ver el de quién daba golpes mayores y quería más de verdad. Pero, entonces, aquel día del barco, ya no supe lo que era aquello. No comprendía lo que me pasaba, porque toda la sangre, en un momento, se me subía hasta los ojos, como una calentura. Me sentía, en la cara, el pecho de Isabel, y que, cuando le crecía al respirar, allí debajo de la blusa de seda, se le hacía de una forma muy suave y casi como a las mujeres. A mí me sofocaba mucho, verme así con ella, tan distinta de la Isabel de antes, entre aquel perfume nuevo, a rosas, que traía, y algo, no sabría decir, que me daba vergüenza y un miedo también, como de ser demasiado feliz. Hasta pensé en lo eterno. de repente, me agarró Isabel de las orejas y me plantó dos besos, uno en cada carrillo, que casi me mordía: «¡Pedrito! —me decía .ella—. ¡Soy Isabel! ¿No me ves que soy Isabel? ¿Y te quedas así? ¡Pero Pedrito! si no me dices nada!» Me había quedado de pie, delante de ella, y no podía hablar ni respirar. Mamá, que estaba

entonces detrás de mí, me puso las manos en los hombros, y mirando para Isabel, le dijo así, como con pena: «Pedrito no anda bueno estos días. ¡Discúlpale, Isabel!» yo me destrozaba por dentro. Me vi hundido. Ella se había hecho casi una mujer de tan alta y de guapa ya, lo increíble. ¿Qué era yo para ella? Nada. No podía yo parecerle hombre ni nada. ¿Y por qué habría crecido ella tanto y yo no? Pero ¿por qué, Dios mío? Aquello es que clamaba al cielo. Todo lo vi acabado para siempre.

En esto, la tía Lucy contó un chiste del gobernador civil nuevo, e Isabel se reía mucho. Yo sufría sólo de pensar si ella se riese de mí con aquella risa, al ver que yo era entonces más pequeño que ella. Me debió de adivinar el pensamiento, orno antes, que todo me lo conocía en la cara, y aunque me miró con cariño grande, comprendí que yo le daba lástima y se desilusionaba por completo.

¿Qué sería de mí, en los tiempos terribles, que pensé que vendrían y que vinieron? Me quedé como si me diesen un mazazo en la cabeza y sin poder casi pensar.

Luego, en casa, me puse lo primero con el Kempis, y así, abriéndolo por cualquier parte, me salió, recuerdo: «De los secretos juicios de Dios». También estuve meditando lo que nos predicaban los Padres en los Ejercicios. ¡Ay, qué sabios me parecieron, aunque en el curso, a veces, me burlaba! ¡Cómo les entendía! También yo entendí entonces lo del Segismundo, lo triste que es haber nacido y vivir en un valle de lágrimas, entre los mayores desengaños. Aprendí mucha filosofía y hasta llegué a pensar si lo mejor no habría sido morir de pequeño. A mí se me concluía todo en la vida, por una fatalidad tan estúpida como la diferencia de las estaturas, que no era, si echamos un cálculo en centímetros, arriba de los doce o trece. Era una infamia, Dios eterno, que una cosa así pudiese influir en la felicidad y que así se pudiese destruir todo el ideal que uno se hubiese formado en este mundo. Ella había crecido demasiado. Yo era casi como se debe, por más que dijeran.

Pensé que lo mejor sería si no me hubiese visto y quererse por carta. Pero, no tenía remedio. Ya había ocurrido la catástrofe. Ya me había visto, y compadeciéndose, para mayor inri. Yo estaba seguro de que no tendría ya arreglo, porque hasta que yo creciera lo que me faltaba se pasarían, lo más fácil, dos años, y ella se olvidaría de mí, con novios que le saldrían a montones y de todas edades. Era una situación espantosa, pero ya de irrisión, que nadie la podía comprender, si es que no se reían en mi cara.

Me senté en un rincón del camarote, allí, sobre maletas. Me figuraba estar debajo del agua, a resistir. Cuando abrí los ojos, que, un poco, los cerré, el imbécil de Paco Eguía estaba diciendo: «¡Es increíble ¡Es fenomenal! Está de alta como yo, más o menos. Mídete conmigo, Isabelchu. Todavía me lleva una pizquita. Naturalmente, zapatos sin tacones. ¡Ah, entonces, bien!»

Me estaban matando. ¡Y yo, iluso de mí, había ido a recibir a mi novia, que había sido tres años novia mía y la miraba como el amor eterno!

Me fijé que venía muy bien vestida, casi como si la hubiesen puesto medio de largo, con un traje verde de sastre, un casco de cuero, verde también, guantes muy duros de manopla y medias de sport. Al subir la escalera principal para salir a cubierta nos vimos los dos juntos, de cuerpo entero, en un espejo grande que había en el rellano, con plantas, y fue la puntilla. ¡Se nos acabó el paraíso!, dije yo, entre mí.

Montamos en los coches, y el nuestro fue y pasó delante del suyo, que era abierto, y ella, poniéndose de pie, me hizo un saludo muy alegre con la mano y me gritó de lejos: «¡Eh, Pedrito! ¡Que nos veamos!» Me decía «que nos veamos» como las señoras. Mal día de San Pedro me aguardaba, que fue al día siguiente, y lo pasé pésimo. Ella, ni lo podía yo creer, no me felicitó. Hubo algo de disculpa, con la operación de su padre, pero de casa preguntaron al sanatorio y estaba ya completamente fuera de peligro.

VII

La vuelta de Isabel me dejó hundido y yo me acosté sin cenar por no ver a nadie. Luego, no me dormía y subí a la terraza de la torre. Hacía una luna tan clara, que parecía sol. Yo fui medio desnudo y me daba en casi todo el cuerpo. Era divino, pero me entró en el alma mucha tristeza. Me

creía de respirar luz. Todo el aire se había vuelto luz. Yo no lo podía resistir. Me hacía sufrir todo. Me parecía todo muy extraño y como nunca visto. Me sonaba a nuevo el ruido de siempre de las olas contra la escollera. Me figuré que había pasado no sé el tiempo desde que nos habían dado vacaciones. Me acordaba la primera noche, que vinimos a dormir a Las Arenas, y, sobre todo, la noche de la víspera, que Isabel llegaba. ¿Cómo estaba tan lejos lo de ayer mismo? ¿Por qué se me cambiaba a mí tanto el mundo? ¡Qué pena me dio de la vida y qué asco de mí! Casi me convencí de que Isabel tenía razón al despreciarme, y me avergonzaba de vivir en aquella noche tan hermosa. No paraban de cantar los grillos. Así los oía yo cantar, en Gauteguiz, cuando éramos novios.

Apenas quedaba ninguna ventanita encendida y por el muelle no pasaba un alma. ¡Qué vacío tan grande! ¡Y yo, qué abandonado allí de todos! Me dio horror mirar la parte de las calles, hacia la estación, todo tan feo, con el tren, las casas de pisos y los faroles, tan miserables. ¡Qué maravilla, en cambio, si Isabel me quisiera, el cielo aquel y la mar y los montes y los árboles, con la luna! Daba mucho fulgor, entre verde y azul, por todos los montes alrededor del Abra y por todos los sitios lejos. Por medio de la mar, hacia el jardín, corría un camino muy ancho y muy resplandeciente, como de miles y miles de espejitos bailando en el agua.

Me quedé mucho tiempo allí en la torre, con la brisa tan suave y aquella luna tan hermosa, que me vinieron ganas de llorar y lástima grande de mí mismo.

Estaban iluminados los barcos de la Escuadra. Miré con los prismáticos, y un marinero iba muy aprisa, con una bandeja de copas y botellas para beber. Yo quise más que nunca hacerme marino, para irme lejos, por los mares. Me vinieron ansias también de desangrarme, como los antiguos, en un baño, a la luz de la luna. O, mejor, si hubiese una guerra, para ir. No sabía ya lo que era toda aquella sangre, ardiendo, pegándome golpes hasta hacerme estallar la cabeza.

¡Y qué tristeza de verano! ¿Qué serían para mí las fiestas de agosto? ¿Qué infierno! ¿Cómo saldría en bote al día siguiente por la mañana? ¿Cómo jugaría por la tarde en el jardín de Eguía? ¿Con qué alma viviría yo, pobre de mí? ¡Y luego llegaría el Rey! ¡Irían los coches a los toros, habría funciones de gala, se correrían copas en las regatas, y yo triste y solo en medio de todos los demás! ¿Qué sería de mí sin Isabel? ¡Ay, qué espanto de vida me aguardaba! ¡Y era la noche más magnífica de todos los veranos que recuerdo! ¡Nunca jamás la olvidaré! se respiraba tanta felicidad! ¡Era una noche como para morir de amor! ¿Cómo podía

Dios hacerme soñar una felicidad tan inmensa y no me la daba? ¡Ay, si me hubiera dado Isabel un beso nada más, uno solo, de tantos que me daba antes!

Ya me iba, y en esto, la casa de Isabel, que está por los pinares, empezó a verse, con la luna. ¡Qué ilusión tuve de mirar y, también, qué tormento! Con los «Zeiss», distinguía muy bien y muy en grande la ventana de su cuarto, abierta. Antes, dormía por el otro lado, junto al «aña» Tiburtzi, pero ya lo sabía yo que este año empezaría a dormir sola, en ese cuarto nuevo, y que para ese cuarto le habían hecho muebles y un escritorio muy bonito, de librería. si fuéramos novios otra vez — pensaba yo entonces—, ella encendería la luz a las horas que yo le dijera y yo le vería dormir. ¿Habría nada más hermoso en el mundo que ver cómo duerme Isabel? Para mí, como ver el cielo. Ni quería pensar lo feliz que sería yo entonces. Con los «Zeiss», le sentía allí tan cerca, que ni me atrevía a respirar. Podía decir lo que tenía abierto de persiana y si el aire le movía o no las cortinas. ¡y ella estaba allí, de seguro, como la reina de toda aquella noche tan celestial y sin saber que yo la miraba y casi la veía! ¡Ay, qué tortura no poder mandarle rayos del corazón, para que me quisiera! Dieron las tres en el reloj de la escalera y era ya el día de mi Santo. Me acosté, como si allí, junto, le tuviese a Isabel, que respiraba.

VIII

Tuve a la mañana siguiente carta de Joshe-Mari. Se hacía, como yo, la mar de ilusiones con que Isabel volvía. ¡Bien poco los duraron! Pensé que él me había comprendido mucho mejor que ella, aunque, antes, yo siempre creí que ella era muchísimo más lista que él. Pero a mí Joshe-Mari me

había dicho siempre, desde el segundo año de Orduña y, sobre todo, desde el día de la pistola: «Somos amigos hasta la muerte y con el juramento de la sangre. Lo sé, que yo soy el más alto, el de más fuerzas y que te llevo además casi un año. Pero tú tienes mucha alma, energía, mucha cabeza para todo, valor y corazón grandísimos, y eso es lo que importa. Tú siempre mandarás entre nosotros dos, porque eres muy hombre, y lo sé que serás algo grande». Le cegaría la amistad, lo que se quiera. Pero él, con todo de ser más alto que yo, de más fuerzas y de llevarme casi un año, no dejaba de ser mi íntimo, así le mataran. Todavía decía que mandase yo siempre. Y también me dijo otra vez: «¿Cómo se puede querer así a tu edad y saber lo que sabes tú del amor? Sobre todo, saber. Eres prodigioso, Pedrito. Eres como los caballeros andantes con la dama de los pensamientos». Pensé que todo eso, que entendió Joshe-Mari divinamente, Isabel no lo había entendido, porque ellas, las mujeres, son muy superficiales, aunque yo me creí que ella no fuese así, como tan diferente de las otras. Joshe-Mari era el que sabía que la estatura nada vale y que todo es el alma.

A todo esto, Isabel ya llevaba días en Las Arenas y sin darme señal de nada. Una de esas noches me puse furioso. Hice cachitos, para la basura, de todas las notas que junté sobre «Pigmeos y Gigantes», y al Padre Cornejo le escribí una carta de lo más descarada y furibunda, diciéndole que lo de «Pigmeos y Gigantes» era para reírse de mí, que eso no lo consentiría yo ni medio minuto y que lo hiciese Rita, porque yo no lo haría jamás, aunque me expulsasen de Orduña. Me cogió la locura y hasta me dio ya miedo a volverme malo, por lo de Isabel. ¡Pobre Padre Cornejo! Me arrepentí apenas la maldita carta salió. A nadie le había querido él como a mí. Me había dado libros, clases especiales en su cuarto, explicaciones maravillosísimas y para mí solo, pero, más que nada, ilusiones de ser algo en serio el día de mañana. Además, si no era por él, cuando la escapatoria a los montes de Amurrio, me expulsaban. Hasta solía decir de él el Padre Rector: «Para Pedrito, es como una madre». Yo me quería dar de puñetazos y contra las paredes. «¡Esa Isabel, ésa tiene la culpa de todo!», gritaba yo, dentro de mí. No sabía cómo pedir perdón al Padre Cornejo. Al fin le escribí, con mucha vergüenza, al Padre Rector para que no le diese aquella carta, por lo que más quisiera. Ni sé cómo pude alcanzar el correo, que corrí como loco, al tren mismo.

Ni quería asomarme por la playa, para no encontrarme a Isabel. Es decir, bajé un día, por vigilar, y ella tenía el toldo junto al de las Ursúa, dos chicas de Vitoria, moninas, con un hermano en el preparatorio de Caminos y que servía de pretexto para que allí fueran algunos de la edad de él, hasta un tal Luisito, de veinte años, y yo, si hubiese ido por allí, no pintaba nada en absoluto, porque, por ejemplo, iban Isabel y ellas a bañarse y ellos les andaban alrededor con la piragua de tela, divirtiéndose lo que querían. Ya, hasta las criticaban, y eso casi lo sentí más que todo.

Las Loyzaga, que son con Isabel las más íntimas, y sobre todo Merche, como se quedan el verano en Martiarte, allí junto a Deusto, desde allí iban, igual que hacen siempre, a la playa de Arigúnaga, porque les gusta más lo solitario. Eso era una contra para mí, sobre todo por Merche, que le convenía la que más a Isabel, y que me ayudaba.

Anduve discurriendo borradores para aclarar las cosas, pero me convencí que lo único era de palabra y frente a frente. Por las noches, me solía imaginar en la cama toda la conversación que tendríamos, lo que diría yo y lo que me contestaría ella, hasta con gestos. Ella continuó como sin querer saber nada de mí, y eso que mamá estuvo un día de esos en su casa toda la tarde. A la vuelta, esperé que me dijera: «Isabel ha preguntado por ti», o «Isabel quiere verte». Pero, nada. Dudaba yo de coger a mi madre sola, después de cenar, y no me atrevía, no me saliese con lo peor y me dijera: «Pedrito, no pienses más en Isabel. Aquello fue cosa de niños y aquello pasó». Para mí, ni pasó ni pasaría nunca. Entonces, mamá vino y me dijo: «El tres, que es pasado mañana, le verás a Isabelchu lo guapa que estará». Me di cuenta de que le vería sin falta ese día, en la boda del tonto de mi primo Paco, que se casaba a las doce, en Begoña, con la mayor de las Loyzaga.

Después de la de Joshe-Mari, tuve una carta simpatiquísima del tío Van Riel, que es pintor, y de los mejores de Holanda, y tío de verdad, aunque lejano, por la historia de la holandesa, que se casó con un Pedro de Andía. Me escribía desde un pueblo de Italia, y me dio pena que mandase un recuerdo tan cariñoso para Isabel, creyéndose que seguiríamos igual que antes.

Una vez que vino —porque casi todos los años venía—, nos pintó y nos regaló el retrato

estupendo del salón de Bilbao, que está mamá de blanco, sentada contra el balcón de la Ribera, y yo, al lado suyo, de pie, con un traje de terciopelo rojo. Me mandaba el tío Van Riel, con la carta esa de Italia, una fotografía grande y allí un chico así de mi edad, de cuerpo entero, en escultura de bronce antigua, y como de guerrero romano. Así me solía yo figurar a Ascanio, el de la Eneida, en lo del Canto Quinto, que es el que yo me sé mejor. Venía también otra fotografía del cuadro, con una Virgen de la Anunciación, y yo me quedé tonto, porque nadie se podía esperar nada más igual que Isabel y mejor que un retrato de veras. En casa mismo estuvieron con la boca abierta y yo la miré todo el día. Era la pintura de Leonardo de Vinci. El tío Van Riel, con bromas, decía en la carta que el chico se parecía a mí, aunque algo más alto, y la Virgen aquella a Isabel. Encontré que, a mucho tirar, yo me daba un aire, mientras lo de Isabel era de asombro. Debajo de la estatua mía vi puesto: «David». «Si éste es David —les dije— me parezco a David.» y Pitusa, en seguida, saltó: «A Goliat no querrás parecerte, retaco». No hice caso ninguno de semejante estúpida, y me puse a pensar cómo estaría yo de David. Mamá entonces me llevó con la abuela al espejo del cuarto de vestir y me tuvieron casi una hora en el ensayo general de un traje, que me hacía bastante de mayor y me lo acababan de entregar para la ceremonia del día 3 de julio.

IX

En la mesa no hacían más que hablar de la boda. La abuela se acordó que no sería la primera a la que íbamos Isabel y yo. Nos habían llevado de pequeños a otra, y, por cierto, mucho mejor que la del bobo de mi primo Paco. Fue cuando se casaron, en Santa María de Guernica, María Guevara y Jorge Sollube, y dijo mamá que María era la más guapa de Vizcaya. Salieron de casarse los novios, con el chistu y el tamboril por delante, y al bajar las escaleras de Santa María, que hay que ver bien lo que es aquello, pasaron por debajo de las espadas de los ezpatadantzaris.

A los postres, la abuela contó lo que yo hice, porque se suele contar siempre en casa y les da risa a todos; pero ese día de la mesa yo me entristecí. La cosa fue cuando bajaron del altar los novios y empezó a irse todo el mundo para la sacristía. Yo tiraba de la mano de Isabel, con toda mi alma, para que subiese al altar conmigo, y algunos me vieron. Isabel se me resistía muy apurada y me decía muy bajito, para que oyese yo y nadie más: «¡Que no me atrevo yo, Pedrito! ¡Y que no me atrevo!» se nos formó un corro de gente y estaba allí también el Obispo de Vitoria, a mirarnos. y el Obispo va y me pregunta: «¿Qué hacías, pequeñito, con esta niña?» «Nada, nada —le contesté yo—, que estoy enamorado de esta niña y me quiero casar con ella.» se reían todos y Isabel se puso la mar de colorada. El Obispo nos dijo, poniéndonos las manos en las cabezas, que si éramos muy buenos y nos queríamos igual de mayores, nos casaría.

Estábamos todavía en la mesa, con aquella conversación, cuando vino Aurelio a decir que el capitán del «Junior» me esperaba. Serían poco más de las tres y dijo mamá que no le parecían horas de visitas.

Me encontré en el salón a Momo Valmaseda, muy pálido, con la mano izquierda vendada y seda negra encima. Le pregunté si había reñido y que qué era. Me contestó que nada y que mejor si habláramos en un sitio donde no pudiese venir nadie. Le noté distinto de siempre y me desconcertó. Me chocaba también con todo aquel calor y a esa hora que viniese tan elegante de azul oscuro, aunque era gabardina, con botón de ancla negro, y le vi también muy repeinado. Me parecía mayor y más serio que la última vez, aunque sabía que andaba por los diecisiete y entraría este año en la Marina y en un Club de mayores. Le llevé al cuarto de estudio de arriba y él, tristísimo, empezó con que si me quería tanto y cuanto y más que a ningún amigo de este inundo, aunque yo no lo habría notado quizá, y se me puso a hablar superiormente de la familia, y que si era la familia que más le gustaba por todo. Dijo que los Andía, claro, muy bien, pero que, sobre todo, los Sáez de Murueta y toda la rama de mi madre, para él era en Vizcaya lo más ideal. Como por ahí emparento yo con Isabel, a mí eso no me disgustó.

Me explicó después Momo, entre muchos misterios, que venía a confesarse conmigo de un

secreto enorme, después de pensarlo muchas veces hasta decidirse, y le daba una vergüenza atroz, porque yo, además, quizá no le podría comprender o le aborrecería cuando lo supiese. A pesar de ser él tan mayor, casi se me echaba a llorar, diciéndome: «¡Y tú me vas a aborrecer! ¡Sería horrible!» y se tapaba la cara con las manos. A mí eso me dio rabia y le exigí que me contara lo que fuese, sin más pamplinas, y pensé de tirarle el tintero gordo a la cabeza, que ya lo cogí, si me salía con algo feo. Él se quedó parado, como sin saber qué decir.

Me confesó entonces que estaba enamorado hasta la locura, hasta la muerte y sin poder ya con su alma, de una persona que vivía con nosotros, y a ver si yo lo adivinaba. Un momento se me ocurrió Pitusa, pero me pareció pequeña para tanto aspaviento. Me decía él: «Tú, di nombres». Me callé. Él hizo un gesto raro, estirando la cara, y me soltó que era Soledad, una criada viuda que teníamos, como de treinta y pico de años, que dijeron si habría sido guapísima, pero bastante ajada de disgustos y hacía como de ama de llaves desde que se murió el «añá» Kataliñ. Él no hacía más que repetirme, tapándose la cara: «¡No, no sabes lo que es esto, Pedro! ¡No, no pienses que sea por Soledad! ¡Eres pequeño para comprenderme! y a nadie se lo quiero decir más que a ti!» Dijo él que nos miraba a mí y a todos los de casa como algo especial y que sólo conmigo se consolaría, porque sólo pasar así algunos ratos donde vivía ella para él era divino. Se me hacía muy estafalario que por una criada de Burgos nos hubiese tomado tanto cariño a todos los Andía y a todos los Sáez de Murueta. Luego me abrazó y se puso a mirarme a los ojos, fijo, fijo, como trastornado, entre muchos suspiros y maldiciones, que se echaba, hasta que me descubrió que se había clavado el puñal de cortapapeles para ver si con el dolor se le quitaba la desesperación aquella tremenda, que le entraba con el amor, algunos días, desde antes del amanecer y sin poder dormir. Yo ya no me atreví a decirle que Soledad era novia de un carabinero muy chulo de Portugaleta y que le regalaba frascos buenísimos de colonia Atkinson.

En esto, Momo se sentó delante de mi mesa, agarrándose el pelo, como si se lo iba a arrancar de raíz, y cogió el retrato de mamá, diciendo que él, sin madre, era el ser más desgraciado y más despreciable de la tierra, mientras yo tenía una madre como un hada y un ángel del cielo. Al fin, rompió a llorar muy fuerte, con que si iba a matarse, y a mí me fastidiaba una barbaridad todo aquello, pero, por otra parte, daba lástima y no sabía cómo consolarle. Se calmó de por sí y me dijo que tenía la boca seca y una sed de/ infierno. Parecía un actor.

Toqué el timbre para pedir limonadas con hielo, y vino la misma Soledad, pero él, me fijé yo mucho, ni la miró siquiera, ni se conmovió lo más mínimo, y tampoco después, que le sirvió lo más cariñosa, al verle de aquel modo, mientras él se ponía con ella casi con desprecio.

Estuvimos callados con las limonadas, y entró mamá, porque yo me sospecho que Soledad le diría algo. Al entrar mamá, Momo se cuadró como un quinto y se azaró la mar. Mamá le dijo, con la voz muy suave, que le perdonara si se metía en nuestras cosas, pero que le gustaría saber si los asuntos del fútbol eran tan urgentes. Momo, bajando la cabeza, le contestó muy noble: «No, señora». Luego levantó la cabeza y miró al cielo por el balcón. Le temblaba la cara al pobre y se mordía los labios. Mamá, entonces, fría, pero algo amable, le dijo a Momo que yo era demasiado pequeño para él y que me hablase de fútbol o del bote todo lo que quisiera, pero otras conversaciones no, porque él tendría asuntos de mayor, que los pudrían entender y «hasta disculpar», así mismo —le dijo—, otros de su edad o mayores, pero yo no, y yo, como sabía él de sobra, «menos que nadie». Y eso le recalcó muy seria, «¡menos que nadie!» yo no entendía nada. Después mamá, al verle a Momo tan descompuesto, le invitó a merendar conmigo y le insistió en que se tranquilizara, porque ella estaba bien segura que el día de mañana sería él un caballero, como su padre, y que empezara a serlo desde ahora, como lo era va en tantas cosas, en dominarse y pensara en su madre, tan santa.

No me cabía va en la cabeza que por Soledad se hubiese armado todo aquello, y tenía que ser otra cosa, que yo no sabía explicarme, pero mucho más alta. Mamá le dio la mano, despidiéndose, y Momo le besó la mano con gran respeto, y se le iba a arrodillar, pero mamá entonces soltó aprisa la mano, que Momo le tenía, y se cogió las perlas del collar, algo nerviosa. Momo le dijo, como con mucho esfuerzo y muy dolido, haciéndole una inclinación: «Gracias, señora».

Salió mamá, y, por más que hice, Momo no se quiso quedar a merendar de ninguna de las maneras. En seguida se puso de pie muy cuadrado y me dijo: «Dile a tu madre que es la última vez que pongo los pies en vuestra casa. Dile que me perdone y dile que me deje, siquiera lejos, mirarle como lo más alto, ¡como madre mía!»

Sólo entonces comprendí lo que era. ¡Y era infame! ¡Era monstruoso! ¡Y Momo, sí, un monstruo! ¿Por qué no podía yo quitarme la compasión, tremenda que me daba? ¡Ni se puede decir lo que sentía yo por él! ¡Ojalá no lo hubiese entendido nunca lo de Momo! se fue hacia los pinares, muy triste, y cuando le miraba yo, muy triste también, vino el tío Ricardo para llevarme a ver «El Conde de Luxemburgo», y que me vistiese, porque la función empezaba a las seis y media y ya merendaríamos en Bilbao. Era, sí, una obra maravillosa, entre vales vieneses y una historia de amor, con el Carnaval de París, la fiesta en el palacio del príncipe y un hotel de lujo, donde acababan los dos enamorados solos y escapándose de la fiesta. Pero no se me quitaba de la cabeza lo de Momo. El teatro me impresionó de un modo rarísimo y no podía con aquel malestar. Cuando más bonito era lo que cantaban, a mí me daba más fastidio. Me sentí muy adentro un frío y una vergüenza muy desagradable. Me ponían frenético los dúos de amor tan preciosos y me crispaban cada vez que repetían la canción aquella de «Es la felicidad». Veía lo que no quería y me entraba espanto cuando se besaban. El amor tan hermoso, ¿cómo podía hacerse tan horrible? Al tío ni le dije siquiera que había estado Momo. Me alegré cuando el teatro acabó, que ya era de noche, y salimos a tomar algo fresco. Al otro día fue la boda.

X

Desde que me trajeron de la boda va no me dejaron salir y la tía Teresa me llamaba «monstruo». Un poco me cerraban por castigo o para hacer que me castigaban, pero más para que nadie me viese. Decían que a mí todos me señalarían con el dedo. Yo, si algo sufría, era por los de casa, más que por mí. La verdad que armé una monumental y, de poco, me cargo un disgusto muy serio, aunque tanto como a matarle no creo que habría llegado. Pero hay que cogerlo desde el principio y punto por punto, porque así se entiende mejor.

En Begoña, mientras que se casaban los dos tórtolos. Y en toda la misa, me pasé todo el tiempo mirándole a Isabel. Cuando llegué, ya estaba. yo, para que no me notaran que le miraba tanto a ella, porque es que no miraba otra cosa, alguna vez le sonreía muy descaradamente a Pili Serantes y se me timaba Pili muy fresca, a mitad de camino entre Isabel y yo. ¡Vaya papel que hizo, tan creída! A mí, que vieran lo de Pili no me importaba, pero lo de Isabel sí.

Con todo eso, la función se me Pasó en un soplo. Hasta lo de Begoña, no le había podido apenas ver. En Begoña, sí. ¡Qué bien se ve en la iglesia! Entonces comprendí, de verdad, que Isabel se me había vuelto divina. Era divina. Es que a nada se le podía comparar. ¡Qué hermosura mirarle allí, quieta! ¡Quién se casara —pensé yo— con ella y le tuviese en el altar así, al lado de uno y le pusiera el anillo en el dedo, como Paco a Carola!

Salimos y me saludó, de lejos, muy amable, con el modo aquel de sonreír y de mirar y de hacerte adiós con la mano que no se sabe lo que tiene. Llevaba una rosa en la cintura. A mí se me olvidaban las penas, como si no hubiera tenido ni una sola. Yo corrí para decirle algo, pero ella entraba ya en su coche y yo no le pude alcanzar. Al subir, todavía se volvió un momento, sonriéndome, como sin querer. El tío Ricardo vino y me dijo: «Pedro, estás como tonto. Papá, mamá y Pitusa te esperan. Vamos ya». En la iglesia, Isabel no me miraría más de tres veces y me deslumbraba con aquellos ojos, que se ven y son lo más hermoso del mundo. Otras veces los ponía tan suaves, mirando hacia el altar, que ella misma parecía un sueño.

Salieron los autos hacia Martiarte, la finca de los Loyzaga, en Deusto. Nuestro coche, el grande, que vendimos, no le alcanzó al de Isabel, aunque yo, que iba delante, junto a Cándido, le decía de meter marcha. ¡Si hubiéramos tenido el Rolls de Lucy Ispaster, que nos pasó volando y ella iba sola allí, igual que una diosa, con un sombrero negro, monumental, de plumas!

En Martiarte almorzamos lo menos trescientas personas, casi todos parientes. Entre de mi edad y más pequeños nos juntaríamos, y no cuento las chicas, unos veinte. Nos sirvieron debajo de los árboles, a la parte de atrás de la casa. Formaron muchas mesas, unas de seis, otras de diez o doce y la de los novios, en medio, mayor y mejor puesta, con rosas que les mandó de Andía la tía Clara. No me tocó en la de Isabel, como quería yo, pero ella estuvo justo en la de enfrente. Me coloqué muy bien. Ella vio mis maniobras y se rió. Con eso y todo lo de la iglesia me animé yo mucho.

La mesa nuestra era de seis: Pitusa y yo, el de Larreátegui con Maribel su hermana, Pili Serantes y Julio Eguía. No se puede negar que Pili es guapa, todo lo que se quiera, y que siempre se ponía entonces conmigo muy salada simpática, pero con lo que tenía yo enfrente le hice poco caso. ¡Y, hay que ver, Pili, qué gitana!

Bebí lo mío, porque traje una sed como nunca y resistí bien. A veces, hablaba yo muy alto y creo que conté fanfarronerías de cómo patroneaba yo el «Sagutxn», para que me oyera Isabel y me mirase. Ella debió de conocerme que había bebido y no me miró irás. Me bahía calentado así así, pero luego, por lo que vi enfrente, empecé a criar mala sangre. No sé si para que Isabel se luciese en lo de la conversación inglesa, le plantaron al lado a un tal Willy Adamson. Es hijo de un inglés de esos de comisiones y representaciones, pero muy metido en la pandilla del novio, por las amistades tan grandes que en Bilbao se forman con el asunto del deporte. Yo, si soy quien, no le convidó, ni le pongo junto a Isabel a uno así y, además, casi de veinte años. En el golf o en el tenis y en el balandro, lo mismo, ya lo sabía yo que valía poco y que él, fuera del campo o en tierra hablaba mucho, diciendo la mar de mentiras y hasta que jugó con el príncipe de Gales. Siempre le veía yo explicando y dando lesiones, con que si esto no se hace así o no se dice así en Inglaterra, cuando se juega a esto o a lo otro. Algunos idiotas del pueblo, como Donatito Ansoleaga, Totó Belaunzaran, Curruco y el mismo bobo Paco Eguía, que ya está casado, se habían puesto a oírle, casi desde que vino, como a un oráculo, formándole corros en el Spórting o en el Club del Abra, y, además, creyéndose que les haría de profesor del «cricket». Según el tío Ricardo, este Willy hasta podía ser un medio judío, de unos judíos que hay de pelo rojo.

Se acaramelaba mucho con Isabel, haciéndole, a lo último, bromas de imbécil, con la servilleta y una copita, como juegos de prestidigitación, y poniéndose con la cara cerca. Estuve por estrellarte una botella de Solares en las narices, por no derrochar vino. Y se acabó el almuerzo.

Me olvidaba decir que cuando Isabel se levantó estábamos en la mesa nuestra todavía con el café. Ella vino y, sin dar tiempo a que yo me levantara, me alisó un poco el pelo con la mano y, también, me arregló la corbata cuando me puse de pie. Me hizo más todavía. Me limpió, en la manga del traje, la mancha de crema con una servilleta mojada. Yo me vi con eso en las glorias. Al irse le dije: «No me gusta verte con judíos». «No seas malo», dijo ella, y corrió a alcanzar a las dos hermanas chiquitas de la novia, que eran de su mesa. Debieron ir, a las tres, al piso de arriba de la casa o a la casita de niños que hay en el jardín, porque luego ya no le vi a Isabel hasta muy tarde.

XI

Allí tuvimos toda la libertad del mundo. En la parte de abajo, más allá de los invernaderos, encendimos fogatas colosales, con lo que me gusta a mí el fuego, y fumamos. Momo Valmaseda fumó un puro. Él y yo no nos hablábamos apenas y, sin mirarnos lo que se dice mal, hacíamos por no quedarnos juntos los dos solos. El de Larreátegui trajo seis globos y alcohol, pero subió nada más uno. De cuando en cuando yo daba una corrida al sitio de la gente para ver si Isabel aparecía. Luego fuimos a los columpios, que en Martiarte son superiores, de hierro, con respaldo, también había una hamaca. Después jugamos tres partidos de croquet, que gané yo dos y, al final, a guardias y ladrones. El de Larreátegui le pegó a Josechu Santuchu, pero se arregló. Las chicas anduvieron todas por su lado y les estuvo reuniendo también, para alguna diversión especial, fraulein Adler, la alemana vieja de Loyzaga.

Cuando volvimos hacia la casa empezaba ya a anochecer y vimos la casa encendida. Los novios

ya se habían ido a coger en Vitoria el Sud-Express, y salieron a primera hora. Pero duró el barullo hasta la noche, porque siguió siempre la música y servían lo que se quisiera, sin parar. Bailaban unos en el salón y en el hall con las puertas abiertas al jardín; otros en la serre y en la terraza y los viejos charlaban en el salón chiquito y, otros, arriba. Empezaron, de los de nuestra edad, a bailar varios, pero el de Larreátegui y yo andábamos a ver si nos soplábamos otro medio whisky y ya le habíamos sacado a Vicentón, el de casa de Eguía, uno ligerito, hasta que se enfadó y nos dio mucha risa, porque nos dijo: «Yo siempre de alcahuete vuestro. No os sirvo más bajo cuerda». Lo bebíamos, aunque, la verdad, no nos gustaba, porque vinimos algo fríos con el relente del jardín y también para irse acostumbrando. Yo, como Isabel había estado más bien cariñosa, con eso y algo de bebida, me hice unas ilusiones enormes y le quería hablar cara a cara.

Me puse a buscar a Isabel en cuando salí del comedor, y la encontré en seguida. ¡Ojalá no la hubiera encontrado nunca así! Estaba en el salón bailando con Adamson. ¡Santo Dios, qué desastre! Entonces me sentí correr un frío hasta los huesos. Debí ponerme pálido, con un temblor de rabia y de vergüenza por todo el cuerpo, que ni me lo podía parar. Ella me deshonraba así para siempre y nadie se puede figurar lo que eso representaba para mí. La cabeza se me partía del dolor que me entró de repente y creí si no me iba a caer. Me apoyé junto a la puerta del salón pequeño, debajo del cuadro del pastor en el bosque y allí me quedé, sin moverme, a verle Halar mirándole bien fijo a ver si daba cara. Pero no me hizo ningún caso, ni me saludó. Pasaba delante de mí cada vuelta de baile y yo la veía y la volvía a ver en los brazos de aquel pelirrojo, tan feo, de dientes de burro, y ella el summum de guapa, con un traje todo de encajes blancos y lazos azules y un sombrero ancho de paja, de lazos azules también. Me mareaba. Todo me daba vueltas alrededor de Isabel y todo muy confuso, menos ella. La primera vez, lo confieso, que me ha comido a mí la envidia. ¡Aquel Willy, tan alto y yo tan pequeño! Le echaba yo maldiciones a Willy, que lo partiera un rayo. Me ponía negro que ella me comparase a mí con él y me desesperaba no atreverme a bailar. Hubiera dado media vida por tener la estatura de Joshe-Mari sacar a Isabel.

En esto, miró ella Para mí. Le dijo algo a Adamson y los dos se rieron. Yo pensé si se burlaría de cuando fuimos novios de Pequeños. Tragué saliva y se me saltaban las lágrimas, pero también me las tragué, y bien amargas que eran. El baile duraba y me ponía loco. Vino el de Larreátegui y me dijo: ¿Qué haces solo, Pedro? Estás muy raro». Le contesté furioso que se fuese a paseo. Vino Pili, se me cogió del brazo, muy fastidiosa, y me dijo: «¿Tú no bailas conmigo? Todos quieren bailar conmigo. Todos, menos tú». Me solté de ella, dando un tirón fuerte y se me escapó el contestarle: «¡Déjame en paz, loca!» Ella se fue, diciendo como si se burlara: «¡Huy, qué tío!» Pero le conocí que iba a llorar y salió al jardín, sola.

El baile no acababa nunca. Se paró un momento, tardó un poco la música y se volvieron a abrazar como antes. Pasaron Isabel y Willy cogidos en un fox y él muy tonto con ella. Oí que le dijo: «my darling» y yo cerré los puños y él me vio. A la otra vuelta Willy me miró, riéndose de mí, como con lástima, y alargando la mano, al pasar, me tocó la cara y me hizo una caricia de burla, mientras me sacaba la lengua. Isabel, muy suave, le apartó con las manos a Willy y dejó de bailar, disgustada.

XII

En seguida fui donde Adamson y le dije, haciéndome el tranquilo: «¿Eres tú Willy Adamson?» «Aquí, yo creo, pues, todos me conocen —me contestó él—, pero, sí, claro está, yo soy.» Isabel, de pie entre las amigas, nos miraba como algo angustiada. «¿Y tú qué me querías?», me preguntó Willy. «Nada —le contesté—, un señor que te espera ahí fuera para un recado urgente. Debe ser muy secreto. Vamos.»

Willy, con unos veinte años, alto de veras, grande y gordo, que le llaman el «fatty» algunos, ya era demasiado para mí, pero cuando salimos me parecía gigantesco. «¿Dónde está ese señor?», me preguntaba. «Ven, ven, aquí está», le contestaba yo. Allí delante de la casa, el jardín queda un poco

más alto y hace como una plataforma, con tilos y una verjita alrededor. Allí se había armado el croquet y allí le llevé. Cuando subíamos la rampa él me dijo, algo mosca: «No querrás tomarme tú el pelo». La casa y, sobre todo, el salón, con las arañas encendidas, alumbraba aquello bastante y era fantástico, porque los troncos de los árboles y Willy y yo hacíamos unas sombras larguísimas, como que yo me vi muy alto en la sombra. Arriba, él me preguntó otra vez: «¿Y dónde está el señor? No lo veo». «Mírame a la cara —le dije—. ¡El señor soy yo, miserable! Vas a tocar la cara de tu padre, lechuzo, pero no la de ese cristiano.»

Se tiró a mí, pero le di un quiebro y cuando me agaché para que le fallara el golpe cogí un bola, que era, por cierto, la de banda negra. Le amenacé entonces y él agarró un mazo, porque habían quedado allí bolas y mazos, por el suelo. No puedo repetir ahora los insultos infames que me gritaba él, mientras me perseguía, zumbando con el mazo para partirme la cabeza. Yo daba vueltas como un diablo alrededor de él, amenazándole siempre con la bola y le tenía siempre metido en el terreno de los aros del croquet, porque yo me movía y saltaba entre los aros mucho más ágil y de prisa que él, tan gordete, y le hacía ya sudar tinta. En una de estas, me tiró el derrote a los pies, a cascarme el tobillo, y se le enganchó un aro, y el aro, que salió pitando por el aire, me dio, al caer de punta, en medio de la frente y me hizo un rasguño casi hasta el ojo.

Sentí la sangre que me corría por la cara y el cuello y me entraba por la camisa, y va me puse loco de rabia, porque me entró la furia de la desesperación y le empecé a gritar ya cosas, como «hijo de la gran breña» y «perro judío». Un momento yo, para regatearle a la media vuelta, me agarré a la estaca de salida con la mano libre. Se echó él sobre mí y arranqué yo la estaca de salida, que acaba en un pincho de bronce, para clavarla mejor a tierra. Cuando él me vio con aquello, que no se esperaba y vio que relucía el pincho, se hizo atrás tomando posiciones y escupió para mí diciendo: ¡Bah! ¡El valiente español con su *navaca*!) «Éste —le grité— es el palo del perrero, que basta para ti, perro.»

«¡Ahora sí que te parto la cabeza!», gritó él y se me echaba encima, rojo como un toro. Salté hacia atrás dos aros y él venía ya a tirarme el golpe cuando, ¡zas!, me agaché como para el disco y le encajé la bola de croquet en mitad de la frente. Hizo un ruido, ¡pam!, como si diera en la pared. Al tambalearse, él se enredó un tacón en los aros de la «campana» y cayó boca arriba. Pero, cuando se quiso levantar, yo le puse el pincho en la garganta.

Ya casi ni sé lo que pasó. sé que no le clavé, pero él se rozó con la punta, moviéndose, y daba berridos, con una voz muy rara y como de mujer. Cuando yo le decía «te estás cagando» vinieron los chóferes. Y, luego, mucha gente y algunos con lamparilla eléctrica. Gritaban: «¡Que se están ahí matando dos hombres!» se pasmaron de verme a mí. Estaba yo tranquilo, con la estaca en la mano y él limpiándose tierra y babas, muy descompuesto y chillándome «criminal».

Paró el baile y la música y se armó allí un revuelo descomunal. Me llevaron a la caseta del portero a curarme el rasguño, porque no querían que entrase en la casa y me vieran. Después me agarraron dos forasteros, que yo no conocía, muy aparatosos, y quizá de Madrid, y casi a empujones me hicieron ir hasta los autos. Cándido había querido intervenir a mi favor y se le pusieron todos en contra. Iba ya a pegarse con uno. Pasamos cerca de la casa y yo le vi a Isabel que quería venir y no le dejaban, en la puerta. Me gritó de lejos «¡Pedrito! ¡Pedrito, valiente!» y eso valía más que todo. Cuando yo iba, cogido como un preso, por los dos brazos, alguno que ya me supuse quién sería, me tiraba patadas a traición, por detrás, metiéndose entre los que me llevaban. Es un envidioso, que en Orduña ha sacado siempre los premios de conducta. Muchos estarían también de parte de Adamson, por lo que se creen en Bilbao que son los ingleses.

Al fin, papá y mamá vinieron al coche, donde me tenían custodiado, y papá, mientras todo eso, estaba arriba con los Loyzaga y otros de la familia y mamá no sé dónde.

En casa me hicieron acostar, y no cené. Mi traje se quedó todo roto y lleno de manchas. Pitusa decía: «¡Vaya estreno del traje de mylorcito!» Mi padre me trató con bastante severidad, pero, no sé cómo decir, no quería humillarme. Yo no les podía explicar por lo que había sido. Sólo dije: me insultó primero a mí».

A la mañana siguiente no bajamos nadie a la playa y hubo casi consejo de familia. Mi tía Teresa,

amiga de los Adamson, por no sé qué negocio y que nunca me ha podido ver ni en pintura, quería que me hiciesen un juicio en el Tribunal de Menores, para meterme luego en Santa Rita. «¡Que se esté allí —dijo— vestido con bayeta amarilla y baje los humos!» Mi padre no hizo caso de semejante loca. Me contó bien todo el tío Ricardo y él y el tío Lorenzo me defendieron mucho y hasta se entusiasmaron. Luego papá dijo: «No ha hecho nada contra su honor». Salió entonces la tía Teresa, con que si los Adamson iban a pedir la indemnización económica por medio de la diplomacia, porque yo había atentado contra la vida de un súbdito inglés. Mi padre, ya, se echó a reír con eso. Todavía, insistió la tía Teresa en que todos creían que, de no llegar a tiempo los chóferes, yo le mataba.

Se acabó aquello con muchos cuchicheos de pasillos y como si hubiese un muerto en casa. Oí que, por fuera, muchos me llamaban «el criminalito de Martiarte» y se recordaban que en la playa de Ereaga, el otro verano, me defendí con un hacha pequeña, que me servía para ostras, de un guardia, cuando le pegó, hasta hacerle sangre, a mi perro, que se murió, el gran «Jauntxu». La verdad, que le tiré al guardia el hacha a la cabeza, rascándole, y se clavó, temblando, en un palo de toldo.

Los Adamson y sus amigos y muchos, por lo de la Gran Guerra, anglófilos, habían armado mucha campaña contra mí y a mí, de ellos, me importaba tres pitos. Sólo oía yo la voz de Isabel, que me gritaba desde la puerta: «¡Pedrito! ¡Pedrito, valiente!» ¡y qué hermoso también cuando le apartó a Willy tan fina, pero con aquel asco, y dejó de bailar por mí! ¡Cuántas ilusiones me hice yo con eso y con lo cariñosa que estuvo en la boda! Para mí, era todo, pero después de eso, no fue nada y ella se me volvió otra vez un misterio. ¡Qué desesperación la mía! Me quedó la esperanza hasta el último día por la tarde, que me mandaron, casi como destierro, a Andía. Al fin, fue lo mejor que podían hacer.

D E L 8 A L 1 5 D E J U L I O

XIII

No quisieron mandarme con el coche. Me llevaron al tren de la tarde y me tomaron billete de segunda. A las ocho y pico llegué y salió Crispín, el jardinero, para las maletas. Le cogí el farol que traía y echamos a andar, yo delante. Hay un buen trecho hasta la casa y fuimos a pie, por caminos hondos de carro, con parrales arriba. No me olvidaré nunca de aquel cielo de estrellas, tantas y tan hermosas, que tuvimos aquella noche al ir hacia Andía. Y lluvias de estrellas. Luego, junto al cauce del molino, va el sendero de piedra, a ras del agua, que se puede caer uno, sin luz, y pasé por el sitio donde le vi a Isabel el primer día y es allí donde el pobre Mariochu, el de Aspe, se ahogó. ¡Y lo que era para mí aquella noche, con aquel cielo, el sitio aquel! Me daba golpes el corazón. Sólo se oía el agua del molino.

No había viajado nunca solo y empezaban a tratarme como a hombre. Pero, al salir de casa, mamá, después de darme un beso, me dijo al oído: «No sabe nada todavía la tía Clara». ¿Y qué me importaría que supiese? ¿Se figuraba que tenía yo dos años?

Al llegar, la tía me saludó en vascuence, según acostumbra. ¡Qué alegría me dio volverle a ver, aunque se me hiciese, a ratos, antipática! Otros ratos no había ninguna más buena. Decía mamá que era difícil de entender la tía Clara, pero ahora yo le entiendo y le adoro, por muchas cosas que pasaron después.

Vi que se conservaba siempre igual. Le va muy bien el traje negro, de cuello alto, que suele llevar siempre, con las perlas encima y el pelo gris, todo de rizos y muy corto. Se comprende lo guapa que habrá sido y no se le calculan los años. Le faltan dos o tres para setenta. Aquella noche le encontré, como el otro verano, sentada tan tiesa, en la esquina del diván verde, que es larguísimo, y está puesto debajo del tapiz sin figuras. Me imagino yo, a veces, pasear dentro de ese tapiz, que me encanta, porque es un bosque misterioso y hay allí muchos arroyitos, con flores y charcos en la hierba y una cascada entre las rocas. La tía jugaba con la cadenita de plata, que trae siempre sujeta a la cintura, para las llaves, y a los pies le dormía «Cholín», que quiere decir, en vascuence, «ligero de cascos». Ése no juega nunca con los de la cocina, porque es un persa azul, como un príncipe.

¡Qué diferente todo de Las Arenas! Qué paz había allí! Allí, cuando ladran los perros o cantan los pájaros en el jardín, se comprende lo quieto que está todo. Y luego las gallinas y los gallos y los carros, que chillan por el monte. Estaba abierto el balcón de par en par. ¡Qué misterio, cuando se callaban los grillos! ¡Y qué bonita, por dentro, la casa! En la chimenea y en el sitio de hacer el fuego, había una jofaina de plata, con rosas rojas, pero muy oscuras, casi negras y con unas espinas feroces. Dijo la tía que era su tiempo y que le salían las rosas de Kamtchatka mejor que a nadie, mejor que a Luis Briñas, mejor que a los Ornes, de Begoña, y mejor que a los Narros, de Zarauz.

«¿Viste las que mandé para la boda?», me preguntó. En esto, me dijo, mirándome extrañada: «No sé en qué piensas, Pedro. Hoy pareces ido».

Había puesto rosas diferentes y algunas otras flores en cacharros antiguos y yo me acordaba, cuando Isabel, de muy pequeña, le solía ayudar en eso y la tía decía siempre: «¡Qué gracia la de esta criatura para arreglar los ramos!» La tía miraba alrededor, muy satisfecha, porque siempre anda así, mirando que todo le reluzca en orden, y lo mismo hace en la cocina, en el jardín y por toda la casa. Yo miraba también y estuvimos callados un poco. Dio las nueve el reloj, igual que en los tiempos de Isabel, y me dijo la tía: «¿Te gusta encontrar como siempre las cosas de la tía Clara?» Otra vez me había distraído, pero le pude contestar a tiempo: «Sí, me gusta mucho, sí, tía».

Yo no veía más que a Isabel en todas partes. Pensaba que tendría que venir aquella noche allí, por arte de magia, y me entraba electricidad por todo el cuerpo. Sentía como si ella estuviese invisible allí con nosotros. A la fuerza, me notaba la tía algo raro y que yo no era el de antes.

Además, al verme tan parado y siendo yo un carácter alegre, podría sospechar que venía a disgusto y que me divertía más en Las Arenas, cuando era todo lo contrario, porque en Las Arenas no podía más ya, ni tragaba la casa nueva, ni la gente, ni los chismes de la tía Teresa, ni quería vivir ya allí medio minuto, mientras que en Andía, desde que entraba, me consolaba todo.

La tía Clara me ha hecho siempre estar divinamente, dándome de comer más a mi gusto que en mi casa, aparte lo que significa para mí, en Andía, ver muchas cosas buenas en muebles y cuadros, que le tocaron a la tía de lo de La Rioja. Ella me ha enseñado, desde que empecé con la afición, a conocer lo antiguo y a entender. Por eso, cuando yo me puse a mirar el retrato de Isabel, allí en la consola, la tía creyó que miraba el cuadrito redondo, colgado en la pared, más arriba. Me preguntó lo que me parecía, porque era nuevo, y lo encontró en la casa de La Rioja, sobre un armario del desván, cuando fue para las vendimias. Me dijo que representaba un niño de Saboya y que tendría que ser de Vanloo. Me dijo después: «Ya sabes lo que dicen de mí las casheras: *Andiaco serorea gauza onen zalea*». «¿Qué quiere decir, tía?», le pregunté, porque alguna palabra no entendía. «¿Qué quiere decir? —saltó ella enfadada—. Los muchachos de ahora no saben vascuence. Lo poco que sabías has olvidado. A la cocina vete, “astoandi”, burro, a aprender con Gertrudis. Aquello quiere decir

“La señora de Andía, aficionada a cosas buenas”.» Luego me dijo más amable: «Bien, Pedro, vete a saludar a, las que no te han visto. Y aprende con Gertrudis, que vale por toda una Academia de la Lengua Vasca».

Me dio gusto bajar a la cocina. Pronto iba a estar la cena. Aquel olor y aquel calor me recordaba cuando Isabel y yo veníamos a robar patatas fritas. ¡Cuánto nos gustaba a los dos esa cocina, con tanto cacharro dorado! y aquella noche, ¡qué alegría me daba de ver el caldero sobre el fogón, colgado siempre allí de la cadena, las herradas, la pila y la ventana vieja de cristales con plomos! Dos gatos, que dormían muy bien, junto al fuego, echaron a correr al entrar yo.

Gertrudis, igual que hace siempre, me abrazó entre chillidos como una loca: ¡*Ené! ¡Ené! bada!*», gritaba ella. Me sofocaba a besos y lloraba. «¡Perucho! ¡Perucho! ¡El señorito nuestro! El *Jauntxu* nuestro aquí está! —les gritaba a las otras—. ¡Por la puerta de arriba ha entrado!» Vinieron en seguida, Margarita la guapa, que se ha casado al fin con el novio piloto, y Anuncia. Después entraron Crispín el jardinero y su hija Edurne.

A Gertrudis le gusta que yo sea el heredero de la casa «De éste, de éste todo ha de ser —les decía a las otras—. De éste, precioso», y a mí me avergonzaba una barbaridad el que dijera eso. Todavía me molesta más cuando explica si la tía me deja todo directamente a mí y a mi padre no. La tía, como era prima hermana del abuelito Ambrosio y de la rama mayor se ha considerado siempre jefa de los Andías, como sería, dicen, con el Fuero, y no quiso, de ninguna de las maneras, que papá se casase con mamá y ahora no quiere que a ellos pase de Andía «ni una teja, ni un puñado de tierra, ni un ochavo», según le han oído. Una vez, mamá le dijo a papá: «A pesar de sus ideas liberales y sus desengaños carlistas, ella te quería casar con esa carca de Arbeloa».

También dijo esa noche Gertrudis que la tía *etxecoandre* es muy agarrada y cine allí agarradas tienen que ser las *etxecoandres*, pero que yo sería *jauntxu* fino, gastador, rumboso, *gastazle* como el abuelo y que de la pobre Gertrudis, vieja, va me acordaría.

Antes de cenar, la tía me enseñó las caricaturas del «Punch», que ve siempre, y allí, en Andía, se recibe desde hace más de un siglo. Me dijo que eran muy graciosas, aun yo no lis entendería. Otras veces me explica cómo ha sacado el jeroglífico. Pero a ella la, que más le divierte es jugar a las cartas, aunque allí pocas veces encuentra con quién.

Al otro día, por la tarde, se puso muy nublado a primera hora y ella trajo del arca de los juegos, donde hay todos los juegos, un «puzzle» para entretenernos los dos y nos salían una diligencia y una familia, que merendaba junto a la fuente, mientras se cambiaba de caballos. Yo no veía el momento de que se acabase, para subir al cuarto mío a escribir a Joshe-Mari y terminar la carta, que la dejé para almorzar. De veras, yo no daba, en el «Puzzle», ni pie con bola y apenas me creía yo acertar una pieza, ella se empezaba a quejar: «¡Ay, qué torpe! ¡Ay, qué torpe de chico! ¿No comprendes que ese marrón es el de la nube y no puede ser el de la bota del niño?»

A. la tía le ha parecido siempre Pitusa prodigiosa porque hace el castillo de naipes con dos y tres barajas y hasta de once pisos, subida al fin sobre la mesa, en un taburete. La verdad, que impresiona. También la tía se entretiene con el Juego del Solitario, que son enredos del demonio, y con el Juego del Parquet. Más voy a decir todavía. La tía es infalible en el Juego del Bilboquete. A uno le deja con la boca abierta cuando hace saltar por el aire la bola de boj. No mueve el puño casi y da sólo un golpecito seco para arriba, como un tirón apenas. Entonces hace un aro en el aire el cordoncito verde y, ¡clac!, la tía Clara encaja la bola y ni lo has visto.

XIV

Esos últimos días de Las Arenas, que me tuvieron tan cerrado en casa, me dejaron salir en bote sólo una vez y a las siete, bien tempranito, a que me diese el aire. Ese día del bote, Chomin me miraba muy misterioso y casi se azaraba. El sabía de sobra lo de Adamson, porque todo se habla en los embarcaderos. Total, largamos las sereñas y estuvimos pescando unas dos horas, para un pancho cada uno, y sin decir ni pío. Tan temprano, hacía ya calor y sin viento, con una mar de aceite y el agua muy clara. Yo me eché un rato a proa, con la cabeza y algo del cuerpo fuera, como de mascarón y entre dos aguas veía ir las medusas. Cuando volvíamos a tierra, y todavía yo en traje de baño, Chomin soltó los remos y sacó la petaca de goma. A mí me extrañó que me ofreció, porque no se atrevía nunca antes y hacía como la vista gorda si yo fumaba a bordo de lo mío. Hizo el cigarro, muy calmoso, y me dijo mientras que liaba: «Difícil, pues, barra difícil de juventud o así ya hay. Pero se pasa. Hay que pasar la barra, Peru. Duro y avante, entrar en vida nueva. ¡Hay que pasar!» «Sí, Chomin —le contesté—, hay que pasar.» Fumamos el pitillo, sin hablar, al pie de Arriluce, y yo miraba la casa de Isabel, allá en alto, lejos, en los pinares. Volvimos a coger los remos y, en seguida, amarrábamos a la boya.

Bajé a tierra, que serían así como las diez, comí una tortilla y estuve escribiendo en el «Diario» el fin de lo de Willy. Vino Pitusa de la playa, a la hora de almorzar, y había estado bañándose con Pili. Le dijo Pili que, con lo de Adamson, yo había sido un héroe, igual que David, y que, una que tuviese corazón, si uno por ella hiciese eso, ella le adoraría. Pitusa le explicó lo mucho que me parecía yo a David mismo cuando David tenía así mi edad y lo de la foto, que mandó el tío Van Riel. Luego hablaron de cuando Isabel me gritó: «¡Pedrito, valiente!», porque ellas se lo oyeron. Dijo Pili que Isabel era una soberbia y muy lista y que había hecho eso para no quedar chafada y como de la parte del que había perdido, aunque bien que bailaba con él. Eso era mentira, porque Isabel, antes, dejó de bailar con Willy Adamson en cuanto vio la porquería que él me hizo.

Lo que sí era verdad es que yo me hice la mar de ilusiones y, luego, de sobra se vio que ella no hacía nada, ni cambiaba la situación mía lo más mínimo desde el día del barco. Supo que me mandaban a Andía porque Pitusa se lo dijo en Zugartzarte y, hasta el último día, yo me pasé las horas en mi cuarto, con una fe tremenda. Miré todo el tiempo la puerta del jardín, por la rendija de la ventana, a ver si ella venía con cualquier excusa y con Tiburtzi, que hace todo lo que ella quiere. Sólo me quitaba de allí para ir a escuchar el teléfono, en cuanto sonaba en el pasillo, por si sería ella. Para colmo, el viernes, antevíspera del viaje mío, poco antes de cenar, su madre entró en casa, con miss Bennet, a ver la tetera que les habíamos comprado a los rusos. ¡A ver si no tenía un buen pretexto! A mí, que Isabel hubiese aparecido en la verja de atrás, para que yo le viese, o hubiese pasado por delante de casa, donde siempre se forma paseo, y mirase para mi cuarto, me bastaba. Hay que fijarse que esos días estuve como en la prisión, y ella, vaya si lo sabía. Muchos amigos se ponían en el pretil del muelle y hasta me gritaban: «Sal, Pedrito», a ver si me dejaban asomarme, porque no se hablaba más que de mi asunto en todo Las Arenas. Una vez me asomé y el de Larreátegui, la mar de cariñoso, me gritó desde el muelle: «¡Eres un tío bárbaro!»

Aquél fue un desengaño grande, porque esperé mucho y, la verdad, me sentía muy orgulloso de cómo quedé en aquella lucha. Lo primero, cuando llegué a Andía, pensé pasarme el tiempo en la puertecita secreta que hay entre su jardín y el mío, para recordarme todo lo de ella en el sitio más

nuestro y más de siempre. Pero, luego, no quise ni acercarme siquiera por allí y empecé a pensar en dominarme bárbaramente. Yo no podía continuar así, medio idiota de los disgustos y sin parar nunca en el sufrimiento. Reflexioné lo mío muy en serio y me convencí de que si ella se había vuelto otra, yo también tendría que volverme otro. Me di cuenta en lo que me había convertido yo desde junio y de que, si seguía desesperándome por Isabel, me anularía por completo hasta hacerme nada, lo que se dice un pulga, y no servir más que para llorar. Por una historia de cuando teníamos entre ocho y once años iba a pasarme toda la vida con penas del infierno, para que, después, ella se quedase tan fresca en su trono. No es que yo pensara, como Pili, que Isabel fuese una soberbia, pero yo veía que por haber nacido ella muy diferente y por encima de las Otras, le tocaba siempre hacer de reina y yo como un esclavo.

Así que decidí, desde que llegué casi, ponerme con voluntad de hierro, como había querido yo siempre ser que tanto me lo admiraba Joshe-Mari. «¡Nada de hacerse débil! ¡Eso nunca!», gritaba yo dentro de mí, dándome a mí mismo esas órdenes y a rajatabla, porque, además, pensé, que en cuanto yo me achicase, ella me despreciaría con razón y como a poco hombre. Me impuse la obligación también de no escribir más nunca sobre el asunto de Isabel a Joshe-Mari y lo mismo en el «Diario».

Lo que no comprendía yo, por ejemplo, era lo de Jaime Larreátegui y otros, como Julito Eguía, siempre hablando de amor tan contentos y enamorándose cada verano de una y dos y hasta de criadas de sus casas o de casas de otros, como Jaime con Inés, la nuestra, por divertirse, darles algún beso y tocarlas. El amor era va, para mí, mucho más difícil y serio y me fijé que casi siempre y, en la historia, traía disgustos. ¡Figurarse Larra y Espronceda! ¡Vaya vidas!

Me propuse de seguir bastante el plan aquel completo de principios de verano, muy útil, y que ni lo empecé. Me inclinaba, también, a distraerme, hasta poniéndome, por ejemplo, con Pili en relaciones y a ver lo que haría Isabel. Me planté, lo que más, en la idea de no contentarme con que Isabel volviese a las medias palabras y a las medias tintas y que si me miraba un poquito o dejaba de bailar con el otro o me quitaba la mancha de crema. O una cosa o la otra. Le escribí a Joshe-Mari consultándole estas cuestiones y fui a la cama tardísimo.

XV

A la noche siguiente, hacia las once, tuvimos un temporal fenomenal, que zumbaba la pandereta, con granizo, rayos y truenos. A mí me puso de un humor alegrísimo, y el que se hundiera el mundo me importaba entonces muy poco, de lo mal que me iba. Después, cayó un chubasco inmenso, que no paraba de llover, hasta que me dormí. No pude escribir en el «Diario», porque hubo avería de la luz. Por la mañana le dijeron a Gertrudis las pescaderas que en la mar hubo galerna fuerte y que de varias lanchas no se sabía.

Yo me acosté a oscuras esa noche y oía que temblaba el misterio. Ni sé cómo la casa resistía, y cayó cada rayo que se partía el monte. A mí me suelen poner en el piso de arriba, donde no vive nadie nunca, y, a ratos, desde que llegué, empecé a distraerme en registrar cajones de los muebles, pero me quedaba mucho todavía. Encontré la mar de cachivaches, monedas de oro y cajas de puros y pitillos del tío Sebastián, que murió. Me puse, como nunca, de tabaco.

Aquella noche, cuando arreaba más la tormenta, entró la tía Clara, que subió para ver si yo tenía miedo al rayo allí solo. Ella, para levantarse de la cama, se había puesto un traje de japonesa, negro, con bicharracos y pajarracos de colores, y una cofia de encaje. Traía en una palmatoria, de las de fanal de cristal, la vela del Trisagio encendida. Nos pusimos los dos a rezar por los que estarían en peligro en la mar y, en particular, dijo ella, por los de Bermeo y Elanchove. Varias veces, por el balcón, vimos toda la huerta y el monte, lo mismo que de día, con los relámpagos. A mí me impresionaba cuando ella repetía, muy viril: «¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!» Me hizo la señal de la cruz, me dio un beso en la frente y se fue. Al poco se paraban los truenos y yo me dormía muy a gusto con el agua que llovía a cántaros y hacía glu-glu en los canalones, que me

sonaba igual que una música. Me acordaba de que en aquella Pastoral de Beethoven, que tocó la orquesta de Viena, en la Filarmónica, dijo el tío Ricardo que había lluvias torrenciales y muy alegres. Hasta abrí las ventanas para oír llover y el tejado chorreaba que era una gloria. Me parecía los buenos tiempos y olía el aire afuera lo mismo que entonces. Me acordaba los ríos y las presas que Isabel y yo solíamos hacer cuando llovía así por la noche. Desayunábamos a escape y corríamos a ver el terreno y si había inundación grande en la huerta de abajo. Ella solía ser la más madrugadora y me venía a buscar desde Mendive con el «aña» Tiburtzi. Una vez no me desperté y me tiraba piedrecitas a los cristales. ¡Si fuese ahora —decía yo entre mí— la mitad de aquello!

Por la mañana madrugué con un hambre grandísima y más gana de todo que otras veces. Además del chocolate, Gertrudis me hizo huevos fritos con longaniza y me subió de la bodega chacolí del bueno, porque ella siempre sabe dónde tiene esa llave la tía Clara. Yo le dije por qué no me sacaba nunca el clarete superior de lo que hace la tía en La Rioja, y mejor el rancio. Ella me contestó: «¡Quita, quita! Chacolí de casa, mejor mil veces que de Baquío y mejor que todo». Ella también se soplabá lo suyo y decía: «¡Fuerzas te da éste, sólo oler!» Me contó que la noche antes la *sorguiña*, una bruja suya particular, como para ella sola, le hablaba por la chimenea y le dijo cosas que no pueden contarse, porque si cuenta uno se morirá en el año.

Serían las nueve, y la tía, en esto, volvió de la iglesia. Gertrudis entonces escondió a escape la jarrita del chacolí y yo salí pitando para que la tía no me viese que desayunaba en la cocina. Me lo tiene prohibido. Bajé a la huerta ^Por la puerta de atrás y me estuve allí hasta el mediodía, muy divertido con Edurne, que cogía fruta. Me gustaba algo esa chica, hija de Crispín, tan mona, de un año más que yo, pero igual de alta, con unos ojitos muy negros y los dientes muy blancos y más bien chiquita, pero bien formada. Me dijo que muy tarde había venido la fruta y que con el pedrisco algo también se había destrozado.

Fuimos a coger, lo primero, fresones, entre la paja muy mojada y algo caliente. La parte de abajo de la puerta se había inundado con lo de la noche y se formó el laguito contra las tapias, que le gustaba tanto a Isabel. De la parte de las colmenas corría el agua, huerta abajo, por los canalitos y hasta hacía cascadas, porque todo el terreno aquel va en escalones, con muritos de piedra. Había salido un sol espléndido y todo brillaba. No podía quitarme yo la idea de lo bien que se estaría desnudo. Después de los fresones fuimos a unos setos de arriba a cortar algo de grosella y frambuesa. Luego nos vino lo mejor, porque subíamos a varios árboles a coger peras, guindas y cerezas. Los albérechigos y melocotones andaban todavía muy verdes, como las ciruelas. Nadie se podrá imaginar lo que nos divertíamos y lo a gusto que estábamos, yo sobre todo, y sin acordarme de nada. Subíamos a los frutales sin escalera y ella sabía subir como un chico. Yo le decía eso: «Te vas a volver chico». «A mí, ¿qué me importa volverme chico?», me contestaba ella. Yo, entonces, le decía: «Sí, pero el servicio militar». «¡A ver mundo iré! —decía ella— Mejor que fregar suelos y darle a la escoba ya será.»

En el cerezo grande, que da cerezas gordas, muy prietas, y, dicen, las mejores del mundo, yo le puse a ella pendientes en las orejas y le enseñé también cómo se hace el nudo al rabito, dentro de la boca, con la lengua. Ella no lo sabía que eso existiese. Lo que nos pudimos reír con eso, por las caras que pones. Ella ni podía tener el rabito en la boca, porque lo echaba fuera, de la risa, al verme los visajes. Le hice llorar de risa. Se había sentado en una rama un poco más alta que la mía, casi enfrente, y ponía los pies en mi rama. Quería verse con aquellos pendientes y me decía: «¡Ay, si me regalaras un espejito!» Luego nos bajamos del árbol y jugábamos a correr, a cogerse uno a otro, con algo de escondite y ella daba cada salto fenomenal, cuando corría, hasta que se dio la costalada, de un resbalón, y, mientras yo le levantaba, se me cogía fuerte al cuello, cerrando los ojos.

Al volver a casa, cada uno con su cesta, nos tuvimos que parar un poquito, porque se salía la fruta de la cesta de ella, medio rota, y entonces decidimos de comer un fresón, el mayor de todos, a medias. Ella mordía por su sitio y yo por el mío. De poco nos dábamos un beso. ¡Si me hubiese visto Isabel! En esto se nos apareció, de repente, la tía, en el balcón alto de la parte de atrás de la torre. Desde allí arriba le gritaba a la pobre Edurne: «¡Maulokitara! ¡Bay, bay! ¡Txalxala! ¡Mutila!»

«¡A coger fresas! ¡A coger fresas! —le quería decir—. ¡Sí, sí! ¡Tontaina, coquetuela!»

La tía no me dijo nada en toda la mesa. Para postre, había hecho una macedonia de frutas, con aquella receta de Holanda, que sólo ella sabe. Pero al doblar la servilleta, entonces, sí, la tía me dijo: «Mira, Pedro, son pobres chicas éstas. No les des, por favor, confianza. Tú ya eres casi un hombre. Ya no es edad».

Yo me puse como el fresón aquel de rojo.

XVI

Ni se puede contar lo que ha sido y lo que es Andía para mí. Un jueves, en Orduña, a principios de curso, me escapé del paseo, para llegar a Andía por los montes. ¡Vaya si anduve! ¡Como que me cogieron en Amurrio la Guardia Civil, y ni sé cómo no me expulsaron del colegio! El Padre Prefecto quería, pero el Padre Rector dijo que no. El Padre Cornejo intervino. Yo confesé que, a veces, me entraban unas ganas terribles de estar en Andía y tristeza mortal de no poder ir y que aquella tarde ya no podía más y me escapé. No me quedaba a mí ni el desahogo de hablar con Joshe-Mari, porque lo sabe todo el mundo lo malísimamente que se anda en Orduña para conversaciones particulares. Lo que yo más quería era poderle contar a mi gusto, lo menos una tarde entera, la historia de mis grandes épocas antiguas en Andía y de cuando vino Isabel. Siempre tocaban la campana cuando estábamos en lo mejor, o le teníamos a Gago en la terna, sin quitar oído, o venía el Padre Zubiaur y decía que nada de secretitos y que a jugar.

Al fin, se la conté en Vitoria toda la historia, en el hotel, cuando fuimos a los exámenes, que teníamos las camas muy juntas, y Llerandi y Juanito, los otros del cuarto, dormían como troncos. Yo estuve contando y contando. Aguantó Joshe-Mari muy despierto y me oía hasta el amanecer, que tocaron a diana en los cuarteles. ¡Cuántas noches me duermo soñando esta historia! Es lo más importante de mi vida. La tengo que poner aquí, porque si no, nada se entendería.

Cuando tenía yo siete años, la familia de ella empezó a ir a Mendive a pasar temporadas. Mendive es una casa antigua, menos antigua que la nuestra, pero mejor. Y la familia de ella y la mía emparentan bastante, por mamá y el padre de Isabel, como primos terceros. Pero cuando vinieron ellos y, desde la Primera Guerra, y, quizá, desde antes, andábamos unos y otros a matar. Ellos, los Mendive, eran carlistas, y nosotros, los Andía, liberales. Nadie les podía quitar de la cabeza que un Andía artillero, por los odios, fue el que disparó la batería de montaña contra Mendive, en la Segunda Guerra. Mi tío Lorenzo, hermano de mi abuelito Ambrosio, siempre ha solido repetir lo mismo. Dice que ellos se enteraron en eso sin oír las razones, porque él lo sabe, tan cierto como la luz, que su primo Jenaro no estuvo ese día con su batería ni siquiera en tierra, sino a bordo de la «Victoria» para decir a los marinos dónde tenían que tirar y dónde no. Y, luego, dice; que la historia siempre se hace así, contra la razón, por cabezonadas, por rencillas, por pasión, por chismes y por ventoleras.

El año que vino el tío Sebastián y se reunió con la tía Clara, que estuvieron separados los dos casi toda la vida, en Mendive había la obra y me acuerdo muy bien los andamios, que se veían del camino del monte. Arreglaron un poco la casa, pero la rotura, con tanto hablar, sólo era una grieta, que se conocía muy poco, y un boquete, así regular, sobre el balcón de esquina.

Nunca me olvidaré, una noche, antes de ir a la cama y yo con el vaso de leche, que dijo el «aña» Kataliñ: «A Mendive han vuelto los señores». Tenían, según contaban todos, una niña tan rubia y tan preciosa, que nadie había visto nada igual. «Un querubín hecho de oro es ella —dijo Gertrudis—, una niña del Cielo.» No se hablaba en el pueblo de otra cosa más que de Isabel y no salía nunca del jardín.

Todos los chicos de los caseríos le querían ver cómo era y empezaron a subir entonces a las tapias de Mendive, donde hay mucho cristal de punta, que se rompen los pantalones y se rajan las manos. si uno se descolgaba dentro, se le echaban encima los mastines, o el jardinero venía con un palo y hasta tiraba piedras. Se subían los de la aldea, también, a un árbol alto del camino y veían de allí lo de atrás de la casa y las cocheras. Algunos empezaron a venir hasta de lejos, de los caseríos

del monte o de cerca de la mar, pasado el alto de Laubide.

En cuanto aparecía Isabel, allá lejos, entre unos árboles del jardín o en la glorieta, que nadie veía casi nada más que estaba allí, gritaban en vascuence y en castellano: «Isabel, bonita, «polita», míranos. Isabel, hermosa, «ederra», ven aquí, «etorri-ona», no te liaremos nada. ¡Deja que te veamos, Isabel! Isabel, ¿quieres nidos? Mira éste, qué pajaritos tiene. ¿Quieres también un topo? ¡Mira qué piel tan fina! ¡Para ti lo hemos cazado en los juncasles!

¡Ay, cuántas cosas le decíamos! Yo me empecé a escapar con los de la aldea para verle a Isabel. Les llevaba fruta y chocolate y hasta les daba dinero, siempre robando en casa, para que fuesen mis amigos y me dejaran ser de su cuadrilla. Los pequeños aran como yo, entre siete y ocho, y los mayores, entre diez y doce. Aprendí muy bien a escaparme. ¡Qué pena no seguir ahora aquellas amistades, fuera de Berna y otros dos o tres! Todos éramos tan amigos entonces y todos enamorados de Isabel como de un imposible. ¡Era hermoso aquello!

Me escapaba unas veces a la hora de la siesta. Bajaba de puntillas y no me sonaba ni un peldaño, porque sabía yo todos los sitios donde poner el pie sin que chillasen. ¡Y vaya escalera viejísima! También me escapaba después de merendar y discurría muchas trampas, al empezar el juego de la tarde, sobre todo si era al escondite.

Ahora, en Andía, casi nunca hay nadie y suelo estar solo. No veranean ya aquellas familias. Todos nos hemos ido yendo a Las Arenas, a Algorta y a Neguri, por idiotez. Entonces, allí, nos juntábamos muchos a jugar de varias casas, con las institutrices, que ni nos veían, porque se contaban historias de los novios con muchos misterios y se leían cartas, llorando.

Un día que los de la cuadrilla habían comido hacia las doce, la costumbre del pueblo, me escapé hacia la una y como Isabel apareció allá lejos, aunque yo no vi nada, se me olvidó comer y volví a las cuatro de la tarde. No hace falta decir la que se armó.

XVII

No sé qué fue pasaba a mí entonces, pero así era. Sin haberle yo casi visto, me había enamorado de ella y sin ella ni podía vivir. Apenas nos sentía asomar se tapaba la cara con las manos y corría a esconderse de nosotros. Un día, después de mucho tiempo, aquel año, cuando volvimos, por septiembre, la vi. Fue en un camino hondo de carro, con peñas terribles, hecho en la peña misma, que hay allí. Son caminos muy oscuros de la aldea y antiguos, con pilastras de piedra por los lados, y encima, parras. Volvíamos de robar mazorcas y, como nos signó el cashero, corrimos cada cual por su lado. Yo venía sólo, ya sin correr, después del maizal de Andabidea, que llaman *de los Muertos*. En el camino del molino me encontré a Isabel sola. Me quedé como en sueños y, si me lo dicen, yo jamás lo hubiera creído.

Ella apenas salía casi nunca, y eso siempre en coche, muy acompañada. Además, como tenía misa en Mendive, sólo iba alguna rara vez a misa mayor de Santa María de Guernica. El auto cogía el camino de Forua, por la puerta del bosque, muy lejos y, aunque yo le acechaba por allí alguna vez, siempre me falló.

¿Quién podría creer que Isabel sola, completamente sola, sin nadie, sin miss Bennet, se me apareció a mí aquel día y allí estaba enfrente de mí, en aquel camino tan oscuro? Vi su cara entonces y me pareció de ver el sol. ¡Me deslumbraba! No sabía yo que aquella claridad del ciclo, como la de la cara pudiera tener en este mundo.

Pero ella, en seguida, se tapó la cara con las manos y se me escapó. Yo le seguí, corriendo como loco y, en las revueltas, me desaparecía y, en los cruces, que hay muchos, no sabía yo dónde tirar, porque allí esos caminos hondos hacen laberintos y el que no sabe bien se pierde.

Salió ella y yo detrás a un sitio más abierto y se vio cortada, de repente, por el cauce del molino que hace allí, en la revuelta, con la corriente, mucho ruido y espuma y es el sitio donde Mariochu, el de Aspe, se ahogó. Me puse blanco y sin respiración de pensar si ella se ahogaría también en el remolino del agua, porque llegó hasta el borde y levantó las manos aterradas. Entonces le voló un

caballito del diablo, de alas azules, sobre el pelo. Nunca me olvidaré. Temblábamos como si fuese a pasar algo terrible y se me quedó allí parada y como sin aliento. Yo fui a cogerle, pasito a pasito, no se me espantara, pero no me atreví a tocarle. Vi que iba a llorar y, en esto, se me echó en los brazos. Lloraba y tiritaba muy fría y pensé si se me podría morir, mientras el pelo de ella me hacía cosquillas en la cara, que me parecía un imposible. Yo pude contenerme sin llorar nada y ahora me recuerdo que Isabel, aquel día, olía como el monte a hierbas y también algo a fuego. Creí también si era la otra vida y si entrábamos en la gloria; yo con ella desmayada en brazos. Ella me dijo: «Tú eres Pedro, el de Andía. Yo soy Isabel, la de Mendive. Y me he perdido».

Habían ido, ella y sus hermanos, a pie con miss Bennet a la ermita de San Miguel, que era la fiesta. Luego me dijo: «Llévame tú a casa. Yo no sé ir».

Eso fue en los tiempos de la Guerra Europea, y cuando teníamos siete años o algo más yo, que los habíamos cumplido, ella en abril y yo en enero. Después pasamos el puente volvió a llorar rucho Isabel, por lo tarde que se había hecho y lo que dirían en su casa. Yo me quité del cuello la medallita de oro del bautismo y se la puse. «Toma —le dije—, para que no llores». Ella la besó y dijo: «Te la tomo porque ya lo sé quién eres tú, y cuando te subes a las tapias me escondo para verte. Eres malísimo». Entramos en una placita donde hay un roble viejo y un banco de madera. Allí me llevaba el tío Lorenzo a oír el ruiseñor. Nos sentamos un poco y vi que ella tenía el vestido azul todo roto, con rasgones que se había hecho en las argomas y en las zarzas y le vi después, en las piernas, los arañazos y las manchas de sangre y tierra roja. Me contó que había querido subir a un montecito para ver si veía su casa o a miss Bennet y se metió en un hoyo muy malo, que no podía subir ni bajar. Creyó que allí se moriría de hambre o que le comería el lobo o le robarían gitanos. Al fin, salió, pero haciéndose mucho mal. Llegamos a la fuente de Mendieta y allí le lavé y le curé lo que pude y en aquel arañazo grande, más arriba de la rodilla, que es el que le dolía más, le até el pañuelo mío. Le empezaba a picar y a doler mucho todo y, en las piernas, yo le daba besos y le decía: «Ahora no te duele». Me creí que habíamos estado va juntos toda la vida y que seguiríamos juntos ya siempre. Ella me dijo: «Eres tú muy bueno, Pedrín», y me dio un beso. Temblé tanto, que daba yo diente con diente y no podía ser más feliz. Ella me dijo: «Vamos a casa. Tienes frío».

Se había hecho de noche, pero todo se ponía claro con la luna. Sonaba ya la rueda del molino. «¿No oyes? —le dije—. Ya falta poco.»

Habían salido en busca de Isabel y se les oía entre las heredades. Algunos levantaban faroles y se ponían de pie sobre las cercas para que les viéramos. También ladraban muchos perros de los caseríos. Gritaban hombres lejos: «¡Isabeeel! ¡Isabeeel!»

Íbamos ya por los caminos de las huertas y ella me dijo: «Ven. A ti no te harán nada». Yo le contesté: «Yo no te dejo sola, aunque me hagan algo». Me sentía muy, fuerte y yo estaba entonces, hay que ver, más desarrollado que ella.

Nos llevaron los hombres al palacio. En el salón redondo de arriba le esperaban todos, menos el padre, que se había ido a Roma y a Jerusalén. Allí les vi, la primera vez, a su madre y a Jorge y a Juan Carlos y al capellán don Sabas y a miss Bennet y al maña» Tiburtzi, que lloraba dando unos resoplidos fenomenales.

—Éste es el que me encontró —dijo Isabel— y éste es muy bueno. Se llama Pedrido*. ¿Verdad —dijo mirando para mí— que te llamas Pedrito?

En seguida salió miss Bennet con que yo no era nada de bueno ni de muy bueno, que me escapaba, subía por paredes, habría podido también hasta robar, tiraba piedras y andaba «con cuadrilla de Pávolos malditos y otros Peores chicos de esta aldea». Yo aguantaba aquello, que me quería meter bajo tierra y faltaba lo peor. «Este —dijo— es uno de los que no dejan en paz a mi pobre Elisabeth y Elisabeth, pobre, no sabe qué es éste porque éste, yo lo creo, señora, es uno de la casa de al lacio.»

Me aterró. Sabía la enemistad de las familias y me entró pánico de no ver a Isabel nunca más. «No parece así, tan malo», dijo la madre de Isabel, riéndose, y abrió una caja redonda, nueva, de

* Sic ¿errata por Pedrito? [Nota del escaneador]

bombones enormes. «Tienen licor dentro —nos dijo— y hay que meterlos en la boca enteros. A ver si caben.» Cuando volví a casa todo me parecía increíble y me tenía que repetir a mí mismo: «¡Ya le has visto a Isabel! ¡Ya le has visto a Isabel!»

XVIII

Al día siguiente vino la madre de Isabel a ver a mi madre para darle las gracias y devolver mi medallita, porque Tiburtzi se la había visto a Isabel, cuando le desnudó aquella noche. Se quedaron en casa como quien ve visiones. Con lo de la medallita pasé la mayor de las vergüenzas. Me dijeron, después, que una cosa así no se daba y yo me alegré mucho más de habérsela dado.

Los Mendive empezaron a venir a nuestra casa, como nosotros a la suya, y al verano siguiente hubo varios convites. Mi madre se volvió bastante íntima de la madre de Isabel mi padre de don Agustín, menos. Yo hubiese preferido al revés. Al cabo de qué sé yo el tiempo se hicieron así las paces de Andías y Mendives, que estuvieron reñidos, parece ser, unos cien años. Mi tío Lorenzo le solía llamar a Isabel: «Isabel de la Paz».

Algunas veces iba yo a jugar a Mendive y ellos también jugaban en Andía, pero los dos hermanos y yo no hemos simpatizado nunca. Son algo mayores y han salido a la madre. Nos juntábamos para ir al baño a Pedernales y alternaban, para llevarnos, los dos coches de cascabeles, uno de ellos y otro de la tía Clara. Desde que empecé el bachillerato no hay ninguno. ¡Qué bonitos eran, de cesta!

Isabel y yo fuimos novios, desde un día de mar, que nos llevaron en lancha de vela de Bermeo a Elanchove, y se puso al timón el tío Lorenzo. Al volver hizo mucho sol, porque era en lo peor del verano, y después de comer nos pusieron a echar la siesta debajo de un pedazo de vela verde, que armó el patrón, a proa, para nosotros dos. De allí salimos novios, porque nos dormimos abrazados muy fuerte. Por la noche, en la cama, yo no comprendía que se pudiese dormir sin Isabel. Pero, al mismo tiempo, daba vueltas, loco de alegría, sólo de pensar en lo de la lancha y soñaba con Isabel mil sueños. Nos queríamos con locura y éramos muy felices, más imposible. A las horas que no nos podíamos ver, yo encendía en el jardín fuegos y en cuanto salía humo entre los árboles ya sabía Isabel desde el balcón que yo pensaba en ella. Nos contábamos todo y estábamos seguros de que nos casaríamos. Desde lo del Obispo de Vitoria nos creímos ya medio casados.

En su casa, y en la mía lo mismo, siempre se solía decir para todas las cosas y planes «Isabel y Pedrito», y en la cocina nos llamaban también «la sogá y el caldero».

En Bilbao, con la contra de miss Bennet y el vivir menos cerca, andábamos peor y una vida de menos libertad, «vida de guantes», que decíamos en el invierno, hasta que venía el verano, y en Andía no había quién nos sujetara. Allí hacíamos lo que queríamos. La tía Clara le adoraba a Isabel desde el principio y le tenía siempre en casa y, luego, el padre de Isabel a mí me quería casi más que mi padre mismo.

Cuando nosotros y ellos, el último año de Isabel, empezamos a veranear en Las Arenas, tampoco nos fue del todo mal, aunque aquello lo odiábamos. Había la playa, los botes, que siempre nos solíamos esconder debajo de la vela, el jardín de Eguía, las corridas de agosto que íbamos al mismo palco, y, más que nada, unos paseos largos hacia Guecho o por el Gobelas, ya por septiembre, cuando, al volver, nos íbamos quedando atrás los dos solos, a veces muy tristes, de querernos hasta no poder más y ver que la tarde se nos acababa y se nos acababa el verano, sobre todo aquel último, y a mí me metían en Orduña.

Se nos pasaron así tres años, de los siete a los once, como en el paraíso, aunque al final tuvimos aquellas tristezas y Isabel disgustos atroces en su casa, pero yo le consolaba mucho y, con eso, nos queríamos más.

Desde que fuimos novios lo que más ilusión nos hacía a Isabel y a mí era tener entre los dos algún secreto grande. Tuvimos varios, pero el principal es el de la puerta secreta. Además, los otros

secretos no eran de amor. Eran historias de desastres y que intervenían otras personas. El de la puertecita sólo era nuestro. ¡y hay que ver el sitio! Andía, como propiedad, no se puede comparar con Mendive, porque Mendive ya resulta inmenso, entre la parte de jardín, las huertas, el bosque hasta el camino de Forma y el monte arriba, con los pinos, el observatorio y la casa de vacas. Dentro hay hasta un peñascal, de donde sacaban la caliza cuando la obra. Pasa también un riachuelo, con sitios misteriosos de árboles, donde no entra sol nunca. Un lado del jardín de Andía, que, ya más que jardín, se ha vuelto un jaro muy salvaje, hace saliente y es lo que linda con Mendive. Le llamamos «el rincón del Caballerito», porque el Caballerito hizo allí el horno de cerámica y las dos tejavanas. Queda lo más lejos de la casa y era aquél, de siempre, un sitio donde nunca se iba, porque también le hace muy sombrío el asunto del paredón, que es ya famoso. Consistió en que después de la Primera Guerra carlista el bisabuelo de Isabel, muy fanático, levantó a ocho metros las tapias en todo lo que linda con Andía y las puso a la misma altura de un trozo de muralla antiguo, que lo aprovecharon y que había quedado allí de la ruina de una torre vieja. Así se formó el paredón, por el odio que nos tenían y de rabia que hubiésemos ganado los liberales. Los Mendive dijeron, y en mi casa lo saben, que no querían ver desde su casa ni la punta de la hoja de un árbol de Andía. Un día le dije a papá que, a pesar de todo, desde Mendive se veían árboles nuestros. «Los árboles crecen cada día —me contestó papá— y los paredones, muy de tarde en tarde.» Aquellas partes de los dos jardines, lejos de las dos casas, se habían vuelto muy salvajes desde qué sé yo el tiempo y ni se puede entrar en algunos sitios. Además, hay culebras y plantas venenosas. Una vez, cuando fuimos novios, le llevé a Isabel a enseñarle aquel sitio por la parte nuestra y nos pusimos por allí a coger moras.

Era por la Natividad, después de la misa. Las zarzas crecen allí tremendas y hay también de todo: helechos, espinos, hiedras, saúcos para morteros y acebo superior para maquilas y unas higueras de ramas muy bajas.

Lo más oculto queda entre los zarzales mayores, el trozo aquel de la muralla vieja, que aprovecharon y no lo tocaron los albañiles. Entró Isabel allí en un sitio muy hundido, casi de dar miedo, a coger moras, y h. dije: «Te vas a pinchar y, a lo mejor, ni puedes salir. Voy a sacarte». Pero ella va y me dice: «Aquí la pared es de hierro y si hay un tesoro, para ti y para mí. Ya está dicho». Fuimos a ver y encontramos la puertecita. Empujamos y se abrió, haciendo los dos grandes fuerzas, porque del otro lado crecía también mucho zarzal. Entramos arañándonos bastante y en seguida vimos que se pasaba de un jardín a otro y se salía al de Isabel. Dábamos saltos de contentos. Le pusimos de nombre «la Puerta Secreta». «Esta puerta —dijo Isabel— es un gran secreto. No se puede decir a nadie.» Era pequeña, muy estrecha y bajita. Luego miramos el paredón, alto como una casa, y nos echamos a reír. «Fíjate —le dije yo a Isabel— las tontadas que hacen los mayores. Ahora, con esta puertecita, nos reiremos del paredón siempre, nos querremos todo lo que queramos y nadie sabrá.»

¡Lo que fue el verano siguiente! Empezamos a citarnos allí a las horas de sol de la siesta, cuando casi todos dormían, después de comer, con el calor. También, alguna vez, nos vinimos un poco antes de cenar, pero con miedo. Arreglarnos, con muchas fatigas, los zarzales e hicimos una especie de cabaña del lado de Isabel. Hay que ver yo lo que sudaba, trabajando como Robinsón. En seguida llevamos allí cosas nuestras para hacer como casa de casados. Nos creíamos ya muy mayores porque habíamos cumplido los nueve y yo presumía de forzado. Ella consiguió traer dos sillitas, una mesita, juguetes de cocina y latas de galletas. Yo llevé la escopeta de aire comprimido, para defensa, una pistola rota, pero de verdad, un cuchillo roñoso, que luego le saqué filo y punta, como puñal, y cartuchos vacíos. Estar allí con Isabel era el cielo. Me sentía por fuera y por dentro un no sé qué de felicidad, que no había sentido nunca y, a veces, no me podía contener el escalofrío. ¿Puede haber va más que esto?, solía pensar entre mí. Y yo siempre esperaba más, más, más, sin saber qué sería.

Ella, al marcharse, echaba siempre el cerrojito, que le untamos de aceite. A ella le gustaba que yo llamase y abrir ella tardar en abrir, diciéndome que había sido malo, que tardaba siempre eternidades, que le quería poco o que, si ella me lo pidiese, no haría sacrificios. Lo de hablar con la

puerta cerrada casi era lo mejor, porque yo le Pedía cien veces que me abriera: «¡Abre! ¡Abre! ¡Abre! Isabel, por Dios, ¡ábreme! ¿Por qué has dicho que no te quiero? ¡Me moriré si no me quieres. Me moriré si no me abres. ¡Abre, Isabel!» Ella, una vez, me abrió llorando, de tanto que dije. y siempre, cuando me quería abrir pronto, era aquello de siempre:

—¡Tan! ¡Tan!

—¿Quién es?

—¿Quién es yo?

—Yo.

—Si eres tú, si eres yo, abriré.

D E L 5 A L D E J U L I O

XIX

Me hicieron volver a Las Arenas hacia el 15 de julio, cuando menos me lo esperaba, y pasé todo el viaje en la ventanilla a contar palos y palos del telégrafo de la impaciencia tan tremenda por ver a Isabel. Pero se pasaron los primeros días y, como siempre, el misterio absoluto. Había ella dejado de bajar a la playa de Ereaga y se iba, con su íntima Merche y la otra gemela, a la de Arrigúnaga. Por la tarde, se estaba con ellas en Martiarte o allí se quedaba a almorzar, porque medio vivía allí. Acabé por encontrarme en ese maldito Las Arenas peor que en Andía y hasta el interés por el «Sagutxu» me bajó enormemente.

Lo de la vida que ella hizo tan rara y sin aparecer por sitios, me sospeché por lo que sería y me dio pena. Menos mal que las amigas esas, Merche sobre todo, le acompañaban.

La tía, hubo que ver la pobre, tuvo que salir para La Rioja, pitando, porque se le hundía la bodega. Le mandaron primero el telegrama y después carta urgente del administrador. Ella vino hasta Bilbao conmigo, en el de la mañana y almorzó con nosotros. Por la tarde tomó el tren de Logroño, porque baja en Haro y, en menos de una hora de coche, que le sale a esperar a la estación, se planta en el Villar de Cilleros. Lo sentí, pero muy de veras, el que no me hubiera podido llevar y meterme otra vez en la vida de Las Arenas, sin consuelo ninguno de ver a Isabel, con la casa que me molestaba y donde nunca estaba tranquilo.

¡Qué hermosura —pensaba yo— La Rioja! ¡Qué felicidad, sólo recordarse las viñas, las huertas y la casa ancha, toda de sillería, con el balcón grande, corrido, y, en el medio, el reloj de sol! A la tía Clara le viene eso por su madre, doña Jeroma Ortiz de Marmanillo. Para mí, quitando Isabel, La Rioja es lo mejor del mundo, la gloria, y la casa mejor que la de Andía por lo que vale sólo, a la parte de atrás, la galería de arcos, toda con tallas de angelitos y de animales, como la fuente del jardín y, luego, dentro, algunos muebles y cuadros buenísimos, aunque a uno le da lástima de ver un verdadero palacio y con el patio aquel, casi todo para labranza o para el asunto del vino, hasta con los mulos atados a las columnas y, entremedias, el administrador, siempre con aquel guardapolvos tan sucio. La tía sufre, porque no acaba de tener allí orden y bastante limpieza y lo mejor que había, como los dos tapices, ya lo ha ido trasladando a Andía o lo pone con alcanfor debajo de sábanas y mete fundas en los sitios de estar a todos los muebles. Cuando uno le ve a la tía Clara lo vascongada que es en Andía, no se la figura en el Villar de Cilleros lo riojana completa que se hace y yo allí, cuando voy, acabo lo mismo.

Me da gusto dormir en las camas aquellas, entre las columnas retorcidas, y antes también se usaban los doseles de seda, cada uno de su color, según el cuarto. La Rioja, digo siempre yo, se parecerá a Italia, como la ría de Mundaca a Grecia. Luego sales, bajas por las viñas al río o vas por los huertos, donde hay fruta de lo mejor, o a las choperas, de unos chopos altísimos que, al anochecer, me parecía un bosque de lanzas con el Cid. Hace allí mucho más buen sol que en Bilbao y en Orduña, con el cielo muy despejado y montes lejos, muy azules, que distingue uno muy bien desde el balcón de casa, el Toloño y el San Lorenzo y la Demanda, que ya cae más allá, por sobre Ezcaray. Se pone el sol y el cielo se queda arriba muy azul, más abajo rosa y, a lo color canela y oro. ¡Cuánto me hacía pensar en Isabel aquello! En la parte del Villar, por medio de la vega, el Ebro va va grande hacia Logroño, con el horizonte por frente muy liso, pero a los lados y detrás hay montes y, en muchos montecitos, pueblos. Todo se puede ver a vista de pájaro si se sube a un poco

de altura. Los pueblos mejores están junto a ríos, porque hay más que el Ebro de ríos, con muchos puentes y, a las orillas, arboledas, donde hubo batallas importantes, como Nájera. El Clavijo ya queda más por otro lado. Lo pasa uno de primera en las excursiones. Se encuentra gente muy simpática y todos te convidan a merendar pan y chorizo, con vino. También allí cogí la costumbre de comer cebolla, guindilla y ajos crudos. Pero voy a decir por qué me gusta más que nada La Rioja. Parecerá una idea rara. Esa claridad especial que yo le noto a Isabel en la cara se la veo a La Rioja, como tierra. Por eso estoy también como enamorado de La Rioja y no me cansaría nunca de hablar de ella y de hacerle versos. En Orduña, cuando íbamos de campo, pasarla la Peña, por el camino de Pancorbo, hacia Berberana, yo miraba los montes y se me iba el corazón, no porque sabía que La Rioja estaba allí detrás, y hasta me creía que el viento, con los tomillares, empezaba a oler a La Rioja. He estado allí sólo tres veces. La última nos llevó la tía a Pitusa y a mí, pero volvimos algo antes, con el tío Lorenzo, que nos vino a buscar desde los Baños de Arnedillo. si no par Isabel, vaya si me echo novia allí, que le conocí a una tal Rosita, sobrina de un cura, como para volverle loco a cualquiera. ¡Vaya niña, y la tarde que merendamos en la viña de doña Inocencia!

Allí me gustaría a mí vivir, con una buena jaca, para correr de pueblo en pueblo, a ferias, y una escopeta de las finas para hacerme gran cazador, como uno que le llaman «el Relojero». Pues ¿y para ir con Isabel a los sotos aquellos del río?

Bilbao, no sé, me cansa y me da pella, por lo negro y triste que le hacen tanto y tanto llover, el estar hundido entre montes y el hollín de las fábricas. A mí me fastidian, lo que más, las industrias. Tampoco tiene catedral, como Burgos, ni monumentos así para ir a ver. Las Arenas, pase, por salir a la mar, pero el veraneo, ni hablar, y, sin Isabel, el infierno. Andía, eso bien, por lo antiguo, por lo de Isabel y por ser toda aquella parte lo mejor de Vizcaya. Pero para lo que se dice vivir, La Rioja. A mí me gusta el sol.

Aquel día mismo de la mitad de julio, que se fue la tía al Villar, en Bilbao diluviaba y yo no hacía más que pensar en los buenos ratos riojanos. Me encontré que tenía Pitusa institutriz nueva, pero lo contrario de madame Canitrot, que se había ido, porque ésta me pareció muy joven y monísima. Me dijeron que se llamaba mademoiselle Leonie Delange. Supe, también, que el padre andaba de capitán mercante, que los dos hermanos habían muerto en Verdún y que la madre estaba loca de disgustos. El hermano pequeño era poeta y compuso un libro de versos del mar, porque son de junto a La Rochelle la familia. Mademoiselle pensaba que este hermano suyo me habría querido mucho a mí y yo a él.

XX

Mi situación en casa no era buena y me pusieron en un plan muy raro. Las cosas como son. Mis padres me dejaban salir, pero con mucha política y me acompañaban, siempre que salía, Cándido o Aurelio, quitándome toda la libertad. Sólo me hicieron ir, que me fijé yo mucho, a casas de los que no estuvieron en la boda de Paco. Claro está que, desde el escándalo que armé yo en Martiarte, el día 3 de julio, no habían pasado ni dos semanas.

Me convidaron los Oriostes, hijos de un indiano de Olaveaga, hermano de leche de mi tío Carlos, que murió. Ellos tienen su palacio en Algorta, que, por cierto, rompí un cacharro azul estrafalario al saltar una balaustrada, y yo quería que me tragase la tierra. La señora, algo enferma del corazón y muy amable, me dijo que no importaba aquello y al cacharro le llamó «el tabor celeste». Después de merendar les dio el resorte a seis jaulitas de canarios artificiales y oímos una especie de concierto, que parecía el bosque. Esta señora, doña Palmira, es cubana y le da, así, por muchos caprichos. Dicen que se pasa la vida en una mecedora, abanicándose. Después, el pequeño de los Oriostes me llevó a los salones de arriba y cogió las llaves para enseñármelos. Dentro estaba oscuro y él abrió una rendija de persiana. Levantó un poco las fundas de dos o tres muebles con bordados de oro («brochados» dijo él que se llaman) y sedas de todos los colores. No se contentaba con que yo lo viese y me decía, cogiéndome la mano: «Toca, toca, que da mucho gusto el tocar esto. ¡Y con lo

que vale!» También me enseñó las estatuas de alabastro, una de un pescador con la luz en un estanquito, que se transparentaba «Aquí —me explicó él— todos son objetos de arte.» Los cuadros se veían mal y él encendió las luces eléctricas, todas también con lámparas artísticas. Vimos el retrato de su padre, don Claudio Orioste, muy bien vestido de frac y una banda, que era de Isabel la Católica.

Otro día me mandaron a una casa, también algo especial. Mi padre tiene un pariente de cara roja, alto, más bien flaco, de barbita negra, muy en punta, que se llama don Mario Maortua. Está viudo y bastante chiflado. Se parece algo al demonio, pero no se le cree mala persona de vez en cuando me había solido convidar con sus chicos y aunque no me divertía mucho, fui.

Ahora ellos han comprado una casa, con jardín, hacia Iturrigorri, y la tenían en obras de arreglo. A los chicos, Amelita y Nandín, les encontré, como siempre, muy buenos, pero raros y con las caras muy paradas, porque no ven a nadie, y, además, como se les murió su mamá de muy chiquitos se criarían así, tristes. Nos sentamos para almorzar casi a las tres, y dos pintores con escaleras pintaban las paredes del comedor mientras comíamos. Don Mario ni nos miró siquiera, ni nos habló nada, porque toda la comida se la pasó leyendo «La Casa de Vapor», de Julio Veme, con todo aquello de la loca y el coronel Munro. Yo había oído que don Mario Maortua es inventor de máquinas, músico, poeta, escultor y de todo, pero muy en secreto y que no enseña a nadie. Hace también fotografías artísticas. Los pintores que dije antes, por la parte de arriba de la pared y todo alrededor, como un friso, pintaban letreros con refranes y unos refranes eran rojos, otros azules, otro verdes, otros de oro. Estaban dibujados antes con lápiz muy finito, sobre lacal. También las letras eran muy variadas: unas góticas, otras inglesas, otras modernistas y otras estilo chino. El pintor que me caía enfrente acabó un refrán de los de oro. Yo lo leí alto y me reí, porque era no sé qué de casamiento y no pegaba para un viudo. Don Mario dejó de leer, como enfadado, y me contestó, señalando al refrán con el dedo muy tieso: «ase, para que no lo olvide usted, mocito, es un tradicional y precioso refrán castellano, cuyo origen fijó, nada menos, don Francisco Rodríguez Marín». ¡Vaya, me dejó de una pieza! Él volvió a leer «La Casa de Vapor», siempre tan serióte, y antes de las natillas se levantó y se fue, porque él no toma postres nunca. Sólo dijo, al irse, frotándose las manos: «¡Ea, a trabajar!» y subió al estudio de cristales que tiene arriba, como de fotógrafo, y le llaman «El Choritoqui».

Nandín me dijo que ahora su padre lo que más de todo es «hablista» y que siempre habla «de usted» cuando se enfada y también a los hijos. ¿A quién se le ocurre? Hubo que ver la vida estrambótica que me hicieron hacer aquella semana y las cosas que vi.

A los de siempre, como los primos de Eguía, el de Larreátegui y todos los que estuvieron en la boda, les hablé algo aquellas mañanas de bote a bote, y pasé nadando al bote de Jaime (ése muy cariñoso) y fumamos, pero otros me miraban como un bicho especial.

No sé si en casa andaban con miedo a que me encontrase yo con Willy Adamson y se armase la segunda. Me quitaron la bici con pretexto de mandarla a arreglar. Todo aquello tomaba mala pinta.

XXI

Muchos habrán oído nombrar a una señora inmensamente rica y muy buena que hay en Bilbao de seguro leerán en el periódico las cosas que hace la señora viuda de Jáuregui-Gamboa, y no saben que esa señora es doña Mariquita. No tiene hijos y el marido se le murió de marino de guerra en el Cavite. Ella quiere que yo también sea marino.

Ella y mi abuela son amiguísimas y se pasan la mar de tardes juntas en casa o se van de paseo y a las novenas, y otras veces al paleo de luto del Arriaga si hay la Ópera. Nadie (la aquí tanto como doña Mariquita para iglesias y pobres, y una vez al Santuario de Iráculis le regaló la torre nueva, con reloj, campanas, pararrayos y todo. El Hospital de niños de Lejarza, que ha costado millones, lo ha regalado ella también. Todos creen que cuando se muera le harán una calle y hasta quizá estatua.

A doña Mariquita le gustan muchísimo los chicos, pero su predilecto siempre he sido yo, y lo sabe ya todo el mundo. Si me ve en la calle, en seguida manda parar y me sube a su coche. Hasta hace poco recorríamos los mejores sitios de juguetes y me compraba todo lo que quería yo y todo lo que quería ella, a la fuerza. Un día me compró, así, de golpe, diecisiete juguetes. Le llevamos también a Pitusa una muñeca grande, con tocador y armario, para que no se nos muriese de envidia.

Desde que aprobé yo el tercero, empezó con regalos de mayor, como en junio, poco antes de llegar Isabel, el reloj cronómetro, que ya vamos con el cuarto reloj desde el de la Primera Comunión, la bicicleta segunda, sin contar los triciclos, la raqueta de tenis, los patines, el equipo de monte, la brújula, la lupa y el anteojito de mar, porque me oyó que me gustaban, las botas de fútbol y qué sé yo de libros, carteras, plumas, lapiceros, cortaplumas, estuches y cajas.

¡Qué educada y qué señora es! Pero a lo que iba.

Salí esa tarde en bote, después de comer, sólo con Poli, porque se quitó el sol y empezó a soplarnos muy buen viento. Saltamos a tierra a las seis y estaba en la rotonda doña Mariquita a tomar chocolate con la abuela. Me llamaron a mí como siempre. Hablaban entonces las dos de que la casa de Las Arenas no les gustaba poco ni mucho, porque ni parecía casi, sino un hotel o un club, y la abuela decía que si aguantaba a veranear así era por su hijo y los nietos. En esto mamá entró en la rotonda y, como ella estaba orgullosísima de esa casa, las dos viejas cambiaron la conversación y la abuela, por disimular, le preguntaba a doña Mariquita por qué no veranea en Soloa, una finca muy fresca y hermosísima que tiene por Basurto, y doña Mariquita le contestó que no le saquen de su casa de la calle del Correo y de sus costumbres, fuera de ir a Cestona, aunque le reviente ese balneario de veras, la casa de Soloa es muy bonita y grande y el jardín uno de los mejores de Bilbao, porque es un parque en serio y cuesta un dineral tenerlo así. Allí no vive nunca doña Mariquita, pero cuando viene el buen tiempo, convida a merendar algunas tardes, creo los jueves, a la abuela y la mar de señoras, hasta jóvenes.

Pero eso no es aquí importante. Por agosto, unos días antes de la Virgen, doña Mariquita da una fiesta descomunal de chicos y chicas y siempre ha sido diferente. Una vez fue un baile de trajes antiguos, con espadines, pelucas y casacas, otro año vinieron los payasos, el prestidigitador, el ventrílocuo y el malabarista del circo Walter. Hace dos años hubo el teatro de polichinelas y las sombras chinescas y los cuadros vivos de Bilbao, como hace cien años, todo dirigido por don Manuel Losada, y otro año, que era yo muy pequeño, representaron otros mayores la pantomima de la Bella Durmiente, acabó con los fuegos artificiales.

Para todos nosotros, como se puede comprender, la fiesta la merienda suele ser lo mejor del verano, y al fin, además, hay la tómbola, que es de cintas, pero de la cinta que se coge siempre sale, mejor o peor, un buen regalo. Don Fermín, el administrador, un señor siempre de chaqué, dirige esta parte. Lleva la fiesta años, y cuando uno acaba el colegio y empieza carrera, ya no le convidan. A mí poco me queda de ir, y los años que no estuvo Isabel, casi como si no hubiera ido.

Todo lo de esa tarde fue sobre este asunto. Después de tomar el chocolate, doña Mariquita nos dijo, muy seria: «Este año se adelanta la fiesta de Soloa. Hoy estamos a 19.

Va a ser el 25, el día de Santiago». A mamá y a la abuela les extrañaba que fuese tan pronto y doña Mariquita les insistió que tenía que ser en julio, porque ella en agosto iba a Cestona. «Irás —le decía mamá— después de la Novena de la Virgen, porque tú no puedes faltar como Camarera Mayor. Tu fiesta solía ser hacia el 12 de agosto y una vez la pusiste entre la Virgen y el primer día de corridas.» Le explicó doña Mariquita que entre lo de Cestona, modistas y juntas y muchos agobios, le vendría muy atropellado. Entonces la abuela le preguntó que qué había discurrido para este año y doña Mariquita le contestó que precioso y que nos divertiríamos a rabiar, y yo sobre todo. Luego dijo que ni sabía cómo no se le había ocurrido antes y que iba a hacer una romería vascongada. Nos contó que tenía apalabrados va chistulari y tamborilero, dulzainero, dos acordeones, tres carros de bueyes para las entradas de las chicas, un tio vivo formidable y qué sé yo. Le estaban acabando la ermita provisional, en la islita del lago, e iba a adornar y a iluminar el puente. «Pero, María —le decía la abuela—, eres tremenda, ¿hasta una ermita vas a hacer?» Doña Mariquita salió con que no hay romería sin ermita, y más un día de Santiago, y que cuatro tablones,

un carro de ladrillos, unos sacos de cal y un poco de yeso y pintura no iban a ninguna parte, porque además ella tenía ya, desde antes, una campanita, un altar dorado chiquitín y un Santiaguito de talla, con esclavina, conchas, bastón y sombrero.

Luego dijo todo el programa. Lo primero se bailarían un auresku de honor y yo haría el auresku, «el de mano», que dicen en Gautégui, porque había aprendido en la aldea y lo bailarían mejor que nadie. Claro que en Pedro de Gautégui, en Rigoitia, en Ajanguiz y en Luno es donde se baila el auresku mejor y con las reglas verdaderas. El atzesku lo haría Jaime Larreátegui.

En cuanto salí yo a relucir, mamá se iba poniendo seria. Y al fin dijo: «Mariquita, yo te lo agradezco de verdad, pero mira en qué trance nos pones. Yo tengo miedo a que su padre no le deje ir todavía a cosas así».

Entonces doña Mariquita empezó con que nos quería más que nadie en el mundo y que si seguían así conmigo me volvería raro, y ella no dormía con eso, porque era peligrosísimo a mi edad, y que aunque no tenía autoridad ninguna y dirían chifladura de vieja, me miraba como hijo suyo, y que después de todo, en Martiarte, yo había sido nada más valiente, como era su marido, y que según mi padre lo reconocía, no había hecho nada deshonesto. Al fin pidió perdón de no haberse podido contener ni delante de mí.

En esto entró mi padre y discutieron algo. Papá estuvo bien, como siempre, y me dejó bastante en mi sitio, pero insistía en que el escandalazo aquel en la boda había sido una imprudencia garrafal, por el día y la casa, y aquello en la playa o en la punta del muelle hasta lo habría encontrado en su punto. Muy amable, me dejó que fuera, y aunque prefería que no llamase la atención con lo del auresku, también acabó por ceder.

Doña Mariquita, entusiasmada, me dio la mar de besos al despedirse, y uno a mi padre. Nos confesó también que aquello de adelantar la fiesta era sólo por mí, para que yo volviese a andar con todo el mundo, como antes, y no me tuviesen ya más como un apestado, porque yo, dijo ella, no tenía que bajar la cabeza por nada ni por nadie.

Doña Mariquita nos dejó de muy buen humor. Cuando, poco después de irse ella, encendieron las luces, porque anochecía, me pareció que todos otra vez me miraban con las caras de antes. Pero todo aquello, ¿qué quería decir? Quería decir que el día de Soloa yo hacía el auresku y le sacaba a bailar a Isabel.

XXII

La mañana siguiente mamá quiso llevarme a la playa, y se empeñó tanto, que fui. Aquel día tuvimos una gran bajamar, con muchas algas. La tía Lucy Ispaster, en lugar de ir a un toldo corriente, armaba, desde junio, una tienda de campaña verde, lo más lejos del balneario y del jaleo, casi casi a la sombra del contramuelle. Nadie se pone por allí y a ella le caía además justo al pie de su casa. Y allí fuimos, hacia las once.

Pepín-Pepón, con aquel traje de baño amarillo que estallaba, parecía, más que Pepón, Pepona, o una nadadora de celuloide, que sin saber nadar, si le echas, flota. Cada vez le salían más mofletes, con algo de erupción, y se ponía más color de rosa. A todos nos hacía reír. Su madre, en cambio, sí que podía presumir de guapa con aquel maillot negro y el casco de goma azul claro, y eso que le tapaba el pelo rubio.

Esos trajes de malla, cortos y prietos, los llevan aquí todavía pocas señoras, dos o tres, y ninguna chica más que Pili, pero dicen que en Biarritz y San Juan de Luz ya no se ve otra cosa, y en San Sebastián, según Joshe-Mari me escribió, bastante. Aquí muchos lo criticaban.

Mamá también estrenó esa mañana un traje de esos, pero distinto del de Lucy y para mi gusto mejor, porque era de pantalón azul marino, muy corto, camiseta blanca y el cinturón, blanco también, con la hebilla dorada, chiquitina. Parecía soltera por lo joven. La tía Lucy Ispaster le dijo en seguida: «Pareces Pedrito. Más alta, pero igual que Pedrito».

A ellas esta moda les viene de perlas, porque son unas nadadoras fenomenales, mamá sobre todo. Cuando yo tenía cuatro años y mi madre (hay que ver, con veintidós entonces) se echaba a nadar, me quedaba a la orilla yo, mirándole, hasta que se perdía casi de vista, y como a veces, con las olas, no le podía ver, yo lloraba desesperado de pensar que no volvería. Lo digo de veras que sufría lo que nadie sabrá, desde que ponía el pie en el agua y mojaba los dedos de la mano para hacer «en el Nombre del Padre». Me figuraba yo que iba a ser la última cruz que ella se haría y ya sabía yo lo que eran ahogados, porque una tarde sola vi sacar cuatro frailes de los de la Doctrina Cristiana. Ella nunca podrá comprender las penas del infierno que me hacía pasar cuando nadaba y era yo chiquito, los años que vinimos a Algorta, a la casa del tío Lorenzo.

Luego ella me ha enseñado divinamente el «over» y el «crawl», pero yo nunca le llegaré ni a la suela de su zapato, aparte de que ella hoy, si quiere, se tira de ocho metros. A lo que le gano yo a ella y a cualquier persona es a resistir debajo del agua. Bato la media, y muchos me lo han visto, del pescador de perlas de Ceylán. Me lo han prohibido y mamá dice que cuando buceo y mira el reloj se le hace eterno y cree que no voy a salir nunca.

Ese día mamá y la tía Lucy se empeñaban en que me bañase, pero yo les dije que no. Había que ir muy lejos con la bajamar y no tenía yo gana de bromas. Pepín, hacía un castillo de arena y piedra, muy lejos de la orilla, por la urticaria, y me dijo que para cuando subiese la marea. Otro de seis años le ayudaba. «Tonto —le dije yo a Pepín—, la marea no empezará a subir hasta las dos.» y no le hice más caso.

Me senté a la puerta de la tienda y cuando ellas se alejaron hacia la mar, fumé un pitillo. Ellas dos iban al agua de un humor estupendo, como dos chicas. Jugaban a correr, a cogerse una a otra y a tirarse bolas de arena. Tenían hasta el baño un buen paseo. La tía Lucy le cogió a mamá por la cintura y le levantó por el aire. Mamá le agarró a la tía Lucy por el cuello y lucharon un poco, hasta que mamá le tiró muy bien la zancadilla a la tía Lucy, que rodó por la arena, con muchas risas y chillidos. Me gritaba de lejos: «¡Socorro! ¡Socorro, Pedrito! ¡Que me mata!» Mamá le tenía debajo de la rodilla y le amenaza de broma, mientras la tía Lucy tiraba patadas al aire. Luego la tía Lucy se soltó y se puso a rodar ella sola hasta el agua y mamá le empujaba con el pie. Al fin empezaron a meterse en la mar. Se les hacía muy fastidioso el andar con las algas hasta media pierna y enredándose a cada paso. Me alegré no haber ido, porque con una bajamar así, resultaba lo más aburrido bañarse. Ni una ola se veía. Todo se había puesto como un plato y para mirar, sí, el paraíso. Les llegó el agua a la cintura y vi que nadaban. Les miré con unos prismáticos que había colgados del poste de la tienda. Lucy, muy distraída, se había dejado sobre una mesita la pitillera, una boquilla larga y las joyas. Apareció, cuando volví a mirar con los prismáticos, el balandro de Juanito Villar, «Pimpilimpausa III», que se metió por aquel sitio, jugándose la orza muy despacio, con apenas viento en la vela, y ellas se agarraban una a la popa y otra al botalón y estuvieron de broma con Juanito, que no les dejaba subir y les baldeó de lo lindo con el cubo. Parecían dos gatas, y al fin saltó la brisa y subieron a bordo para dar una vuelta hacia el Algorta viejo, escorándose tanto de babor que ni se les veía.

Me convencí de que yo me volvía un hombre serísimo y ellas dos un par de colegialas. ¿A dónde iba a parar la diferencia, yo con tantas preocupaciones y ellas sin ninguna? Yo pensaba: ¿Qué filosofía tienen de la vida? ¿Cómo pueden reírse y divertirse de esa manera, siendo casadas y con hijos en el Bachillerato?

No les comprendía yo muchas veces a los mayores. Mademoiselle Leonie, con todo el ser tan mona y de veintitrés años, no se divertía de ese modo, porque muchos ratos le veía tan triste o más que yo y ponía una carita de ángel que me daba pena. A mí, claro, me había caído lo de Isabel encima, que era ya acabársele a uno el mundo, y a ella lo de los dos hermanos muertos en Verdún, lo de la madre loca, lo del padre solo, en el cabotaje, con un barco pequeño, el «Deterville», de trescientas cincuenta toneladas. En cambio mamá y la tía Lucy, tan felices. Yo sabía también que miles y miles de personas, en muchas naciones, lloraban, igual que Mademoiselle, por los que se les murieron en las guerras y por desgracias grandes y derrotas, como en Alemania.

A papá no, tampoco le entendía yo entonces. Al pronto, parecía serio, pero se me hacía muy irónico en todas las cosas. ¡Quién iba a pensar lo que cambiaría en muy poco tiempo! A mí me extrañaba que no se quisiera entristecer. Le noté que no le gustaba hablar de la muerte, ni de entierros, ni de enfermedades, ni de miserias de la gente. Yo, aunque sufría, no me hubiese cambiado por él. Yo quería sentirme el alma y más que nadie. Tampoco yo comprendía que papá, y esto fue ayer, como quien dice, diese tanta importancia a que el cognac o el oporto o el whisky sólo se pudiesen traer de no sé dónde o a si eran buenos o se habían secado un poquito los cigarros, aparte protestar, cada lunes y cada martes, como si se le hubiese hundido el mundo, de que no se comía bastante bien en casa. En muchas casas eso lo sabían y les daba miedo convidarle a comer. Sólo le hacía un poco de ilusión el ir todos los años a París y a Londres, a pasar temporadas, entre amigos de cuando estudió allí y en los Clubs. Aquí sólo salía con amistades pocas veces y casi nada más tenía un amigo en Lequeitio y otro en Zarauz. La gente de aquí, en general, le aburría. Ahora él es otra cosa en todo y se hace más corriente. Por otra parte, siempre leía y lee libros buenísimos, casi mejor que nadie en Bilbao, y sabe mucho, ésta es la verdad, porque estudió en el extranjero muchos años, como que hizo hasta las Universidades de allí, con premios. No me explicaba yo que sabiendo de verdad tanto y hasta latín y griego, que no lo sabe aquí ningún otro señor conocido, fuera de latín el tío Lorenzo, después no hiciese nada. ¡Con lo que me podía a mí ayudar! Le solía decir el tío Lorenzo que escribiera libros y él contestaba siempre: «¿Y para qué?» A mí se me representaba que lo que sabía sólo le servía para burlarse de los que no saben, y solía ser tremendo en eso, hasta con los curas, pero era como si no supiese nada. ¡Cuánto me dolía que fuese, en muchas cosas, lo contrario de don Agustín, el padre de Isabel! ¡Se le parecería tanto si quisiera!, pensaba yo. Se admiraban el uno al otro, pero no hacían migas. A mí me daba miedo que mi padre, en su interior, fuese muy frío y de mucha soberbia. Todo le daba igual, y yo rezaba para que tuviese más religión y, alguna vez, llorara. ¡Al fin, Dios me ha oído!

Entonces a mí casi nunca me decía nada de mis estudios o de cualquier afición que yo tomase, como no fuera para salirme con sus ironías o hacerme alguna broma, por el estilo de la que me gastó con Juvenal. Una vez, yo leía una *Ilíada* para los niños, a los nueve años, y fui a la mesa con las lágrimas todavía, porque me lo creía todo como verdad. «¿Qué te pasa?», me preguntó. Yo contesté, secándome los ojos: «¡Se ha muerto Héctor!» Mi padre se echó a reír con eso y yo me horrorizaba de pensar en Andrómaca y el nene y aquel pobre abuelito Príamo con sin fin de calamidades. Yo, con algo de rabia por dentro, dije: «¡Sí! ¡Son cosas que pasan en el mundo y no hay que reírse!» «Mira, Pedrito —me dijo papá medio burlándose—, ¿a ti la *Ilíada* te hace llorar? ¡Dichoso tú! A mí me hace dormir.» Luego me dijo que la *Odisea*, pase, pero que Homero, en general, era pesado, a pesar de la eterna manía de ponerle en las nubes, y Virgilio, ya, inaguantable. ¡Lo que se ha de oír! Otra vez me vio, mucho después, con una *Ilíada* buena, en francés y griego, y me dijo: «Cuando seas mayor, si lo griego te gusta, lee "*Dafnis y Cloe*" o Aristófanes, o Luciano, pero déjate de pesadeces». Eso me dijo. No se lo creería en su interior y salió con eso por llevarme la contra y desconcertarme.

¡Qué diferencia el Padre Cornejo! Ése sí que me hacía aprender todo lo mejor y lo que él había estudiado horas y horas y en toda la vida me lo explicaba estupendamente y yo lo entendía. Me entusiasmaba oírle, y cuando me había entusiasmado bien me obligaba a apretar de firme y a hincar los codos. Entonces yo me creía de entrar en una batalla y que tenía que arrear allí, lo que fuese, hasta gritar: ¡Victoria!

Encontré que yo había salido diferente a papá, a mamá y a Pitusa. Yo les quería siempre mucho y mamá me parecía maravillosa, como a todos. Pero mi tío Lorenzo, mi tía Clara, mi tío Ricardo o mi abuela Carlota, me parecían más de mi sangre que papá y mamá. Serían, tal vez, para mí, papá y mamá demasiado modernos y ya me solían tomar el pelo de que yo quisiera ser en todo un antiguo. La casa, no sé, con papá, con mamá y con Pitusa, me resultaba entonces más bien fría.

XXIII

Me estuve allí a la sombra, venga a pensar en la familia. A las dos menos cuarto volvió mamá, con la tía Lucy, las dos muy sofocadas, y se echaron, sobre la arena, boca abajo. La tía Lucy decía que con aquel sol y aquellas bajamares era muy fastidioso, porque había que sudar kilómetros para encontrar el agua como caldo y luego, las algas, que olían. Me dieron la razón, que un día así, lo único es en bote. Luego le preguntó mamá a la tía Lucy si dejaba definitivamente los baños de sol. Le contestó que sí. Mamá encontraba que había hecho bien, porque salen arrugas y no es bueno para el corazón y se pondría como un arenque ahumado. Le preguntó, además, si sabía lo de Manola en San Juan de Luz, pero la tía Lucy no lo sabía. Entonces mamá le contó que Manola Celaya se empezó a broncear porque a Felipe eso le gustaba muchísimo y ella se daba, además, yodo y potingues. Conforme se ponía ella más negra, le consultaba a él si más todavía, y él, siempre diciéndole muy serio que más todavía; pero ahora él la había plantado. La tía Lucy saltó con que era increíble, y mamá le contó que aquel canalla, así le llamó, le había plantado a la pobre Manola, y el día de la cena americana en la «Reserve», en las narices de ella, se pasó la noche bailando con la austríaca y que así son los hombres, porque ahora la pobre Manolita se quedaba, ahí te pudras, negra como un jibión y arrugada como una pasa y con veintisiete años, hecha una bruja.

La tía Lucy le contestó que no exagerara, porque, de pelo, de piernas y de ojos, Manola Celaya era una maravilla y no había otra. Yo me extrañé mucho de las tontadas que decían, porque, sin ir más lejos, Joshe-Mari y yo teníamos conversaciones muchísimo más serias. Confesaré, además, que a mí no me hacía gracia tanta intimidad de mamá y la tía Lucy Ispaster, con la que tratábamos antes mucho menos.

Encendieron unos pitillos. La tía Lucy me quiso dar una chupada a mí, que estaba algo detrás de ella, diciéndome: «Toma, ya sé que fumas». Le contesté que muchas gracias y que, entonces, no. Me preguntó que si era por mi madre, Yo me callé y ella levantó la cabeza con un gesto especial, como despreciándome. ¿Y a mí, de ella, qué?

Al despedirse mamá le dijo a la tía Lucy de no sé qué libros divertidísimos y que ya vería, pero que le guardara el secreto, porque los había encontrado en la biblioteca de papá. Le prometió que a primera hora le mandaría los tres primeros y que ella iba en el cuarto. También le insistió mucho en que no fuese, como siempre, distraída y no se dejase ninguno de esos libros en el jardín. «Entendido», le dijo la tía Lucy, y luego, una frase en francés, que yo sí comprendí las palabras, pero no la significación. Mamá, no sé por qué, se puso colorada y se rió.

A la hora de la siesta, mamá me mandó con los libros a casa de la tía Lucy Ispaster. Iban muy bien envueltos en papel de seda, con lacres azules y cintas azules también. Me acordé yo, por los colores, del traje de Isabel en la boda. Mamá me repitió, lo menos tres veces: «No se los has de dar a nadie, ¿entiendes? A ella misma, a Lucy».

Serían las cuatro de la tarde. Por el muelle picaba el sol de veras y el «Sagatxu» se columpiaba amarrado a la boya. Se va después por un túnel de plátanos y es un barrio muy quieto. No se oía ruido ninguno, sólo la mar, como si en las casas no viviera nadie. Siempre yo siento allí, a esas horas, como un gran misterio, sin saber lo que es. Tiré de la campanilla de la verja 37 no me abrió el portero. Vino una criada de pelo blanco, alta, de buen tipo, que la veo allí siempre, aunque voy poco. Me hizo pasar primero a un saloncito chiquitín, con muebles rojos chinos, por corredores, y dejamos a un lado el salón grande. Ellos viven allí invierno y verano y la casa es enorme. Por una puerta de cristales se veía el cuarto de dormir de Lucy y allí, sobre la cama, un cuadro famoso en todo Bilbao: la Santa Lucía, de Tiépolo.

Lo tenían todo tan cerrado, que el cuadro apenas si se clareaba, pero yo sala que estaba allí y sé el letrero que dice en latín alrededor del marco: «Lucía, Virgen de Siracusa, danos luz y paz». Me dijo la criada de pelo blanco que iba a ver. Esperé un momento y oí que la tía Lucy me llamaba. Yo atravesé su cuarto, casi negro, donde no había nadie y sólo se distinguían los dorados, que hay muchos, por el techo y por las paredes, y los espejos grandes, porque todo lo tenían, diga, casi a

oscuras. Ella me llamaba otra vez. ¡Qué bonita voz la de la tía Lucy! Todo el inundo lo dice. Pasé a su tocador, que yo no había estado nunca, por una puertecita dorada, con pintura de flores, y tampoco se veía allí claramente con todas las persianas echadas. Olía allí dentro muy bien a las rosas que había y al perfume de la tía Lucy, pero algo también a humo del tabaco que fuma. Todo allí eran ventanas con persianas verdes y toda la luz que entraba del jardín por las rendijas, muy verdosa. se oía de vez en cuando un ruido como de virar los balandros y era el aire en los toldos de afuera. Me di cuenta de que la casa tiene, por aquel sitio, la mar muy encima, porque rompían cerca las olas, que pegaban, al subir la marea. Aquello queda ya fuera de puerto.

Le vi a la tía Lucy echada en un diván azul claro, de florecitas de plata, con almohadones grandes lo mismo y ella, vestida, creo, para dormir, porque sólo llevaba un camisón como de espuma, entre rosa y naranja, con el cordón a la cintura, de oro. Era como un traje de ángel. Me fijé que tenía los tirabuzones sueltos sobre la almohada y los pies descalzos. En un tobillo le vi una cadenita muy finita, como la de la medallita mía, y no sé si la llevó a la playa. La tía Lucy parecía una muñeca de las finas, grande y muy hermosa de verdad. «Ven, Pedrito, siéntate aquí cerca», me dijo. Cualquiera se hubiera creído que se había vuelto de quince años, poco más de Isabel, y la voz como si cantara. Me agarró la barbilla y me dio un beso, alargando un morrito, así por broma. ¡Qué delicia de sitio ha armado allí para ella! Daba gran gusto estar. Me dijo que le había hecho daño el sol tan fuerte de por la mañana y que a ver si mamá iba un poco luego, cuando se pasara el bochorno. se empujó que le volvían las palpitaciones y yo me reí. Ella entonces me cogió la mano para que le sintiera el corazón y me la puso allí un poco apretada sobre los pechos, que no se le notaban mucho. Cerraba los ojos entretanto y cuando los abrió me decía: «¿Has visto? ¿Has visto tú mismo?» «No entiendo yo del corazón», le contesté, pero me acordaba del corazón de Isabel en el barco. Ella dijo: «Pues estoy mal, mal, mal». de la mesita aquella donde estaba el ramo de rosas y una novela, cogió la caja de pitillos, encendió uno y me dio a mí tres, riéndose: «Te doy tres —me dijo— para que los fumes en el bote. ¿Crees que no te he visto? ¿Me los vas a despreciar ahora, hipócrita?» Le di las gracias y los cogí contento, porque, la verdad, me los dio de un modo muy simpático. Parecía una niña de las que hacen caprichos y la mar de mimosa.

Abrió el paquete de los libros y yo fui a mirar. Ella lo volvió a cerrar aprisa y se lo apretó al pecho muy fuerte, como si se lo fueran a quitar: «¡Curioso! —me dijo—. Ya me ha dicho tu madre que en tu casa no pueden más de lo curioso que eres. ¿Qué quieres ver tú? Son libros de memorias de viajes y para ti aburridos, de seguro».

«¡Qué va! —le dije—. A mí lo que me gusta son los viajes, tía Lucy.»

«Pero éstos no», dijo ella, apretando los libros. Dio una chupada y miró ir el humo para arriba. ¡Qué ojos de virgen puso! Pero, entonces, parecía un chico. Tenía la cabeza más baja en el almohadón y las rodillas muy en alto, con las piernas cruzadas y tan fresca. Le daba en la cara la rendija de sol y se me hacía como si estuviéramos en la mitad del bosque, porque vino también un poco de brisa que le movía el pelo. ¡Qué guapísima estaba entonces! ¡y qué natural! «Adiós, Pedrito —me dijo, dándome la mano—, y muchas gracias a mamá y a ti, que has sido tan fino. Estoy encantada de tu visita.»

Salí como si saliese de los cuentos de las sultanas o de un sueño, aunque todo lo que había visto no tuviese nada de particular. ¡Cuántas cosas, que yo ni sabría decir, me imaginaba! ¡Mundos de cosas que yo apenas podía entender y que hay, porque se ve en los libros! Pensé que a la tía Lucy yo no la comprendería nunca y que tenía que ser muy misteriosa para el amor, algo así como una princesa encantada con algún secreto y que alguno tendría que venir de sitios lejanos y ése la desencantaría.

Pero se me olvidaba contar que, aunque ella me lo quiso tapar tanto, vi muy bien el título de los libros aquellos de memorias de viajes. se llamaban «Memoires de Casanova». ¡Si fuera como Julio Verne!, pensé yo. Luego, al ir hacia casa, volví todo el camino como tonto, que hacía mucho sol todavía, y repetía sin querer muchas veces el latín del cuadro:

«*Lucia — O dulcis virgo syracusana — Lucem tuam et pacem. tuam — Da nobis.*»

XXIV

Al de Larreátegui, que hacía el atzesku, a mí, que era el auresku, a los Eguía, a Momo Valmaseda, a Pepín-Pepón y así a otros cuatro o cinco, nos habían empezado a ensayar, en la campa de Soloa, como los principales. Los demás, y no digo ellas, bastaba que siguiesen, yo dirigiría todo el baile. No había esa mañana tamborileros, pero el capellán de doña Mariquita, don Bartolomé Otalaurruchi, un señor gordote, con la boquita muy chiquita, cogió un chistu y un tamboril, que eran suyos propios, y tocó requetesuperior, entre aplausos, aunque luego nos dijo que él, al lacio de un tal Padre Olderico, de Lecaroz, es una zapatilla rusa.

Me llevó el tío Ricardo, porque él, con un cashero viejo de Rigoitia, que trajo doña Mariquita, nos ensayaba, y el cashero, con una pipita de barro, se sentaba en el escalón de la terraza y el tío con él. Ese cashero, mientras que bailábamos nosotros, no nos decía nada, más que al tío Ricardo muy bajito y con señas. Sólo le oí decir por Pepín-Pepón y Luis Eguía: «Esos, pues, hijos de ricos y con tanto vicio de comer, el *ipurdi* les pesa».

Luego salió a enseñarme a mí la parte principal, que es el homenaje a la que uno ha elegido de pareja y él, sin soltar la pipita de barro, hizo unas cabriolas y dio unos botes del demonio, con setenta años que tendrá.

En el ensayo nos divertimos esas mañanas, pero sólo era entre hombres, y yo, claro, pensaba lo que habría sido con Isabel. Había que poner a veces uno que hiciera de chica, para saludos y otros movimientos, y le poníamos a Pepín-Pepón. El hacía lo que le dijeran sin hablar ni mirar para nadie, muy colorado. El primer día llegamos a Soloa a las once, después de una misa en las Mercedes, porque era domingo y todos de alpargatas, como nos mandaron, para poder bailar. Antes que empezara el ensayo, doña Mariquita nos hacía comer una tortilla de ron con dulce dentro y beber una copa de Oporto, para coger fuerzas; pero el viejo decía que mejor no comer y beber sí.

Allí se trabajaba a todo meter en los preparativos y estaban acabando la ermita, pero no nos la dejaron ver a nadie, y en la entrada del puente colgaron un cartel de «Se prohíbe el paso»». También armaban un tiovivo colosal, que se movía con la luz eléctrica.

El último día de ensayo nos fuimos, que serían más de las dos, y el tío, al entrar por la Casilla, paró el coche en seco y creí si habríamos pinchado, cuando va y me dice: Qué hacemos, Pedro? ¿Almorzamos en casa o vamos a Santurce a comer sardinas?» Yo salté, a escape, que a comer sardinas, y tiramos entonces por Burceña hacia Portugalete. Al pasar por Sestao, yo miraba la viña de Isabel, que nos llevaron de pequeños a comer uva y volvimos de noche.

En el chacolí de Santurce había algo de gente, pero nadie conocido, fuera de tres toreros, con un señor gordo, de gafas, que le saludó al tío Ricardo. Desde el alto aquel del chacolí veíamos divinamente todo el Abra, el Rompeolas y el Contra-muelle, el Spórting, tan chiquitín, y en la orilla de enfrente distinguíamos muy bien nuestra casa, la de Isabel y, no digamos, la de la tía Lucy. si nos miraban con anteojo podían saber hasta la enormidad de sardinas que nos comimos y luego pollo con patatas, arroz con leche y fruta. Al café, como siempre que estamos solos, el tío Ricardo me dio un pitillo y una señora de cara de vinagre me miraba. El estaba de un humor estupendo, como nunca le había visto, cuando va y me dice, de repente: «Pedrito, eres el primero a quien se lo voy a decir. Tengo novia». «Ya sabía yo algo de eso, no te creas, tío», le dije yo. El me contestó que yo no podía saber, porque novia, lo que se llama novia, sólo la tenía desde aquella mañana que ella le había escrito desde Biarritz diciéndole «que sí».

«¿A que es Sole Arceniaga, la hermana de la mamá de Pili?», le pregunté yo. El me contestó entonces «ésa es», y sacó de la cartera el retrato, para ver si me gustaba la nueva tía, que estaba allí, de tipo sobre todo, bárbara. Luego, después de confidencias íntimas que me hizo, me contó que él sabía, por Sole, que Pili hablaba de mí en la mesa todos los días, que me imitaba divinamente en el modo de hablar y que yo le era una enormidad de simpático. A mí me cargaba que Pili me la quisieran meter por los ojos, y aunque Pili me pareciese monísima, dije que lo que es a mí no me

gustaba ni pío. El salió entonces con que si yo era un exclusivo y sólo me gustaba Isabel y yo le pregunté si se creía que Pili ni ninguna se podían comparar a Isabel ni medio minuto, pero que ni hablar. El decía que eso va en gustos y que, aunque Isabel sea una divinidad innegable, Pili también era preciosa y que vaya niña, con sus catorce años y medio, porque también había que ver lo que era ella bailando. Yo lo consideraba un imposible que hablara de ese modo, sin comprender la realidad del mundo y sin percatarse, como yo le dije, que, cuando entra Isabel en un sitio, ella es aparte de todas las demás y diferente de cuando entran las otras. Le dije también que en señoras y en un estilo distintísimo, nos pasaba exactamente igual con la tía Lucy, según lo admitía todo el mundo, y que había que reconocerlo, aunque no se le tuviera simpatía. A mí ni siquiera me gustaba que intimase tanto con mamá. Pero he creído siempre que hay que ser justos.

Luego, después de la sobremesa y yo algo mosca con la discusión, subimos al Serantes, dando paseo, y el coche lo dejamos frente al chacolí. Como el apellido de Pili es *Serantes*, él, por hacer un chiste muy malo, me dijo: «Nos quedaremos aquí a medio apellido de Pili y medio apellido de Pili dice *Será*». Sin llegar hasta arriba, nos fuimos a sentar en unas piedras, a la sombra de un arbolito, con la vista de mar hermosísima, pero bastante viento. Yo quería encender una fogata, pero el tío no me dejó, por los del fuerte. Era también un día superior para tirar cometas.

Sacamos la conversación de la familia y le conté yo la mar de cosas de la tía Clara dándole mi opinión de que me parecía una mujer buena y de gran fundamento, pero de corazón algo frío. El decía que ahora quizá podría parecer algo seca en el carácter, pero que cuando joven dejó memoria por lo exaltada. En seguida aproveché yo eso para preguntarle que cómo se casó la tía Clara, porque había oído yo a los mayores algo muy romántico, aunque no lo querían contar delante de mí, y sabía que ella se escapó primero de casa para el campo carlista y luego del campo carlista para casarse con el tío Sebastián, que luchaba por los liberales y la raptó a caballo.

El tío Ricardo, serio, me dijo entonces que yo, como era un fantástico, me podría creer cosas que no son, porque en la historia de la tía Clara no había nada que ocultar ni nada malo, aunque había muchas extravagancias y fanatismos. Dijo también que a ella, naturalmente, le fastidia que se aluda a lo que pasó y que a los Andía tampoco les es agradable recordar aquello con extraños. Galdós iba a hacer un episodio o un drama, dijo el tío Ricardo, con ese asunto, pero los Andía, por medio de amigos, consiguieron que no. Me continuó diciendo que él no conoció a la tía Clara hasta la boda de papá y mamá, en el 1907, que él andaba en el Bachillerato. Los Andía y los Sáez de Murueta se trataban poco hasta entonces. El tío Ricardo, según bajábamos el monte y luego en la merienda, me contó, como él la sabía, la historia de la tía Clara. Y duró hasta la noche.

XXV

Por octubre pasado ella cumplió sesenta y siete. Al principio de la Segunda Guerra andaba entre los quince y dieciséis. Los tutores eran mis bisabuelos y ella, sin padres, hija sola. A todos he oído siempre en casa que ella fue guapísima y la más que recuerdan. Pero hay pocos retratos. Yo suelo mirar uno, que está con un capote blanco, la escopeta de caza y dos perros. Debe ser en La Rioja. Entonces me imagino que ella, en morena, sería como Isabel en rubia.

Lo primero, me dijo el tío Ricardo, cómo tuvo la tía corazón romántico y hacía versos a la Inmaculada Concepción, a Pío Nono y a la Reina de Nápoles. En aquellos tiempos, y con todo de ser tan religiosa, leía novelas francesas y, sobre todo, poesías de Lamartine y los libros de Chateaubriand, que le traían loca. Poco antes de la Segunda Guerra volvió del colegio de Francia. Estuvo en el Sagrado Corazón, de Pan.

En Bilbao se puso a subir a Begoña todos los días con Gertrudis, porque nunca se han separado de ella y Gertrudis, aunque algunas veces han reñido y, en las riñas, Gertrudis, entre la rabieta que cogía y algo que le da por soplar, ha contado las cosas.

En aquellos paseos iba al convento de las Mónicas y allí se pasaba tardes enteras con una tía suya, hermana de su madre, que eran riojanas, y de las Ortices de Marmanillo. Esta monja, que se

llamaba la Madre Genoveva, se había puesto cada vez más chiflada por el carlismo y le hizo a la tía Clara, de ocultis, carlista rabiosa, sin que se enterasen los tutores, archiliberales. En esto, ya se vio que lo de la guerra andaba en un tris y para estallar de un día a otro, y entonces la Madre Genoveva alborotó el convento con muchos discursos y exageraciones, que les daba unos mítines en los recreos, y hasta aseguró que tenía visiones proféticas. Les decía que, según aquellas visiones, la Comunidad estaba en la obligación de dar dinero para comprar fusiles a Don Carlos y defender la religión. Pidió que, por lo menos, le devolviesen la mitad de la dote y a otras les achuchaba para que la pidieran.

La Priora, ni que decir tiene, la mar de apurada, no sabía qué hacer con aquella loca y la metió en celda incomunicada de castigo, porque siempre la reprendía, y la otra, dale que le das, hasta que la Priora, al fin, se hartó.

Algo de esto yo lo sabía. Muchas veces, cuando voy a Begoña, por Zabalbide, con el tío Lorenzo, que solemos luego subir hacia el fuerte de Artagan, al pasar por las Mónicas, me enseña una ventana y dice: «Por ahí echó la carta la pobre Genoveva». «¿Para qué la echó, tío?», le suelo preguntar. Y él me contesta: «¡Bah! ¡Disparates! La infeliz se puso trastornada». Pero no dice más.

El tío Ricardo me lo explicó. La carta la cogió un aldeano de por allí, carlista, y la llevó, según vio el sobre, al jefe suyo de Bilbao. Hubo que ver la que se armó con una Ortiz de Marmanillo, hija de un general de la otra guerra, que hasta don Carlos María Isidro pasó dos días en la casa del Villar de Cilleros. Total, una noche, cortaron la reja con limas y descolgaron a la Madre, que bajó a Bilbao a esconderse a la casa de unas «birrochas» de la calle Somera. A escape, se comunicó secretamente con la tía Clara y arreglaron para irse de Bilbao. Se escaparon, disfrazadas de lecheras y con Gertrudis, montadas en tres burros, hasta Miravalles, para coger allí disimuladamente el ferrocarril de Tudela y entrar a Navarra.

Les recibieron a las tres estupendamente, en un convento de la Orden, muy carlista, de cerca de Estella. Ellas allí dijeron que las Mónicas de Bilbao se habían vuelto unas liberalotas, que olían a azufre y que no se podía allí parar. Todo esto se sabe, claro está, por Gertrudis.

Vino, a las dos o tres semanas, la guerra y al principio la tía Clara se quedó en aquel monasterio muy contenta, de medio novicia, como si quisiera profesar, pero luego no le gustó. Le visitaron los Mendive, abuelos de Isabel, muy amigos, por las ideas, de los Ortices de Marmanillo y pasó con ellos una temporada en el Bearne. Allí, un hermano del abuelo de Isabel le hacía el amor y, como ella no le quería, volvió con las monjas, aunque muy a regañadientes. ¡Algo mejor le habría ido casándose con él y queriéndole!

Un día recibió la tía Clara la visita de un ayudante del Cuartel Real. Gertrudis ha contado que las monjas le dieron chocolate al oficial aquel, ellas de la parte de allá de la reja y él de la de acá, en un sillón de seda, que le pusieron, como a un obispo, y alfombra. Salieron allí, dice, más de ocho monjas a preguntar, porque todas tenían el hermano o alguno de casa en el monte carlista, y se acuerda muy bien Gertrudis que a dos monjitas jóvenes, hermanas gemelas, de Peralta, el oficial les dijo al marcharse: «¡Adiós, guapicas, y que sois bien majas!»

Aquel oficial le había traído a la tía Clara una carta del conde del Pinar, primer ministro de Don Carlos y muy amigo de la familia riojana de la tía. Le escribía ese conde que se había enterado de todo lo que ella había sufrido por la Causa, con tantas aventuras, y que le convidaba a vivir con él y su familia, en la Corte de Don Carlos. Tenía ese conde una hija más pequeña que la tía Clara y la tía se pasó ya con ellos casi toda la guerra, siguiendo aquella Corte de acá para allá, y también curó en los hospitales con doña Margarita, hasta que, por fin, volvió a Bilbao con muchas peripecias.

Al volver, la tía no contó casi nada, y eso que estuvo en la mar de cosas, como en la Jura de los Fueros, que yo he visto el cuadro en Guernica, y me han enseñado el conde del Pinar. La tía le habló poco a Don Carlos, según cree Gertrudis. Donde más se encontró con él fue en Durango, en fiestas que hubo, unas veces en una casa y otras en un jardín. No lo sabe de seguro Gertrudis si bailó con él algún día. De todas las maneras, a Don Carlos no le habló mucho y casi nada en la audiencia, que pidió a lo último la Madre, cuando pasó, para tomar las aguas.

A una señora ya muy mayor, que vive en el Campo Volantín, le oí contar, y eso fue una noche, que a mí me mandaron a buscar a la abuela Carlota a la tertulia de las tías viejas de Eguía, que Don Carlos, en Durango, fue una vez a un convento de monjas y jugó con las colegialas a la gallina ciega. Pero la tía Clara no estuvo en eso. Ahora viene la segunda parte.

XXVI

Empezaron a pasar muchas cosas. La Madre Genoveva riñó con las monjas navarras, por discusiones que tenían sobre carlismo entre ellas. Andaba medio salida del convento y pasó por Durango para ir a las aguas de Elorrio; pero en Durango se quedó muchos días en casa de una tal doña Ildefonsa, parienta nuestra, y a las aguas no fue. Venía con la mar de cuentos y no paró hasta ver a Don Carlos por medio del conde del Pinar. La tía Clara no quería ir a la audiencia ni a tiros, porque ya no podía resistir las locuras de la Madre y, además, aunque parezca eso rarísimo, porque había cambiado en las ideas.

Al volver a Bilbao explicó a todo el mundo que se había desengañado del carlismo y de los carlistas antes que la Madre viniera y se había propuesto no seguir allí más, aunque Don Carlos le parecía un gran rey para España y doña Margarita un ángel, pero la camarilla, imposible, quitando Pinar.

La Madre se salió con la suya, y como era muy sorda, dijo el conde que iría mejor con la tía Clara. En la audiencia, le ofrecieron ellas dos a Don Carlos unos escapularios de lujo, con el «Detente, bala» en unos corazones bordados. La Madre también le dio a Don Carlos un memorial contra las Mónicas, porque todo lo demás eran pretextos.

Dicen que contó la tía Clara, y es de lo poco que contó, que esperaban al Rey de rodillas, que el Rey tenía puesto el Toisón de Oro y que les hizo levantar, pero no habló con ellas más de medio minuto y de pie. Dio la mano a besar y se fueron.

Y ahora vienen otras aventuras. A la tía Clara le había hecho el amor el tío Sebastián, algo primo suyo, y en cuanto ella volvió del colegio de Francia y tan preciosa como dicen, se le declaró. Supone el tío Ricardo que ella, recordándose del tío Sebastián en el campo carlista, iría enamorándose de él, aunque antes le decía siempre que no y que no. El tío, que estudió militar, servía de lancero con los liberales y ganó muchas cruces, que yo las he visto registrando cajones en Andía. También piensan todos que ella, como muy romántica y variable, según iba enamorándose del tío Sebastián, le tomaría asco al carlismo, aunque antes por el carlismo perdía la cabeza. Otra cosa que dice el tío Ricardo es que le vendrían remordimientos del disgusto que había dado a los tutores y del escándalo que levantó en Bilbao, las tres disfrazadas y en burros, como tres locas. «Al fin, para que veas —me dijo el tío Ricardo—, Gertrudis es la única que siguió y sigue carlista hasta morir, porque la Madre se disgustó de Don Carlos, se salió del convento y se hizo después integrista, en Tolosa.»

La tía Clara había llevado las joyas de su madre, que las tenía suyas, como huérfana. Le quiso dar algunas, en el Bearne, al abuelo de Isabel, que juntaba para comprar pólvora, pero él no se las tomó. Alguna vendió para tener dinero ella misma. Le pagó lo que quiso a un cantero, muy cuco, de Mañaría, que sabía pasar las líneas y comunicarse con los liberales. Ése llevó la carta para el tío Sebastián. El tío le contestó, naturalmente, entusiasmadísimo de que le venía a la mano la paloma y arreglaron la fuga de ella. Gertrudis no quería marcharse de los carlistas y la tía le tuvo que jurar que no iba nada contra ellos.

Una noche de fines de septiembre, con mucha niebla, echaron a andar y llevaron al cantero de guía. En un caserío de Galdácano, que se sabe cuál es, les aguardaba el amo, un cashero rico, espía de los liberales. Les recibió con mucho tapujo, imitando el cantar del «malvís», como habían dicho y sin farol, en el «ecarte». Les metió a dormir en un pajar, sobre la paja, arriba, muy ocultas, que de abajo no se les veía. Además, era un sitio a la parte de atrás, donde tenía varias teja-vanas, con animales. Apenas empezaban a dormir, cansadísimas de aquella caminata por monte, entró en el

corral, que había muy hermoso, allí delante, una partida de carlistas. A Gertrudis, con todo y ser ella tan de ellos, le parecían mala gente y, dijo, como de Aragón, porque vascuence no hablaba ninguno.

Ellos hicieron una buena fogata, para calentarse, en medio del corral, y se pusieron a beber en porrón, con muchas palabrotas, y luego, también, a cantar jotas, con guitarras. En esto, el jefe, entra con una vela en el pajar y empieza a desnudarse. Va la tía, según ha contado Gertrudis, y saca la cabeza de entre las pajas para decirle al jefe: «¿Está usted loco? ¿Quiere usted que ardamos aquí todo el mundo? ¡Apague usted la vela ahora mismo!»

Y la tía Clara, entonces, saltó de allí arriba y le dejó aterrada a Gertrudis. En seguida se plantó en el corro de carlistas, alrededor del fuego, mientras Gertrudis lo oyó todo, acurrucada en su escondite, y tenía el saquito de las joyas. Dice que se quedaron como tontos al ver una mujer tan guapísima y sola, que les hacía cara. Le preguntaron que quién era y adónde iba: «Soy Clara de Andía —dijo ella— y voy a Bilbao. ¿Quieren ustedes saber más?» «Te pasas a los "guiris" entonces», le dijeron.

Ella les preguntó si tenían madres, hermanas y mujeres, novias y hijos en los pueblos. Todos le contestaron que sí. Después les preguntó si todos esos pueblos eran de carlistas. Unos contestaban «el mío sí» y otros «el mío no». Al fin, les preguntó si irían a un pueblo de los liberales ocultamente, por un asunto de gravedad en la familia, como uno que estuviese para morir o algo de honor o de amor. Casi todos le contestaron que sí irían. La tía Clara les dijo: «Yo soy una mujer y no hago más que eso. Voy a Bilbao, porque tengo que ir». Le salió uno con que si podía ser una espía. «Mirarme bien —dijo ella—. ¿Tengo cara de espía yo?» Dijo entonces el jefe que todo eso era música y que sacara los papeles. Ella les enseñó la carta aquella del conde del Pinar. «Bien —le dijo el jefe—, ¿por qué no te dio salvoconducto y hasta escolta si es tan amigo y quería verte segura hasta las avanzadas?» La tía contestó: «Como padre me quiere. Ni con escolta ni sin escolta me dejaría ir. Me he escapado porque debo ir a casa. No podía decirle los motivos». «No te importe, hermosa —dijo entonces el capitán—, que te escoltaremos nosotros.»

Dice Gertrudis que eso le disgustó a la tía lo que más de todo y la partida le estorbaba. Dice que se calló un momento para pensar y se callaban todos mirándole. «Vosotros ahora dijo— a salir pitando para el monte y a vigilar desde allí la carretera. Quiero corresponder a lo buenos que sois conmigo. Los de Bilbao, según me han avisado de casa para que me prevenga, hacen una salida hoy al amanecer y tenéis el tiempo contado.» Gertrudis va, sacando la cabeza, les vio que, a toda prisa, cogían los fusiles y los morrales. El capitán, cuando salía por la puerta, que Gertrudis lo vio y lo oyó muy bien, le dijo a la tía Clara: «¡Ay, capitana mía! ¡Y que no vengas con nosotros tú, reina!» «Otra vez será, majo», dijo la tía, muy riojana, dicen, con las manos en las caderas. Hasta el anochecer siguiente esperaron la tía y Gertrudis para ir a un sitio donde les aguardaban. Vieron al tío Sebastián allí con el asistente y los caballos. Esa noche tuvieron mucha luna. Le hizo el tío montar a la tía Clara en el arzón de delante. Le envolvió en el capote y le quería llevar así abrazada, pero, al poco, la tía desmontó y se puso a la grupa. En una vuelta de la carretera le esperaban con el coche mi bisabuelo don Miguel y mi tío Lorenzo, que tenía ya veintisiete años. «La tía se hizo liberal —dijo al final el tío Ricardo— y en eso ningún Andía falla.» Gertrudis rió con la tía por eso, pero se reconcilió para la boda, porque apenas la guerra se acabó, la tía Clara y el tío Sebastián se casaron. Volvieron de la iglesia y a las pocas horas se separaban para casi toda la vida.

Cuando llegó a contarme este final el tío Ricardo, me desilusioné como no hay idea y le dije: «¡Qué pena, tío Ricardo! ¡Debiera de haber sido una gran historia de amor!» Pero todos estábamos en la higuera. Hasta septiembre yo no supe el fondo de aquella cuestión y nadie más que yo lo sabe ahora. Al volver a casa, vi que me estaban acabando de coser aprisa un traje de aldeano. Al día siguiente, era la fiesta de Soloa.

D E L 2 5 A L 2 8 D E J U L I O

XXVII

¿Por qué permitiría Dios que bailáramos el día peor de todos y el que menos hubiéramos debido bailar? ¿No resultó ya casi un sacrilegio? ¿Por qué tuvo que ser una pena tan grande y tanto divertirse allí sin saber nada? Nadie nos podíamos esperar el que pasara entonces lo que pasó. Y la pobre Isabel, menos que nadie. Lo contaré todo hasta el fin, lo alegre y lo triste. ¡Qué contrastes atroces hay en la vida! ¡Y doña Mariquita, que quiso más que nunca echar la casa por la ventana!

Para todos nosotros era el día ese casi el más alegre del año. No se puede ni imaginar, cuando uno llegaba a Soloa, el golpe de vista del jardín y la campa tan grande, toda de hierba fina, con muchos altos de arboledas alrededor. Queda frente a la casa como un claro del bosque, y sin querer yo pienso, cada vez que voy, en hacer un torneo.

Allí fue el baile, y a los lacios habían *choznas* y toldos para merendar al estilo de una fiesta de aldea, el tiiovivo colosal puestos para el tiro al blanco y juegos de fuerza con muchos tenderetes de otras cosas, todo lo mismo que en una romería famosa de verdad. Detrás de la casa había también el juego de bolos y la ermita, en la isleta del lago.

Entre chicos y chicas nos convidaron a una infinidad y más que ningún año, pero el auresku sólo fue de doce parejas.

Los mayores, que no llegarían a diez, se reían con doña Mariquita de que se hubiese armado todo aquello y se asomaron después al balcón principal para vernos el baile. ¡Quién se iba a figurar en lo que acabaría! Fue una desgracia, de verdad inmensa, la mayor que yo he conocido.

¡Y de qué tonterías me preocupaba yo! Las abarcas, con el calcetín gordo, crudo, de lana, me daban calor y picor, aunque dentro me puse un par lino. No se me quitaba a mí la obsesión de que bailaría mal con aquello y me resbalaría en la hierba el cuero nuevo blanco, pero a la hora de bailar, doña Mariquita mandó que me pusiesen un par de alpargatas.

Cuando llegué, faltaban muchos de venir todavía y unos cuantos estuvimos en el tiiovivo, que nos resultó majestuoso, con órgano y la mar de espejos. Poco a poco iba llegando todo el mundo, ellas la mayor parte de *neskas* y nosotros con más variedad. Hubo muchos de aldeanos corrientes, pero otros de arratianos, otros de marineros, con chamarrotos, otros de pelotaris, otros de «paikus» viejos, con paraguas y pipas, y así muchos trajes distintos. A mí me habían hecho uno de aldeano corriente, pero poco antes de almorzar, doña Mariquita me mandó a Las Arenas, en una caja grande, un disfraz de pastor antiguo de Gorbea, con un albogue auténtico y el capusay. No me lo quería yo poner de tan bueno que era y me azaraba el ir mejor que nadie, pero no lo podía despreciar. Luego, para el baile, cambié la montera por una boina roja y el capusay sólo me lo puse para entrar y salir. Cuando, al vestirme en casa, me miré en el espejo, me gustó el disfraz de pastor antiguo, porque siempre había leído que los pastores antiguos andaban muy enamorados y hablaban en verso y hasta en latín hacían de «versolaris». El tío Ricardo fue la única persona mayor que vino disfrazada. Se vistió, según dijo él, de alcalde de Gatica, con una capa gorda color café, sombrero de copa, gafas azules y una nariz postiza, fenomenal, roja como un tomate. Se asaba de calor con aquel sol tremendo, pero nos hizo reír lo que quiso con bromas y gansadas que se le ocurrían. ¡Quién le iba a decir lo que le tocaría luego ver! Llevó para bastón de mando un junco de malaca de borlas verdes, que tiene más de un palmo de contera, y dicen si «el Caballerito» lo usaría en Rayona cuando paseaba con Napoleón. El tío presidió después el auresku sentado debajo del roble entre el cashero de Rigoitia y don Bartolomé Otalaurruchi, el cura. Al lacio mandó que se pusieran, algo aparte, el

chistulari y el tamborilero, los dos muy bien vestidos, de tricornio y casacas coloradas. Nos empezaron a llamar para el auresku, porque se pasaba la hora. Entró Isabel en carro de bueyes con otras varias chicas, porque todas hicieron esa entrada. ¡Qué tranquila pasó delante de todos nosotros! Ella iba de pie en el frente del carro, entre las dos Layzaga, y venían las tres de hilanderas, con las trenzas largas, los corpiños y ruelas en las manos. Les hicieron la gran ovación. Sólo ellas tres aparecieron con aquellos trajes.

Se pusieron, al fin, las chicas en su sitio. Yo pedí la venia al tío Ricardo y mandó formar en seguida la cuerda de los hombres. Dimos la vuelta de salida y yo bailando siempre solo y delante, sin dejar de pensar ni un segundo que Isabel me miraba. Me debió de salir bien esta parte, la «urtera» que dicen en Gautéguiz, porque me aplaudían a rabiar. El tío, orgulloso de mí, me llamó para felicitarme y me dio un vaso de chacolí de premio y para que cogiese más ánimos. Yo bebí la mitad y tiré el «ondaquin» sobre la hierba. Entonces los que tenían que ir, fueron, según se hace siempre, a traerme a Isabel, que yo había elegido de pareja, y se quedaron quietos frente al roble, con Isabel en medio. Me solté de la cuerda de chicos, porque me había cogido a mi punta, después de lo del chacolí, y fui a colocarme delante de Isabel muy respetuoso. Le hice la primera reverencia, que me contestó nada más con una inclinación, y le puse la boina a los pies. Habían parado la música. No se oía una mosca. Yo casi no podía respirar ni mirar a Isabel. Me deslumbraba. Casi no le podía mirar de lo guapa que estaba al sol y ella bajaba un poco los ojos, cuando el chistu y el tamboril, a darme la entrada, redoblaron el aire del «homenaje». ¡Qué momento fue! Me hervía a sangre como fuego y empecé a bailar, para ella sola, dando altos que no daré en la vida, porque a cada salto que daba, ¡Dios eterno!, a cada salto que daba, pasando más arriba de los ojos de ella, yo me repetía, por dentro: «¡Ahora soy más alto que tú!» y «¡Ahora soy más alto que tú!» Fue la locura. Me creía yo entonces que toda la tierra, el mundo entero, me rebotaba para arriba como una pelota de pala, me empujaba a saltar sobre las puntas y a dar las medias vueltas en el aire y a tirar los dos pies por el alto, como un demonio, con las manos en la cintura. Me gritaban «¡altza, Pedrito!» y me repitieron la música, hasta que don Fermín, desde el balcón, e hizo la seña al chistu de parar. Era el delirio. Aquello se hundía de aplausos. Isabel, asustada, apenas me podía sonreír un poquito. Le hice la segunda reverencia y ella, muy graciosa, me contestó con esa reverencia grande que enseñan a las chicas para saludar a los Reyes. Le puse sobre el pelo la boina y ella sacó el pañuelo de seda blanca. Cogimos una punta cada uno y fuimos a formar la cadena. Entonces empezó la vuelta al revés y el «atzesku» delante. Le sacó de pareja a Pili y le hizo el «homenaje» bien, pero cortito y sin empuje. Yo me había hecho polvo. Cada uno sacó a su pareja, hasta que estuvimos completos y dimos la vuelta de honor los veinticuatro. Hubo después bastante lío en algunas figuras, y algunos andaban allí a tontas y a locas por entre los arcos que se hacen con los brazos. Me acordaba, al bailar esa parte, de lo que me había explicado varias veces el Padre Cornejo. Me creía de oír su misma voz sobre todo el barullo aquel que armábamos, pero una voz de gran solemnidad, como si predicara desde un púlpito.

«El auresku, Pedrito —me volvía a decir—, es un baile griego. Es la danza de Ariadna al pie de la letra. Fue la alegoría de la liberación del Laberinto. Sea para vosotros, los vizcaínos de hoy, la alegoría de la liberación del pecado. Teseo, rey de Atenas, era el primer aureskulari. Una guía hace falta. También bailó David y bailar es propio de reyes. Bailaba Teseo solo y delante, frente al altar de cuernos de Apolo, en el auresku de la isla de Naxos, pero para los ojos de Ariadna, y los demás hacían la cadena.»

Se paraba un poco la voz al cambiar las figuras. Pero seguían las vueltas del auresku, y entre el silbo y el tamboril yo seguía oyendo la voz del Padre.

«También la ezpatandantza —me decía— viene de los griegos arcaicos. Ahí están los danzantes que lleva esculpidos Aquiles en su famoso escudo. No sospecharás que su coro también se inventó para Ariadna hilandera, como el primer auresku de Naxos, pero no por Teseo, sino por Dédalo, su pariente próximo. Allí saltan los mozos como cabritos y giran como el torno del alfarero. Sus espacias de oro, que colgaban de los tahalíes de plata, ¿no centellean en sus puños como ruedas de sol? ¿No son ya los ezpatandantzaris? Pero ve los tauróbolos de Mithra y de Cibeles. Mira los

toreros de Creta. Estos ya bailan con estoques tintos en sangre. ¿No te acuerdas, Pedrito, cuando los ezpatancantzaris dan con las espadas en el pellejo hinchado de viento y adornado con cintas de colores? Es el antiguo toro del mito solar. Bailan por el sol que se muere. Son Europa. Las hilanderas que les miran bailar desde los carros, ¿no crees que son las Parcas?»

Se volvía a parar la voz, pero continuaba otra vez lo mismo que en Orduña:

«Y mira la regata de traineras de hoy, tan parecida a la regata clásica. Muy bien está que se parezca, Pedrito. El entendimiento de amor de este inundo se recrea y edifica con semejanzas. No me salgas, por lo que más quieras, un costumbrista bobo. Desarróllame bien una composición, una paráfrasis de la regata de los Juegos Fúnebres, de la del Canto Quinto de la Eneida, que es el mejor de todos. Que lo veas como cosa viva, con marineros de Orio y de Ondárroa. Que los versos se te hagan vivientes y suden, a chorros, los remeros. Descríbeme bien la ciaboga, mírala en el texto latino, los gritos a compás del proel, la voz del timonel y el golpe de timón a tiempo justo y el final, cuando arbolan el remo, ya en la meta, los vencedores.»

¡Qué entusiasmo ponía él en esto, a pesar de sus años! ¡Más que un joven! Yo le oía embobado hablar así. ¡Qué feliz me sentía!

XXVIII

¡Qué extraño ahora se me hace contar aquella fiesta, mientras me duele tanto y es tan triste lo que vendrá! Era una fiesta muy alegre y hermosa. Cuando se nubló después el ciclo y vino lluvia, me parecía va mala suerte.

Hubo también el «desafío», que se me olvidaba, entre el atzesku y yo. Lo bailamos los dos delante de Isabel y de Pili, repitiendo los «homenajes» y cambiando luego, él a Isabel y Yo a Pili. Yo saqué fuerzas, aunque estaba molido, sólo mirar los ojos de Isabel, pero con Pili, ya no me salía y vi que Pili se mordía los labios, rabiosa. De todos modos, creo que le gané al de Larreátegui, aunque no fuese ya, vamos, ni por sombra, la locura de la primera vez. Cuando se terminó con el Arin-Arin, yo me tuve que echar sobre la hierba, junto al tío Ricardo, y a la sombra del roble, como muerto. Me dieron un limón a chupar y, luego, agua con anís y me reanimé.

Isabel apenas había hablado conmigo en todo el baile y, de lo de Adamson, menos, por más que le dije: «Te estoy agradecido, ya sabes por qué». Cuando acabó el auresku se fue con las Loyzaga, y aunque dijeron que a recoger las rucas y a arreglarse, no sé si ella, a propósito, se me escaparía. Estuvo seria y me pareció menos alta que otras veces, con el traje aquel de aldeana. Llevaba abarcas, como yo, y las cintas sobre las piernas muy bien cruzadas. Casi no me contestó en el tiempo del auresku más que frases de nada y yo también anduve sin saber qué decirle, pero ella tenía, con todo, cara de buena y de quererme algo. Más que nunca, todos le miraban como muy distinta de las demás y vi que desde el «homenaje» se había puesto un poco pálida. A mí me parecía una santa divina, un ángel del cielo, un ser místico, y le hubiese adorado de rodillas delante de todos.

Fui a la ermita solo y en busca suya y nos encontramos en el puente, que salía ella con las dos y yo entraba. «¿Me das un poco estopa?», le dije. Y ella apoyó la rucan en la cintura y me dijo: «Coge». Yo le cogí un hilo, por tener algo de ella, y me fui. Después, pensando en eso, no pude comprender por qué no me había atrevido a acompañarle.

Nos llamaron a merendar y como caí con Pili Serantes y Charo Valmaseda, no conseguí estar con Isabel, que se me fue lejos y no les hacía caso ninguno a Luis Eguía y Momo Valmaseda, que se la comían con los ojos, uno a cada lado.

Cuando se acabó la merienda se puso la tarde muy rara, de color amarillo, que parecía todo el jardín igual que un cuadro viejo, y al fin se nubló. Entonces empezaron a meterse en la casa y encendieron todas las luces. Pili me había estado hablando, al principio, de lo de Adamson poniéndome por las nubes. Ella me servía de beber, me partía los fiambres, que hasta me los daba a la boca con su tenedor, porque yo tenía poca gana, y me atendía en todo. Dijo que había muchas

orgullosas y sin corazón y que ella no sería de esas, ni quería volverse fatua, por muchos que tuviese alrededor, ni coquetear con unos ni con otros, ni haría caso a nadie hasta encontrar uno que le quisiese de verdad. Me insistió en que había cambiado tantísimo como que ni miraba ya a ninguno, y me pidió unos versos, aunque fuesen cortitos, dedicados a ella, porque sabía que yo los hacía preciosos. Me llamó «incomparable» y «muy loco». Luego me contó que era tan desgraciada y que muchos días no había comido de disgustos, porque prefería morirse y se sentía como en un sepulcro azul, muerta. Ya se iban todos a la casa y le dije de entrar, para que no nos vieran tan solos, y ella, quizá llorando, si seguía.

Faltaba mucho todavía para la tómbola. Llovía ya algo fuera y dentro querían armar una especie de cotillón, que dirigían, como algo mayores, José Luis Arbeloa y Carmen Larreátegui. Trajeron gorros de papel, cintas de colores, «cracks» y serpentinas. Qué distinto era todo una hora después! Don Fermín, el administrador, elegía discos del gramófono y les quitaba el polvo con un plumerito. El tío Ricardo le explicó porque no podía ser así y se sentó al piano para ensayar las bromas con la música.

Le fui a pedir a Isabel que fuese mi pareja. Otros dijeron que si echar a suertes. Pero se acordó, al fin, que no. Estaban sentadas en un diván largo, de espaldas al balcón del medio, en la galería larga del salón, varias chicas y ella en una punta, de modo que le podía hablar muy bien sin que me oyesen casi. y yo le dije:

«¿Quieres ser mi pareja en esto, Isabel?» Me miró sin contestar y como sin saber qué decirme. Yo le repetí: «¿Quieres ser mi pareja, Isabel?» se puso colorada y otra vez se calló. La tercera vez le pregunté: «¿Quieres ser mi pareja, sí o no?» Ella me contestó, más bien triste: «Mira, Pedro, no sé si hacemos ya buena pareja». «¿Cómo "ya"?», salté yo en seguida. «¿No acabamos de bailar el auresku?» «Sí —dijo ella entonces—, pero el auresku es otra cosa, y, al, auresku, he oído siempre que no se puede decir que no.» «Entonces —le dije, muy desesperado—, ¿me querías haber dicho "que no"? ¡Es horrible ya esto, Isabel!» «No te puedo decir que no —dijo ella— ni a esto ni a nada. Pero no me hagas sufrir, Pedro. Quiero que comprendas. ¿Cómo te lo podría explicar? ¡Ay, qué disgusto éste, Dios mío!» Escondió la cara entre las manos y a mí me dio pena y le dije: «Dime lo que sea, pero no llores tú, Isabel». Ella dijo: «¡Es que tampoco quiero que tú sufras! ¡Tú no lo mereces!»

El tío Ricardo se había puesto entonces a tocar en el piano un vals muy alegre y empezaba el barullo de ponerse los gorros de papel y prepararse.

«Habla —le insistí yo a Isabel—, ¿es que no tienes ya confianza conmigo? ¡Aunque me Mates, habla!» «Pero si es por ti, Pedro —dijo ella la mar de apenada—, y para que no hagas tú un mal papel.» Me cogió la mano y siguió: «¿No crees que ahora hacemos, así, para bailar los dos solos, una pareja, no sé cómo decirte, algo inarmónica? y hasta eso no sería nada, pero después de lo de Willy y tú, todos se fijan en nosotros. Y no quiero que se rían de ti ni cuenten en sus casas lo que hacemos. ¡Ay, qué disgusto, Pedro! y ahora también todos nos miran, ¿ves? ¿Ves que algunos ni hablan por mirarnos? ¡Pedro, por Dios!» En esto, el tío Ricardo, así, de golpe, dejó de tocar y oí que cerró el piano. Yo empecé a temblar porque vi que, entre muy buenos modos, me despreciaba ella y se avergonzaba de bailar conmigo. Me corrió un sudor frío y se me puso la boca seca de repente. Apenas me salía voz, pero le pregunté: «Dime una cosa: ¿estás enamorada de otro, Isabel?» Ella no pudo contestarme, porque, en este momento mismo, vinieron a buscar a Isabel doña Mariquita y otra señora, que me miraba mal. y doña Mariquita le dijo: «Isabelchu querida, ven». Y le levantó del sofá, como abrazándole. Isabel preguntó muy apurada: «¿Qué, doña Mariquita? ¿Qué es?» «Nada, nada —le contestó doña Mariquita—, tú ven conmigo ahora, hija mía.» Isabel cogió entonces la rueca que se había dejado frente al espejo, en la consola, y se fue. Al llegar a la puerta se volvió y me miró muy triste, despidiéndose. Todos se callaron un momento, al irse Isabel. ¡Pobre —pensé yo—, ya no me quiere, y como es buena, sufre de ver lo que yo sufro! Pero a mí doña Mariquita ni me había mirado. ¿Qué habría hecho yo? ¿Le prohibían a Isabel que me hablara? ¿Me habrían levantado calumnias? Yo no sabía. Me asomé al balcón grande para ver si le llevaban fuera. Estaba el coche. Doña Mariquita subió con Isabel y, después de ellas, el tío Ricardo, que se había

quitado el disfraz, y salieron a toda marcha. Me quedé en el balcón. Miré la claridad que daban las luces al jardín y pasaron ladrando los dos «setters». No llovía ya, pero hacia la parte del puerto saltaban relámpagos. Me sentí más solo que nunca sin Isabel, y apenas quedaba luz del día. Me ardía todo el cuerpo. Volví al salón. Aquella señora tan seca y que vino como acompañanta de doña Mariquita cuchicheaba con don Fermín, y Pitusa muy cerca, junto al piano, hojeaba las canciones. Todos hablaban bajo. La señora aquella se puso debajo de la araña grande. Dio unas palmadas y nos dijo: «¡Silencio! ¡Un momento!» Luego nos explicó, a estilo maestra, que doña Mariquita no se encontraba nada bien y se suspendía la tómbola. Don Fermín, el administrador, haría él solo y sin trampa ninguna un sorteo y nos mandarían a casa los regalos. Yo sabía que lo de doña Mariquita no era verdad. Nos hicieron ir a los coches y nos juntamos todos, muy prietos, debajo de la marquesina, porque rompió a llover a cántaros. Nos iban llamando por nombres, y Jacinto, entre el jaleo de los faros, abría y cerraba las puertas y les tapaba con el paraguas a los que subían. Pili se apretaba contra mí, porque estábamos como sardinas, y me dijo: «Pedro, antes de marcharte, mírame». Y me puso la mano en el hombro: «¿No te estoy mirando y bien cerca?», le contesté, riéndome. «No, Pedro, no es eso», dijo ella, y se quedó con la palabra en la boca porque llamaron dos veces: ¡Andía!

Apenas el coche arrancó, le pregunté a Pitusa: «¿Tú qué crees que será?» Me contestó ella, con mucho misterio, que lo sabía todo, porque se lo escuchó a la señora que habló con don Fermín y que le dio tanto miedo al oírsele, que no se atrevió a decir nada a nadie. «¡Es horrible! —me dijo al oído—. ¡Es lo más horrible del mundo! ¡El papá de Isabelchu se muere!» Se echó a llorar Pitusa, como con ataque de los nervios, y yo, medio tonto, le consolaba sin hablar, dándole besos y cogiéndole las manos, pero me corrían poco a poco las lágrimas y sin darme cuenta. A Pitusa le entraba terror y veía la muerte entre la lluvia. Dio un chillido y decía: «¡No, tú no mires! ¡Ahora pone la cara de esqueleto contra el cristal!» Yo pensé que Isabel entraría entonces en su casa, vestida de hilandera, y le llevarían junto a su padre, moribundo.

XXIX

Al día siguiente de la noche del baile de Soloa, que ya se había muerto el padre de Isabel, me llegó una carta de Joshe-Mari con las fotos del crucero a vela que había hecho él, como todos los años. Aunque él no podía, de ninguna manera, saber lo que aquí nos pasaba, se me hacía imposible que estuviese yo con tanta pena y él tan contento, con la ilusión de verme contento, como él, para pronto, porque él se supuso que todo se me arreglaría en el auresku. Qué feliz debía de ser Joshe-Mari con lo de que Lolita le quería y que eran casi novios! ¡Qué bien lo pasarían en San Juan de Luz y, en las fotos, qué mona Lolita, sentada así en la botavara y recostándose un poco en la vela! «¡Ay, Joshe-Mari, Joshe-Mari! —pensaba yo—. ¡Qué tiempos tan distintos para ti y para mí!»

Al padre de Isabel le llevaron a San Pedro de Gautéguiz por el tren de Las Arenas y, luego, por los Vascongados, hasta San Cristóbal, y de allí, en coche fúnebre de caballos, que le traerían de Bermeo, como para mi tío Sebastián, el marido de la tía Clara. Pero tendría que ir a hombros desde la vuelta de la carretera, donde está la primera cruz, hasta aquel cementerio chiquitín de detrás de la iglesia. Ese camino al Camposanto, desde la cruz, es una calzada entre las heredades, que no caben los coches, y se llama «Camino de muertos». Se pasa cerca del molino y se ve Mendive un poco en alto y Andía más a la derecha y más en alto.

Le enterraron con lluvia, porque aquí no paró en todo el día. En el entierro de mi tío Sebastián, llovió también mucho. Se veía los sombreros de copa y los paraguas entre los maizales y eso allí resultaba rarísimo.

Se pusieron entonces, me acuerdo, detrás del ataúd, Gertrudis, Plácida la de Goicoechea y otra inquilina vieja de los tíos, con mantos de velo de luto y lloraban todo el camino. Me dijo una vez la tía Clara que antes allí se alquilaban mujeres para llorar, pero que en el Fuero de Vizcaya pone una ley que sólo pueden llorar los de casa. ¿Y si yo hubiera ido, como quería, detrás del cadáver de don

Agustín? ¿No podría llorar?

Como hacía mal tiempo ese día, me quisieron convidar los primos a ver el «Kim» de Jackie Coogan, pero me quedé en casa, por el luto. El funeral de Bilbao fue al día siguiente, en San Nicolás, que es su parroquia, porque ellos viven en el «Palacio», pegando a la iglesia, los inviernos. ¿Exageraré yo cuando digo que la de Isabel es la más bonita de todas las casas de Bilbao? Es antigua, toda de piedra, con halcones de bolas doradas, frente a las «Acacias» del Arenal. Allí durmió la Reina Gobernadora, dicen.

Para el funeral de Bilbao pusieron un tren especial y el que quería ir subía sin billete ni nada. Yo me escapé y fui. Me metí en un tercera y tuve suerte, porque mi miedo era de ver que no iba casi ninguno de mi edad y que alguno me preguntara ¿qué haces aquí? o ¿con quién has venido?, o que mi padre, que había ido muy de etiqueta, me viese y, a lo mejor, me avergonzase delante de cuatro señorones.

Aquí se hacen entierros muy solemnes y siempre se habla de si han habido muchas chisteras y si los que llevaban hachas de respeto eran muy importantes. ¡Figurarse este funeral de don Agustín lo que sería! En el tercera, donde yo me colé, me encontré nada menos a Plácida la de Goicoechea con el marido Martinchu, el inquilino de la tía Clara, y el hijo Berna, que era uno de la cuadrilla cuando subíamos a las tapias de Isabel y un íntimo mío de siempre, porque no hay otro como Berna para ir con él a los juncales, a ranas, a grillos y a topos, con azada y pala, y a muergos, con alambre, en el fangal.

Plácida, la madre, no hay idea lo elegante que vino, toda de negro, con la blusa de seda negra, los pendientes de oro y el pañuelo negro a la cabeza, de seda también y muy bien puesto. Sentía mucho la desgracia, porque mirando el cristal de la ventanilla, vio las gotas de lluvia y dijo: «¡*Gorputz ona euritsu, ay ama, zeruan ikusi gaitezala!*» Le pregunté a Berna: «Plácida, tu madre, ¿qué dice? No le entiendo todo». «El buen cadáver —me contestó muy azarado Berna—, la madre ha dicho, qué lluvioso es y que en el cielo hay que verse todos.»

Llegamos a Bilbao en seguida, sin parar casi en ningún sitio, y entramos en San Nicolás, que está allí mismo y al salir del tren. Plácida, Martinchu, Berna y yo nos quedamos junto a la puerta del comulgatorio. Presidió el hermano de don Agustín, que vino de Londres y tiene empleo allí, de secretario. Isabel y los otros de la familia fueron, con el cadáver, al funeral de Mendive y estuvieron allí el novenario.

Llevé el libro de Misa, aquel gordo, para leer el Oficio de los Difuntos. Fue largo aquello y yo siempre me iba a pensar en la pena de Isabel y en cómo lloraría. Muchos Salmos los leía sin atención o me distraía con el latín, ordenando las oraciones, pero cuando empezaron con el «Dies Irae», yo me puse a seguir en el libro todas las palabras, tan tremendas, con la música tan profunda, y entre eso y seguir acordándome de lo que lloraría ella, de lo que su padre era para mí y que no le vería nunca más, todo me parecía imponente y me conmoví tan de verdad, que rompí a llorar por don Agustín sin consuelo ninguno y muchos allí me miraban, sin comprender por qué lloraba así, no siendo hijo ni nada del difunto. Cuando yo, con mucha vergüenza, me secaba las lágrimas, le vi entre las mujeres a Merche, que me miró y ella también llorando.

En la Misa me volví a distraer, dándole vueltas o lo de David y la Sibila, sin explicarme por qué se cantaría eso de «*teste David cum Sibylla*», siendo él un Rey Santo y ella una mujer pagana y mágica. Otra vez, pensé de meterme a ermitaño en la Peña de Orduña y pasarme la vida allí solo a meditar en la muerte, dentro de alguna cueva, y quitarme de las cosas del mundo, porque nos tendríamos que morir todos, Joshe-Mari y yo y todos. y también Isabel se tendría que morir. Luego me acordé el, día de campo, aquel último, que tuvimos el día Dos de Mayo, en la Peña, cuando les contó Joshe-Mari que yo había hecho el poema en octavas reales a los Héroes del Dos de Mayo y el Padre Cornejo me hizo subir a una peña alta como un púlpito y se lo declamé a toda la división, que tanto me aplaudieron.

Se me pasaron por la cabeza aquellos versos, creo bastante malos, y en seguida me puse a componer el epitafio al padre de Isabel, que lo corregí algo en Las Arenas y lo dejé así:

*Su cuerpo duerme en esta dura arcilla,
Su alma, hacia Dios, por el espacio yerra,
Y fue padre de tanta maravilla,
Que nos dejó a Isabel sobre la tierra.*

Cuando acababa yo el epitafio, se acababa la Misa y empezaron los responsos, porque Plácida dijo:

—*Erresponsuá.*

XXX

Oía en casa muchas conversaciones sobre aquella muerte y lo que pensaban que pasaría. A mí me angustiaban más cada vez. Lo confieso que hasta me puse a escuchar detrás de las puertas y como no se debe, pero yo no podía vivir sin enterarme de todo lo que fuese de Isabel. A su padre, aquí, siempre se le consideró como el primero de Vizcaya en todas las cosas y, además, como un hombre santo. Al entierro, en San Pedro de Gautéguiz, bajaron de muchas «anteiglesias» y de todos los montes alrededor. No sabría yo contar nunca, tal como se merece, lo sabio que él era en un sinfín de estudios y los libros de ciencia que publicaba. En Mendive, por la parte del monte, hizo las dos cúpulas, una para el ecuatorial y otra para las fotografías del cielo. Una noche que nos llevó a Isabel y a mí, vimos Saturno y el Anillo, muy grandes, con relieve increíble, y otra noche, nos enseñó Venus, muy blanca, como una lunita, y después la Luna, horrorosa, porque se veía nada más un trozo de Luna enorme, con un cráter profundo como del infierno. Daba miedo, si uno fuese allí después de la muerte. Isabel le daba a la manivela y se movía toda la cúpula, muy fácil. Venían extranjeros, hasta de Rusia, a trabajar con él y un aparato de los suyos era el mejor de España. A mi padre le regaló el álbum que hizo de las nebulosas, con las fotografías, como remolinos de humo, que sacaba, y también un libro de estrellas, que se lo dedicó a su mujer antes de casarse y le puso en la dedicatoria: «En esto, Magdalena, y en ti, veo la magnificencia de Dios». Una de esas noches, que veíamos el cielo con él, nos dijo, riéndose: «Dios me va a pedir cuentas de esta manía mía de la óptica». Trabajaba también con microscopios y al Padre de la Historia Natural, en Orduña, le mandó la obra de algas, en dos tomos, y hay allí unas muy bonitas, que le gustaban a él más que ningunas, y se llaman las «Diatomeas». Un día me las enseñó. De otras cosas que apenas publicaba, como cuevas con pinturas, animales fósiles, misterios antiquísimos, monumentos y lenguas, él sabía lo mismo y también de filosofía. A lo último, el libro que él quería terminar, muy distinto de lo suyo de antes, era sobre la «Noche Oscura», de San Juan de la Cruz. Él siguió primero la carrera de arquitecto y, cuando acabó, estuvo en Italia bastante. No se puede ni concebir otro hombre más extraordinario. En Bilbao dibujó, sólo por devoción, planos de iglesias y de las casas para enfermos y pobres que fundó, algunas con doña Mariquita. Siempre les hacía jardines, con estanques y fuentes, y elegía todas las flores y los árboles. Un día le vi dibujando un altar mayor de San Bartolomé, con todas las molduras y los colores.

Una cosa nada más digo. Todo lo que quisiera ser el día de mañana, consistiría en parecerme un poco, aunque fuera poquísimo, a don Agustín. Cuando yo soy mejor, me creo de sentirle a él, aquí dentro de mí, y de ser algo suyo. Antes no me explicaba yo que él, a pesar de ser tan ilustrado y además con aquella figura tan arrogante de por sí, se hiciese con todos tan humilde. ¡A lo que llegaba él en eso! Uno se avergonzaba de estar con él. Además, yo comprendía, siempre, que me veía el alma hasta lo más oculto. Por supuesto, lo de que yo me había enamorado de su hija y lo serio que era ese asunto para mí, lo sabía desde el Principio, mucho mejor que yo, y no le disgustaba, pero tenía miedo a que yo me hiciese malo y, de lejos, él miraba siempre por mí. Los años que Isabel estuvo fuera, encontrarme con él era lo único que me consolaba. Si yo había sido muy bueno o había ido, en Orduña, muy bien en algo, me lo conocía sólo verme, sin que nadie se lo dijera, y, entonces, me solía decir, cogiéndome la mano con las dos suyas: «Bien, Pedrito, bien».

Nada más decirme eso, me daba yo cuenta en seguida de que me adivinaba y me quedaba yo muy tranquilo y alegre para mucho tiempo. ¿No consistiría en algo misterioso? Sólo hay otra persona que, sin tener nada de sabio, me adivina casi lo mismo. r, se es el hermano portero de Deusto, el Hermano Gárate.

El padre de Isabel nació en el Bearne, cuando la emigración, al fin de la Segunda Guerra, Pero él, a pesar de lo de su casa, no fue carlista y liberal tampoco. Venían los periódicos de Bilbao, cuando él se murió, todos con su retrato en grande y elogios grandísimos, que si él hubiera visto aquello se moría otra vez. Contaban cómo le hicieron a la fuerza Alcalde y Presidente de la Diputación para tiempos difíciles que hubo y por no encontrar nadie, ni por sombra, de tanto prestigio. Me fijé en el discurso que pronunció delante del Rey y debajo del Árbol de Guernica, sobre todo aquellas palabras que yo me aprendí de memoria, y que decían: «Os diré, Señor, de mi Patria mayor, de España, lo que aquel trovador antiguo del Bearne dijo de la suya, porque yo también quiero a mi aldea sobre todas las aldeas, a mi valle sobre todos los valles, a este Leal Señorío de Vizcaya sobre todos los señoríos y a España, después de Dios, sobre todas las cosas». Nada más esa vez, según el periódico, habló de patriotismo, porque le gustaba hablar poco y hacer.

Siempre se supo que don Agustín daba mucha parte de renta y hasta regaló alguna finca para caridad, pero no creían tanto como a su muerte descubrieron. Fundó varias juntas y casas, como los asilos de niños y niñas y de viejecitos del Zubelzu, y también le aconsejaba en todo a doña Mariquita. A veces nos llevó a Isabel y a mí a jugar con los huerfanitos del Asilo y no se creará nadie que ellos, con don Agustín, tenían mejores juguetes que Isabel y yo. ¡Menudo tren eléctrico sacaron, «Hornby» auténtico, y «Meccano» del número siete, con cuatro motores y la plataforma especial para la grúa grande! mero se los dejaban las monjas pocas tardes y en seguida se los cerraban en armarios. Siempre ellos, los huerfanitos, miraban los juguetes por el cristal. A Sor Braulia, la monja de las llaves, don Agustín le dijo a ver si quería tener museo de juguetes allí y que no romper juguetes los niños era contra el orden natural.

A don Agustín le gustaba mucho hablarnos a Isabel y a luí de Roma y de Jerusalén, sobre todo del Santo Sepulcro, donde había ido tres veces, y nos contó cómo pasó allí una Semana Santa con armenios y cómo estaba aquello todavía en poder de los turcos. Le dije que yo de mayor sería marino y haría una batalla de Lepanto. Al volver, él iba a Grecia y a Egipto, para subir al Partenón y a las Pirámides.

XXXI

Lo que hizo mal don Agustín fue en casarse con doña Magdalena. Ella será decente. Pero yo lo sé bien que es mala, perversa y llena de humos además y de tonterías. Cuando tenía mucho dinero no pensaba más que en figurar, invitar en su casa, comprarse joyas, ir a sitios de lujo, hacer viajes y otras cosas así. Le había dado también por las antigüedades y en eso entendía, pero por un cuadro o cualquier cachivache que se le encaprichaba, en cuanto le querían contrariar, temblaba el misterio. Entonces le chillaba a don Agustín como una loca, siempre echándole en cara lo que cuesta la astronomía y la oía toda la vecindad, sobre todo por la calle de la Esperanza, hasta que se salía con la suya, como con las «boiseries» del salón de Bilbao, que costaron miles y miles.

Don Agustín hacía cualquier cosa por quitarse de escándalos, para vivir un poco en paz y que los hijos no sufrieran. Allí ha sido el infierno. Todos, al abrir el testamento, murmuraban que les quedaría lo justo para vivir y tendrían que vender caseríos o alguna finca buena de lo de Navarra. ¡Figurarse la pobre Isabel, que se creía mucho más rica que nosotros! A mí me decía: «Quiero yo tener, de mayor, mucho, mucho dinero, y todo para ti».

Desde que se les murió el tío Ramón y don Agustín no quiso sacar el título con la Grandeza (porque dijo, además, que antiguamente se lo prohibía el Fuero de Vizcaya a los vizcaínos), vivía el matrimonio medio separado y ella, con lo de no ser condesa, ni tomar la almohada, como decía la abuela Carlota, se puso con él furiosa para siempre por más que él hizo. Entonces él, cada vez más,

vivía metido en los libros y los telescopios. No salía más que para los pobres o algún paseíto y ella, a lo suyo, de acá para allá. Desde que yo le conocí, cuando vinieron aquel año a Mendive, hasta las últimas épocas, don Agustín parecía ya otro de lo que envejeció y se le puso ya el pelo casi blanco. En invierno, si hacía sol, salía a pie con Isabel hacia el Campo de Volantín, y, si se encontraban conmigo, yo siempre les acompañaba, porque don Agustín me lo decía. Lo más que yo podía ser para Isabel era que su padre me quisiera. La última vez, en las vacaciones de Navidad, cuando Isabel estaba en Londres, que le acompañé de paseo yo solo, tuve mucha vergüenza y ni me atrevía a mirarle de lo enamorado que yo estaba entonces de su hija.

Apenas usaba el coche ni daba quehacer casi ninguno a los criados ni les tocaba el timbre nunca. Iba a buscarles y les pedía, por favor, lo que fuese. Una vez, en el piso de arriba, se encontró así a un criado y a una criada, pegándose, pero sin hacer ruido. Y les casó, poniéndoles una droguería. Ellos contaron que les dijo: «Es mejor que se casen ustedes, porque así harán las paces o se podrán pegar más a gusto».

Don Agustín vivía en un cuarto con toda la pared de cal, junto a la biblioteca. Isabel me enseñó la cama de tablas, con un jergón encima, sin colchón de muelles y, para los pies, una piel de cordero, pero nada de alfombras en lo demás, y la habitación grande, más bien oscura. No había, de muebles, más que dos o tres sillas de roble, muy ordinarias, con un armario igual, para la ropa, sin espejo, y otro armario de puerta de cristal, ése algo mejor, con las armas, porque había sido muy cazador y hasta de oso. El Cristo de la cabecera era de palo negro y metal, como los de los Padres. Me olvidaba un estante pequeño, con los libros de devoción y, también, debajo del Cristo, en un marco viejo de concha muy pequeñito, el autógrafo, donde nada más dice: «¡Ay, vida larga! ¡Ay, vida penosa!», y la firma: «Teresa de Jesús». Olía siempre un poco en aquel cuarto a alcohol de romero. Isabel, una tarde, allí casi a oscuras, me enseñó los cuchillos de monte de cuando su padre cazaba y, también, ella, en ese mueble, en el cajón de abajo, vio los cilicios.

Doña Magdalena, a Isabel, cuando chiquita, le mimaba horrores, más que a los otros dos, que son mayores, pero mientras Jorge y Juan Carlos se ponían de parte de la madre, Isabel, por su padre, se dejaba matar, por más discusiones que hubiese. Empezaron peleas terribles en la casa, con la educación que le darían a Isabel, y a la pobre Isabel, a lo último de estas riñas, le volvieron mártir. ¡A ver si yo no tendría que quererle! No podía con su madre ya y eso de no quererle más a su madre le horrorizaba. Ni al confesor se lo quería decir de la vergüenza y se pasaba las horas atroces porque no sabía si era o no pecado. Le daba vuelta a lo del Catecismo: «Honrar padre y madre». Honrar sí, pensaba ella, pero a la fuerza no se puede querer. ¡Ay, cuánto me he solido recordar, después, de cuando me decía ella eso! ¡A la fuerza no se puede querer! A mí me lo confesó todo una tarde que volvíamos por la orilla del Gobel y nos quedamos muy atrás. Me lo contó como un secreto espantoso y me dijo que había estado para volverse loca si no fuese por mí. Hasta se le ocurrió si no sería hija de su padre ni de su madre, porque la habrían recogido de alguna familia de pobres o de los huérfanos que su padre fundó, y si su padre, como santo, la querría más por eso mismo y de la compasión que le daría de una desgraciada. Yo le consolé magníficamente. Le quité de esas preocupaciones en cinco minutos. Le dije que entre las dos cejas tenía ella un lunar igual que el de su madre, chiquitín, como una estrellita, y, además, tenía el color de ojos de su padre, con la misma cara cuando se reía, y también la forma de la nariz y toda la frente. En cuanto llegó a casa se miró al espejo y se puso contenta. En seguida me telefoneó que yo le había salvado y que yo era su ángel.

El último año acabó doña Magdalena por odiarle a Isabel, que no podía casi parar en casa. Se refugiaba algo con Merche, porque la madre le mortificaba todo el día con cualquier pretexto y le llamaba «hija desnaturalizada», o le chillaba por nada que hiciese: «me crispas los nervios», «te tengo montada en las narices» y bestialidades. Una vez, lo increíble, su madre le pegó no sé por qué, y a las dos o tres horas, y sin razón ninguna, le volvió a pegar, y más fuerte. La pobre Isabel, a todo llorar, le decía: «¿Y ahora, mamá, por qué?» «Me rebulle la sangre contigo», le contestó. ¡Se ha visto infamia semejante! ¡La tía salvaje esa! ¡Ay, si yo llego a estar allí! ¡Le meto a doña Magdalena un clavo ardiendo por la nuca y me quedo tranquilo!

Claro que no podía durar ese crimen que estaban cometiendo, y el padre intervino. Le iban a mandar a Isabel a un convento bastante regular, de Guipúzcoa, el año antes de lo de Inglaterra, y entonces empezó el calvario mayor, aparte lo que ella sufría de que me mandasen a Orduña y me sacasen de los Escolapios, de externo. Pero su madre le engañó a don Agustín diciéndole otro colegio que educaban mejor. Lo que discurrió era un colegio de castigo, cerca de Vitoria, donde vestían a las chicas de hábito marrón, con tocas y todo, y las tenían como novicias pobres, dentro de rejas de clausura y hasta fregando suelos, como un «Santa Rita» de chicas. Doña Magdalena les dijo a las Madres que Isabel era malísima y que no alentaba palabra de verdad. Les encargó que le tratasen a baqueta y sin hacer caso ninguno de sus hipocresías y monadas.

Aquellas temporadas fue cuando le dio a doña Magdalena por echárselas de muy beata y andar con muchos directores y predicadores. Ella se entercó, según dijeron los de casa, en que la tomaran en Bilbao por más religiosa que el marido, de la envidia que la comía, y aquellas Madres la creyeron. Se había hecho la protectora y muy amiga de un predicador muy famoso que hubo y que ya se murió, el Padre Cordovín. También a ése le trajo a predicar, a Santiago, la Novena solemne de la Virgen, que la pagó de su bolsillo, luces y todo. Con eso ella se daba muchos aires entre los que no la conocían.

Isabel, al ames de prisión en aquel convento, consiguió escribir y pasar para su padre una carta a escondidas. Entonces ya se decidió don Agustín y le mandó a Londres, con el hermano secretario que tiene allí el destino, y le vino a buscar. Allí le pusieron en un colegio bueno, las Damas de Sión, donde había de varias naciones y sólo una chica española, una tal Luisa.

Otra cosa que no la podía soportar don Agustín era miss Bennet, porque miss Bennet, aparte de su modo de ser tan antipático, después no se ocupaba para nada de Isabel, ni de los dos mayores. Se volvió ya sólo la señora de compañía de doña Magdalena, que le regalaba muchos trajes y hasta abrigos de pieles, para ir así las dos a los sitios, y hasta hicieron viajes, con lo de buscar cosas antiguas, por pueblos de Burgos. Miss Bennet así presumía, aunque es un bacalao, de elegante y de guapa hasta lo inaguantable.

Cuando vino Isabel, en junio, le habían operado a su padre, y de gravedad, que por eso le hicieron a ella venir. Al principio, después de la operación, todos empezaron con las mayores ilusiones, hasta que el día aquel del baile se murió don Agustín en pocas horas, pero confesó y comulgó, sin querer, él mismo, más médicos. Después del Viático, pidió que le dejaran solo. Rezó como una hora y Isabel tardaba, porque doña Magdalena ni le llamó lo pronto que se debía. Le avisaron a don Agustín, hacia las ocho, que Isabel ya llegaba, y había salido de Soloa. Con eso, se puso él muy contento. Entonces, por entre la puerta, le vio don Federico, el cura, leyendo un poquitín de un libro, como para hacer tiempo, y riéndose. Luego encontraron, encima de la cama, un libro que se llama el «Pickwick».

Llegó Isabel y se quedaron solos. Estuvo con ella de muy buen humor, a pesar de los dolores, y lo más tranquilo, aconsejándole y hasta con bromas del traje de hilandera. Le había dicho el doctor Zabaleta que podía beber un poco de champagne mejor que agua y él hizo que Isabel se sirviera y chocaron las copas. «A lo mejor —le dijo él—, hasta el Cielo.» se puso a descansar un rato y se durmió, dicen, tranquilo. Isabel se quedó a mirarle dormir y al poco le pareció que no respiraba. En seguida corrió a avisar a los demás de casa, que estaban con doña Mariquita, el tío Ricardo, el doctor Zabaleta y otras muchas personas, en el salón. Dicen que Isabel no lloraba. Cuando entraron, don Agustín había muerto, y entraría, de seguro, en la Gloria.

La noche de aquel día de funeral, yo soñé que vivía don Agustín, pero de una manera incomprensible, en el invernadero de Martiarte. No podía vivir más que allí, y, en cuanto saliera de allí, se moría, porque la verdad era que estaba muerto, aunque allí, cerrado entre cristales, vivía. Este sueño pasaba por la noche, con una luna roja, de cuernos. Me encontré la puerta del invernadero cerrada con candado fuerte. Le vi a don Agustín, entre las palmeras, vestido de cazador, con poncho de lujo, un sombrero gris de alas grandes y el cuchillo de monte. Le miraba yo desde fuera y él no me veía. No sé cómo entré gateando por alguna rotura. Casi no pude respirar allí con el calor el vaho de las plantas. Don Agustín, muy pálido, con cara de difunto, me dijo,

ceceando: Pedro, mi amigo, por favor, avisa a Isabel». No tenía su voz ni su modo de hablar. Me pareció como andaluz o mejicano y tan distinto del don Agustín verdadero, que hasta podía ser mala persona. Me sospeché si sería masón y si se habría suicidado por jugar a la ruleta.

Corrí hacia la casa de Isabel por un camino entre los montes y encontré la puerta de la casa de par en par y toda la casa convertida en una torre negra de mármol muy brillante. Subí hasta el cuarto de Isabel por una escalera de caracol ancha, sin luces, y relucía el mármol con la luna. Vi en el cuarto una lamparilla de aceite encendida y allí Isabel, vestida de blanco, rezaba a la Virgen de Lourdes, en el reclinatorio. Le dije: «Vamos allí corriendo, ven. Hay que estar antes que amanezca».

Llegamos hasta allí sin hablar nada, como si no nos conociéramos. No supe más y me desperté, que todo me dolía, con la cabeza muy pesada. A pesar del calor que hacía grande, me entró mucho frío cuando me quise levantar, con un mareo enorme, y me acosté otra vez. Estaba enfermo de verdad y me sentí deshecho, de todo lo que había sufrido desde junio. Ya no podía con mi alma.

SEGUNDA PARTE

AGOSTO, SEPTIEMBRE Y OCTUBRE DE 1923

D E L 2 8 D E J U L I O A L 1 0 D E
S E P T I E M B R E

XXXII

Salí de milagro. Joshe-Mari bailó de gusto al ver mi letra, después del mes entero que estuve con la enfermedad. Yo, en la primera carta, le decía: «¿Te convences ahora? ¿No lo crees todavía que estoy bien del todo? ¿O tendré que plantarme en San Sebastián para que no dudes que vivo?»

¡Menudo abrazo me habría dado Joshe-Mari si voy yo o viene él, después de las penas y angustias que pasó con mi gravedad y todo lo que maquinó para venir a verme a Las Arenas! El tío Ricardo le adora desde entonces por la barbaridad que hizo en la Zurriola cuando el tío volvía de Biarritz con muy mal tiempo y se le colgó Joshe-Mari del estribo, sin gabardina, para que le trajera así a Bilbao por encima de todo, porque iba el coche lleno y no cabía. Según le llevaban para Ondarreta, donde está su casa, porque era la hora de cenar, él se tiraba de los pelos y no le podían consolar de ninguna forma. Otra vez se subió atrás de un camión, camuflándose con una arpillera, hasta que le descubrieron en Usurbil, por el miquelete. El pobre, claro está, se pensó, como todo el mundo, que yo me moría.

Lo primero, cuando me puse bien, le escribí que yo había crecido los seis centímetros. Ni se lo quería creer, y, luego, en otra carta, le mandé las primeras fotos. Es que ni casi yo me lo creía y, a veces, anduve dudando si no sería un sueño. Me volví loco de alegría cuando me levanté. ¡Qué milagro divino del cielo levantarse así! ¡Qué hermosura de vida para siempre! ¡Qué maravilloso me parecía todo cuando me vi tan alto en el espejo! Como lo más que había sufrido era por no crecer, me figuraba, con lo de crecer, de no sufrir ya nunca.

¡Hay que ver lo que aquello significaba para mí! Podía ser la salvación. Isabel ya no me llevaría ni cinco siquiera y yo le alcanzaría pronto, si seguía la cosa como esperábamos. A mí la Virgen me sacó de los abismos, porque, sin crecer, mejor morir. Aparte una desesperación como la mía con Isabel, siempre se sufre anteriormente de verse pequeño, con la mar de vergüenzas que se pasan y el pánico de quedarse así. Y eso que yo, si bien se mira, tampoco era tan bajito de llamar la atención, y

si no es por lo que creció ella, para otra como Pili, muy pasable. Pero, vaya, que para crecer, he tenido yo que jugar con la muerte al escondite y a las cuatro esquinas.

Todos lo supieron que fue un milagro, y grande, obrado por la Virgen Santísima, porque el mismo 13 de agosto, al caer la tarde, subieron a Begoña mamá y la abuela, a pie, desesperadas, con Mademoiselle y con Pitusa, y, de noche casi, subieron también el tío Lorenzo y el tío Ricardo.

La noche peor fue la del 14, y yo tan débil, que si me repetía aquellos nadie respondía de mí. Por la mañana, el 15, me dieron el Señor a las nueve, todavía no como Viático, sino por ser el día que era, que yo había comulgado siempre, y tuve, mientras la comunión, sobre la cama, el manto blanco de diamantes que trajo de Begoña doña Mariquita. Yo hice, secretamente, la promesa y empecé a mejorar y a mejorar de un modo increíble. Todos pensaban, y yo mismo, que no podía pedirse más milagro. ¿Cómo nos íbamos a figurar, ni por sombra, que faltase lo mejor de lo mejor?

¡Qué distinto iba a volverse todo para mí! ¡El porvenir con eso me cambiaba de la noche al día! Había tenido yo la mala pata no sólo de que me creciera tanto Isabel, sino, además, que se hiciera muy alto Joshe-Mari, sin poderle corresponder yo en la estatura y muy mortificado de que él, por ir siempre conmigo, tuviese que tragar el que toda la división. Y hasta Padres, nos llamaran la «L» y la «i», «Cuchillito y Navajita» y otras idioteces por el estilo. Al fin se concluyó.

En casa, menudo jaleo con que había crecido de aquel modo. Me miraron va de otra manera y no se les caía de la boca el que estaba hecho un hombre, como si yo no hubiera estado nunca hecho un hombre ni pasado lo mío, partiéndome la cara con quien fuese y aguantando mecha más que muchos mayores. Pero así es la gente. Cuando me puse de pie un sábado, que me hicieron levantar un ratito, se quedaron, ¡ah!, como bobos, con la boca abierta y todo era medirme en la pared y volver a medirme con el metro de la costura y pensar si se habrían equivocado en la señal mía de antes, en el cuarto de plancha, cuando me midieron con Pitusa, porque ellos, vaya, lo veían y no lo creían.

Hubo señoras, hasta de poca confianza, que me querían venir a ver puesto de pie. Los médicos dijeron que yo había roto a crecer de manera prodigiosísima, y el que vino de San Sebastián quería publicarme en un estudio, con fotos, en la revista de ellos, pero papá no quiso, aunque el otro insistía en que por amor a la ciencia. También me sacaron en la «Hoja Parroquial».

Dijeron los dos especialistas, el de San Sebastián y el de Madrid, que ni en libros encontraban caso como el mío, pero la mujer de Cándido, que es de Celanova, y donde se puede preguntar a cualquiera, conocía uno allí, que a lo primero se libró del Servicio, porque no llegaba a la talla y, luego, con el sarampión, que no lo había cogido de pequeño, se estiró hasta uno setenta y tantos, que es ahora su estatura y está bien fuerte y gordo, de municipal.

XXXIII

Lo que es por mí, no daban ni dos reales, de lo mal que estuve. Un día me llevaron envuelto en no sé cuántas mantas al Sanatorio de Erechu, a mirarme con los Rayos X, y no encontraron nada, ni después en la radiografía. Cuando me subía mi padre en brazos al coche, pasó Simona, la churrera de la playa, y le oí que decía: «¡Ay, Pedrito, pobre, cómo va!», porque me vio la cara amarilla. Tuvieron varias juntas y no acababan de saber. Hasta pensaban si por ir a ver buques, habría yo cogido alguna epidemia muy rara de la India o de África. Nadie supo nunca lo que tenía ni cómo me enfermé. Lo sabía yo sólo y algo también se sospechaba el doctor Zabaleta, pero los especialistas ni gorda y no se explicaron tampoco el que yo me curase.

Estuve en la cama desde el 27 de julio, al mediodía, hasta el 25 de agosto, que me vieron muy bueno, primer día sin fiebre, y me levanté algo. Salí de casa la primera vez, y escapándome, el 8 de septiembre, pero al jardín salía ya antes. Me daban de comer más cada día y me quitaron unas inyecciones, gordas como bombillas de la luz o mayores. Pero lo que se dice la salvación había sido el día de la Virgen, que ya no tuve apenas escalofríos y temblores, ni soñé con la serpiente, y me bajó la calentura mucho. Todavía peor fue el frío. Cuando me entraban aquellos hielos era por los

días del bochorno, que se asaban los pajaritos y se achicharraba de calor todo el mundo. Pues yo pegaba diente con diente y nada me podía calentar, porque tiritaba, como en el Polo Norte, metido allí entre bolsas casi hirviendo y con una montaña de mantas y edredones. Otras veces me ardía la carne como en las parrillas y le rezaba a San Lorenzo, que fue el 10, y santo del tío, con más de los cuarenta grados. Al principio, los médicos discutían clases de palúdicas y dijeron que hay clases, pero venga análisis y no salía más que recuento. Después dicen que hablaban cada día una cosa y de fiebre cerebral y nerviosa, porque yo deliraba mucho. Me agravé más, y el acabóse. El especialista de San Sebastián esperaba el tifus, complicado con no sé qué, y el de Madrid, la meningitis, con tisis galopante, y lo peor, según me contaron los de casa, cuando me puse bueno. La quinina no me hacía más que dejarme sordo tarumba y sacarme ronchas por el cuerpo. Me miraban el hígado, con que si andaba muy mal del infarto, que decían ellos, y yo sabía, por el Padre Cornejo, que el hígado de los antiguos era el de la melancolía. Cuando los dos especialistas hablaban tanto, según oí después, cada día una cosa y muy seguros, le preguntaban al doctor Zabaleta, y ése, entonces, se rascaba la barbita y les decía: «No sé, no sé».

Una mañana vino y le dejaron solo. Se sentó junto a la cama y no me destapó siquiera para verme el cuerpo y pegarme, con el dedo, en la tripa. Sacó el reloj de oro, me cogió el pulso y se quedó mirándome muy cariñoso: «A ver si se ve el faro en la niebla», dijo. Luego, sin dejar el pulso ni el reloj, me habló de papá, de mamá, si les quería mucho, de Pitusa, de la cuestión con Willy y de lo bien que estuve, del Colegio y de los amigos principales, que quiénes eran. Le dije Toshe-Mari y nada más. Al fin me preguntó: «¿Y dónde está tu amiga Isabelita?» «No sé, doctor —le contesté—. Creo que le han llevado a Francia.» «Tú la querías mucho, verdad?», me preguntó. «Sí —le contesté—, y le quiero lo mismo.» No me atreví a mentirle, pero me emocionaba tanto al decirle eso, que se me saltaron las lágrimas, y dije también: «¡Ay, Dios mío!» El doctor se levantó entonces y se iba. «¿Es que estoy peor?», le pregunté. «No, Pedrito —me contestó—, no estás peor.» «Es que usted —le dije— ha puesto una cara más triste que nunca y yo soy hombre y quiero saber la verdad.» «Me acordaba —dijo él— cuando yo, a tu edad, estuve como tú, en casa de mis padres, en Valmaseda. Este es un secreto que nos pasamos unos a otros, entre pocos, ¿verdad, Pedrito? si consigues tener valor, te curarás y te harás un hombre, de veras. Hav que pasar. A mí me da pena que dejes de ser niño y sufras por eso.» y se fue. Me acordaba cuando decía Chomin, el día aquel del bote: «Hay que pasar la barra, Pedro. Hay que pasar».

Eran los días malos. Le veía a la muerte venir. Una noche, me levanté con muchos esfuerzos. Me apoyaba como podía en los muebles, que me parecía alpinismo, y llegué hasta la puerta. Empezó a clarear y Sor Visitación se había dormido en la butaca. Se puso a hablar en esto y me asusté. Pero soñaba alto y dijo, nada más, entre dientes: «Sí, Reverenda Madre, hay que traerlo hoy mismo de la droguería». Y se calló. En la puerta yo rayé con un alfilerito, muy pequeñas, una M y una A cruzadas y doce aspitas alrededor, por las doce estrellitas, como en las medallas de la Milagrosa, para que la muerte no entrara. Tenía miedo.

Pero, luego, después de lo que me dijo el doctor Zabaleta, saqué mucho valor. A pesar de todo, siempre me quedó alguna esperanza de que Isabel volviera, como antes, a quererme. Si no, me habría muerto. Y, también, pensaba yo entre mí: «¿Y si ella, ahora mismo, me sigue queriendo como antes, pero secretamente, y yo no lo sé? No, no puedo morirme. No puedo darle ese disgusto. Tengo que vivir». Eso me dio más ánimos que nada. Le pedí a la Virgen que me salvase, y, me curé y crecí.

XXXIV

Yo siempre me creí que Isabel no habría podido enterarse de nada. Apenas se pasó el novenario, se fueron a Salies de Bearne. Los de casa dijeron que doña Magdalena se había puesto a mal con la familia y con medio Bilbao, muy rabiosa de que la criticaran su modo de ser con el marido. No pensé que nadie les mandaría cartas a Salies para contarles que me subía la fiebre a cuarenta y

cuarenta y uno. ¡Y lo que son las cosas! ¡Por Isabel había sido todo! ¿Qué liaría y qué diría ella cuando me viese todo lo que yo había crecido? ¿Qué pasaría cuando nos encontráramos la primera vez? ¿No se le haría que yo me había vuelto de una pinta muy rara?

Todavía, yo mismo, no me acababa de acostumbrar a verme en el espejo, con la cabeza como más pequeña, la cara más larga, los brazos muy largos también y las piernas que iba yo como en zancos. Quería yo, cuanto antes, que el médico me diese permiso de sudar, y empezar, en seguida, la gimnasia para recobrar músculo, para quitarme de aquellos hombros tristes y, sobre todo, para volver a tener aquella forma de la espalda que le gustaba tanto a mamá y, cuando me veía desnudo, me llamaba «el atleta de bolsillo». y ponerme también, otra vez, las piernas macizas y duras, como el curso último, que no me cogían el pellizco si hacía yo la contracción. ¡Cómo respiré cuando me quitaron el reposo, que era cansadísimo, y a esa hora leía en un atril de cama «La Historia del Imperio», de Thiers! Al principio, me vigilaban muy severos y apenas le podía escribir a Joshe-Mari.

Casi todo lo que había en mi armario lo dieron o lo regalaron, hasta las botas de fútbol, ¿qué remedio?, porque nada me estaba ya.

Al principio, no tuve más que un traje de sport de tela kaki y ése me lo compraron hecho. Me encargaron después ropa nueva y me hicieron tres trajes de hombre, en sastrería buena, de mayores. Dijo Pitusa, en la cocina, que se gastaba conmigo un dineral y que no estábamos para bromas. Me trajeron también bastante de la camisería y del zapatero, y, además, un jersey azul, allí puesto «Sagutxu» en letras blancas, y un pantalón azul de tela, para la mar. Decidieron que yo no volviese al colegio hasta después de Navidades, por lo pronto, para reponerme completamente y dormir todo lo que quisiera. Casi me alegré que Joshe-Mari no me viese hasta entonces para estar así en forma con él y no darle lástima. Me preocupaba averiguar lo que aumentaba en fuerzas y me entrenaba siempre, sin que me vieran, a dar saltos y a levantar pesos. Comía también como un burro. Más que de salir a la mar, me venían unas ganas feroces de subir a picos y de galopar a caballo, hasta sacarle espuma y rendirme yo mismo. Le robé el primer pitillo al tío Ricardo, nada de rubio, habano de Gener, que es el que satisface, y después de comer, echado en la cama, me mareé de gusto. Miraba el humo como bobo y ¡vaya aroma exquisito! Me supo a los de Orduña con Joshe-Mari y hasta mejor.

Al principio de caer yo malo, no me daban las cartas de Joshe-Mari, por si me excitaban, y me las abrían para contestar ellos, tranquilizando, pero el doctor Zabaleta les dijo que podían dármelas y ya me las dieron sin abrir. Yo ni le podía contestar cuando él, tan angustioso, me preguntaba: «¿Por qué no me escribes? Ya lo sé que estás algo malo. Pero escíbeme tú mismo, una palabra sólo, aunque sea con lápiz». Me quitaron papel y pluma de la vista. Aunque él me quiso aparentar que no se alarmaba, comprendí la que estaba pasando por mí. Luego supe que para lo que él se empeñaba en venir a Bilbao era para darme la sangre si me hacían la transfusión. «Le daré hasta la última gota», le dijo al tío Ricardo el día de San Sebastián. ¿Quién haría por mí otro tanto? No lo podré olvidar yo eso en la vida, porque eso es sagrado y yo seré siempre para él su hermano del alma y le querré como a mi alma. ¡Ay, decía yo entonces, si fuese como su amistad el amor de Isabel! No podía yo comprender el que otros veranos, algunas temporadas, me entusiasmara yo con Jaime Larreátegui. Cada vez le quise a Joshe-Mari más y más. ¡Qué olvidado le tengo ahora! Muchas veces, como hoy, al escribir de esto, he sentido vergüenza y me da remordimiento imaginarme si no me querrá él a mí más que yo a él, y si yo, a su lado, no seré un egoísta. Por Lolita, no me abandonaba y yo a él, por Isabel, sí. Le encargué siempre mucho a mamá que le escribiera y le dijese que sólo por él me querría poner bien pronto, para que no se apurase. Yo sí le habría dicho: «Joshe-Mari, me voy a morir». Pero no quería que nadie se lo dijera. Luego he sabido la carta larga que mamá le escribió después que salí del peligro para contarle cómo me trajeron la Comunión y las cosas que dije a todos cuando creí de veras que me tendría que morir. Todo Las Arenas estaba la mar de impresionado y hasta Adamson se portó muy caballero y vino a preguntar él mismo. Se encontró en la puerta a mamá, que se despedía de la tía Lucy, y le dijo una frase lo más noble: «Señora —le dijo—, yo lo sé que vivirá, porque sé mejor que nadie lo fuerte y lo

valiente que él es». La primera vez que le vi fui a darle la mano y las gracias y a decirle que yo quería ser amigo suyo y me perdonase si en algo le ofendí. Él me abrazó, riéndose, y me dijo: «Tú lo que eres es un macanudo y te voy ahora a convidar, si quieres, a cervezas, o a lo que tú quieras».

A veces yo solía pensar demasiado mal de algunas personas y cogía tirrias tremendas. Me pasaba hasta con mi padre, que, a veces, casi me volvía un mal hijo. Pero en la enfermedad yo empecé a comprender todo lo que mi padre me quería, aunque él tuviera sus cosas, como cada quisque, y me sentí contento de ser hijo suyo.

XXXV

Me tardé mucho en enterar de que el Padre Rector, muy simpático, no le dio mi carta maldita al Padre Cornejo. Un día, a primeros de septiembre, el Padre Cornejo me escribió como si tal, diciéndome cosas maravillosas y con un libro de regalo: «La Consolación de la Filosofía de Boecio», en traducción de castellano antiguo. No sé yo, el Padre, quién le diría lo del milagro de mi estirón, porque en la obra esa que me mandó vi que me subrayaba estos versos:

*Mas el linaje humanal
tiene alta el estatura
Porque aprenda cada cual
despreciar lo terrenal
y ordenarse aquel altura:
pues será desventurado
el hombre descomedido,
que tiene el cuerpo elevado
y el pensamiento pesado,
bajo la tierra metido.*

Casi toda la carta del Padre, que la tengo guardada, es sobre estos versos y lo que yo había crecido, por gracia de Dios, y lo que es crecer y subir hacia la altura y acercarse al Cielo y a mirar las estrellas y a la eternidad y decir como San Ignacio: «*Quam sordet terra dum coelum aspicio*», porque, aquí abajo, todo se acabaría y el crecer me debía enseñar a levantarme con el alma, cada vez más lejos de esto de abajo y hacia arriba, hacia la única vida verdadera, me decía: «hacia la eterna juventud y hacia la primavera eterna del Señor», «*ad Deum qui laetificat juventutem*». Por la mañana, cuando leía todo esto, que me despertaron con la carta y el libro, no me creía de estar en este mundo y me sentía una paz celestial y alegría grande.

Luego, al mediodía, me llegó la postal del tío Ricardo y noticias de perder la cabeza: que, en Biarritz, le había visto a Isabel, que había almorzado con ella, que él llegaría a Las Arenas el día siguiente y ya me contaría. Lo de aquel día no se pudo ni comprender, porque fue un día de una suerte fantástica en todas las cosas. La tía Lucy me regaló la caja de bombones de cinco pisos, pero sólo me dejaban comer seis diarios. El tío Lorenzo había ido a Madrid y esa misma mañana me hizo llegar, por don Cosme Larreátegui, las obras de Kipling, muy bien encuadernadas, y así, en el reposo, no leí más «La Historia del Imperio»; de Thiers, que lo dejé en aquello de Bailén y en cómo hincaron allá el pico todas las águilas.

Creo que aquel día, cada cuarto de hora, leía la postal del tío Ricardo, y pensaba: ¡Ay, Isabel! Ahora sabría ya que había estado enfermo. Pero nunca sabría lo que yo había pasado por ella, que, por ella sólo, estuve a morir y, por ella, nada más, me curé, por si me quería todavía y para no darle aquel disgusto. No se le ocurrirá a nadie pensar, a mí me parece, que yo rezaba todas esas horas para volver a comer y beber y salir en el bote a la mar. ¿Qué me importaba entonces a mí de vivir y de crecer, ni de los seis centímetros y hasta doce que hubiera sido, a no ser por ella, y para hacer en el mundo, por ella, y para que me quisiera ella, cosas grandes y célebres?

¡Así me saqué a pulso, por ella, que me partía la cabeza rezando! ¡y lo que aquello fue! Cuando me despejaba algo más, desde las ocho o nueve de la mañana hasta por ahí hacia la una, rezaba todo el tiempo, sobre todo a ver si resistía el Rosario largo de los quince Misterios y después oraciones y Padrenuestros a varios santos, hasta que no podía más, y los ratos buenos de la tarde me daba otras tandas. Vi que de tanto y tanto rezar me cansaba de un modo tremendo y para no cansarme tanto, siempre lo mismo, se me ocurrió cada Misterio o cada oración figurarme iglesias diferentes, como si fuera de paseo, y al ir así, con la idea nada más, de una parte a otra, cogí tan bien esa costumbre, que, sobre todo cuando iba a santuarios, veía los caminos, los árboles, los montes y hasta las personas, los coches y los animales. Además de iglesias de Bilbao y los alrededores, fui a muchos sitios. Hice, con la cabeza, peregrinaciones a pueblos que me habían llevado en excursiones y también a la Catedral de Pamplona y a la de Burgos. De Guipúzcoa me gustaba lo que más el ir al Cristo de Vergara y a la Virgen de Aránzazu, que subí con el tío Lorenzo y dormimos allí en Oñate, y de La Rioja, Nájera, Santa María la Real, la de la Vega en Haro y, lo mejor, Santo Domingo de la Calzada, que para rezarle se le dan vueltas al altar del Santo y allí cerca están, en una jaula, vivas, las dos gallinas del milagro. se va divinamente con el pensamiento donde a uno se le ocurre, aunque uno ni se pueda mover, y yo iba con una fe bárbara, bien lo sabe Dios, y todo lo veía como de verdad, porque, por ejemplo, yo decía: «ahora entro», «ahora tomo el agua bendita», «ahora pongo una :vela de dos pesetas», «ahora echo otras dos en el cepillo», «ahora está descubierta la Virgen», «ahora echan incienso», «ahora tocan el órgano», «ahora levantan la Custodia con el Santísimo», y siempre así.

Yo, con ese sistema, rezaba mucho más y mejor, sin cansarme, y hasta me entretenía o, más que entretenerme, me consolaba, porque sin eso quizá me habría vuelto loco de pensar y pensar, sin parar, en la muerte, en el juicio particular, en el juicio final y en el infierno.

Dijo el Padre Cornejo, cuando se lo conté, que el Canciller Ayala, en la cárcel, hacía lo mismo que yo y se imaginaba así para rezar peregrinaciones al Montserrat, a Guadalupe, a la Virgen Blanca de Toledo y al Monasterio de Quejana.

XXXVI

La mañana que vino el tío Ricardo yo me quedé en la cama, haciéndome el dormido, para que, a poder ser, nadie viniera, y él, así, me encontrara solo y hablar. Aunque decía la postal que a las doce, desde las diez estuve muy alerta, hasta que por fin, ¡clac!, sonó la puerta de su coche. Eran «y veinticinco» y tuve suerte, porque, hasta las dos, no vino nadie. Él se había pasado una semana en Biarritz, con su novia, Sole Arceniega. Lo primero me explicó lo que le pasó el lunes de aquella semana, que, a las once, se quedó sin novia, porque ella fue a Hossegor, a almorzar con amigas, y él detrás, pero, apenas entraba por Anglet, se le partió un freno y tuvo que volver a Biarritz, furiosísimo, como que se quedó allí, en seco. Entonces no sabía qué hacer y, dando vueltas, fue hasta la Roca de la Virgen y allí se encontró con Isabel, toda de luto, con su madre y los dos mayores y el abbé Le Breuil, que iba mucho entonces con ellos, y miss Bennet, maldita.

En cuanto empezó el tío a contarme, yo no le dejaba casi hablar de la impaciencia tan atroz, que me venía, por saber el final de aquello, y no hacía más que preguntarle: «¿Es bueno o es malo?», y él me contestaba: «Cállate, porque si no te callas no te cuento más, y no es malo». «Entonces es bueno», le decía yo. Al fin le prometí de no abrir la boca y él siguió. Él, dándose algo de importancia con tanto que sabía, IIC contó que, desde *Salies*, los Mendive hacían excursiones y les convidaban en castillos de carlistas franceses, que les llaman allí legitimistas, pero la cuñada, que vive por allí, casada con el Barón de Mauleón, no le convidó nunca a doña Magdalena, y eso se sabía por el abbé Le Breuil. Yo dije: «¿A que a Isabel le ha salido ya novio en un "chateau" de esos?» «Si le ha salido, ella no le habrá hecho ni pizca de caso», me contestó el tío, y continuó.

A Biarritz ellos habían ido nada más a tiendas y volvían a Salies a media tarde. El tío Ricardo entonces, como nos quiere mucho a Isabel y a mí, les convidó a almorzar a todos ellos en el hotel

suyo, frente a la Playa de los Vascos. Lo hizo para traerme noticias, pero también para avisarle a Isabel de una cuestión que dijo el tío Lorenzo antes de irse de Madrid.

Desde que se encontraron en la Roca hasta la mitad de la comida, sacaron varias conversaciones y yo no salía, ni nadie preguntaba por mí. Pero el abbé Le Breuil, que me quería mucho, de cuando estuvo en casa de los primos, por saber tanto latín y por grandes conversaciones, preguntó. El tío Ricardo entonces contó la enfermedad y el cómo me faltó para morir el canto de un duro, hasta que me puse a mejorar, milagro, el día de la Virgen y al final resultó que había crecido, también muy milagrosamente, los seis centímetros. Isabel oía muy callada, dijo, y mirando siempre al mantel, más bien triste, pero en lo de los seis centímetros se rió un poquitín y en seguida se volvió triste como antes. No hacía yo más que pensar lo que pasaría en el interior de su alma, porque aquello lo mismo podía significar una cosa que otra.

Quizá, por otra parte, me supuse yo, ella tendría miedo a que hablaran de mí, porque después la madre sacó a relucir con mala idea lo de Adamson y le apoyó la condenada de miss Bennet con la mar de aspavientos. Doña Magdalena estaba muy nerviosa, hasta con gestos raros de la cara, y hacía un tratamiento para los nervios, de modo que se puso excitadísima en cuanto yo salí. Dijo que yo le había puesto a su hija en evidencia a los ojos del pueblo de Bilbao, en una boda toda de gentes conocidas, y que si continuaba yo así acabaría en el patíbulo, porque llovía ya sobre mojado de cuando le tiré el hacha al guardia. El tío Ricardo explicó muy tranquilo, que yo me había defendido de un insulto, como cualquier caballero, contra uno mucho mayor que yo y que Willy Adamson mismo así me lo reconocía cuando habló con mamá y vino muy noble a preguntar por mí los días que yo estuve grave. Siguió diciendo que yo, en cuanto saliera, le quería dar las gracias a Willy y pedirle perdón del mal rato que le hice pasar, como se lo declaré en casa a todo el mundo. Miss Bennet dijo entonces muy estirada y con su modo de apretar los dientes: «Menos mal si hace alguna cosa por querer parecerse a un *gentleman*. El tío Ricardo se puso serio y le dijo que ella habría venido de Inglaterra a España para dar lecciones de inglés, pero no de otras cosas. El abbé Le Breuil me apoyaba y dijo que en conciencia a mí no se me podía condenar, sino alabar más bien, aparte la imprudencia por el sitio, muy disculpable en el calor de la edad. De todos modos, como se puede comprender, fue muy desagradable aquello. Isabel se ponía unas veces roja y otras pálida, que un color se le iba —dijo el tío— y otro se le venía.

El tío, imparcialmente, creyó que estaría a mi favor en todo, con lo que he sido para ella y siendo ella quién es, y que, además, se avergonzaría de ver a su madre tan descompuesta.

A la hora del café, salieron a la terraza, debajo del toldo, y la mar estaba imponente, con olas que saltaban sobre la Roca de la Virgen a más de quince metros y quizá veinte. El abbé Le Breuil se sentó con Isabel en otra mesita porque no cupieron todos en una, pero más para hablar allí los dos secretamente, y al poco, Isabel se echó a llorar, escondiéndose de la madre y de los otros, dándoles la espalda, y ya sin poderse contener la pobre, porque le subían y bajaban los hombros mucho de tanto que lloraba, y al tío Ricardo mismo le daba una pena grandísima. A mí, de oír aquello, naturalmente, se me partía el alma, pero también me parecía que, si aquello fuese por mí, sería la felicidad mayor sobre la tierra. Claro, que no se sabía qué pensar ni había por qué hacerse demasiadas ilusiones y nadie me podía asegurar si lloraba por mí, de figurarse que me hubiese muerto, y de ver cómo, encima, me ponían verde, o si era por las cuestiones con su madre, que andaban malísimo, y en las que, muy fácil, se consultaría con el abbé Le Breuil, porque ese abbé vale y es muy bueno. Después del café, el tío Ricardo les acompañó a tiendas, con la intención de hablarle a Isabel sola algún momento, y le pareció que Isabel también quería, pero no pudo ser con aquella bruja de miss Bennet, que no les dejaba ni a sol ni a sombra. Hay que reconocer que, en eso, miss Bennet anduvo muy lista, porque el tío Ricardo quería llevarle a Isabel el aviso del tío Lorenzo, que era uno de los testamentarios, y decirle que, aunque fuese menor de edad, no firmase nada. Esto lo oí después en la sobremesa y también que don Agustín le favorecía a Isabel todo lo posible y más de lo posible a lo mejor habría pleito entre la hija y la madre. El tío Lorenzo y don Cosme Larreátegui, que era otro de los testamentarios, le defenderían a Isabel de seguro, pero yo no

quise ni pensar lo que sufriría Isabel, no por el dinero, que le importaría tres pitos, sino por verse así con una madre.

Supe también que ellos, los Mendive, no habían quedado tan mal como se pensaba al principio, porque tenían pinares grandes en dos montes suyos encima de San Pedro de Gautégui y también una finca de primera en Olite, toda de uva y olivo, pero muy dejada y con administrador bastante ladrón.

El tío Ricardo, al convencerse que a Isabel no le podía hablar de ninguna manera a solas, se quedó atrás con el abbé Le Breuil y, como le vio muy de Isabel, se confió para darle el encargo del tío Lorenzo y averiguar la situación. El abbé sólo sabía lo tirante que seguía la cosa, pero nada nuevo, y que Isabel, antes de ponerse contra la madre y con los abogados por medio, renunciaría a todo.

Entonces el abbé, muy emocionado y hablando, dijo el tío, divinamente, que daba gusto oírle, contó que después de lo que había sufrido de quedarse huérfana, Isabel salía santa como el padre y que, en las aguas, había encontrado un director espiritual de París y de los mejores de Francia, el Padre Ollivier, y que ese Padre se maravillaba más cada día de lo que era el alma de Isabel. Cuando el Padre ese volvió para París, quedó en dirigirle la conciencia por carta. Luego el abbé le explicó al tío Ricardo que Isabel había estado en Lourdes y allí le dijo al Padre que habría sido muy feliz si le dejaban de enfermera con unas monjitas. Pensaron si quería profesar y se sospechaban que en Lourdes había hecho un voto, aunque sólo el Padre Ollivier sabría en lo que consistía. Con estas noticias no sabía yo ya a qué carta quedarme y me desesperaba dándole vueltas y vueltas a la cabeza y devanándome los sesos para no salir nunca de dudas. Cualquier cosa, de todas maneras, la aguantaba mucho mejor yo que lo de verle bailando con otro o de novia de otro, y quizá lo peor, bailando.

También me describió el tío Ricardo que Isabel se había vuelto muy pálida y que, con el luto riguroso y el pelo tan liso, ya sin tirabuzones y en dos trenzas, parecía una criatura celestial. Se supo también que ofrecía a diario muchos sacrificios, como no tomar nunca helados, que le gustan a rabiarse; ni chocolates, que hay allí tan buenos; ni tampoco leía ninguna novela.

El Padre Ollivier, según dijo monsieur l'abbé, había leído su «Diario», que no se lo enseñaba ella a nadie por nada del mundo y lo tenía en un libro con cerradura, porque todo era de cartas muy íntimas que ella le escribía al Niño Jesús. Sus hermanos habían conseguido leer un poco, unos bestias, quitándoselo a la fuerza, mientras ella escribía, y sujetándole por la espalda, que le dieron un disgusto de los mayores. El tío Ricardo no opinaba que fuese malo para mí todo eso, aunque no acababa de hablar concretamente, y me recomendó estarme tranquilo hasta ponerme bien del todo y seguir creciendo, porque el crecer era la clave.

Al fin me dijo el tío Ricardo que quizá a fines de aquella misma semana viniesen los Méndive dos o tres días para un asunto urgente de la herencia, aunque luego volverían a Salies, o más probable a Pau, hasta los finales de mes. Yo dije entonces: «Ya lo sabía yo que Isabel estaría aquí para el ocho». «¿Cómo lo dices tan seguro?», me preguntó el tío. «Lo sé muy- seguro —le dije—. Es un secreto.» Él me miró fijo y no me preguntó nada más. No podía explicarle el sueño profético.

XXXVII

Cuando estuve mejor algunos días, le contaba sueños a Mademoiselle Leonie y, aunque sea de mala educación contarlos, a ella le gustaba muchísimo. Se quedaba sola conmigo casi todas las tardes, allí junto a mi cama, desde poco después de merendar hasta casi las nueve, que le iba a buscar a Pitusa a casa de los primos. Mademoiselle, como sabe taquigrafía, se empeñó en que no se perdiesen los sueños principales y en que se los dictara, porque se los quería mandar a un profesor de sueños de París, que a ella le había dado clase en la Universidad de Burdeos. Acabó de poner a máquina cinco, y dije: «basta ya», pero tuve un sinfín de sueños. La mayoría se olvidaban sólo despertar. Con algunos yo hacía fuerza para que no se me fuesen y otros eran tan importantes que se

recuerdan sin querer. Los peores, dos, que siempre me volvían con la calentura, me dieron ratos infernales.

A mí me tuvieron que venir sueños malos como castigo de Dios, N- justísimo, porque la mayor tentación de orgullo que me entraba, desde antes del bachiller, era por sueños. Me he-cía perder la cabeza, más que nada del mundo, el creermelo de ser José y soñar que los manojos de espigas de once hermanos se inclinaban delante del mío y que el Sol, la Luna y once estrellitas me adoraban. Siempre me solía imaginar, Muy entusiasmado, que al entrar en un sitio dijeran de mí igual que de José: «He aquí el soñador». También me gustaba mucho ser como Daniel, más que todos los magos juntos, para soñar la ruina de imperios inmensísimos y explicarle a Nabucodonosor sueños, o soñar también como Jacob la escala de los ángeles. Pero, lo que más, quería ser José y acabar el primero después de Faraón.

Me supongo que para castigarme la soberbia Dios dijo: «toma sueños», y me los mandaba espantosos, por medio del Demonio, permitiéndole que me asustara, porque algunos venían fijo del Demonio, y ni quiero acordarme, Dios me libre, ni pensar en cosas que hasta eran de las que no se pueden contar.

El más horroroso que me venía, así, en plan de miedo, era el de la serpiente, inmensísima, que ocupaba todo el ancho del cielo y yo resbalaba por aquella serpiente sin parar. Cuando me despertaba, si me cogía solo, empezaba a dar gritos y berridos, porque abría los ojos con el terror de aquello. En seguida venía corriendo mamá. Me ponía la mano en la frente y, al sentirme aquel sudor frío, me solía decir: «Pobre, ¿has tenido el *sueño*, verdad?» Diciendo el *sueño*, todo el mundo sabía que era éste. Había también el *otro sueño*, el de los dos fantasmas, pero ni lo comparo.

Otras veces anduve como por la otra vida y casi con visiones de vida de santo. El confesor me dijo que me tranquilizara y que cuando me pusiera bueno hablaríamos de esa cuestión. En general, soñé de ir al infierno, a pesar de lo que rezaba, y unas pocas veces vi el cielo, cuando me iba a morir. Le veía a la Virgen, allí sola entre las estrellas, con rayos en las manos, como La Milagrosa, o con ángeles volándole alrededor, pero siempre sin el Niño Jesús, y yo le pedía que lo trajera alguna vez que yo lo viese.

Aparte de unos pocos, los más fueron sueños de poner los pelos de punta. Influyó que desde años antes de estar yo malo, cuando ni iba a Orduña todavía, me solía enseñar el tío Lorenzo el libro de *La Divina Comedia* y me explicaba aquello con láminas de lo más espantosas. Le entró esa manía, como con el *Quijote*, el *Orlando Furioso* y el *Paraíso Perdido*, porque él los tiene todos esos libros y mamá, que me oyó contar horrores, le dijo que no me explicase más el infierno, y él le contestó que me explicaría también el purgatorio y el paraíso y no me haría mal todo junto. Total: que, hasta hace poco, seguí muchas tardes, cuando iba a merendar con él, porque voy muchos días, y aprendí en *La Divina Comedia* casi todos los círculos donde echan a los réprobos. Me nasa a mí con ese libro una cosa muy rara, como con las cuevas, que, por una parte, me dan pavor, y, por otra, cuando subo a los montes, me vuelvo loco de la curiosidad por buscarlas, y tiemblo de gusto y de miedo cuando me meto en una y siento por la espalda el frío aquel y veo el fondo oscuro. Empecé a soñar algo, ya desde antes, con *La Divina Comedia*, pero en la enfermedad más todavía y tan de verdad, que. no me olvidaré en la vida del pánico grande que me entraba de no salir nunca de allí. Hasta se me apareció Beatriz en aquel bosque tan oscuro, como que era Isabel o se le parecía muchísimo. Pero, casi siempre, me tocaba pasar las negras, sobre todo de hijo de Ugolino, cuando tiran la llave al mar, que luego me comió mi padre, o me salían raíces por el cuerpo y se me enroscaban culebras. En una cosa tuve suerte, que allí, en unas nubes, les hablé y les vi, tal como son, a Virgilio y a Dante, y Virgilio me mandó que le tradujese: *Ille ego, qui quondam gracilis modulatus avena*», aquellos cuatro versos hasta el final. Se los traduje yo muy fácil, porque los tenía aprendidos, y él me preguntó con quién estudiaba y en qué año iba. Le conté, así hablando, lo que le admiraba el Padre Cornejo y que le solía poner siempre muchísimo mejor que a Horacio como poeta, como persona particular, y lo que se dice por las nubes, en todo. Él se echó a reír y me dijo: «Dile que me has visto en las nubes», y desapareció con el otro.

Apenas tuve sueños que acabasen bien, y para que acabasen bien me costaban muchos disgustos. Además, en cuanto empezaba lo bueno se me concluían.

A Mademoiselle, aunque le dictaba yo todo como era, nunca le daba el nombre de Isabel cuando Isabel salía, y le decía siempre «una niña preciosa» o «la hija de aquellos señores». También le oculté los nombres de las otras, pero ahora he raspado las palabras esas y he puesto «Isabel» donde correspondía. También he puesto su nombre a las demás, que son muy conocidas, y he añadido algunas frases. Lo que nunca le quise dictar a Mademoiselle fue un sueño, el más importante que tuve, porque lo creí de seguro cosa de la Virgen y profético. Era sobre cómo me volvería yo a encontrar a Isabel y ella me querría ya para siempre. Eso no se lo podía yo contar a nadie por nada del inundo hasta que se cumpliera. Voy a contar dos sueños, los más largos de todos.

XXXVIII

Aquella que se me apareció en varias personas. Al principio, algo recordaba Isabel, pero en mayor. Luego se parecía a Pili y a Edurne, pero después de cine anduvimos un rato en el coche era, nada más, la tía Lucy Ispaster. Y, sin embargo, era también otra, quizá extranjera, que yo no conocía.

A ella yo le encontré en los arcos de la Rivera, frente a San Antón, un día tristísimo de lluvia y muy oscuro, a eso de las diez de la mañana. Igual que si fuera de noche, todo Bilbao estaba con los faroles encendidos. Por la calle no se veía un alma ni se oía un coche, ni un carro, ni campanas de iglesias, ni relojes. Ella se pupo junto a mí sin hablarme, debajo del arco. Sólo un momento se pareció a Isabel y en seguida era Pili y Edurne, pero de veinticinco años o más. Me asombró lo guapa que era y lo elegante, pero no me atreví casi a mirar.

Bajó en esto por Zabalbide un coche viejo de caballos, de los que ya no hay, con un cochero de sombrero y capa de hule. El coche era como el de doña Juana Ibaeta, cuando yo estudiaba primaria en los Escolapios. Aparentaba así por fuera muy destartelado, pero por dentro resultó de lujo y de Muy buen olor. La mujer aquella que se había puesto a mi lado me hizo subir, aunque sin decirme una palabra. Iba vestida como de raso negro muy brillante, igual que le vi una vez a la tía Lucy, con unas violetas casi en el hombro de la capa, que hacían un perfume fino y muy triste, porque olían también a lágrimas. El coche atravesó con mucha lluvia Puente Nuevo y se metió por unos caminos misteriosos que ya no eran Bilbao, entre paredes altas, y pasábamos, de vez en cuando, puertas cocheras grandes. Yo miraba dónde pararíamos.

Cruzamos una plazoleta, como de camposanto, con cipreses y unos monumentos rarísimos, que formaban pirámides, cilindros, con bolas y poliedros arriba, conos y cubos y otros cuerpos así de Geometría. Bajamos y subimos varias cuestas y siempre entre los paredones altos. El agua corría, como arroyos, por aquellos caminos tan estrechos y yo me sentía mucha humedad y los pies muy mojados. Ella se callaba todo el tiempo. Aquella señora tan guapísima me parecía poco buena y muy misteriosa. ¿Quién podría ser? También tenía algo entre de diosa y hada, que es lo que tiene la tía Lucy. A mí me remordía la conciencia de haber subido al coche con ella y, por otra parte, no habría bajado por nada del mundo. Estaba como en un encantamiento.

Llegamos por fin a un paredón más alto que los otros, con barandilla de hierro arriba, donde vi muchas hierbas y flores. Bajamos. Ella sacó una llave y abrió una puertecita de hierro, estrecha. Subimos varios escalones. Entramos por un túnel y luego por unas escaleras dentro de fosos. Salimos a un jardín pequeño cuesta arriba, entre paredones. Allí crecían plantas y arbustos y seguía lloviendo a todo llover.

Abrió la casa aquella mujer y era un chalet rústico, donde no viviría nadie, porque algunas persianas se caían, colgando de tornillos, y en los balcones faltaban palitroques o se desclavaban como en la casita suiza de Martiarte. Me llevó a un comedor con el papel de flores, pero muy comido de humedad y oscurísimo, que nadie sabía si era por la mañana o por la tarde.

Ella había cogido en el jardín una rosa, que traía en la mano. Se quitó la capa de seda y los guantes, que le subían hasta más del codo. Le miré la cara tan preciosa, pero algo como muerta, sin sangre, y le vi los brazos tan bonitos y el cuello largo y sin collar, con el traje de muchísimo escote que traía todos los hombros fuera y muy prieto, como los de baile, pero ella seguía con el sombrero de ala ancha, negro y una pluma sola. Me impresionaba mucho, porque me acordaba de aquella figura de cera de la Princesa de Lamballe que vimos Joshe-Mari y yo otro verano en el «Museo Histórico y Mecánico» de las barracas y que se parecía tanto también a la tía Lucy.

Nos habíamos sentado en dos sillas malas, delante de una mesa, con un charquito de agua en la mitad, porque allí; sobre la tabla, daba la gotera y se oía caer la gota muy de tarde en tarde.

Ella me dijo que allí había habitaciones de más lujo y una con un diván azul donde dormía ella. Pero nosotros habíamos venido a beber un vino de Francia, rojo, muy bueno. A mí la voz de aquella mujer me pareció la misma voz preciosa de la tía Lucy. Yo bajé por la trampa, que estaba allí cerca en el pasillo. Entré en una bodega muy oscura, inmensa, y en el fondo vi un farol muy lejos y un ermitaño de barbas blancas que leía el Misal. Volví con dos botellas arriba y las abrimos entre los dos. Había un armario de cristales metido en la pared y me subí a una silla y bajé del armario, como ella me mandó, dos copas, que sonaron a música. Las llené a medias. Ella probó y dijo que no estaba bueno. Me mandó que bajase otras dos copas. Volví a bajar otras dos copas y a llenar a medias. El pulso me temblaba. Aquella mujer me parecía cada vez más hermosa y me remordía la conciencia de eso. Me venía un sueño muy suave sin haber bebido. Ya casi me iba a desmayar, pero hice fuerza para no desmayarme, aunque sabía que sería muy delicioso, porque ella me cogería en brazos y yo le oiría el corazón. Resistí sin dormirme, y ella, entretanto, probó el vino de las segundas copas y me volvió a decir: «No, no está bueno». Probó así más de veinte copas, que bajé del armario, siempre llenándolas a medias de dos en dos, y las fue separando lejos, al centro de la mesa y hacía siempre el gesto de disgusto. Aunque yo me servía siempre también aquel vino, yo nunca lo probé, porque todas las veces ella decía antes: «No, no está bueno». Cada vez se sentía ella más fastidio y yo también, como si allí nos fracasara algo muy grande y misterioso. A veces, me creí si no tendría yo la culpa de todo y si ella me despreciaría. Al fin, se acabaron las copas del armario sin que se vaciasen las botellas. Quedarían sobre la mesa más de cuarenta copas, con vino a la mitad, y en una de las copas daba el vino saltitos porque allí caía la gota de la gotera. Ella, muy fija, miraba allí saltar el vino, pero a veces me miraba a mí, como preguntándome algo. Se había sentado un poco lejos de la mesa con una pierna sobre la otra y tenía el codo en la rodilla y la cara apoyada en la mano. Le vi yo entonces, no sé cómo, con los pies descalzos.

Al fin me dijo, después de estar allí con mucha pena: «Pedro, todo es inútil. ¿No lo comprendes? Todas las copas estaban empolvadas desde hace muchísimos años». Ella, entonces, me pareció un ángel, con dos alas grandes y blancas.

Yo me desperté y no sabía lo que aquello significase.

XXXIX

También tuve otro sueño, muy raro, al principio de la mejoría. Soñé que había ido a vivir a un pueblo en alto, de mar, con un puerto de peñas a la parte baja. Era en tiempo de la Primera Guerra y ese pueblo de los carlistas, pero no de los de por aquí. Podría muy bien ser hacia Castellón, porque la tropa, según aquellas láminas del Pirala que yo he visto cien veces, parecía la del Maestrazgo. Yo vivía allí solo, como conspirador y poeta liberal, y si sabían ellos quién era yo me mataban. Se subía a lo alto del pueblo por unas rampas hasta un palacio arriba muy viejo y con balcones. Este palacio era de Isabel. Allí vivía. El tiempo de este sueño fue como de semanas, pero Isabel se apareció muy de tarde en tarde en todo el sueño.

Nadie se puede hacer idea de un pueblo más triste ni más pobre y sucio que aquél, lleno de gente en la miseria, tirada por las calles, entre moscas, pero con muy buen sol y el ciclo siempre despejado. Había un coche solo, particular, pero peor que de alquiler, casi el mismo del otro sueño,

con dos pencos flaquísimos. Algún día que otro, muy rara vez y a la puesta del sol, Isabel solía salir en ese coche de paseo. Después de bajar por todas las rampas de piedra, daba la vuelta a las murallas o salía un poco por un puente al campo y volvía. Los centinelas le presentaban armas porque su padre era el Gobernador Militar.

Le vi un día a Isabel a la entrada del puente y a la sombra de la alameda que su coche no podía pasar, porque se habían atascado allí carromatos. Entonces yo, que no le había visto a Isabel hasta ese día, me enamoré de ella con locura y me sentí desesperado para siempre. Me enamoré, aunque eso parezca imposible, más que despierto y más que nadie, ni despierto ni dormido, se pueda enamorar en este mundo. Ni se puede explicar este misterio. Allí empecé otra vez, y más fuerte que en la enfermedad, a morirme de amor por ella. Anduve perdido por las calles y me moría en pie sin que me pudiera echar a dormir en ningún sitio. Una mañana, que estuve peor que nunca, subí al palacio de Isabel. Iba como borracho, y como con una puñalada clavada en el corazón, rampas arriba, agarrándome a las rejas y apoyándome a ratos contra la pared para no caerme redondo. Creí de no poder llegar. Me sentía lo mismo que si me muriese de hambre y fuese hambre de la vista de Isabel.

Llamé al palacio y me hicieron pasar en seguida. Atravesé cuatro salones grandes, muy pobres, con las paredes pintadas, borrosas, y allí apenas se distinguían los paisajes ni las figuras, sino unas manchas de colores entre la cal.

Cuando crucé el primer salón serían las once o casi al mediodía, porque por un balcón abierto miré la mar que, con el sol, brillaba mucho. Un momento después, en el segundo salón, por los cristales se veía caer la tarde, y en el tercer salón, entre las maderas entornadas, se había ido del todo el sol, aunque todavía quedaba un poco luz y anochecía. En el cuarto salón, que era todo redondo y muy triste, serían las nueve de la noche. Allí la madre de Isabel y sus dos tías viejas bordaban a la luz de una vela junto al costurero. Un poco lejos de ellas, en el sofá, vestida de blanco, vi a Isabel, con una banda azul y una rosa grande en la cintura. Detrás estaba el arpa del salón de Mendive, y las dos palomas de plata de la punta se volvieron vivas y volaron.

Al aparecer yo, las cuatro se pusieron de pie, furiosas, y avanzaron hacia la puerta, donde yo me quedé muy cortado. «Márchese usted inmediatamente, canalla», me chilló Isabel, ronca. Apenas dijo eso se le empezaron a torcer los ojos y me horroricé. Se puso ella a insultarme de un modo feroz y sin parar, con las otras, que me ponían también verde, pero yo nada más escuchaba lo de Isabel. Me llamó granuja, ladrón, mal caballero y mal nacido, y yo, tan aterrado, que me parecía el otro mundo todo aquello y si sería por arte del Demonio. Al fin ella gritó con una carcajada muy nerviosa: «¡Este! ¡Este! ¡Este enano vil! ¡Este rata! ¡Quería que yo fuese su pareja de baile! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!»

Pero mucho peor que lo que oía era lo que veía y creí que se me iban a partir los ojos de horror. Me di cuenta de que estaba ocurriendo allí un espanto infernal y era miles de veces peor que si me odiase Isabel toda la vida. Lo que fue en aquellos momentos nadie lo podría describir y yo prefería morirme y que me tragase la tierra allí mismo.

Isabel se me volvía fea, horrenda, repugnante, monstruosa, como nadie se puede imaginar. Me decía un insulto, y se le caían los dientes; me decía otro, y se hacía gibosa; otro, y se le torcían las piernas; otro, y le salían de la nariz como raíces de patata, se le hinchaba la boca y se volvió también bigotuda, barbuda y calva, con uñas de gato y las orejas grandes de burro. ¡Y era ella con todo eso y seguía siendo ella! ¡Ella misma! Desde entonces sé lo que es el castigo mayor de esta vida y lo que tiene que ser el infierno. Prefería el sueño de la Serpiente. Gritó Isabel con una voz cascada: «¡Papá! ¡Jorge! ¡Juan Carlos! ¡Aquí todos! ¡Os lo mando!»

Entraron los tres. El padre, alto, de barbas, no se parecía a don Agustín, sino a Don Carlos VII. Vestía de coronel de húsares. Detrás de él vinieron los hijos, uno de cazador alemán, con látigo de perros, y el otro de marino, con la espada en la mano.

«¡Pronto! ¡A él! ¡A él!», gritó ella, y se echaban los tres contra mí. Me hice atrás, andando de espaldas, pero me vi cortado por una puerta abierta y una escalinata de mármol sin fin, que bajaba hasta lo profundo, con la luz del amanecer. Comprendí yo que por allí me despeñarían.

Pero entonces, enfrente de mí, como por arte mágico, una puerta amarilla muy grande y de adornos dorados, que antes no había, se abrió muy suave y muy despacio. Y por allí entró muy tranquila «otra Isabel», igual que la Isabel de antes, cuando me enamoraba, tan hermosa y con el mismo vestido aquel blanco de la banda azul y la flor, pero con una luz, como del cielo, en la cara, que la de antes no tenía. Esta «otra Isabel» me dijo entonces: «¿Por qué lloras? ¿Es que no te he querido siempre igual? Mírame, Pedro. ¿No me ves que soy Isabel?»

Estábamos ya solos y todo lo demás se había ido. Ella venía a cogerme las manos. Me desperté yo tan feliz que todavía esa felicidad me duró no sé cuánto, aunque sólo fue un sueño.

XL

Aquella noche me vestí a oscuras y me puse el traje para la mar: el pantalón azul de tela y el jersey azul con letras blancas. En el reloj de abajo dieron las tres y media de la madrugada. Era ya hora. Cogí de encima del armario la vela de cera. Me eché también al hombro un par de alpargatas. Salté al jardín por el despacho de papá y al muelle por la verja. No hice ruido. Me acordaba de las escapatorias en Andía para ir a las tapias de Isabel.

Era el día de la Natividad y cumplí mi promesa de ir descalzo a Begoña desde casa, catorce kilómetros. Tenía que darle las gracias a la Virgen por lo que me había hecho crecer y porque me había salvado, pero más tenía que subir para que el sueño aquel se me cumpliera y a pedir con toda mi alma que Isabel me quisiese.

Casi hacía calor y una noche estrellada. No soplabla viento, con la mar a inedia marea. En la mitad del puerto fondeaba el «Giralda» con luces. Lo primero pasé por delante del Club, y era el último baile grande, me parece, de la temporada. De abajo, desde el muelle, se veían un poco la fiesta, porque todo el salón hace una rotonda de cristales. Bailaban muchos todavía, pero ya se había ido el Rey, porque habían quitado la alfombra de gala del embarcadero. Me acordé, claro está, del día de la boda y del baile de Adamson con Isabel, aunque ya sin rencor ninguno. Más me dolía el baile de Soloa.

Cuando llegué al transbordador, un auto grande, que volvería del Marítimo, aguardaba para pasar. Yo miraba a la otra orilla de la ría, porque allí, junto a Portugalete, hacia Sestao, tienen los Mendive una viña en alto y una vez nos llevaron a Isabel y a mí a las vendimias con merienda. Nos hartamos de una uva negrísima que nos manchaba mucho y nos dimos la mar de besos. Al volver, nos vieron unas caras tan sucias, que todos se reían. Un poco más allá, cutre humos grandes y fuego, están las fábricas y se llenan de hollín las viñas. La ría, de noche, es muy hermosa en esa parte y aquella vez me pareció más hermosa que nunca. Eso no se lo pueden imaginar los que no la han visto. Desde el anochecer hay en ese sitio, todos los días, mucho más que fuegos artificiales, porque allí, como en un espejo, en la ría que va muy ancha y en las nubes, dan los hornos un resplandor fantástico y tiembla siempre todo con aquel resplandor. Es de ver, sobre todo cuando trabajan los convertidores, como esa noche mía, que echaban para el cielo chorros, igual que de bengalas, de todos colores y luego surtidores de chispas. Todo el ancho del agua estaba quieto y más iluminado que de día con el incendio aquel inmenso. Me quedé muy a gusto, echado sobre el pretil, mirando, cuando por la mitad del agua, que hacía como un lago de fuego, pero muy tranquilo, vi un bote de los del pasaje y allí un señor de frac, remando algo a destiempo, con el patrón, y a popa dos señoras escotadas, una de azul claro con la capita de armiño y otra con un traje de oro. Eran de seguro gente de fuera, porque yo no les conocía. La del traje de oro tocaba el agua con la mano. ¡Cuánto me gustaría —pensé yo— llevarle así a Isabel en el «Sagutxu» y sacarle del baile a dar ese paseo! Remaría yo solo y le tendría a ella sentada allí a popa, mirándome.

Perdí en eso casi media hora y seguí andando hacia el Gobelas. Se me ocurrió entonces si los pies me resistirían hasta Bilbao. Otros veranos tenía yo la planta del pie más dura que la suela del zapato, porque solía ir a quisquillas y a mojojones y hasta a ostras, pulpos y percebes, y, de andar y saltar por las peñas, me salía callo y ni tan siquiera esas conchitas y caracolitos que nacen en las

peñas de punta me pinchaban. Pero ya, con la enfermedad, no tenía aquel callo tan bueno para andar descalzo. Al pasar Erandio, más allá de la dársena de Axpe y el Desierto, me paré a descansar un poquito, porque iba muy desentrenado de andar con el mes entero de cama, y pensé lo que me quedaría de camino hasta Begoña. Bajé al agua y me mojé los pies, que empezaban a arderme. Me molestó la vela también, que se me doblaba del calor de la mano, aunque la enrollé en un periódico.

Pasaban a toda velocidad coches que volvían del baile y, si me daba tiempo, yo me escondía para que no me alumbrasen con los faros y me conociesen. Después, ya no vino ninguno y yo seguí camino de Bilbao. Las gabarras y los barcos amarrados abultaban más que de día, como fantasmas, y todo me parecía nuevo y mucho más grandioso.

Me figuraba el Támesis de Londres y que, de allí, fuera a salir un criminal de los de Sherlock Holmes. Vi una fila de luces, después de un rato oscuro, y, cuando pasé, eran tabernas, donde tocaban filarmónicas y cantaban. De una puerta salieron dos borrachos, con una mujer bajita, regordeta, que les dio una bofetada a cada uno, pero en serio y con palabrotas. Salió gente y allí me decía un viejito, limpiavías de los tranvías, que él les tiraba el agua a ellos y a ella, porque todas las noches lo mismo con los dos noruegos, y ya no había moralidad ni autoridades. También dijo que tendría que venir pronto un golpe militar (1). Al llegar a Luchana comprendí que, después de la enfermedad, no andaba lo que antes y me dio lástima. Empezó a caer un siri-miri y algo me mojé, pero el piso se me refrescó. Pasé por la casa de aquel patacoja de mal genio, que tiene la colección de relojes con figuritas, barcos de vela y coches que se mueven por mecanismo al dar la hora. Ya estoy cerca, dije, porque hasta aquí hemos venido a pie, de paseo, desde Bilbao. Me había llevado una vez el tío Lorenzo y como dice que a ese capitán no se le resiste más de un cuarto de hora, fuimos a las seis menos cuarto, cerca de la hora justa, para ver el movimiento de las figuritas y al minuto largarnos.

Al poco, entré por la Ribera de Deusto y me clavé un cristal de botella en el dedo gordo del pie, que me sangraba mucho al principio. Me até el pañuelo y me senté en el pretil del muelle. En esto, oí dar las cinco y tres cuartos. ¡Qué poco había hecho si se compara cómo subí a Urquiola y al Garbea! El pie me seguía sangrando y aunque pasó el primer tranvía no lo quise coger, ni siquiera ponerme alpargata en el pie malo, porque para la Virgen no sería lo mismo y se perdía toda la ilusión. Bajé al agua y, aunque olía a podrido, que hasta vi flotar un perro muerto, me lavé y luego con tiras del pañuelo me vendé bien atado. Era aquello, como diría el Padre Zubiaur, de mucho realismo. Eché a andar otra vez con muchas ganas de llegar y rezando para sacar fuerzas y animándome mucho, porque empezaba va por encima de Archanda a amanecer. En seguida se hizo más corto, según clareaba, y ya se veía, a la izquierda, el alto de Martiarte y poco después, a la derecha, el alto de la Misericordia y, en cuanto pasé la Universidad, ya daba el sol en los miradores de Uribitarte y era va de día. Ya llegaba a Bilbao, Virgen Santa! De alegría tiré por el aire la boina y me puse de rodillas a dar gracias a Dios en «La Salve», a la entrada del Campo Volantín. Ya cantaban los pajaritos y hacía sol. Ya pasaban muchos tranvías, y autos, y camiones, y gente, y cuadrillas de fábricas, y los remolcadores haciendo muchas olas y dando pitidos corrían a la mar. Ya vería San Agustín y las casas de los dos abuelos, una en la «Estufa» y otra al otro lado del puente.

No me dolía nada el pie y el día calentaba muy hermoso. Junto a San Nicolás, los balcones del palacio de Isabel estaban cerrados, pero ella, como me dijo el tío Ricardo y me lo profetizó el sueño, habría venido o estaría de seguro en Mendive. ¡Si ella me hubiese visto descalzo por ella en «Las Acacias» a aquellas horas, mirando al balcón de su cuarto, donde se me asomaba tantas veces y donde, una vez, yo le tiré tres globos con un hilo largo y ella los cogió!

Habían abierto ya San Nicolás y estaban terminando una Misa. Recé allí tres Avemarías porque los pies me habían resistido y los versos aquellos del cartel que empiezan:

Porque he sido pecador,

¹ Vino cinco días después, el 13 de septiembre de 1923. (N. del E.)

no me niegues tu favor.

XLI

Me noté el cansancio de las piernas cuando me arrodillé en San Nicolás. Me dolían también algo los ojos, como si me volviera la fiebre. Hice el último esfuerzo pensando en Isabel. Salí hacia las Calzadas, por Ascao, y en la plaza del Instituto vi que me había olvidado de traer fósforos. Le pedí a un barrendero dos o tres para encender la vela, porque desde allí es la subida. Me preguntó si había procesión o qué, y yo, muy azarado, le dije que iba sólo por una promesa, pero me avergonzaba tanto, que le mentí contándole que me había salvado de la mar. Encendí la vela y empecé la subida con el remordimiento de haberle mentido de esa forma, pues con un pecado podría estropeárseme todo, aunque yo, lo primero, en cuanto llegase a Begoña, me confesaría.

Son muy largas las escaleras de piedra y van hasta el monte donde se apareció la Virgen Santísima, que yo lo considero como una obra colosal de los antiguos. Al pasar por frente de Mallona, me paré a rezar un Padrenuestro, porque allí hay muchos enterrados de la familia y uno que murió en San Agustín, en el sitio de la Primera Guerra. Me paré yo así, delante de Mallona, que hay una portada de columnas con el arco en medio y, después, la escalinata entre los cipreses, por donde subían a los muertos cuando los traían aquí hace años. En esto un señor muy de luto que bajaba (con un chaleco igual que Mr. Malley, el cura de los Levisson), se quedó allí quieto a mirarme y le conocí, porque era don Miguel de Unamuno, el pariente de la abuela Carlota, aunque él no sabía, ¿cómo lo iba a saber?, quién soy yo. Y va él y me pregunta, así, de pronto: «Oye, tú, chico, ¿por qué vas a Begoña con la vela encendida? ¿Qué te pasó?» «Pues que me puso bueno la Virgen y por una promesa», le contesté. «Y ahora, ¿por qué mirabas tanto ahí?», me preguntó. «Miraba el Camposanto —le dije—, porque tengo muertos de la familia.» Él me preguntó: «¿Sabes leer los versos?», porque hay unos algo borrosos en aquella portada. Le dije: «Sí, señor», como que me los sé de memoria, y ya se los iba a decir. Pero en seguida él empezó con la voz, muy alta, que le temblaba un poco. Y leyó aquello entonces:

*Aunque estamos en polvo convertidos,
Señor, en Ti nuestra esperanza fía,
Que volveremos a vivir vestidos
De la carne y la piel que nos cubría.*

Se paró don Miguel un momento a pensar y miraba el suelo con los brazos cruzados. Luego me preguntó: «Bien, ¿y crees tú eso?» «Sí, creo», le contesté. Él dijo entonces como para sí mismo: «¡Ay, Señor! ¡Así es! ¡Así es! ¡Hacía así, así, con la cabeza y se fue para abajo sin saludar ni nada. ¿Cómo bajaría de Begoña solo, tan temprano, y con aquel libro gordo, negro? Su casa estaba allí en seguida, que la sé yo muy bien, encima de Emperaile,

Seguí subiendo para Begoña y en las cruces del Vía Crucis me paraba a rezar. Iba llegando y me pegaba golpes el corazón. Iba a verme, por fin, delante de la Virgen. ¡Y qué poco ya me faltaba para que se me cumpliera el sueño! ¡Con cuánta ilusión vi el último tramo de escaleras! ¡Y qué desengaño tan atroz el que tuve después!

Me creía cada vez más y con toda mi alma —¡con toda mi alma!, Dios del Cielo que se me cumpliría lo que soñé. Nunca dudé que un sueño que pasaba todo en Begoña me vendría por inspiración de la Virgen. ¿No me profetizaba clarísimamente que si yo tenía mucha fe y lo pedía con todo el corazón, el tercer milagro se haría la mañana que subiese descalzo? Desde que me curé y crecí tan milagrosamente lo esperaba con todo mi ser. Lo había pedido ya hasta rendirme y delirar de tanto pedir. ¡Ay de mí —decía— sin ese milagro! ¿Qué haría con los otros dos, hasta que me muriera, desesperado de haber vivido sin Isabel y de haber crecido para nada?

Iba pidiendo ya en el último esfuerzo, en el último tramo de escaleras, que el milagro se hiciese,

que Isabel me aguardase allá arriba, que yo la volviese a encontrar y me abriese los brazos para siempre. Tanta fe tuve entonces yo —¡tanta, tanta!—, que cuando empezó a verse aquella cruz alta de madera, igual a la verdadera de Jerusalén, que hay frente al Santuario, pensé que ella estaría allí a recibirme y no veía ya el momento de gritarle: «¡Isabel!»

Pero no estaba allí, y yo, a pesar de todo, iluso de mí, que no quería darme por vencido, en seguida me figuraba que, de Salies, en vez de ir a Bilbao, habría ido a Mendive, y de Mendive, saliendo temprano, tardaría dos horas o más para llegar así después que yo rezara y comulgara, porque quizá sin la promesa muy cumplida no podría hacerse el milagro del encuentro aquel. ¿Y no hubiera sido lo más hermoso que viniese a comulgar conmigo y fuese mi pareja para toda la vida, aunque no hubiese querido ser mi pareja en Soloa para el baile de gorros de papel?

Me vinieron escrúpulos de si la Virgen me castigaría a no casarme nunca jamás por mi poquísima devoción y grandísima falta de respeto que tuve, mientras allí mismo, en Begoña, se casaban Paco y Carolina. O, también, si todo se me echaría a perder y la promesa no valdría por la mentira al barrendero.

Entré en la iglesia, casi vacía y muy iluminada ya con muchas luces para la fiesta de la Natividad. También era el aniversario de cuando bajaron a la Virgen y libró a Bilbao de la peste. Yo pensé cuánto menos le costaría librarme a mí de aquel martirio. Le vi, allí arriba, con el manto blanco de diamantes que doña Mariquita le regaló y se lo mandó bordar con sus joyas. Era el que tuve yo sobre la cama cuando comulgué. Yo miraba la orla en donde puse la mano para hacer la promesa. ¡Ay, qué impresión me hacía verle puesto aquel manto después de haberlo yo tenido! ¡Y qué hermosa la Virgen, allá arriba, con los angelitos que le van volando alrededor! Me sentí, a pesar de las penas, de estar en el cielo. Quería quedarme allí toda la vida y esperar un sinfín de tiempo a Isabel, porque aquél era el sitio mejor de todos los del mundo para esperar un sinfín de tiempo a Isabel hasta que la Virgen la trajera. Me pareció que se me hacía el alma muy santa y se me llenaba de estrellas, de luces y de flores. De repente, me vino una tristeza rara, con algo de alegría rara también, como si algo que quisiera yo mucho mucho se me hubiese ido al cielo y yo me quedase aquí solo. Me pasaba como en la Misa de Gloria de Carmenchu Ibaeta, que fue allí mismo, y nos decían que nos alegráramos, porque ella jugaba en el cielo con los angelitos y era un angelito ella misma. ¿Y no le pintaban también al amor como un niño del cielo con alas? Y el amor mío, ¿no sería quizás un niño muerto? Esa idea casi me hizo llorar y no sabía cómo consolarme, porque vi otra vez todas mis penas. Entonces junté fuerte las manos y levanté los ojos.

¡Ay, Virgen Santa de Begoña! ¡Cuántas y cuántas cosas le recé y le dije! ¡Qué de veras le decía yo esas palabras que medio sin pensar le rezaba todos los días! «¡Llena eres de gracia», «ruega por nosotros pecadores», «vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos!» ¡Ay, qué de corazón se lo decía!

Y también le decía a la Virgen que se acordara de que había sido siempre conmigo, más que ninguna madre, buena y generosa y milagrosa, porque me había salvado de morir y se había empeñado todavía en que yo creciese, pero que todo eso no me serviría más que para sufrir, y que si Ella, como Reina del Cielo, seguía queriendo mi bien, me ayudase a que Isabel me quisiera y si todavía era posible le hiciese venir a Begoña a comulgar conmigo.

«¡Haz el último esfuerzo, Madre mía! ¡Ay, hazlo hoy mismo, Tú que sabes y puedes! ¡Esta misma mañana, hazlo!», le pedía yo con mucha desesperación y apretaba fuerte las manos y ponía las manos encima de la frente, pero, de vez en cuando, levantaba los ojos a mirar los ojos de la Virgen, para ver si Ella me miraba o si me hacía alguna señal o se sonreía un poquito para darme a entender que por fin se me compadecía y no me abandonaba. No sé cuánto tiempo me quedé así, delante de Ella, con todo el corazón en vilo, casi como en éxtasis, y hasta creer que me levantaba en el aire, aunque sólo se permita a los santos.

No podía dudar de ningún modo que si Ella contemplaba dentro de mí todo lo que yo había sufrido y esperado y rezado días y días y siendo Ella quien es, me ayudaría y tendría que conmoverse algo, al verme que había yo venido a Begoña descalzo y a pie de Las Arenas y más de catorce kilómetros, todavía bastante débil de la enfermedad, con la herida del pie y la vela

encendida para darle las gracias de los milagros que me había hecho, pero más para que no me abandonase ni me dejara ser un desgraciado sin Isabel toda la vida.

Yo, de los esfuerzos tan titánicos que hice y tanto tiempo allí, me caí rendido sobre el respaldo de delante, con la cara sobre la madera, y como yo me había colocado en el mismo banco y en el mismo sitio donde le vi a Isabel la mañana aquella de la boda, pensé entre mí, medio dormido: «Aquí estaban las manos de Isabel». Abrí los ojos un momento. La vela mía, que la puse en una de las ruedas de candeleros allí frente al altar, se había apagado y lo tomé como de mala suerte, pero una viejecita que andaba arreglando las velas la encendió. Se me volvieron a cerrar los ojos y se oía muy suave la música del órgano, hasta que me dormí. Cuando aquel sacristán de la cabeza gorda me despertó, había ya bastante gente en los bancos. Le dije que yo había venido a pie de lejos y sin dormir, casi por una promesa, muy cansado, para confesar y comulgar. Dijo él entonces que un confesor de lo mejor y guipuzcoano fino, don Eustasio Irurita, estaba ya para salir y que me pusiese a decir el «Yo pecador» delante del primer confesionario. Detrás de mí se arrodillaron dos mujeres y aquel don Eustasio me confesó a escape y cariñoso. Cuando le conté lo de la mentira al barrendero, me dijo que por hacer el «arrantzale» falso, un «gezurzulo» había sido. Ni Gertrudis sabía después lo que es «gezurzulo», como palabra de otro vascuence.

En cuanto me levanté de la absolución cogí una Misa, en el altar de la derecha, que dijo un capuchino de barbas. Yo me había quedado ya con la cabeza hueca para rezar y me costaba un triunfo reconcentrarme siquiera para la Comunión, aunque yo me empeñaba en seguir a todo trance muy fervoroso, para pedir a Dios y a la Virgen que el milagro se hiciera, porque siempre estaríamos a tiempo y yo terco en esperar siempre hasta la noche sin comer y hasta que cerrasen. Nunca sería tarde si aquello resultaba, ni yo me cansaría de esperar.

Volvieron en el órgano a ensayar una música de voces de ángeles así muy delicadas y celestes como para antes de la Misa mayor. Entraron a mi banco unas aldeanas muy coloradotas con cestas de pollos y yo me figuré ser yo mismo un chico de la aldea que habría venido a la Misa y luego al tamboril y que al volver me esperarían los hermanos en un caserío como el de Plácida. ¡Cuánto más feliz y más en paz viviría yo entonces! Pero comprendí que, sin Isabel, yo no sería yo. Me empecé a sentir un dolor fuerte de rodillas de tanto que me estuve allí sobre la tabla arrodillado y me fui a un rincón oscuro, que sabía yo, junto al Cristo, allí a la mano izquierda, a la entrada. Me eché sobre un reclinatorio de terciopelo rojo y no pensaba irme, porque conservaba todavía la última esperanza. Entonces me dormí de verdad otra vez con sueño más profundo y después de tiempo me tocaron la cabeza con una mano y yo salté seguro que el milagro era ya y hasta iba a decir «¡Isabel!», cuando vi que era doña Mariquita la que me despertaba y oí que cantaban en el coro «*¡Gloria in excelsis Deo!*»

Ella me miró muy pasmada y sin salir del susto al verme, porque ella me había tocado para despertarme, pero sin suponerse para nada que yo era el chico descalzo que dormía en el reclinatorio con un par de alpargatas allí tiradas por el suelo.

Me llevó al coche a escape con la mar de caricias y besos, muy preocupada de que estuviese mal, porque me encontró palidísimo y helándome de pies a cabeza. Yo le confesé que había hecho secretamente aquella promesa cuando la gravedad y que la tenía que cumplir por encima de todo, aunque la vuelta, le expliqué, habría sido ya con alpargatas y por ferrocarril. Al llegar a casa consiguió con mucha política el que no me me riñeran y habló divinamente, que a ellos les daba casi compasión el oírle y verme, pero decían que aunque yo no había hecho nada de malo, había sido una imprudencia y una locura de las mayores y como para enfermarme otra vez gravemente.

XLII

Bajé de cumplir la promesa con un vacío inmenso en mi interior que me espantaba, y aunque yo quería resignarme como un buen cristiano y que fuera lo que Dios quisiera, siempre se me caía el alma a los pies y no conseguí con rezos ni con nada ponerme tranquilo. Me pasé dos noches

malísimas con aquel sufrimiento moral de las dudas y de día lo mismo, hasta que se creyeron en casa si sería otra vez cuestión de la salud, y se alarmaron. Yo no podía resistir el desengaño tan atroz después de haber subido, como subí, descalzo y que me fallase todo por completo, a pesar de pedírselo a la Virgen días y días con una ilusión loca y en la seguridad de que Ella me anunciaba lo que había de ser en aquel sueño. Después el Padre Cornejo me dijo que yo tenía más credulidad que fe y que de los crédulos se hacen, sobre todo, los incrédulos. Pero aquello entonces me deshizo, me puso más desconsolado que nunca y sin ganas de salir ni de hablar con nadie, porque dejé de confiar en los milagros, que siempre son, cuando se ve uno en las últimas, la mayor esperanza. Las perdí todas para siempre esos días y me dio miedo ver que para lo porvenir no tendría ya el agarrarme, como a un clavo ardiendo, a esperar que la Virgen a lo último me ayudara. Se me quitaban, y eso fue horrible, las ganas de rezarle más nunca, por mucho que yo comprendiera que me volvía así un desagradecido y un infame, después de tantos beneficios, como el de salvarme la vida y, más que nada, el de crecer.

Hasta entonces yo había vivido como sosteniéndome a pulso, creyéndome que a fuerza de rezar por lo de Isabel yo movería las montañas cuando no hubiese más remedio, y, al fin, vi que no. Me aterró de pensar a lo que podría yo llegar por ese camino de las dudas y ni sabía cómo viviría en adelante sin el mayor consuelo que yo tenía sobre para todas las cosas. Cuando más cavilaba sobre lo mismo se me armaba más confusión y me pasaba todo el día de un humor pésimo. Ni siquiera fui a confesarme entonces ni hasta mucho después, porque, además, en los veranos, yo no tenía confesor fijo como el de Orduña y solía ir con cualquiera y con el que más con don Josechu, que era un confesor para niños. Seguí dos días echado en mi cuarto muy triste, con el vacío aquel tan inmenso y unas angustias de morir, hasta que fui a Andía y me calmé, aunque por dentro me sentía muy diferente y ya no creía como antes ni muchísimo menos. Siempre andaba de acá para allá como perdido y, hasta que vino lo que vino, al final, no cambié. Me daba pena recordarme de los entusiasmos fantásticos cuando me puse bueno y hasta lo que comía para ponerme pronto fuerte y cumplir la promesa. Me asustaba el perder la fe y volverme del todo un desgraciado. Me empecé a figurar que mi padre creía poco de tanto que sabía y me preguntaba si quizá tendría razón. Y, sin embargo, pensaba yo, don Miguel de Unamuno, un gran sabio, y más que mi padre, me preguntó si yo creía. Y él cree.

D E L 1 0 A L 1 6 D E S E P T I E M B R E

XLIII

Llamaron al doctor Zabaleta y les dijo que estaría yo mejor en Andía yendo a gusto. Yo les dije «qué bien», y fui. La tía Clara, como se le había hundido la bodega, no hacía vino ni pensaba ir a La Rioja para las vendimias, ni tendría el consuelo, la pobre, de vender bien la uva, que le había salido poca y mala. Con eso a mí se me trastornó, como siempre, lo de ir al Villar de Cilleros. El chacolí de Andía dijeron que vendría superior.

Llegué a Andía, esa vez, en el de la mañana, que, aparte del transbordo en Amorebieta y cambio de máquina en Guernica, tardó eternidades y hasta más de las once. Se paraba, a lo mejor, en medio de huertas o junto a un robledal, o entre maizales, y el maquinista y el fogonero, con otro del tren, bajaban a un caserío cerca a llevar una carta o un bulto, de modo que, mientras les convidaban, dejaban el tren muerto de risa allí sin estación y sin razón ninguna un buen rato.

En mi vagón venía nada más conmigo don Roquechu Arriarán, el indiano, y se escandalizaba de aquella vergüenza, hasta que, muy rabioso, le llamó al revisor para decirle que aquello no se consentiría jamás en la isla de Cuba ni en Puerto Rico. El revisor le contestó: «¿Qué quiere usted que haga, don Roquechu? ¡Es como un tren «pa» ellos!» Le explicó también que en el de la tarde ya ponen más «cuidao» la temporada de verano, que suele venir el «Ingeniero». Don Roquechu me hablaba a mí siempre como a persona muy mayor y sin bromas ningunas. En el segundo parón, bajé a robar manzanas y le di una, de tres reinetas que cogí superiores, a don Roquechu, y él me la agradeció diciéndome: «Muy reconocido a la fineza». Luego se la comió bien a gusto y hacía rajitas muy despacio con una navajita de oro atado a la cadena de oro del reloj.

A Andía, con lo que hay de la estación, llegué casi a las doce, y no vi el «Chafalonio», que era el día, y una fiesta grande en el pueblo. Muchos no lo sabrán, pero el día 10 de septiembre, hace siglos, los de San Pedro de Gautéguiiz apresaron en Chafalonía una galera turca y al príncipe. Cuando atravesé yo la plaza había sido ya el «tributo», porque se hace siempre a la salida de la Misa mayor. Todos van con escopetas al hombro, unas de verdad y otras de palo, lanzas muy bien hechas de hojalata, hachas de aizkolaris, remos y bicheros de mar y todos muy bien formados en columna. El capitán, que le dicen también «alcalde a guerra», viene a caballo, muy elegante, de coraza y casco de plumas, con la espada desenvainada y le lleva delante, a pie, atado con cadenas, al «Chafalonio», que es el príncipe turco, la cara pintada de betún de botas y el turbante verde. En el balcón de la Ante-iglesia, que es allí como el Ayuntamiento, se ponen el alcalde, el cura, los concejales, el jefe de Forales y los Andías y Mendives cuando están. La tía Clara, aunque sea sola, no falta. Yo también he solido ir con Isabel, y el alcalde nos daba merengues. Todos los «armaos», como les llaman, forman en la plaza debajo del balcón para el «tributo» y el capitán entonces le pregunta así al «Chafalonio»: «¿Respetas *Errege* de Castilla como tu soberano y señor de Vizcaya?» «Sí, respeto y *errespetaré*», contesta de rodillas el otro. «¿Pagas el tributo rescate a los de Gautéguiiz de San Pedro?», le vuelve a preguntar. «Sí, pago», dice el «Chafalonio», y le alarga una bolsa de anillas. «Entonces —le grita el capitán— libre eres y *camporá*. ¡*Gora Errege!*» (1).

Cuando todos contestan *gora* disparan escopetas, tiran cohetes, repica la campana y dos chicas le sueltan las cadenas al «Chafalonio», que empieza a dar gritos «¡Libre soy! ¡Libre soy!» y corre a meterse, dando saltos y con todos los chiquillos detrás, por el juego de bolos, a la taberna de la

¹ "Gora Errege", ¡Viva el Rey! (N. del E.)

ñasi, porque allí los bromistas del pueblo le convidan a merengues y vino rancio.

«¡Libre! ¡Libre eres!», le gritan todos. Le tiran los merengues a acertarle en la boca, porque él se tiene que poner, y le echan vino por la cabeza y entre la camisa. Los chiquillos del pueblo se le suben a lamer la cara pringada y hasta las orejas y el pelo. También los chicos ponen la cara a ver si les dan en boca y gritan: «¡Libre! ¡Libre soy!»

Aquello es lo más divertido del «tributo», pero a Isabel y a mí no nos dejaron nunca ir a verlo, ni yo me pude escapar, y decían que eran diversiones de burros, de donde siempre salen cuestiones.

Cuando pasé por la plaza ese día, ya se había acabado todo y algunos bailaban con el tamboril. Me abrió Edurne, muy colorada, con una florcita en la boca, y me llevó a la galería de la parte de atrás, donde se hace la plancha y la costura. Me encontré a la tía, que jugaba al mus con Plácida y dos casheras viejas, muy arrugadas. Me chocó la mesa y las sillas, chiquitas y bajitas, como en los caseríos, y la tía Clara tenía el Rey, porque se mordía el labio de abajo, que es la seña del Rey.

Me recibió como nunca de contenta al ver lo que había crecido y lo bien que me había puesto y me hizo sentar al lacio de ella para jugar los dos y que aprendiese. Se asustaban todas de verme tan alto y el juego se les interrumpió en seguida, porque vino Gertrudis a abrazarme, con muchos besos y llorando a todo llorar, de la alegría por verme otra vez vivo. No acababa nunca y decía: «*¡Ederra da gero!*», ¿Qué hermoso está!, y «*Txanta bat dirudi*». Una sota de naipes parece. También una cashera dijo: «*Aitaren daga eginda semea*». Alto como el padre se ha hecho. La tía, en vascuence, le contestó que había que hacerse hombre de veras, en cuerpo y alma. «*Soin da muin*», le dijo.

Marcaban con garbanzos y pensé las cajas preciosas, con fichas de nácar y marfil, que otras veces usa la tía. Ella apartó cinco garbanzos y dijo «un amarreco». Se le oía cantar «órdago», «hay mus», «envido y yo», y hay que ver lo bien que jugaban aquellas mujeres. Discutieron una jugada de antes y la tía, muy seria, le dijo a una de las viudas: «No, señora, no. Envicié y quise con el Rey». Yo quería aprenderme bien aquello del mus. Las dos más viejas apretaban mucho los naipes contra el «*kolko*» y los ponían como barquillos, para que no les viera nadie el juego.

¡Lo que le gusta jugar a la tía Clara! En cuanto le vienen a visitar varios dice en seguida a ver si se hará un tresillo, o un julepe, o un tute arrastrado, o un mus, o una brisca, según la gente que le toque. Cuando allí nombran cura o médico o boticarios nuevos, lo primero pregunta «si juegan». Le molesta lo que más cuando no viene alguno que había prometido, y de quien más ha solido quejarse es del tío Manu, el pariente lejano de Bermeo. «¿Ese *arrote* de Manu, en qué pensará?», suele decir.

Nadie se imagina lo que era aquella mañana verle a la tía Clara hacer todos los visajes del mus mejor que las otras. Pero no me atrevería yo a reírme nunca de ella, porque de ella nadie se ríe. Sólo una vez con Isabel soltamos los dos la carcajada, detrás del laurel grande, pero no nos oyó ni nos vio.

Subía a las colmenas, con el sombrero de cartón y los velos de gasa, y llevaba también en las manos unos guantes viejos y el fuelle de hacer humo. Entonces sí que parecía una bruja de veras, «la más bruja de todas las señoras brujas de Vizcaya», como Gertrudis le dijo una vez que riñeron por las elecciones y no ardió la casa de milagro. Gertrudis tuvo que irse, meses, a un caserío del monte, donde la sobrina, pero, al fin, la tía Clara le perdonó y le mandó a buscar, porque, sin Gertrudis, Andía no sería Andía.

No se podrá creer que cuelgan allí en el arco principal de la casa manojos de hierbas contra los malos espíritus, y dice Gertrudis que sin eso no vendrían a pagar los aldeanos, porque allí hay espíritus y Gertrudis les oye por la chimenea, sobre todo a la «sorguiña» suya particular, y ve duendes.

Yo no creo en eso para nada. Me estuve las noches enteras bien tranquilo yo solo, en el piso de arriba, escribiendo y leyendo, aunque oyera truenos y rayos y crujir las maderas.

XLIV

Aquella noche, a la hora de cenar, la tía me preguntó si Isabel y su madre habían vuelto de las aguas. Le conté lo que hacían y cómo pasaron por Biarritz cuando les encontró el tío Ricardo, pero que no venían muy pronto, ni los dos o tres días que pensaron, para volver luego, y que de Salies irían a Pau hasta fin de septiembre. Me gustó mucho el poder hablar así de Isabel y, por disimular lo mío, hablé más que nada de lo de Lourdes y el Padre Ollivier, de lo santa que se había hecho ella y de si se metería monja de hospitales. «¡Ah —dijo riéndose la tía, mientras plegaba la servilleta—, eso ya no lo creo!» A mí el oírsele me gustó enormemente. Yo le seguí dando más noticias de ella y de lo que opinaba el abbé Le Breuil sobre la cuestión de la madre. Dijo la tía que el abbé es muy buen hombre, bien educado, de talento, y que le conocía desde años. Entonces le expliqué las grandes amistades que yo hice con monsieur l'abbé cuando estuvo con los Eguía, por el latín, y muchas conversaciones, y lo que me solía contar de los «chuanes» de su familia y de cómo hicieron la guerra contra los de la Revolución para defender al Rey de Francia. A la tía le divirtió la mar que yo le hiciese unos silbiditos en el hueco de la mano, según me los enseñó a mí monsieur l'abbé, y a él su abuelo o su bisabuelo. Parece que suenan más bien poco, pero se oyen lejos y son contraseñas antiguas de los «chuanes» para cazar republicanos en el bosque. La tía me decía: «¡Qué bien lo haces, Pedrito! ¡Hazlo otra vez!» Y se quedó como pensando. Después le conté que a Isabel y a su madre les habían convidado en castillos, y la tía, con la curiosidad de haber estado allí de joven, me preguntó si yo sabía de qué familias eran. Pero eso yo no lo sabía. Hablamos luego de que los Mendive tienen muchas amistades antiguas allí en el Bearn y hasta parientes, porque la tía de Isabel, Enriqueta, hermana de don Agustín, está casada con uno de Saint-Pé, el Barón de Mauleón, y ése les manda por Navidades un barrilito de Armagnac y otro mayor de vino rojo, bueno. Este Barón es el que estuvo con su mujer a la boda de Paco y Carola y después de pronunciar un discurso, con bromas, pero al final serio, que él casi lloraba, les dio a, los novios a beber el vino de cien años. Carola me hizo probar a mí una cucharada de la botella, como jarabe, y encontré que no valía tanto.

El abuelo de Isabel, en la Segunda Guerra, se pasó mucho tiempo en el Bearn a comprar pólvora y a juntar dinero de franceses amigos que les ayudaban. Este abuelo es el que le invitó a la tía Clara, cuando la tía se escapó de Bilbao, y él vivía en Orthez con su mujer, aunque yendo y viniendo él y su hermano con barriles de pólvora por el monte.

Por eso, don Agustín Mendive, que se ha muerto con cuarenta y siete años, nació en Orthez y creo el mismo día que don Carlos pasó el puente de Arnegui y se marchó de España para siempre. En la pared del comedor de casa de Isabel, en Mendive, tienen puesto el banderín de seda amarillo, que es el de la 4.^a Compañía del 2.º Batallón de Guías del Rey. Dicen que debía de ser el último que saludó don Carlos cuando revistó la última vez a las últimas tropas que le quedaron y que formaban hasta la raya misma de la frontera, sobre el puente. La tía con esta conversación se animaba más que otras veces y nos quedarnos hasta bastante tarde. A ella lo que más le gusta hablar es de La Rioja, de Navarra, de los pueblos cerca de Andía, como Guernica, Bermeo, Lequeitio y Elanchove, y de algunos sitios del Bearn, como Orthez, Pau y Olorón. Una vez que estuve enfermo de pequeño, en Andía, me contaba historias del castillo de Nerac, de el de Pau, donde nació el Rey Enrique IV, y también historias del castillo de Olite y de Doña Blanca de Navarra, que luego se moría en otro castillo de Orthez. Entonces me enseñó que en el Bearn nadie dice «Bearn», sino «Bear», y nadie dice tampoco «Henri Quatre», sino «Henri Car».

XLV

Corté, a escondidas, flores por la mañana y fui al camposanto, a ponérselas a don Agustín. Ni le habían escrito el nombre sobre la losa, que es muy grande y está echada, sin más, allí sobre la hierba. Cuando le saludaba yo a Policarpo, que arreglaba un hoyo, trajeron a enterrar un niño chiquitín de dos años y medio, decían. El padre, muy triste, pero muy tranquilo, llevaba el ataúd en brazos y, detrás de él, la madre y los abuelos lloraban callandito. Nadie más venía, ni sé quien eran, pero de seguro forasteros, con facha más bien de señores, aunque yo creo en mala posición, y habrían quizás traído al pobre niño a alguna casa de la parte del monte a ver si se ponía bueno.

El padre colocó la caja en el hoyo con mucho cuidado, como si todavía viviese el niño aquel y se le pudiese despertar. Policarpo, el sepulturero, que es un viejo altísimo y cojo, con pie como de pezuña, llenaba de tierra con la pala, y el padre, con las manos, a puñados y muy aprisa, hasta que sudaba. Se fueron pronto y yo le puse al niño la mitad de las flores. Policarpo ni me miraba. Se había quedado un poco lejos, de pie, sobre la losa, con las manos apoyadas en la pala y se había puesto a ¡Lo bien que silbaba aquel hombre! A nadie le he oído silbar tan bien y tan bonita música de silbo, que la repitió muchas veces. Yo le oía como bobo, igual que al ruseñor cuando me llevaba el tío Lorenzo, hasta que se me fue quedando el son y lo aprendí. A la vuelta yo también lo silbaba por el «Camino de los Muertos» y después por el camino oscuro, donde le vi a Isabel el primer día. Era medio alegre y medio triste y le quise poner una letra para cantar, pero me venía muy difícil de hacer entrar el verso en la música. Al fin ya me salió la primera letra y dijo así:

*Allí,
cuando Isabel me quería,
cuando me quería Isabel,
la puerta para mí
siempre se abría.
¡Qué hermoso era el tiempo aquel!
¡Ay, el tiempo aquel!*

Desde que tuve hecha o a medio hacer esa primera copla, todo el día le estuve cambiando las palabras y me la cantaba de modos diferentes con la música aquella tan preciosa del sepulturero:

*Allí,
cuando tan fiel se me hacía,
cuando se me hacía tan fiel,
«Sólo tú para mí»
siempre decía.
¡Qué hermoso era el tiempo aquel!
¡Ay, el tiempo aquel!*

A la vuelta del camposanto, hacia las once, me fui a mi sitio de siempre, junto a la puertecita secreta, y entonces me quedaba allí hasta la hora de comer. ¡Qué pena de estarse allí solo con la mañana tan deliciosa! Vi un lagarto grande, muy quieto, contra el paredón. Aunque yo me pusiera cerca no se iba, pero no le quise matar por la piel tan hermosa verde y los dibujos. Me daba lástima de machacarle con la piedra, porque, además, cuando arranqué la piedra del suelo, allí, entre hojas pegadas y tierra, me encontré el espejito redondo que era de Isabel, y muchas veces ella me echaba sol, de lejos, con el espejito. Apenas tenía ya azogue, y cuando me quería mirar, pensando que ella se miraba, casi no me veía. Me acordaba del cuento de las «Mil y una noches», el de los tres hermanos y una hermana, hijos de un rey, que no lo sabía que eran suyos y que todo iba mal cuando

se ponía así el espejito. Yo le besaba muchas veces y le decía: «¡Espejito, espejito! ¡Estamos iguales los dos!», y pensaba los malos inviernos que nos habían caído encima desde que ella se fue. ¡Cuánto misterio había entonces en ese sitio del jardín! Se me volvió como encantado. Uno allí se sentía más cerca de Isabel que en ningún otro sitio del mundo, aunque ella estaba en Francia, y como si estuviera en la China. En Las Arenas vivía a dos pasos de nosotros y acabó por parecer que vivía lejísimos. Pero yo en Andía, hacia las once o antes, me sentaba en aquel rincón del jardín y si cerraba los ojos me figuraba que al abrirlos me encontraría la puertecita abierta con Isabel mirándome. De todos modos ella estaba allí entonces como invisible. Yo por eso las horas que podía me las pasaba allí sólo con libros.

Creo que hay sitios misteriosos y yo los noto hasta en el cuerpo, como las cuevas. En los sitios misteriosos es donde se siente más el amor y la antigüedad. En La Rioja también había uno debajo de una peña en un soto del río y me iba yo allí a mirar el agua. También sé otro en la Peña de Orduña, otro en el Algorta viejo, otro en lo alto del Toloño, cerca de la nieve, y otro en el monte sobre Andía.

Después que bajé de Begoña, tan desilusionado, recé menos, pero le había cogido mucha afición al vivir solitario entre árboles y rocas, leyendo versos, y quería seguir aquella tristeza y aquella melancolía grandes. Me creía de ser como Grisóstomo, el del *Quijote*, con Marcela. Me consolaba echarme debajo del olmo viejo, que le quería yo de siempre como a una persona, y figurarme que yo era una hormiga y hacía viajes larguísimos por el tronco arriba y por las ramas, encontrándome valles y montañas en la corteza para ir hasta las hojas, como si fuese el mundo. Allí, hasta el mediodía leía o meditaba sin leer. Fumaba también dos o tres pitillos del tío que murió, porque en los cajones de las mesas del piso mío guardaba él muchas cajetillas, de las que no se venden en el estanco, y cajas de puros y un puro enorme de dos cuartas, que le hice picadura.

XLVI

Tuve una carta larga del Padre Cornejo, que me hizo reflexionar, porque yo, como digo, rezaba poco entonces y sólo iba a misa el domingo, pero sin comulgar. Me contestaba a la que le escribí para darle las gracias por la suya, cuando me felicitó del crecer y de haberme curado y me mandó, además, el librito de «La consolación de la Filosofía». Aunque no había sido todavía lo de Begoña, yo le hablaba en mi carta bastante íntimamente de los disgustos de las vacaciones y de lo que sufría yo en mi interior, pero sin decirle el porqué. Ahora él me regalaba el «Tratado de la Tribulación», del Padre Rivadeneyra, y en la carta, metiéndose también algo con Joshe-Mari, me decía lo que voy a copiar:

«Tan travieso, tan de la piel del diablo, como tú y hasta como tú, por decirlo ya todo, tan dispuesto para el latín, fue nuestro Padre Pedro Rivadeneyra, tu tocayo, el famoso «Perico» de nuestro Santo Padre Fundador y el que le tiraba a la calva huesos de cerezas y aceitunas, lo mismo, por fatal coincidencia, que cuando tú y tu inseparable Joshe-Mari aquel día del comedor repetisteis la hazaña, con el bondadoso Padre Ferrer, y os castigaron, justísimamente, por la noche, a pan y agua. Los dos tenéis que corregiros mucho el curso que viene y el más responsable serás tú, que le arrastras al otro, aunque no dejes de reconocer tu buena voluntad, tu devoción sincera a la Santísima Virgen y tu gran confianza en la ayuda y la misericordia de Dios Nuestro Señor. Pero, Perico mío, hazte ya de una vez la resolución firme de cambiar siquiera en tres cosas: en ser menos fantástico, menos violento en todas tus pasiones y menos dado a esa curiosidad rabiosa que, a veces, te consume. Dios no quiere que suprimamos nuestros impulsos, quiere que los tengamos bajo nuestro pie y al servicio de superiores bienes. Convierte tú, bien dominada, tu fantasía, en imaginación creadora y clásica; tu violencia, en militante voluntad de cristiano; tu curiosidad, en deseo insaciable de saber. Todo es en ti una mezcla explosiva de impaciencia sin freno y amor propio, que saltan cuando menos se piensa, aunque padeces de alternativas, igualmente culpables, de flojedad, abatimiento y apatía. Ten cuidado con la soberbia, que es la raíz de todos los pecados, aun en sus

formas mejor educadas o mejor disfrazadas de amor propio. Te veo muy mudado en tu última carta y no sé qué pensar de ti.

»Tampoco debes ya caer en las niñerías alocadas de antes. Mira que si no te perdona el Padre Rector, cuando le pidió tu expulsión el Padre Prefecto, por tu disparatada escapatoria hasta el monte de Amurrio, ya no estarías en Orduña. Entonces el Padre Rector imitaba contigo la santa paciencia de nuestro Padre San Ignacio con el Padre Pedro Rivadeneyra, de quien acostumbraba decir, al verle, de muchacho, tan polvorilla y atrevido: "¿Ves a fulano y a fulano?, pues tiene más mérito el pobre Perico, porque aquéllos son dóciles por naturaleza y éste, por el contrario, es de un carácter violento e indómito y tiene que hacerse violencia para dominarse".

Hazte digno tú de ese mérito. Lo sé que te cuesta, pero domínate. Todavía, a los ochenta años, cargado de merecimientos y después de haber consagrado tantas empresas y fatigas a la mayor gloria de Dios, nuestro Padre Rivadeneyra se acordaba del tiempo decisivo, cuando tuvo tu edad y venía, como dice él, *ad Societatem tunc nascentem, singulari Deo beneficio puer adductus*.

»Yendo a otra cosa, lo que hiciste con el joven inglés parece muy contrario a la caridad y alabo tu propósito de pedirle perdón. Bien está, entre tanto, si has sufrido, como me dices, que aprendas a sufrir. Los caminos de la gracia de Dios Nuestro Señor son ciertamente innumerables, pero sólo se hacen seguros cuando comienzan las espinas y, además, las espinas, como dice nuestro Padre Rivadeneyra, "defienden a las rosas".»

XLVII

Antes de comer, al día siguiente de la carta del Padre, de poco me matan; pero peor fue lo de la tarde, que se armó la tremenda, y yo con un disgusto de los mayores de mi vida, porque, esa vez, corrió la sangre. Por la mañana, hacia las diez y media, volvía yo del camposanto de ponerles flores a don Agustín y al niño aquel. Me salieron dos a medio camino; uno, un tal Juanchu, un matón del barrio de Mendive, y otro, un rubito, que yo no sabía. Ellos me quisieron agarrar la trabilla de la chaqueta y me cantaban por burlarse: «Andía, el hijo de la tía». Yo, ¿qué iba a hacer?, empecé a pegarme con Juanchu y, al principio, todo muy bien, que de poco le salto el ojo bizco, mientras el rubito me tiraba patadas a la espinilla, pero yo le arreé un taconazo en la boca del estómago de los de no te menees. Se ponía todo a mi favor, y yo crecido, al ver que les podía, cuando van y me salen por la heredad lo menos diez, con palos y piedras, a cascarme, y también me cantaban: «Andía, el hijo de la tía».

Yo, que llevaba el pistolín que Joshe-Mari me regaló, cargado, por el aviso de Edurne, disparé los dos tiros de bala al aire, para no hacer daño. Al primer estampido toda la cuadrilla echó a correr como demonios, con las manos en la cabeza. Yo, la mar de hueco, seguí mi camino a paso natural, para que nadie se creyera que me escapaba. Ellos, con precauciones y agachándose, me seguían, desde algo lejos, y me tiraban alguna que otra piedra. A mí me entró algo miedo de que me siguiesen, porque no tenía más balines y como ellos eran, que hay que hacerse la cuenta, más de diez, si se decidían me asaban y apreté el paso, aunque no mucho. Ellos, al verme ir más aprisa, se me acercaban más cada vez y me estaban ya a los talones tirándome más piedras, hasta que eché a correr a la desesperada y, para decir la verdad, cogí pánico.

Uno gritó: «¡Hala!, ya no tiene más balas», y les tuve a todos encima cuando no me faltaban ni diez metros para meterme en el jardín. Iba ya sin aliento y ellos entonces van y me cortan la retirada, pasándome, para ponerse delante de la puerta. Yo, de una guiñada, me tiré a un lado, a saltarme la verja, y en un santiamén puse el pie arriba; pero al dar el salto para adentro el pie se me enganchó entre los hierros esos que acaban en formas de lanzas. Al verme la cuadrilla colgando de aquel modo, boca abajo, con el pie cogido, venían furiosos y también riéndose, a machacarme desde fuera, que podían muy fácil, con palos y pedrucos; pero en ese momento apareció Crispín, que les amenazó con la azada, y me descolgó. Yo salí vivo de chiripa y pasé las negras, pero a la tía no le dije nada.

Me había va advertido Edurne que, desde la fiesta del «Chafalonio», los dos bandos, que hay siempre allí, se tenían ganas y que anduviese yo con cuidado, con mi significación.

Allí, de Andía hacia la mar, es un barrio, y de Mendive para el monte, otro. Allí, para elecciones, para pruebas de bueyes, para «aizkolaris», para pelota, para fútbol, para regatas, para guerras y para todo, lo mismo apostando que sin apostar, siempre hay dos partidos de barrios: Andías y Mendives, igual de mayores que de pequeños, nosotros liberales y ellos carlistas y el tío Lorenzo dice que antiguamente nosotros oñacinos y ellos gamboinos. Hasta en el Ayuntamiento se sientan los concejales en dos bancos, banco de Oñaz el nuestro y de Gamboa el de ellos y hasta en la iglesia su santo es Santiago y el nuestro San Miguel. Nosotros, los Andías, también tiramos más a la mar y a Bermeo, y ellos al monte y a Guernica. A mí, por eso, me gusta la mar tanto y a Isabel poquísimo, como que en su casa nunca han tenido botes.

Pero nos estamos marchando de la cuestión. Yo comprendí que lo de disparar podía costarme muy caro. A las dos, cuanto nos levantábamos de la mesa, tocaron a muerto y, después de rezar, la tía dijo: «¿Quién será? No sé de nadie enfermo». A las cuatro, al ir a echar la carta para Joshe-Mari, vi en el buzón el cartel de «suspendido el servicio por fallecimiento». Me contó Joshepa la estanquera que Monchín, el cartero, se quedó de repente difunto, de mal interior, con la cuchara de sopa en la mano. Entonces fui a echar la carta a Aspe, que son apenas dos kilómetros, y le encontré a Berna, que me dijo: «Mejor si te acompaño, Peru». Como todo el camino es hacia la mar, yo le decía que íbamos por territorio nuestro. Berna sabía que me buscaban, furiosos de que les disparé, y que decían que yo era un criminal y un señorito malo, torcido, *okerra*. Pero también Berna sabía que los del barrio nuestro de Andía se juntaban para defenderme, porque me han querido de siempre y no han cambiado, como otros.

Volvíamos, y yo sin hablar casi, porque todo aquello tomaba mala pinta y a mí me daba pena, recordándome los buenos tiempos, cuando subíamos a las tapias de Isabel, igual Andías que Mendives, y no hubo luchas. Al pasar el alto de Laubide, según bajábamos, a eso de las seis, vimos armada la pedrea: a la parte de allá los Mendives y los nuestros a la parte de acá, que unos a otros nos solemos llamar también «belches» y «zuris», negros y blancos.

Nos dio rabia y vergüenza, desde el alto, ver que Andía perdía, a pesar de la ventaja de la cuesta y más árboles para protegerse y, además, sin la contra del sol. Luego resultó que eran tres de menos. En seguida nos miramos así Berna y yo, y le dije: «No queda otro remedio, ¡hala, vamos!» Él me dijo: «Por lo tuyo es, Peru». En esto, nos vieron los nuestros bajar la carretera y gritaban locos de contentos: «¡Peru y Berna! ¡Son Peru y Berna! ¡Andía! ¡Andía!» Pegamos a correr a juntarnos a ellos y Shanti, el de Landaverde, que hacía como de capitán, les gritó: «*Lagunak, esan eusten, erren dogun, oeste bazuk*» (1), que venían otros para ayudarles. Un chiquitín, pero fuerte, de camisa rota, que estaba el más atrás, a llevarles piedras, tenía dos hondas, una que tiraba de vez en cuando y otra arrollada en la cintura, que yo le quité a escape para mí. De repente, cuando se la quitaba, una piedra de refilón le dio al chiquitín en la cabeza y le salía sangre. Les gritamos a los de Mendive de parar un poco, para curarle, y pararon. Ellos nos gritaban en vascuence: «*¡Bildur! ¡Bildur!*», que todo era miedo y coplas, pero que no nos valdría. La parada nos valió para mucho, porque me nombraron capitán a mí y les conté los que eran, tocándoles a cada uno, y éramos doce, con Berna y yo. Les dije de seguir tirando siempre a dar, tapándose lo que se pudiese con los árboles y hacer que perdiéramos, para dejarles avanzar hasta el alto. Seis nos pusimos por una cuneta y seis por la otra y Berna y yo atrás, como mayores de pedrada más larga, para saltar delante, a lo último. Cada uno se tenía que reservar tres piedras, las niejores que viese, y cuando llegáramos a lo alto y ellos bien descubiertos, como creídos de ganar, les haríamos a una vez seis descargas seguidas, de seis en seis, dando así tiempo a cargar unos y tirar otros.

Los Mendives ya estaban impacientes y Juanchu, al volver a tirar, nos gritaba muy fanfarrón: «*¡Ez ikaratu, mutillak!* ¡No asustarse, chicos!» Se volvió a empezar allí la lucha y allí zumbaban y llovían las piedras como si hubiese cien por cada bando, y ellos tiraban piedras muy buenas.

¹ "Compañeros: aquí vienen otros a ayudarnos." (N. del E.)

Nos fuimos haciendo atrás muy en orden, el chiquitín y todo, muy valiente, hasta el alto de Laubide. Al llegar al banco de piedra di la voz: «¡Andía! ¡Avante todo! ¡Aurrerá!» Pero, contra lo que yo dije, disparamos los doce a la vez, por el entusiasmo y haber dicho yo ¡Avante todo! y a escape la segunda descarga y otra y otra y otra, que encontramos en cada cuneta un montoncito del picapedrero y les breábamos. Yo sudaba y gritaba, loco de alegría, sin que me importara así me matasen, muy descubiertos, Berna y yo delante, y ya viéndoles que se rendían. Resistían bien a lo primero de esta segunda lucha, pero como redoblamos muy fuerte y con todo lo que se quería de piedras, les hundimos abajo y escapaban va todos a saltar por una pared, menos Pachi, el de Arocena, y Juanchu, que aguantaron, últimos. Yo me guardé para el final una piedra de chispa, con dientes, que cortaba como un cuchillo, para tirarla a mano, rasante, como en el chiplichapla, porque, al final, siempre es a mano. Se la clavé en la frente, no a mucha distancia, que se me fue la piedra sin pensar, a Pachi, el de Martina la de Arocena, y no sé cómo me encontré que le tenía allí en el suelo, con la cara blanca, sin sentido y una raja así, grande como una boca, encima del ojo. Me creí si no estaría muerto, porque le corría por la cara mucha sangre y él perdido el conocimiento. ¡Él había de ser, el que más pena daba, con la madre viuda, una mujer con este hijo solo, que le regalaban leche y huevos en casa de Isabel! ¡Mala pata tenía yo de veras y maldita fuese mi sombra!

Nos paramos todos y yo le mandé al chiquitín, con un pañuelo atado a un palo, a hacer señas a los de Mendive que viniesen, porque se habían metido al manzanar de don Roquechu y todavía, desde allí, se asomaban a tirar alguna que otra piedra. En seguida, vinieron todos y todos alrededor de Pachi, aterrados y sin hablar nada. Sólo Juanchu dijo: «Para ganar así, mejor perder»; pero nadie sabía de entre ellos, más que Pachi mismo, que yo había tirado la piedra. El chiquitín trajo agua en una boina, y con eso, Pachi volvió en sí, quejándose algo, pero luego, al verse tanta sangre, puso los ojos vueltos para arriba y gritaba fuerte: «¡Ay amá! ¡Ay amá, Virgiña!»

Le atamos un pañuelo y dije yo: «¡Hala, por el atajo! ¡A curarle en Andía!» Era casi de noche y cogimos entre seis Berna, Shanti, yo y tres de Mendive, Juanchu mismo, que lloraba sin ruido mordiéndose la boca y apretando los clientes. Alguna vez dijo: «¡Arrayuá!» Nadie nos vio por el atajo y, de vez en cuando, les hacía yo que parasen y encendía cerillas para verle a Pachi la cara.

Al entrar en casa, les hice esperar a la puerta, en las escaleritas, mientras avisaba. Entré yo espantadísimo de lo que había hecho, en parte a la fuerza, pero temblaba, que se me podía ahogar con un pelo. Le encontré a la tía Clara escribiendo en su cuarto y le dije: «¡Tía Clara, perdóname! Hemos tenido una pedrea grande, que les hemos ganado a los de Mendive, y yo le he hecho una herida atroz, así aquí, a Pachi el de Martina. ¡Por Dios, cúrale tú! ¡Ahí están!» Se quitó la tía las gafas de escribir y me miró de una manera que creí que me aniquilaba. «¡Criminal! —me dijo—. ¿Eso has hecho tú? ¿Tú, a pedradas? ¿Qué te crees que eres? ¿Tú vas a ganar a pedradas? Sólo siendo bueno y el mejor de todos les tendrías tú que ganar.» Luego mandó que le trajeran inmediatamente y se apuraba mucho por Martina, la madre. Mientras les fue a llamar Gertrudis, la tía me dijo: «Y a tu amiga Isabelchu le haría mucha gracia verte así a cantazos con los de Mendive». «Pero Andía —le contesté yo— no podía perder.» «¿Perder? —saltó ella indignada—. ¡La dignidad has perdido tú! ¡La casa has deshonorado!» ¡No hay idea, qué furia! Se contuvo cuando entraban con Pachi. Gertrudis había traído vendas, un agua verde y algodón. Le llevó la tía Clara al baño lo primero para lavarle. ¡Qué bien le vendaba luego la tía! ¡Y qué bien debía curar, en los hospitales, con doña Mariquita! Le dio también a beber café fuerte con algo de coñac y le besaba como a hijo. Mandó que le avisaran a don Lino el médico y le llevasen a Pachi con cuidado y que fuese Crispín para tenerle la cabeza. Yo me quería dar contra las paredes. Cuando le llevaban por el jardín no pude más de pena al verles a todos tan tristes, con Pachi herido, que yo le había abierto la cabeza. Se me clavaban en el alma aquellos ojos tan grandes de Pachi, cuando miraban al cielo en la carretera y gritaba: «¡Ay amá! ¡Ay amá!». Nunca me podré consolar yo de aquello ni en toda la vida. Ni se le ocurrió al pobre Pachi mirarme con odio, ni chistó que había yo sido y hasta me decía al ir por el atajo, como si nada: A Andía me llevas pues, Perucho?» ¡Él me perdonaba! ¿Y qué haría yo para que Dios me perdonase? Así no me saldría nada bien en este mundo. ¿Y qué diría Isabel de mí? Cuando pasaban la puerta de la verja miré también que todos eran hijos de pobres. La tía Clara

me dijo: «Y ahora, ¿qué piensas, Pedro?» Yo le contesté: «¡Que soy un miserable!» Y corrí a meterme muy desesperado al piso de arriba. Me puse de rodillas en la saleta y abrí el «Tratado de la Tribulación». En la primera página salió que la tribulación es una espina que tenemos clavada aquí dentro y lástima grande por no tener lo que queríamos. En seguida, yo pensaba en Isabel y en todo lo que yo tenía clavado en el corazón hasta dentro, cuando entró la tía a decirme que me quedara solo en el cuarto y que ya me subirían de cenar, porque aquella noche no quería verme en la mesa. Me trajeron de todo y hasta postres, pero no pude probar bocado. Cuando quería comer le veía a Pachi sangrando y mirando al cielo con aquellos ojos azules tan grandes y se me hacía un nudo en la garganta. Llamé que se llevasen todo lo que habían traído y me puse a escribirle a Joshe-Mari para desahogarme con alguno. Esa pedrea fue el sábado, 15 de septiembre.

XLVIII

Antes de la hora de comer, junto a la puertecita leía la «Segunda Guerra Civil» en el Pirala. Eso, claro, si no hacía mal tiempo. Me ilusionaba leer ese libro frente al paredón. En mi cuarto, a la noche, leía la «Vida de Guynemer», el «as», que me la dio mi padre. El Pirala trae muchas láminas en colores de lo más divertidas. Son de las que vienen con el papel de seda un poco pegado y salen como calcomanías. Allí se ve a doña María de las Nieves muy guapa de húsar, que están así muy bien las mujeres, y luego escenas de lo más dramáticas, como la rendición de Berga y el asesinato del alcalde de Alcor, don Agustín Albors, él medio desnudo por el suelo. Le meten por la boca una faca y una bayoneta por las tripas. Los tomos de la Primera Guerra son todavía mejores. Lo sé yo que Pirala escribe más bien aburrido, una pena, casi lo contrario de Mariana, que es inmenso y muy a la antigua. Pero a mí me ha tirado siempre lo que más en historia las Guerras Civiles, por la enemistad con la familia de Isabel y por muchas razones. Además he andado a pie por donde pasó lo principal de aquello y he subido a más de diez fuertes, como Banderas, Miravilla y Artagán, que salen en el libro. Una vez fui también a Las Muñecas.

A mí el tío Lorenzo me ha explicado divinamente los sitios de Bilbao y dónde estaban las trincheras y las baterías de unos y otros. Lo que no me ha contado nunca el tío Lorenzo después de tenerme contada toda la guerra es lo que hizo él. En casa, claro está, lo saben, pero a quien se lo he oído mejor ha sido al doctor Zabaleta.

Dijo el doctor un día, cuando yo me empecé a poner bien, que el sitio iba durando va bastante y los carlistas, muy subidos, mandaron a Bilbao parlamentarios. Dijeron los carlistas: «Venir a ver las tropas, los cañones y las municiones que tenemos. Se os tratará a cuerpo de rey, mientras en Bilbao coméis ya ratas y bacalao podrido. Cuando hayáis visto bien, lo que se dice bien, el campo nuestro, si queréis resistir, a resistir se ha dicho, pero si no podéis, ¿a qué derramar sangre entre hermanos? De todos modos, con ver nada se pierde».

Los de Bilbao entonces reunieron la Junta de Armamento y Defensa, y el más joven de todos, con veintiséis años, era el tío Lorenzo, que ahora tendrá sesenta y seis. Allí dijeron todos en seguida: «En eso, sí, tienen razón. Con ver nada se pierde». Pero el tío Lorenzo se callaba «¿Qué dices tú? —le preguntaron—. ¿En qué piensas?» «Pienso —les contestó— que con ver se pierde todo.» «¿El qué?», le preguntaron. «Se pierde la fe», dijo él. Y luego les dijo: «La fe en resistir es lo único que tenemos. Ya veis. Se hacen cartuchos de tierra para engañar a la tropa. Si nos dan el asalto no nos llega para una hora de fuego. ¿Qué queréis ya saber peor todavía? ¿Y no queríais resistir ayer y anteayer? Pues a resistir mañana, pasado mañana y el otro y el otro a ciegas. No queremos ver nada. Sólo Dios sabe. Aquí sólo sabemos que hay que resistir».

«Tienes razón, Lorenzo —le dijeron—. ¡No queremos ver nada ¡Viva la Libertad! ¡A resistir!» Bilbao otra vez aguantó. El día Dos de Mayo entró el General Concha y Bilbao quedó libre. Después mi tío Lorenzo siguió liberal hasta hoy, pero muy desengañado de la política. He oído en casa que antes le gustaban mucho los ingleses por lo serios para gobernar, pero, desde lo de los boers, no habló más de ellos. Lo que se ha ido haciendo es muy religioso. También fue íntimo de

don Agustín y quizás el más íntimo que don Agustín tuvo al final. Hace poco me dio el tío Lorenzo a leer «Los Novios», de Manzoni, y me dijo: «Como éste, sí, hay que defender la libertad siempre. El Papa de ahora, Pío XI, te diría que el que no la defiende así no es ni cristiano. Este libro es el que más le gusta por eso».

Cuando voy de paseo con el tío Lorenzo subimos casi siempre a Begoña. Lo primero llegamos hasta el fuerte de Artillería. Si yo no estoy muy respetuoso luego en la iglesia o contesto mal al Rosario en seguida me dice: «La mula y el buey en el pesebre estaban delante de Dios mejor que tú. ¿No sabes que Dios está aquí y es más que el Rey, más que el Emperador, más que todos los Reyes y Emperadores juntos?» Le miro y él está, de veras, como delante del Rey.

Le gusta subir por Zabalbide y bajar por Mallona. Me cuenta las historias de los fuertes. El de Mallona lo mandaba un oficial amigo suyo, don Camilo de Arana, marino de guerra, y daba las voces como a bordo, porque decía «castillo de popa», «andanada de babor», y así para hacer fuego.

Solemos volver para casa al anochecer. Merendamos en su biblioteca y él vive en el piso segundo, arriba de nosotros, porque la mitad de la casa es de él. Le da por leerme trozos del *Quijote* o del *Romancero del Cid*, sobre todo la Jura de Santa Gadea, o por traducirme y explicarme con aquellas láminas espantosas *La Divina Comedia*. Hasta me hace aprender en italiano, porque él lo sabe hablar, algunos versitos, como los de la Puerta del Infierno. También me ha empezado a explicar el *Orlando Furioso* y que Angélica se le escapó cuando él estaba tan enamorado. Muchas tardes nos hemos pasado también horas enteras en limpiar las armas antiguas. Saca él espadones, mosquetones y machetes de la guerra carlista o unos espadines de lujo y las pistolas del Caballerito. Pero lo mejor fue una armadura grande, lo menos del tiempo de Lepanto, que nos costó quizás un mes, dale que dale, hasta que dejamos la coraza como un espejo de reluciente, que nos veíamos las caras los dos.

Al tío Lorenzo le da bastante asco y fastidio de la luz eléctrica y suele encender un velón, no de los antiguos, con una pantalla muy bonita, en colores, del Triunfo de César. Allí, debajo de la luz, a lo mejor tenemos a limpiar, en la mesa larga de en medio, una espada o una pieza de la armadura y también se suele quedar abierto en una esquina el *Quijote* o el *Orlando Furioso*. Entonces a mí me parece que el tío Lorenzo es el mismísimo Don Quijote y hasta yo una noche soñé que el tío en camisa hacía la batalla de los pellejos de vino allí abajo, en la bodega aquella de Andía. ¡Qué sorpresa la mañana siguiente cuando en el desayuno me dieron una taza con la aventura de los molinos de viento! Otra vez, en las vacaciones del segundo año de Orduña, entramos ya de noche en Durango a la vuelta de una excursión, él muy estirado en un penco de mala muerte igual que Rocinante y yo en burro, que le decía al tío de ser su escudero. ¡Hay que ver lo que nos reímos y el penco se le encabritó, como no se pensaba, al embocar el puente, que topó con dos yeguas y relinchaba hecho un condenado! no me puedo figurar a Don Quijote más que como el tío Lorenzo, porque son, además, los dos, aunque más viejo el tío, altos y flacos, iguales de facha, solterones y con el bigote caído.

De tarde en tarde, toca un poquitín la guitarra y se pone a cantar con poca voz y yo le oigo, porque sólo delante de mí canta, pero toca muy bien, hay que decirlo, y en el canto afina.

¡Ay, qué pena tendré cuando se muera! A él es a quien yo quiero más de todos los de casa y parientes como al más antiguo de todos y el más para mí. Los mejores días con Isabel yo los pasaba cuando estuvo en Andía el tío Lorenzo, que le quiere mucho a Isabel, y él armó la excursión aquella de lancha. Él llevaba el timón, mientras el patrón nos ponía a dormir debajo de la vela verde por el sol tremendo y nos hicimos allí novios.

Un día, a nadie se lo he dicho, yo descubrí que el tío Lorenzo debió de enamorarse hasta lo último de alguna mujer que no se sabe, aunque los que le vieran ahora ni se lo figuraban. Una tarde, que volvimos del paseo a Begoña, él encendió el velón como siempre y se puso a templar la guitarra. Le avisaron que le esperaba en el salón una señora vieja y la *prima* se le saltó al darle a la clavija. La señora ya la conocía yo muy bien, era doña Gracia, la madre del explorador, que no se sabía y se había perdido por el alto Amazonas.

El tío me dijo que daba una gran compasión de esa señora, porque como de Londres no escribían

ya, no había modo de consolarle, y que yo, entre tanto, buscara una *prima* en el cajón del mueble pequeño y la pusiese, pero sin apretar, y que él la templaría luego.

Doña Gracia se ha muerto el año pasado y sin saber del hijo. A mí me hacía mucha ilusión que viniese de vez en cuando a ver al tío, porque así se nos metía en casa y casi entre parientes una historia de Julio Verne, pero de verdad. El tío le solía escribir, para averiguar, al tío de Isabel, que está en Londres de secretario, y así se supo que los exploradores ingleses del capitán Williams habían encontrado un campamento que se suponía del hijo de doña Gracia. Pero ya, después de eso, no se supo más y doña Gracia, pobre, siempre, venía. Esa vez que digo tardó el tío Lorenzo en volver y en el cajón que yo no había registrado nunca solo, encontré, como siempre, cuerdas de tripa, bordones, cejuelas, los papeles de música y otros chismes así de la guitarra. Pero vi también un cuadernito y con esta curiosidad mía que me coge tan fuerte, lo abrí. Allí tenía él apuntadas muchas letras de amor, todas muy desesperadísimas, que nunca me cantó y algunas creo suyas como muy reservadas para él solo y dedicadas «A...», con puntos suspensivos, que partía el alma leerlas.

Se me ocurrió si el tío habría estado enamorado desde pequeño, pero secretamente, de alguna, como yo de Isabel, y si le habría ido tan mal como a mí, haciéndose también desgraciado de esa manera para toda la vida.

Aunque después he escarmentado, me volvían a mí loco entonces los secretos de la familia y hasta me los inventaba y andaba discurriendo disparates y combinaciones, como, por ejemplo, de quién estaría enamorada, quitando a su marido, la tía Lucy. A la historia de la tía Clara, después que el tío Ricardo me la contó, le di la mar de vueltas y me empeñaba en que debería salir algún misterio.

Si no —decía yo—, ¿por qué se separó del tío Sebastián apenas volvieron de la boda? ¿Cómo podía eso comprenderse con un hombre al que ella casi le pidió que le raptase, y además a caballo?

Hace ocho años o nueve vino el tío Sebastián a Andía y allí vivió como si tal con la tía Clara hasta que se murió. Dicen que él se había arruinado del todo. A mí me entusiasmaba el tío Sebastián, aunque hablasen mal de él y de lo golfo y lo conquistador que había sido, con muchos duelos y cuestiones. Pero lo que se dice simpático, era el más de todos.

Había vivido mucho en Sevilla, desde joven, y hay que ver las cosas que contaba y lo alegre que se ponía hablando de eso. ¡Qué distinto de nuestra familia! Con mamá sí que congeniaba y le llamaba siempre Pilarito. ¡Cómo le gustaba que mamá se riera y verle los hoyitos de la cara!

Yo me quedaba con la boca abierta, como bobo, cuando empezaba con lo de Andalucía y lo que eran los toros en la Plaza de la Maestranza, y la Feria en aquellos tiempos de sus grandes amistades con Lagartijo. Luego las noches que se pasaban ellos y otros en Granada, en Sevilla y en Córdoba, con baile y cante y las tientas en los cortijos y las bodegas de Jerez, y las monterías.

No me quería ir a la cama con lo pequeño que yo era, por oírle y luego me dormía medio trastornado de pensar la desgracia que sería para mí, enorme, si no me llevaban a Sevilla nunca.

¡Qué tiempos tan alegres eran! ¡Y cuánta gente nos juntábamos allí los veranos! Venía la tía Carmen, de Zaragoza, con el tío Martín y los primos, luego nosotros, el tío Lorenzo y a veces a pasar unos días los abuelos y el tío Ricardo. A todos divertía el tío Sebastián.

Un día, poco después de la pedrea con los de Mendive, estuve yo viendo, en un álbum, retratos suyos a caballo, de traje corto, con la garrocha y el sombrero ancho, o a pie, de cazador, con el rifle, junto a Alfonso XII. ¡Ay, qué envidia me daba aquella vida! Ahora comprendo, recordándome de él, que los Andía quizá somos algo tristes por dentro. Y él no. Cuando él se ponía hablar así por el final del verano unas tardes de lluvia, me parecía de sentir el sol. ¡Lo que hubiera yo dado entonces porque me llevara a Sevilla al patio de naranjos de su casa! Dicen que vivió mal muchos años con mujeres y que se jugó las pestañas.

Pero en Andía se arrepintió de veras cuando se puso tan enfermo, hasta que se murió muy cristiano. ¿Y quién te dice que no esté gozando ahora del Cielo con la misericordia de Dios Nuestro Señor?

XLIX

Una mañana, por la parte del monte salté las tapias de Mendive. ¡Qué hermosura la de aquel terreno! Sólo pisar allí, me subía electricidad por los pies, que me hacía cosquillas en el cuerpo y andaba más a gusto que en ningún otro sitio. Los árboles, las hierbas y hasta los pedruscos me parecieron mejores que en Andía. Aunque está pegando con lo nuestro, Mendive se me hace a mí siempre más caliente de clima y con mejor sol. Y no hablo por hablar. Siempre salen allí las rosas unos días antes que las nuestras.

Me entristecía de pasar por delante del Observatorio. Yo miraba las cúpulas y se me ocurría que ahora don Agustín ve el Cielo de veras y mejor que con el telescopio, porque él mismo es uno del Cielo. Pero ya nunca más nos haría ver a Isabel y a mí Saturno y el anillo o Venus o la Luna, como cuando nos enseñaba a mirar.

Bajé por el camino de los chopos^y en seguida del riachuelo aparece la casa en un alto y el parque alrededor. ¡Allí veía todos los sitios donde Isabel y yo habíamos andado juntos! En el parterre, frente a la fachada principal, nacían muchas flores de las de otoño y había un cuadrado amarillo, todo de crisantemos ¿Por qué no le llevaban una flor siquiera a don Agustín al camposanto? Me acerqué a la entrada. Son tres arcos y hacen como un pórtico para cuando llueve, con la pintura roja por dentro y figuritas negras bailando y tocando unas flautas. Allí vi los cuatro sillones de alambre que hay siempre, pero sin almohadones. Yo campaba de lo más tranquilo porque Galo, el guarda, vive lejos, en la casita del camino de Forua. Di la vuelta al palacio. Lo de entrar se me representaba el mayor de los imposibles. A la parte de atrás, en la rinconada del saliente, había una pila de leña y un carro sin bueyes a medio descargar. Entonces me di cuenta de que se habían olvidado de cerrar en el sótano la trampa por donde echan la leña. Y entré.

No sabía yo que existiesen tantas habitaciones, un verdadero mundo, allá abajo y sitios inmensos y subterráneos de perderse. Salí a unas cocinas fenomenales de las que a nadie, ni a Isabel misma, había oído hablar, porque de seguro no se usan desde quién sabe el tiempo. A los lados entré a otros cuartos grandes con hornillas y mesas de mármol muy anchas. Hicieron todas las paredes de azulejo antiguo, pero ya muy roto, color rosa, con adornos azules. En un rincón de un fregadero descubrí un aparato pesadísimo de resorte. Debía ser una máquina para asar, como las que pintan en los cuentos. Le di la cuerda y echó a andar muy suave, despacito, como un reloj. Al dar vueltas hacía «raac..., raac..., raac...» En la habitación de frente a la cocina de poco me ahogo en una cisterna cuadrada puesta allí a ras del suelo, sin reborde ninguno, profundísimo, con el agua como cristal y muy misteriosa. Yo miraba el fondo con miedo que se me apareciese a mí alguno. Me extrañó que no saliesen ratas.

Por una escalera muy oscura salí a la cocina de ahora, después de atravesar el lavadero, un almacén de trastos y lo de la calefacción. En seguida subí al salón principal, dicen de treinta y cinco metros, grande como una iglesia, con el techo de altura colosal, que rompe los dos pisos y allí arriba las dos galerías doradas y la tribuna de los músicos. ¡Lo que sería cuando había bailes! Ahora este salón, el mayor de Vizcaya, sirve medio de patio, porque dan allí muchas habitaciones y lo tienen sin casi ningún mueble. La pintura de la pared imita una tela con flecos y cordones, igual que cortinas, y de arriba abajo caen unas bandas que son de estrellas de oro sobre azul y de leones rojos sobre plata. Isabel y yo hemos solido patinar en aquel suelo de mármol muy liso y también jugábamos al *tenis* los días de lluvia y al balón. En la chimenea, no lo exagero, cabe toda la familia junta para retratarse, como que hay hechas allí la mar de fotos, y arriba, sobre la campana, hay una inscripción pesadísima que empieza: «*Petrus de Mendive et Iohanna D'Arzac...*», con un latín largo, después, en letra chiquita y al final «1771», que será la fecha de cuando edificaron la casa. Esa Juana d'Arzac era francesa y, según he sabido después, hizo las cocinas subterráneas y tan fenomenales, que no han servido para nada.

Me encontré cerradas con llave todas las puertas de ese piso, hasta la de la galería del frente y el paso al saloncito redondo y al comedor, que es lo único puesto con algo de comodidades y de lujo,

porque lo demás, aunque sea mil veces más grandioso que Andía, está mucho más descuidado, sin comparación. Doña Magdalena ha dejado siempre así aquello y en cambio para Bilbao y Las Arenas ya todo le parecía poco. ¡Si la tía Clara tuviera un palacio como Mendive! ¡Vaya puertas preciosas, todas blancas, con varitas y flores de oro! En el sitio de meter la llave o la manilla hay siempre la estrella dorada y hay estrellas así, adornando, por muchos sitios. Yo entiendo poco, pero para decir la verdad me figuro que el techo del salón, con los pájaros de colores y algunas diosas, no está muy bien pintado y el color del cielo muy sucio y con grietas.

A mí, naturalmente, de haber entrado allí, lo único que me interesaba era subir al otro piso, al cuarto de Isabel, que está arriba, y le llaman el cuarto azul, porque la pintura es azul fuerte con adornos blancos, pero muy estropeada por la humedad. En ese piso, que es como de segunda, todo lo dejaron abierto y, además, allí sólo Isabel dormía y, en el cuartito al lado, el «aña» Tiburtzi. Me acordé la primera vez que entré allí cuando Isabel, muy en secreto, me leyó sus promesas de la Primera Comunión y me dijo lo que había pedido por mí. Me acordé también de otro día, al anochecer, que ella me llevó para darme el rizo de pelo y la cintita de oro. ¡Cuántos recuerdos hubo esa mañana en aquel cuarto para mí! ¡Qué ilusión increíble la de ver y tocar allí las cosas! Isabel había dormido en aquel cuarto hacía muy poco, a fines de julio, total un mes y medio, cuando fue para los funerales. ¡No sabría decir mi consuelo de pensar allí en ella! ¡Ay, me creía feliz como antes! Sobre la chimenea tenía una Virgen de Lourdes, una caja de bombones vacía y un lazo negro, que me lo guardé. Pero también tenía el muñeco grande, vestido de terciopelo rojo por ella misma, que le llamaba Pedrito y dormía con él antes de irse a Londres. ¿Por qué le había abandonado? Me fijé en los muebles y me parecían peores o más viejos que la última vez. Son todos blancos y con una rayita azul, pero allí, la verdad, no pegan y ni son tampoco muy buenos. Desenrollé el colchón que estaba sobre la red metálica envuelto en una tela de cortinas. Ya me eché en la cama de Isabel, a soñar. Miraba aquel techo precioso de bóveda de cal con un redondel plano en el medio y allí la pintura que imita una abertura redonda, como en piedra, por donde se ve el cielo y dos angelitos, que atan flechas y flores con una cinta donde pone: «*Géminis*». Luego, yo cerraba los ojos para dormirme un poquitín donde ella había dormido y ver si soñaba con ella, pero no podía.

Después, por una puerta azul disimulada y del mismo color de las paredes, pasé a un cuarto de baño que lo veía la primera vez. En el suelo, de baldosas viejas, había un «*tub*» redondo, plano, de esmalte blanco y amarillo, que se saltaba y se rajaba por algunas partes. Luego, en el rincón, una ducha antigua y una bañera de hojalata con respaldo, como una que he visto en la Historia de la Revolución Francesa. En Andía, lo que son las cosas, yo tenía y tengo un baño muchísimo mejor. ¿Y aquél era el baño de la pobre Isabel? Ni me atrevo a decir, Dios me perdone, lo que me imaginaba. Yo le quiero a Isabel de todo corazón, pero lo juro que en mi vida había tenido con ella un mal pensamiento, así como para ir a confesarse. Y allí, sí, tuve uno que me horrorizaba y no me lo podía quitar de la cabeza. Le veía a Isabel desnuda, de pie, sobre aquel baño blanco redondo, con la esponja y el agua, lavándose.

Volví al cuarto azul, aterrado y avergonzadísimo de mí y arrepentido, a rezar a la Virgen de Lourdes que allí estaba, para que me librase de aquello, porque sabía que, si yo cayese en pensar estas cosas de Isabel la Virgen me castigaría sin misericordia y se me hundiría todo para siempre.

Bajé a escape por la escalera pequeña, muy oscura, y al cruzar el salón me oía las pisadas con miedo. Cuando volví a pasar por el sótano, a buscar la salida, el aparato de resorte seguía andando despacito y hacía, a cada vuelta, «*raac..., raac..., raac...*»

Fuera hacía sol muy hermoso y eché a correr de vuelta para casa.

D E L 1 6 A L 2 0 D E S E P T I E M B R E

L

Fue el día que la tía, por la tarde, tuvo juego de cartas. Me levanté y abajo habían encendido ya la chimenea. Hizo un tiempo pésimo. Dijo la tía, por la mañana: «¡No van a venir! ¡Qué inoportuno empieza este cordonazo de San Francisco!» A rachas la lluvia rompía contra los cristales como olas. El noroeste zumbaba sin parar. Quise hacer una poesía del viento, que iba por los aires con la tropa de nubes redoblando tambores, mientras crujían como huesos de difuntos las vigas del tejado. ¡Y cómo estaría la mar, Santo Dios! Valía la pena de ir a la Atalaya o a la punta del Machichaco a ver la rompiente. Daba gusto oír el temporal. A mí lo que me ponía más triste eran los días buenos del verano.

Por la tarde amainó. Vinieron a jugar los Ansóteguis, de Bermeo, y los Morga, de Guernica, y además el cura don Eustaquio y el médico joven de Mundaca, el hijo de doña Patricia. Formaron dos mesas. Yo me pasé toda la tarde en el piso mío y con gran distracción. Llevaba días por la tarde registrando cajones difíciles. Encontré en una bolsa de gamuza los manojos de llaves con sus cartelitos de hueso. Ya me habían salido la mar de cachivaches raros, como el reloj de sol de bolsillo con brújula y un sinfín de papeles de la familia en carpetas con rótulos. Yo me abstraía una barbaridad con mis descubrimientos, que ni sabía en qué mundo vivía ni la hora que era. Si Edurne me llamaba a merendar, pegaba un bote, como si me despertaran de un sueño. Me parecía de pescar y de buscar tesoros. A cada cajón nuevo decía: «Vamos a abrir esta topera». Leía los papeles como si sacara jeroglíficos. Luego me arrepentí de lo que hice y no lo hice más. Por esos días yo disfruté bárbaramente. Subía a registrar al piso de arriba apenas me levantaba de la mesa, como Robinsón cuando iba al barco encallado. También yo le llamaba «la cueva del misterio».

Entre documentos antiguos, escrituras y árboles andaba averiguando mucho de abuelos y tipos muy curiosos de casa. Hubo sobre todo un Pedro de Andía simpatiquísimo, el de la casa aquella de la Galea, que fue del tío Lorenzo ayer como quien dice. Me la iba a dejar a mí el pobre, pero se fastidié el asunto.

Ese Pedro de Andía vivió en los tiempos de Napoleón. Ya lo había yo oído que riñó con los padres, muy severos, y le echaron de casa. Él se marchó con viento fresco. Estudió para náutica en Santander, y hala a correr mundo. Leí lo primero ese día cartas de él al padre y no le consideré yo tan mal hijo por lo que se explicaba. Riñó por las ideas, y el hermano mayor, que fue el Caballerito, le apoyó lo que pudo y le quería. Después que murieron los padres vino a Andía a ver al Caballerito, porque pensaban igual los dos, y estuvo allí con la holandesa, su mujer, alguna temporada. Le escribe al hermano, avisándole que va a venir y desembarcará en Bilbao con bacalao y maderas para ebanistería. Le dice que le trae de regalo simientes de verduras, muy buenas, ladrillo refractario para el horno y cebollas de tulipanes de Haarlem mismo. Le cuenta en otras cartas de los viajes que ha hecho desde Amsterdam, donde vivía entonces, a Inglaterra, Mar del Norte y Báltico, y de un cargamento de lanas que llevó de Bilbao a Flandes y se le estropearon más de cien sacas de merina fina. Lo mejor es en otra carta desde Ponditcheri de cuando estuvo de corsario contra los ingleses, a favor de Napoleón, por el Mar de la India y la Sonda. Es una lástima que sólo le diga las presas y el dinero, sin casi nada de combates y de las aventuras que tuvo que tener con escalas por todas esas islas de piratas y reyes, que leíamos Joshe-Mari y yo en Salgarí cuando nos gustaba más que Julio Veme. Los de la ría de Mundaca han solido navegar mucho toda esa parte y el Japón y Shangay, con lo de Filipinas, y sin ir más lejos, ahí está el de la torre del reloj, que se ve desde casa. Ése, en una isla que naufragó se casó con la princesa y, cuando murió el rey, se quedó como rey consorte un par de años, hasta que se aburrió. Ahora está casado con una busturiana que le tiene en

un puño. Él, que en todos los barcos le cogían miedo, como que le llamaban «la fiera», y condenaba a muerte en la isla, ni se atreve ahora a ir a echar un mus en el Casino de Bermeo, por la mujer. Todos lo saben y se puede preguntar allí a cualquiera que ella le ha hecho la torre del reloj, con campanas tremendas, para que vea y oiga de lejísimos las horas de comer y cenar y así no falte.

Pedro de Andía tuvo más suerte con el matrimonio y en lo demás, porque, sin haber sido medio rey, trajo mucho dinero en oro de las buenas presas y se hizo la casa de la Galea, muy solitaria, entre dos pinos, como para vivir de capitán retirado sobre el acantilado aquel, con la mar encima y junto al faro y al semáforo antiguos. Resulta una casa triste por fuera, con las ventanas todas iguales y muy lisas al ras de la pared, en la fachada que mira a la mar, sin balcones ningunos. Cuando había tantos naufragios aquél era un sitio superior para ver a los barcos embocar la barra, que muchos se perdían. Desde allí les hacían señales y no sé si les tiraban los cabos con el cañoncito. Queda aquel edificio muy solo sin tapias ni jardín y al borde mismo de las peñas, que da vértigo el asomarse.

Los años que estuvo Isabel en el colegio de Londres me solía yo ir a sentar allí en la escalerita de la puerta que mira hacia el Abra y me quedaba a pensar en Isabel, esperando el momento del rayo verde cuando se pone el sol, y veía también los barcos de alta mar con rumbo a Inglaterra.

Algunas tardes, cuando se revolvía el tiempo, se llenaban las peñas de gaviotas, no como en Ogoño, pero muchas. Yo daba un *chalo* (1). Ellas echaban a volar y a columpiarse un poco sobre las olas, pero a escape volvían. Yo les espantaba con *chalas* muchas veces, y nunca me fallaba que volviesen. Así nos pasábamos el rato y ellas también, yo creo, se divertirían.

Me encontré el día ese que registraba las carpetas un papel curioso. Como a nadie servía, lo guardé y lo voy a copiar ahora. Dice así:

«Yo, Pedro de Andía —vecino de *Santander*—, y Maestre que soy del navío, que Dios salve —de «Johannes y Helena»—, de porte de *doscienta cinquenta toneladas*— que al presente está surto y anclado en el puerto de *Rotterdam*, para, con la buena ventura, seguir este presente viaje al puerto de *Bilbao*:

»*Conozco* haber recibido y tengo cargado dentro del mi dicho navío debaxo de cubierto de vos —don Johan Baptista Van Riel:

Trescientas tablas de 42 pies.

Quarenta otras de 25 pies.

Quarenta otras de 35 pies.

11 pulgadas de ancho y 1/2 de grueso.

»Enxutas y bien acondicionadas, y marcadas de la parte de afuera, con las cuales prometo y me obligo, llevándome Dios en buen salvamento, con el mi dicho navío al dicho puerto, de entregar por vos y en vuestro nombre a Vra. Orden, pagándome de flete 26 pesos de 8 Rles. Mon.^a Ant.^a 15 por 100 de av.^a Ord.^a y Sombrero (1) y sus averías acostumbradas, para lo qual assí tener y guardar obligo mi persona y bienes y el dh.^o mi navío, fletes y aparejos y lo mejor parado del.

»En fe de lo qual, os di —tres— conocimientos de un tenor, firmados en mi nombre, por mí o por mi escribano, el uno cumplido los otros no valgan.

»Hecho en Amsterdam, 15 de Septiembre de 1791.

PEDRO DE ANDÍA.»

Al lado pone:

«26 p. hazen r. 390

Avería y Somb.^o r. 58,17

448,17»

¹ Palmada.

¹ "Sombrero de Maestre", en términos de comercio de mar, significaba un cierto derecho al regalo que los Maestres de navíos mercantes se hacían dar por cada tonelada de mercadería que cargaban a bordo. El Maestre del navío decía: "Tanto por el flete y tanto de mi Sombrero". (N. del E.)

Luego hay una línea, que será en holandés, borrosa, con la firma «Margaret» y debajo escribió con su letra Pedro de Andía:

«El día que firmamos el presente conocimiento de embarque, a 15 de Septiembre de 1791, vi por primera vez a mi esposa amadísima (q. D. h.) doña Margarita Van Riel, en sus quince años, quando fuí en casa de su señor padre a recibir el precio del flete y mi Sombrero, que, al poco de estar yo con su padre, ella nos entró el caneco de la jiniebra con las copas. Mi esposa guardó en recuerdo del amor que nos tuvimos este conocimiento. Dios la tenga en su santa gloria.»

Mira tú por dónde nos vino el parentesco raro con el tío Van Riel, que descende de uno de los hermanos de la mujer de Pedro de Andía.

Cuando el tío Van Riel estuvo en Algorta a pintar el primer verano con el otro holandés, don Carlos Haes, que yo no le alcancé, y don Jaime Morera, simpatiquísimo, y que yo le conozco, el tío Van Riel se entusiasmó de la casa de la Galea, como que la pintó en un cuadro, y desde entonces la quería comprar por encima de todo, pero el tío Lorenzo no quiso. Contaban que Pedro de Andía vivió en Algorta dos o tres años nada más y a su mujer le gustaba muchísimo la gente de aquí y también todo lo español, porque su marido le llevó de viaje de boda por Huelva, Cádiz y Sevilla en un barco nuevo. Dicen que ella se volvió completamente católica y aprendió el castellano, muy buena mujer, así que todos le querían.

Por el tío Van Riel se supo que, cuando estaba aquí muy satisfecha con amigas y poniendo muy bien la casa, un día va el marido y le dice: «Hala, Margarita, haz las maletas, que para tal día hay un barco bueno». «¿A dónde vamos, Pedro? —le preguntó ella—. ¿Para qué nos vamos a marchar estando aquí tan bien?» «A Holanda te llevo —le contestó él entonces— y siempre vivirás con tu familia.» Ella le dijo que por ella no hiciera ese sacrificio. «Por ti, no —saltó él—, pero por mí, sí. Yo no puedo vivir sin Amsterdam y Rotterdam.» Y se fueron.

LI

Tuve carta de Joshe-Mari. Por una parte me alegró que estuviese novio medio formal con Lolita, pero le dije que lo mirase bien si se casaría con ella. A mí, por lo que me había él descrito, sobre todo lo de la noche de los fuegos artificiales y el beso que le dio en la boca ella a él y mordiéndole, se me representaba muy a lo Pili, y yo con Pili no me casaría.

No me chocó nada el que fuese en la asignatura pésimamente ni el que se hubiese medio confesado en casa para ni siquiera presentarse. Yo, si hubiera estudiado algo él, tenía el pensamiento de pedirle a la tía que escribiese a un señor de Madrid y de familia de Guernica, muy amigo de casa, poderosísimo, que una vez fue Presidente del Consejo. Si ese señor le hubiese recomendado al catedrático Lluch y Minguell, le aprueban de seguro, por muy masón y republicano que fuera ese hombre y por mucho que nos apretara a los de los jesuitas, más que a nadie. Creía yo que, con una recomendación de ese calibre Lluch le habría dicho antes a Joshe-Mari la lección que le iba a preguntar o si sacaban bolas hacía trampa él mismo y le leía «lección 17», aunque hubiese salido «la 53».

Pero ya si ni tan siquiera se atrevía a presentarse. ¿Qué remedio quedaba ya casi a 20 de septiembre? Completamente limpio no podía tampoco ir y en el Álgebra y Trigonometría es difícil el aprenderse así de carretilla las lecciones sueltas. Lo que más me preocupó fue la vida que iba a ser en el curso si no pasaba él conmigo a la primera y se quedaba en la segunda, como hicieron con Fruniz y Alberto. ¿No veía él a lo que podíamos llegar? ¿Estaba ciego? ¿No veía a qué disgustos me exponía a mí que tenía ya tantos?

¿Y sus padres, que ni le pusieron profesor particular? ¿En qué estaban pensando aquella gente? Yo también reconocí que, en lo de Joshe-Mari, mucho había sido culpa mía por no ocuparme yo continuamente más que de mi asunto sin atenderle a él en lo del suspenso. Debía de haberle obligado a estudiar, estudiar y estudiar en todas mis cartas poniéndole problemas y casos, como las

otras vacaciones con el suspenso de Latín 2.º, que aprobó por septiembre, porque yo le exigí cada semana el hacerme los temas y precisamente me tradujo lo que le tocó de «*Miltiades, Cimonis filius, Atheniensis*» hasta donde dice «*uterentur*».

Pero ya ¿qué le iba a decir? Hubiera sido además todo inútil con lo que luego le pasó. Ya en cualquiera de los casos no había salvación y, puestos así, lo mejor era no presentarse. ¿Para qué iba ensuciar el expediente con otro suspenso impepinable? si llegaba a los seis en una asignatura no le dejarían seguir con el Bachillerato y se quedaría sin carrera y estudiaría para Comercio con el inglés y la contabilidad y entraría en las oficinas de su padre allí de chupatintas. Me ponía negro que por vagazo se quedase así para toda la vida, porque sé que vale. Pero él, no quiere.

LII

Serían las once pasadas y me puse a copiar aquellos papeles. Ya nadie vendría. Yo, de todas maneras, eché el cerrojo. Hacía tiempo habían apagado en la cocina. Me asomé al balcón para mirar. ¡Qué noche hizo tan hermosa! Qué estrellas! ¡Qué mundos infinitos! ¡Qué misterio! ¡Cuánta cosa secreta habría allí también! Aquella noche yo tenía un secreto increíble. Todos abajo se durmieron y yo me quedé hasta muy tarde. No habría podido dormir.

Fui un bárbaro en descubrir aquello. Me remordía la conciencia, pero también allí aprendí a lo último ideas hermosísimas y sentimientos que yo no sabía que existiesen. ¡Dios del Cielo! ¡Qué cosas vi!

La tía se había pasado la mañana y la tarde en la cocina y en la galería de abajo haciendo dulces de conserva con Gertrudis y Anuncia. Desde por la mañana yo seguí registrando cajones muy contento. Al final del corredor de mi piso hay una salita de mucha luz, toda de cal, y casi con un mueble solo. Es así como un tocador muy bombeado hecho de maderitas finas y con adornitos de plata. Ensayé varias llaves pequeñas de los manojos que encontré. Di con la suya y sólo me salió en el cajón grande una caja alargada de piel verde. Cuando la abrí, que sólo había un par de guantes blancos y un olor superior, empezó de repente a sonar una musiquita de resorte, invisible. Después de oírle varias piezas, casi todas de baile, miré bien los otros cajones y no vi más que un paquete de fotografías muy viejas, que sólo después me interesó.

Al cerrar yo los tiradores de los lados, con el del medio abierto, se descargó un muelle interior, «¡trac!», y entonces me salió de por sí, para fuera, la moldura larga de arriba, con el cajón secreto. Era plano, como una bandeja, y allí sólo cabía justo el sobre grande, lacrado a la mitad, en negro, con el sellito de la tía Clara. No pensé, por lo más sagrado lo juro, abrir aquello, porque me parecía demasiada frescura, y, además, sería el testamento y ése ya me lo sabía de memoria, como todo el mundo.

Pero se me cayó el sobre al suelo, de canto, que se le saltó el lacre y se le despegó también la goma che tan seca, de modo que se me abrió él del todo, porque quiso. ¡Virgen santa lo que encontré! Lo que aparecieron allí fueron varios sobres de luto, atados con cintas amarillas, y para nada el testamento ni cosa semejante. Saqué del primer sobrecito un borrador de cartas de la tía y empezaba nada menos

«*A mi Rey y Señor Don Carlos VII de Borbón y Austria-Este.*»

Vi la fecha al final. ¡1900! Me quedé todo de una pieza, como quien ve visiones, y si hubiese querido hablar, sin habla. Una enormidad parecida nadie se la podría imaginar y los de la familia, menos. Pues allí lo tenía yo, en las mismísimas narices. ¡Y la fecha 1900! ¡Había que ver si desde la Segunda Guerra habían corrido los años!

Empecé a leer y leer, al principio con mucho miedo y muy atropellado, hasta que me di cuenta de la hora y lo guardé todo, antes que me avisaran para la mesa. Eso fue al mediodía. si no por lo que se entretiene la tía con los dulces ni me atrevo a seguir por la tarde. Me hizo falta valor. Comprendí que, para entender bien, había que ir despacio, leer línea a línea y por orden de fechas: tres cartas de Don Carlos para la tía, tres borradores de la tía para Don Carlos y, después, el papel

de las instrucciones y el planito. Lo leí varias veces —¡y cuántas no lo he vuelto a leer y luego hice en dos noches una copia, para tenerlo siempre yo y para que nunca se perdiera ni se quemara!

LIII

El asunto fue así y empieza el 21 de agosto de 1900, por la noche. Aquí tengo las copias a la vista.

Don Carlos le mandó a la tía Clara por medio de un francés, el Marqués de Saintine, una carta de su puño y letra. Ese marqués debió de llegar con el de las ocho y veinticinco y se quedó a cenar y a dormir. Le pondrían en el cuarto rojo que hay junto a la capilla.

Don Carlos, muy simpático, a la tía le llamaba Clarita, preguntándole si, a pesar de la «aberración liberal incomprensible» en que ella, «según todo el mundo había caído, conservaba algo de los sentimientos antiguos y si viendo, además, los desastres de España, con lo de Cuba y Filipinas, se sentiría capaz de ayudarle en un asunto «bastante delicado» que él le pidiese como amigo y Rey, pero que él pensaba que, una mujer como ella, no podía cambiar en el fondo, y que quizás aparentaría así, por fuera, para no reñir con los otros Andía.

No le decía casi más. ¡Hay que ver lo que le contestó la tía Clara! ¡Vaya, además, qué modo de escribir y con aquella letra perfectísima! Lo primero, en el borrador de esta primera, le da muchas gracias a Dios por la esperanza de ver pronto «la Bandera de la Tradición en la real mano y en el camino del honor y la gloria». Luego va y le dice cómo, después de tantos años, ella ni podía soñar que su Rey se acordase de una pobre mujer, «hundida en la aldea», y que no había para ella mayor honra ni mayor felicidad en esta vida. Después de otras frases así de cumplidos le cuenta como había llegado el marqués aquel de Saintine y se habían quedado hasta muy tarde, horas de la noche, a hablar y hablar del Loredán y de muchos recuerdos de las guerras, con las ilusiones de hacer otra en seguida, para salvar a España. A la mañana siguiente, la tía va a comulgar (y así se lo escribe a Don Carlos) para pedir la ayuda de Dios y que le saliese bien la carta. Después de eso vienen unas palabras muy bien puestas, y lo que él acertaba «con verdadero corazón de Rey», fiándose de ella, a pesar de lo que pareciese así por encima y lo que la gente dijera de su «aberración liberal», porque ya lo explicaría ella eso si Dios le daba ese valor y que hay, en la vida, muchas cruces.

Le jura, en seguida, la fidelidad absoluta y con toda el alma, que cumplirá lo que le manden y que pondrá los cinco sentidos, aunque veía que se trataba de poco, por lo que explicaba Saintine, y que ella y todo lo suyo eran del Rey y nada más desde entonces mismo. Le dice que cuando viniese don Juan Arbeloa a hospedarse en Andía, como Delegado del Rey y para dirigir el asunto, sería el señor de la casa, no como huésped, como amo, y ella, que le conocía y admiraba mucho a don Juan desde chiquita, «muy contenta —así dice— de sentirme y hacerme, con él, criada de Vuestra Majestad».

Le explica, luego, que con la fama falsa de liberalismo, que ha cogido ella y las amistades de los Andía con ministros de Madrid, se quitaba mucha sospecha, aunque se murmuraba ya por los pueblos y lo sabían las autoridades de Bilbao que el carlismo preparaba algo, porque hasta metían a la cárcel a algunos, como un tal Gazapo.

Ahora tengo yo aquí la copia de la carta de segunda de Don Carlos dando las gracias y llamándole a la tía «verdadera mujer a la antigua usanza española y, si llegara el caso, digna y capaz de igualarse con las de Zaragoza». «Tú, Clarita —le dice al final—, lo sé que naciste para heroína.»

La tía, entonces, le contesta muy decidida que será todo fácil, ayudándoles Dios, y que ya se ocupa de disponer todo y ganar tiempo. Le habla del planito y de las instrucciones que él le mandó y asombradísima de lo bien que sabe el Estado Mayor de ellos todo lo de Andía, las paredes del parque, las del cuadrado del parterre alrededor de la casa, la verja de delante el horno viejo de cerámica junto al paredón de los Mendive, con las dos tejavanas. Después de eso, sale a relucir una cosa, que yo me quedé patidifuso. La tía le dice a Don Carlos que él sabe hasta lo que en casa ni se recuerda va y que sólo ella, de chiquita, oyó a un «aña» vieja lo de la puertecita oculta entre los dos

jardines, por donde, según el Estado Mayor, en un apuro, se podrían pasar las armas a Mendive. ¿Se ha visto nada igual? ¡Quién le hubiese dicho a Isabel que mucho antes de descubrir nosotros la puertecita y de nacer nosotros, Don Carlos, en Venecia, ya lo sabía!

La tía, según la orden que recibió, preparó divinamente todo para lo de las armas. Puso rejas y puertas muy fuertes con chapa de hierro a las dos tejavanas y arregló las tejas y roturas en paredes, por la humedad. Había sitio de sobra, según ella, para los 800 fusiles y los cuatro cañones de montaña. Luego decía que a don Juan Arbeloa nadie le ganaba a pasar contrabandos, hasta con sol del mediodía, y por en medio de Bilbao, pero que si éste se quería hacer en la noche de Navidad por el «gabon» de los caseríos y también la «Misa del Gallo» muy lejos del sitio para descargar, la cuestión fallaría si no se contaba con la marca, y la tía miró la *Tabla de Mareas* y dijo que Dios ayudaba, porque esa noche tendrían pleamar de las 11,42. La tía afirmó el camino de los juncales, que va por tierra nuestra y de Mendive o, más que por tierra, por marismas, para que no se hundiesen por allí los carros de bueyes, y también hizo algo de obra en el embarcadero viejo. Desde poco antes de Navidad, la tía quería que atracase allí algún patache o quechemarín de Bermeo con ladrillo, sacos de Portland, y así, para obras, que empezaría en casa, porque con eso se acostumbrarían a ver tráfico y no extrañarían la gabarra, algunos que la viesan, aquella noche. Ese camino de los juncales no se podía pedir mejor, para todo, decía ella, porque va un poco alto sobre la marisma, inundada casi a esa hora, y entre el cajellón de tamarindos, que tapaban los carros de la luna y de todo, aparte que, dándoles bien unto a las ruedas, ni se oirían. El transbordo en la mar lo hacían al socaire de Ícaro, desde el vapor inglés a la gabarra, y luego, en cuanto anduviesen los carros todo el trecho de los juncales, ya no les quedaba más que pasar la vía y un maizal para meterse a Andía por la huerta de abajo. Me hubiera a mí gustado ayudar en aquello a traer como boyero un carro, porque yo sé llevarle y pinchar a los bueyes con la *ijada*. Ahora, para acabar esta parte, voy a copiar el anteúltimo párrafo de la tía Clara, en este borrador, y dice así:

«Cuando todo, con el favor de Dios, y para el buen servicio de Vuestra Majestad, esté puesto en seguro, me encerraré todas las tardes a bordar una bandera blanca, en la seda de mi traje de boda, para el Batallón de Guernica, con las armas de España y las del Señorío y, al pie, las letras de oro, con el lema: "Dios, Patria y Rey".» Eso está escrito el 9 de septiembre de 1900.

LIV

Al día siguiente mismo de esa primera noche que copié como la mitad de las cartas a mí se me caía el mundo encima y estuvo entonces en un tris que no rompiese lo que había hecho y lo dejara, sin atreverme a continuar. Me las vi mal con la tía Clara del miedo que me entró, sobre todo a las horas de comer, no me descubriera, sólo mirarme. Como fuese nada más la cuestión de las armas, yo le habría confesado el saberlo, con toda la culpa que fuese, y le daba palabra de honor de no decirlo jamás en la vida y así me matasen. Pero ¿y *lo otro*? ¿Cómo le iba yo a descubrir que sabía *lo otro*?

En esto *otro* hay muchas tachaduras, caras enteras, y eso aquí sería lo de menos. Por debajo de las tachaduras, que sólo son dos rayas cruzadas, así en cada párrafo, como leer se lee muy bien, pero, en eso de las tachaduras, la tía habla de cosas *que sabían ellos*.

A Don Carlos, naturalmente, le debió decir don Juan Arbeloa los preparativos y los gastos que hubo y que la tía no consintió que nadie lo pagase. Entonces, otra vez, le escribe Don Carlos a la tía y, finísimo, dándole las gracias. Luego le pide, no como Rey, como un amigo antiguo, alguna explicación de ese liberalismo falso y que él no lo concibe en una mujer tan valiente y que tampoco se pudo explicar nunca el que se marchara ella de Durango, «huida detrás de un liberal».

Creo yo que a todos gustarían las cartas de Don Carlos, hombre muy noble y de alma grande. Ahora que le conozco más íntimamente, casi lo siento, aparte las ideas, el que no haya sido Rey de España. Y luego, con aquella pinta colosal y aquella estatura que, sólo verle, dices «un señor de una vez». A mí para reyes me gustan los tipos así, estilo Carlomagno.

La tía, vaya apuro, le dio cien mil vueltas a la cabeza para el último borrador, que al principio lo hizo muy largo y en muchos papeles, unos con tinta azul y otros con tinta violeta, todos con la crucecita arriba. A mí me asombró que el secreto suyo fuese tan grande y que por todo esto que escribió se descubriese que era ella tan distinta de como la veíamos en casa yo y todos y con un corazón tan enorme. Al fin, tanto y tanto quitar, dejó la última carta para Don Carlos muy cortita, de tan larga que era, pero allí se lee lo que quitó, con todas las explicaciones que ella da, y, aunque nunca se las mandó a Don Carlos, las guardó, me supongo, por si dirían alguna calumnia, después que ella muriera y se viese cómo había sido.

Yo copié lo tachado también, por si se arrepentía ella, y lo quemaba y para poder defenderle.

Pero ella suprimió todo eso tan difícil, yo me figuro, de escribirle a un Rey y que tanto trabajo le costaría, y a lo último no le puso más que esto:

«Lo de mi liberalismo fingido —le dice— o más bien forzado, que amargó tantos años de mi vida y habrá de durar hasta que muera, importaba tal vez, en su día, a la veneración que guardo a Vuestra Majestad y a la paz de mi alma, cosas las dos que quiero mantener intactas, pero hoy sería ocioso declarar sus razones, cuando tanta urgente labor nos exige el triunfo de la Causa del Rey.»

Ya, después, casi no dice más, tal como lo mandó, fuera de mucho ofrecimiento de servir siempre con la vida entera al Rey y al Carlismo y pidiendo que ayude Dios a la victoria y muchos bienes para Don Carlos y los de su familia. Antes, dice también, que ella es una pobre «cashera» de cuarenta y cuatro años (que entonces los tendría, en el 1902), de muy buena salud y con libertad absoluta, por lo que ella suplica, con toda la humildad, cualquier trabajo, aunque sea de lo peor y todo lo expuesto y difícil que se le mande, porque obedecerá en todo muy contenta y muy agradecida.

Y aquí empieza ya lo tachado, que sigue hasta el fin.

L A P A R T E T A C H A D A Y Q U E N O
M A N D O A L R E Y

LV

Aquí empieza la tía con que si ella, aunque no se cree para nada cobarde, sólo tiene miedo a una cosa. Esa cosa es ir al Loredán para echarse allí a los pies del Rey y besarle la mano, recordándose de otros tiempos y de aquel día 22 de septiembre, cuando ella se tuvo que marchar de la Corte de Durango, aunque se moría de la pena y se le partía el corazón al irse, pero ya no había otro remedio, por la angustia tremenda y que se ahogaba. Le pregunta a Don Carlos que si él nunca sospechó lo que era, pero también comprende que ni valía la pena fijarse en una pobre desdichada que, a los dieciséis años, con la tía monja, se escapó de los tutores de Bilbao para ir a los carlistas. Luego se pone a describir, y muy romántica, lo que le pasó entonces y que ella se imaginaba al Rey por encima de todos los mortales y los príncipes de los sueños, y hasta mucho más todavía que Rey legítimo de España y heredero de lo mejor del mundo, porque le veía como el portaestandarte de Dios Nuestro Señor y no como uno de la tierra, sino santo del cielo, igual que San Fernando y San Luis y con el dragón a los pies, como el Arcángel, Patrón de Navarra.

Sigue que ella lo quería dar todo, hasta la sangre, y que le solía pedir a Dios de ser Juana de Arco y aunque serían sueños de colegiala y las grandes ilusiones de entonces, ponía ella en eso toda el alma, para quedarse luego, dice, «sin vida y sin alma». Le cuenta lo del día que llegó ella y besó la tierra, que él conquistaba, y que después, con los condes del Pinar, era muy feliz, sintiéndose tan cerca y sabiendo, a cada minuto, dónde estaba su Rey y que volvía santo y salvo de las batallas, mientras esperaba ella rezando. Sale también allí el día de la presentación, que él le hizo las mayores amabilidades y ella, sin saber contestar, la mar de colorada, y que él se rió de que la Madre Genoveva se descolgase de la ventana con los hábitos y tan gordita.

A poco de vivir en aquella Corte se ve que la tía Clara se llevó un disgusto grandísimo, y yo creo por una tontería, con Don Carlos.

Le da explicaciones de que si ella le tuvo simpatías al Barón de Arlegui, capitán de la Guardia Real, sólo era porque ese Arlegui custodiaba la persona del Rey y sabía, además, del Rey, muchas cosas y que a ella le contaba. Y ahora viene lo de la fiesta en un jardín y que Don Carlos tuvo que irse pronto al salón, para un asunto con Obispos. Lo que a la tía Clara le hizo sufrir, pero disparatadamente, fue que Don Carlos, al despedirse dijo: «que Clarita no le pusiese, por, cumplido, caritas de pena, porque tendría bastante con Arlegui». Y Don Carlos hizo que Arlegui se quedara con ella. La tía escribe lo que le pasó y que se escondió en seguida a llorar sola y que no ponía caritas de pena, entonces, por cumplido, porque se pasaba con muchísima pena todo el día y que se dormía y que se despertaba hecha un mar de lágrimas, como no teniendo bastante con nada del mundo. Reconoce, eso sí, que ella estaría en una edad muy tonta, pero que no ha cambiado y que, con la adoración a la Causa y al Rey, padecía martirios, aparte las murmuraciones.

Ahora llega lo más difícil. En la esquina del papel pone «Escrito después de comulgar, hoy Primer Viernes».

A lo que viene ahora ella le llama «el mayor horror de mi vida» y pide perdón de decirlo. Le confiesa a Don Carlos, lo primero, que le daban escalofríos cuando fue con la monja a la audiencia y dice, cuando allí, delante del Rey, se pusieron las dos de rodillas a ofrecer los escapularios aquellos, de los corazones bordados, y el memorial. Sigue, después, cómo ella cruzaba las manos así sobre el pecho, sin atreverse a mirar a ningún sitio, porque hasta el aire se creía que le abrasaba, y entonces el Rey, muy cariñoso, le cogió un poco de la cara para levantarle y ella se ponía a

temblar. En seguida, le pregunta a Don Carlos que si se acuerda de lo que él entonces le dijo, una frase sola, que la Madre, con la sordera, no la oyó y que no pasaría de frase o ella interpretaría mal aquello, pero que ahora, lo declara, igual que si se fuera a morir, la impresión espantosa que tuvo, como un rayo, y un puñal frío, en la mitad del corazón, que le dejó destrozada para siempre. Y qué le dijo? Ella cree que las palabras no importarían tanto de por sí, pero aquella expresión al decirlas y aquella mirada le aterraron y que ahora, sólo acordarse, tiene que ponerse a rezar.

Luego le habla, y es muy confuso de entender, sobre la turbación grande del alma y el sonrojo sin límites en esa edad, que ella tenía, y que, seguro, ella, muy fácil, se equivocaría en los presentimientos y en el terror de lo que podría pasar, hasta dudando de sí misma y muy angustiada. Después la tía Clara le escribe esto, que es, para mí, lo más incomprensible: «Entre todas, las muchas, las infinitas pruebas de sumisión, de amor y sacrificio, que yo ansiaba ofrecer a mi Rey en cuerpo y alma, había una sola imposible: la única que yo no le podía dar y la que tampoco se me podía pedir». ¿Qué prueba sería? Éste es el misterio. Luego ella le insiste en que todo consistiría tal vez en unas aprensiones exageradas de ella, que para muchos no pasaría de «*un jouer sur le môt*» — así le dice— con el pretexto de los corazones bordados y disculpables en un Rey, de por sí tan dispuesto a ser muy galante, pero que para ella tenía que ser muy distinto y darle horror de sólo imaginárselo. Y le confiesa, entonces, que ella, desde hacía un año, y en la Comunión, ofrecía por él su vida todas las mañanas y con voto solemne de morir, en el momento mismo, antes de que el Rey cometiera un solo pecado mortal. Para ella, el Rey sólo podía ser un santo. «Entonces, para mí, Señor —le escribe—, la Majestad era inseparable de la Pureza y la victoria del Rey sobre sí mismo a los ojos de Dios, el secreto de todas las victorias.»

Al acabar, le cuenta cómo tuvo que recurrir al tío Sebastián para que le pasara las líneas y después tuvo que casarse con él, porque no dijeran una aventura, aunque apenas volvieron de la boda se separaron. Le pregunta Don Carlos qué podía hacer ella al volver a Bilbao escapada de la Corte carlista. O decía que había vuelto disgustada y desengañada del carlismo o descubría el disgusto y el desengaño con el Rey, «aparte de todo inexplicable —le dice— hasta para mí misma».

Le jura que ella se dejaría matar siempre, hoy como entonces, antes que hacer pensar mal del Rey y mucho menos con las cosas íntimas que ella se figure, porque la persona del Rey es sagrada y tiene que aparecer muy perfecta y sin ningún pecado a los ojos del mundo entero.

Ésa fue la razón de fingirse ella liberal, aunque hablaba ella siempre muy respetuosa y con elogios grandes de Don Carlos, para que la creyesen disgustada de los políticos carlistas y del carlismo, pero no del Rey. A lo último vuelve a pedir perdón por abrir así el alma al cabo de los años y que sólo merece compasión y olvido. Después de todo esto, que no se lo mandó nunca al Rey, empieza otra vez la parte no tachada, que es la conclusión, y que dice de esta manera:

«Pido siempre a Dios que acreciente con todos sus dones la virtud, la felicidad y la gloria del Rey mi Señor y de la Real Familia y quedo más que súbdita, sierva rendida.

A los Reales Pies de Vuestra Majestad,

CLARA DE ANDÍA.

En Andía, 7 de noviembre de 1900.»

LVI

Al principio, como lo más natural, pensé que ella estaría enamoradísima, lo que se dice loca, por Don Carlos. Me lo sospechaba desde aquel afán que se tomó con los fusiles y el bordar la bandera blanca en el traje de boda. Pero, después, me puse a reflexionar ya muy en serio.

Yo no creía, de ninguna manera, como lo creen el de Larreátegui y Julito, que el amor fuese asunto para divertirse, pero tampoco para sufrir, sufrir y sufrir y sin esperar nada. Claro está que

Don Carlos era casado y para ella «el mayor horror de su vida» si él le hubiera hecho el amor, ni tanto así. Pero ella tampoco se enamoró de Don Carlos como yo de Isabel. Aunque hubiera estado él soltero, ella sólo habría querido que fuese él un santo. Yo quiero que Isabel sea buena, pero si me dicen que ya de tan buena se hará monja y hasta le pondrán en los altares, a mí se me hunde el mundo y no me resigno. La tía Clara sólo quería sufrir por Don Carlos, pedir por él en la Comunión y morir antes que él hiciese un pecado mortal. Ni un momento pensaba ella en ser feliz. ¿Cómo iba a estar enamorada entonces?

Pero yo comprendí que estaba como mucho más allá de todo eso y en algo muy sublime. Y no hacía más que preguntarme: «¿Cómo puede haber nada que sea todavía más que el amor?» Con todo, de no entenderlo bien, a mí me parecía que había allí algo, no sabía qué era, de tanta adoración y tanto sacrificio que podría ser hasta lo más hermoso del mundo. Y me sobrecogía sólo pensarlo.

D E L 2 0 A L 2 5 D E S E P T I E M B R E

LVII

El día después de aquella noche que acabé de terminar las copias fue día de suerte, porque me lo pasé fuera de casa y no volví hasta la hora de cenar. A la vuelta, contando lo que me había divertido, se me quitó completamente el miedo a que la tía me mirara y pudiera sospechar de mí. Era como si entráramos en una nueva época.

Me desperté aquella mañana tempranísimo y me quería volver a dormir, pero abajo se oía mucho movimiento de muebles y la gran barahúnda. Yo para bajar y enterarme salté a toda prisa de la cama y fui allá a medio vestir.

Todo lo habían puesto patas arriba, las tres allí con trapos, escobas y escobones, Gertrudis, Anuncia y Margarita, que limpiaban a todo meter, y Edurne; subida a la escalera, les daba a los cristales. En el medio, de blanco, igual que ellas; y con pañuelo de turbante, la tía dirigía. Crispín, con la escalera de la fruta, descolgaba los cuadros y me dijo: «El zafarrancho de combate para el invierno». También iban a poner las alfombras. En la casa no se paraba. Era un día superiosísimo para ir a los montes a pensar mis cosas, con algo de comida, y además la mañana de sol, algo fresca, ideal para andar. A la tía le pareció la gran idea y le dijo a Gertrudis que me hiciese una tortilla y carne para meter dentro de pan y me pusiese también queso de bola, dos manzanas, membrillo y chocolate del bueno, muy duro, que le mandan los Van Riel, de Rotterdam. Después del desayuno, subí al cuarto a buscar el estuche que me regaló el tío Lorenzo, de vaso, cuchillo, tenedor, cuchara y sacacorchos, y Gertrudis lo metió todo en el morral aquel de cazador que lo llevo yo siempre y la tía le llama «la burjaca».

Según iba por el jardín, se me levantaban a volar de un árbol a otro, chillando, miles de pajaritos, y a cada perdigonada fijarse los que habrían caído. Cogí por el pinar de Isabel una sendita, que se pasan muy bien los alambres, y tiré derecho a los montes de encima de casa. Después de bajar al otro lado, subí a otro monte de enfrente, porque me creía que era uno donde dicen que hay cuevas. Una se considera larguísima, como que oven olas, en el fondo de un agujero y se comunica con el mar. Yo llevé, por si acaso entraba, la cerilla de rollo que lleva Gertrudis a la iglesia en la «arguizayola» y un ovillo de cuerda para no perderse en lo profundo. Me puse el traje kaki de tela que usaba allí de diario y las botas de monte nuevísimas. También agarré, sin que me viesen, el bastón mejicano de punta de hierro, con la Virgen de Guadalupe, trabajo de indios, y muchas figuras en colores. Es un bastón de rey de las tribus.

Encontré una gruta pequeña en el monte segundo, como de pastores, y sin estalactitas ni nada de particular más que un bote vacío de tomate y unas piedras quemadas de hacer fuego. Yo también encendí fogata grande, pero fuera, que se vería de mil sitios. Después de comer un poco pan y chocolate fumé a gusto y casi comí para fumar. Miraba las nubes ir hacia Lequeitio, hacia Francia, que, a lo mejor, pronto, aquellas mismas las vería Isabel. ¡Qué extrañas las figuras de las nubes aquel día! ¡Y qué colores, unas de oro, otras blancas y rosa, otras azul claro, otras de fuego! ¡No se había visto nada igual en todo el verano! Todo me parecía prodigioso y pensé si la Providencia habría escogido aquel día para que Isabel y yo nos encontráramos.

Luego subí hasta lo más alto de aquel monte con viento fuerte que me dejaba sordo. Saltó lo menos un cuadrante en menos que se dice y empezó a soplar Sur. Siempre decía Chomin en el bote cuando salían sures: «*Aitze egoa, andrearen gogoa*». (Viento de Sur, el recuerdo de la mujer.)

Llegué a la cumbre y había allí entre peñas, como una sala, un pradito verde, muy llano, donde

estaba un hombre muy rubio, de cara de mujer, que guardaba dos burras blancas. Luego pensé yo si sería una inglesa con traje de húngaro. Apenas me vio asomar encima de un peñasco escapó a esconderse y sospeché si haría allí algo malo. Me entraron ganas de montarle una de las burras, divina, con cabezada nueva, pero me decidí a bajar a la otra parte de aquellas montañas por terrenos desconocidos. El sendero hacía muchas vueltas y preciosísimo, todo entre rocas, árboles y plantas de mucha variedad, como que vi brezos entre piedras y madroños, y también atravesé un torrente por un puentecito, todo hecho de una losa muy lisa.

Bajaba muy contento yo por allí cantando y saltando. En esto, en una vuelta, me di de narices, pero un buen baquetazo de verdad, con la Guardia Civil, y ellos, como les caí muy encima, tan de sopetón, se creyeron que les iba a matar y me enfilaban, pero muy en serio, con los fusiles, gritándome: «¡Alto ahí! ¡Manos arriba!» Luego más tranquilos, que ya me vieron bien, empezaron a preguntarme y apuntar en el cuadernito, y el viejo pase, pero el guardia joven, el del anillo con la fotografía de la novia en miniatura, me miraba muy atravesado. Al fin me dijo el viejo: «Baje tranquilo, pero ande otra vez con más cuidado». Yo me iba ya libre, cuando van y me llaman otra vez para preguntarme si arriba había visto algo, y les dije que un par de burras blancas, de primera. «Está bien —me dijo el guardia viejo—, puede proseguir.»

Aquella parte debe de ser lo más desierto de Vizcaya. A la bajada se veía un valle muy redondo lleno de arboledas muy verdes, pero sin pueblos por allí ni casas apenas. Ni sabía yo cómo se llamase y me imaginé lo que me gustaría encontrar un sitio entre los montes donde no hubiera pasado el tiempo y todo se hubiese quedado como hace unos diez o doce siglos. Abajo salí a un río y a un puente viejo de piedra con musgo y un arco solo, muy finito, como si se fuese a romper. El río hacía espuma. Al poco llegué a un molino entre árboles y llamé a la puerta para preguntar si había pueblo, pero la molinera, desde una sala oscura donde se oía el golpe de moler, me gritó: «¡Vete! ¡Vete! ¡Aquí no se alimentan vagos!» Me fui entonces por lo hondo del río entre cañas y a los lados, arriba en las tierras, había maíces, manzanos y también un castañar, a la derecha, casi bosque.

En seguida, me encontré otro puente, pero que era todo un señor puente de piedra sillería, casi como sin estrenar, con adornos de bolas y dos figuras a la entrada de leones muy sentaditos, cada uno con un escudo de corona. No me explicaba yo que hubiesen hecho un puente de tantísimo ringorrango para ese riachuelo, que, por aquella parte, hasta olía mal y llevaba jabón y porquerías de desagües. Cuando subí a pasarlo comprendí que era puente particular, porque, enfrente, una puerta muy majestuosa de tres entradas tenía todavía el andamio con albañiles a rematar la obra. En el arco del medio, también con tres bolas arriba, como a juego del puente, un albañil le daba cepillo de hierro para quitarle los pegotes de cal a un escudo grandísimo y debajo decía en letras de oro: «La Plata 1923-Anno Domini». No se puede dar una idea, qué detalle, el trabajo del escudo aquel, sin punto de comparación con los antiguos, tan borrosos, porque, allí, al águila se le podían contar las plumas y al árbol, las hojas. Después averigüé que lo habían hecho en Barcelona y en un taller mecánico de marmolista. Luego va, detrás de las verjas, se veía un parque inmenso, nuevo, el Paraíso Terrenal, de unos «greens» divinos, algo en pendiente, y arbolitos redondos, muy recortados. Por medio, subía el camino de coches, muy ancho y también entre bolas de piedra. Abajo, el río se metía allí por no sé dónde, haciendo un estanque, y al fin en un altito estaba el palacio, de terrazas con toldos, algo así como el Casino de San Sebastián, en forma de castillo moderno y otra vez con mucho remate de bolas y escudos imponentes. En la esquina, tenían arbolado el mástil, más alto de guinda que el palacio, y la bandera izada, blanca y azul, con una corona amarilla. Yo, loco de contento con aquel descubrimiento inaudito, miraba toda aquella magnificencia y orgulloso de que tengamos en Vizcaya un edificio tan monumental como no hay ni sombra en San Sebastián ni en todo Guipúzcoa, por más que Joshe-Mari diga. ¡Cuando los vizcaínos nos ponemos a hacer las cosas no nos gana nadie!

Yo, para seguir disfrutando la vista, me senté a comer en una sombra a la entrada del puente y los albañiles bajaron en seguida. Era la una. El capataz me vino muy amable a decir en vascuence que si quería me pusiese con ellos y que ya me darían también sangría fresca. Yo fui para no

despreciar a unos tan simpáticos, de los que no se ven, y en vascuence les dije «ezcarricasko» y alguna frase de amabilidad, que debió de salir bastante bien, porque uno decía: «¡Fino es éste!»

Iba a abrir el morral muy a gusto de la compañía y les pensaba corresponder con chocolate, cuando en esto vi que aparecían por el puente varios a caballo, un chico así de mi edad y dos chicas, una como de trece y otra de unos dieciocho, las dos con traje de montar de hombre, todos muy bien vestidos, con las sillas de cuero blanco, y atrás, en un caballo algo peor, el criado, muy tieso, un tío pálido de cara de vinagre, pero montando superior. El chico, no de muy buena facha, raro, con cara así de rana, que venía delante, me miró con los ojos muy saltones y triste, pero muy cariñoso, nada de soberbio, me dijo: «Me parece que tú eres Andía Cuchillito. ¿No te acuerdas de Orduña?» «De ti no me acuerdo así al pronto —le contesté—, pero, además, Cuchillito era Joshe-Mari Azeláin y yo, Navajita.»

LVIII

Ni me lo podía imaginar. Era aquel Olay, que estuvo medio curso el año antepasado, porque sus padres habían ido a Méjico, y él no estudió nada, ni le ponían notas. Me convidó a comer en cuanto saltó de la jaca a abrazarme, y aunque yo le insistía en «que no y que muchas gracias», al fin les tuve que decir a los albañiles *¡agur jaunak!*, ¡adiós, señores!, y que hasta la vista. Fuimos hacia la escalinata y Olay me explicó la mar de hueco, dando resoplidos, que el palacio era suyo y que sus padres se llamaban los Condes de la Plata. «ahora te presentaré a los Condes —dijo él—. Ya verás lo bien que te reciben.»

Yo creía en Orduña que eran valencianos, porque pasaban allí los inviernos, pero resultó que eran legítimos oriundos de cerca de Mundaca. Olay, cuando subíamos por las escaleras de mármol, me presentó a las dos hermanas, que nos alcanzaron entonces, y me miraron muy estiraditas. No eran feas, pero para decir, tampoco muy guapas, aunque la mayor, eso sí, un tipo bárbaro. Pensé que yo estaba muy mal vestido para ellas y para ir a un palacio tan fenomenal, pero lo peor, aparte el morral viejo y el bastón aquel estrambótico, fueron las malditas botas de monte, que chillaban de nuevas, y después, en los pisos tan relucientes, hacían «riss» y «chirr», porque yo andaba ya como sobre cristal y con miedo siempre a resbalarme y dar la culada. Menos mal que estoy fuerte en patines. Olay, algo nervioso, y creo para que tuviese cuidado, me advirtió en el «hall»: «Es jaspe todo, fíjate».

No hay idea, qué casa, venga salones y salones y columnas, espejos, cuadros, estatuas y relojes ingleses, todo de lo mejor, pero de no acabar, y venga criados de chaquetilla blanca con los cuellos azules y dos filas de botones dorados. Sin comparación, lo confieso, el mejor sitio que he pisado y creo pisaré como lujo, aunque me figuré que a la tía Clara no le entusiasmaría, porque era muy poco su estilo.

Olay me subió lo primero a lavarme a su baño, bastante aparatoso, en rosa y negro, y quería que me echase un potingue para dar brillo al pelo y perfume, pero a mí me revientan todas las brillantinas tan aceitosas y con aquel olor que te empalaga.

Luego me llevó a presentarme a sus padres, que les llamaba siempre «los Condes». Tomaban el aperitivo con los ocho o diez invitados que tienen allí de temporada, fijos. Yo, la verdad lo digo, me fui a azarar ya de aparecer donde ni me conocían para nada ni sabían quién soy, con aquella pinta, y además de las botas, con la mancha de tinta del pantalón, que por más que lo lavaron no sé las veces y le daban limón a ver si se iba, no se iba, y siempre se notó bastante.

Me fui a avergonzar ya según entrábamos, pero de repente cogí valor y toda la frescura del mundo, porque a mí me ha enseñado el tío Lorenzo que no hay que tener respetos humanos por nada ni por nadie y que eres lo que eres delante de Dios y eso te basta. Siempre lo principal que dice el tío Lorenzo es eso de «delante de Dios».

Estaban allí muchas personas en un salón de arcos, todo al jardín, con muchos toldos verdes fuera y la mar de plantas y arbolitos dentro, pero lo que a mí más me chocó fueron unas lunas

enormes, como de escaparate, en los arcos, varias abiertas, y, según dijeron, costaba un dineral cada una.

Otra cosa también me chocó y eso sí que valía la pena de verse. Allí en medio, sobre un armatoste de bronce todo muy brillante y que habría sido atril de iglesia, tenían puesto un loro como un gallo grande, cosa nunca vista y de muchos colores, con la cola también larguísima. Olay me dijo que no sabía hablar, Una pena.

Varios señores y una señora habían salido a la terraza en cuanto me vieron entrar. En seguida me dieron un coctel*, que me mareó algo. La madre de Olay me habló con un acento raro, no sé de dónde, amabilísima, y diciendo que Olay les había hablado mucho de mí. Eso ya me extrañó. Llevaba esta señora un traje fantástico, flojo, así como de turca, y un sinfín de collares y pulseras que le sonaban. Parecía las Mil y Una Noches. Al pronto se me hizo guapísima, con el pelo muy oxigenado color paja, pero le vi en la cara algunas amiguitas y eso que dicen ojos tiernos. Era de buen tipo, fino, y muy educada. El padre debía de ser bastante mayor que ella, un hombre alto, más bien gordo, con la facha muy de señorón y el bigote blanco, pero de forma estilo Alfonso XIII. Habló poco. Traía un alfiler de corbata de perla y brillante. Los demás, fuera de uno viejito, se habían puesto más de sport, y uno también con nickers. El padre, muy fino, eso sí, me preguntó si había venido a pie desde Andía, si me encontraba bien después de tanto andar y si se conservaba bien la tía Clara. ¿Cómo le conocería a la tía Clara? Y hasta me dijo: «No pasan los años por ella».

Me divertía lo que más allí figurarme que estaba lejísimos de Andía, casi en el extranjero, como que había allí varios extranjeros, o todos con acentos extranjeros, y personas muy diferentes de todas las que yo conozco, en maneras de hablar y en muchas cosas. ¿Qué dirían ellos de mí? Empecé a fijarme despacio, para contarle bien a la tía Clara, en la conversación y en las personas.

La que más me fijé fue la Condesa aquella divorciada, bastante joven, y, según Olay, un talento, que todos le oían como la más importante para hablar. Se llamaba Belisa. No sé yo qué facilidad de palabra era la de aquella mujer allí discutiendo con el pintor de Barcelona. Todo lo que trataban era sobre cuestión del arte y de la vida y la Condesa esa explicó no sé qué de lo pasional y lo trágico y que para el artista eso hace bien, pero que la sublimidad le parecía muy temible.

Allí hablaban algunos, eso ya me lo calé yo, como en *La Diadema Encantada*, de Silvio Cotorruelo, que me mandaron por la tarde un día de Reyes con Aurelio a un palco vacío, porque los mayores no quisieron ir, y Aurelio dijo que la conocía él muy bien toda aquella alta sociedad de cuando él servía en Madrid, con la Marquesa vieja del Real Permiso, e iba allí doña Emilia Pardo Bazán. Una señora de pelo blanco me miraba a las botas muy descarada con los impertinentes y otro le decía: «Es un *boy-scout*».

Fuimos a almorzar y en el comedor, debajo de una cúpula de mucha luz, la mesa estaba puesta con grandísimo lujo y flores, pero sin mantel. Las paredes que hacían el redondo parecían altares con tanta plata. Me pusieron entre las dos Olay, las dos para comer muy relamidas, y estuve más bien soso con ellas, pero me entretenía en oír y aprendía. En la mesa nos juntamos unos dieciséis con el capellán, que bendijo la mesa, y la comida superior, pero sobre todo, decían, unos vinos regios. Yo pensaba «como bebas te pierdes», y me contuve, porque allí no quería líos. Se me hacía raro que los criados me sirvieran tan solemnemente. También dijeron en la comida que el cocinero, casi seguro, será hoy el mejor de España. Hubo varias conversaciones. Después tomamos el café, pero nos quedamos allí no mucho, y Olay, sus hermanas y yo fuimos a jugar lo primero al *ping-pong* y después al tenis. La pequeña se me puso la mar de amable, muy acaramelada, con que si nos teníamos que ver y que le escribiese una postal si venía otro día o viniese cuando quisiera sin avisar ni nada.

Hacia las cinco, llegó al tenis en un coche de los Olay una chica preciosa a pasar unos días allí y se llamaba Cristina Sobrarbe. Era aragonesa y dijeron de buena familia, pero la pequeña de Olay me sopló al oído que muy pobre y bastante coqueta. ¡Había que ver, qué manera de quedarse uno tonto! Parecía de porcelana y luego aquellos ojos divinos y el pelo de tirabuzones. Un año me llevaba. Yo

* Sic, sin tilde en el original [Nota del escaneador]

le quería hablar por saber cómo era, pero la peque no me dejaba a mí a sol ni a sombra, ni Olay a Cristina, y luego vino uno de gafas, medio novio de la mayor, en un Chevrolet.

Me hicieron quedar a merendar, siempre la mar de atentos, y hasta la noche, que me trajo a casa, en un santiamén, un Cadillac soberbio descapotable. Era el mismo donde vino Cristina y había por el suelo papeles de plata de bombones de chocolate.

A la tía le molestó algo que me hubiese dejado convidar así en una casa desconocida y también el que me dejara el morral allí y llevase sin permiso «para hacer el hazmerreir», me decía, el bastón mejicano. Más le fastidió la mañana siguiente, a las once, que el morral nos lo devolvieron, con la comida y todo, llena de hormigas y un cartón azul de coronita negra en la esquina donde la peque me ponía: «Que no seas *en todo* tan olvidadizo y vuelvas otro día». La verdad, eso me gustó. ¡Y qué tentación volver bien vestido a ver a Cristina Sobrarbe! Olav estaba enamoradoísimo de ella, seguro.

Por la noche, cuando le conté a la tía Clara lo de Olay, al principio no le hacía gracia, pero, después, bien se rió y se divirtió. Dijo que, aunque a mí me llamaban siempre fantástico, me salían siempre aventuras, como a los caballeros andantes, y apenas ponía el pie fuera de casa, me veía metido en una lucha o encontraba un palacio encantado. ¡Ay, si hubiera sabido lo que encontraba yo sin moverme de mi piso de arriba!

Me explicó que Olay era de veras oriundo de Mudaca, o de un caserío de cerca, y seguramente biznieto de un tal Olay Santamaría, un mundaqués listo que hubo, hijo del escribano, y un hombre que se enriqueció y fue poderoso con asuntos de préstamos y después ganaba millones a la Bolsa, en París y en Madrid, sobre todo con Napoleón III y Alfonso XII, hasta que Alfonso XIII les dio el título a estos Olay de ahora, archimillonarios «podridos de dinero», dijo la tía.

Yo le conté que el padre de Olay era gentilhomme y en la comida se pirraban por hablar del Rey, con mucho «el Señor para arriba y «el Señor» para abajo, aunque varios opinaban también que si a los Olav no les daban la Grandeza y a la madre el lazo de dama, o, por lo menos, el no sé qué de María Luisa, sería una injusticia horrible, porque, aparte otras cosas, a la madre de Olay se le iban millones en los Hogares Diurnos y los había discurrido ella misma. Me preguntó la tía qué más hablaron y le dije que del cocinero y si sería el mejor de España, pero también mucho de arte. A la tía le hizo reír horrores todo, pero lo que más cuando le imité al príncipe italiano y cómo le decía a la madre de Olay «*mia bella contessa*» y a la hija mayor «*la contessina Adele*». Ese príncipe tenía una mujer gordita, de cara de pepona, la mar de simpática, y también el padre de Olay, en francés, le decía «*ma petite princesse*». ¡Qué bien pronunciaba francés aquel hombre!

Dijo la tía que yo imitaba siempre muy bien a las personas y que las cogía al vuelo. Luego le conté del pintor catalán que le consideraban el mejor del inundo. Ése dijo hablando de las fachadas: «A las fachadas las bolas hace siempre como de muy noble». Su mujer era rusa y una gran cantante de la Ópera. A ésa la oímos cantar en un salón de al lado, mientras el *ping-pong*, y la mayor de Olay nos dijo: «Callad ahora. Es una canción de Ravel». Había también el escritor español, con un chaleco de fantasía rojo, que hablaba todo el tiempo del Cairo y de príncipes turcos, que eran todos intimísimos de él, sobre todo el Alí-Pachá. La tía se creía que yo inventaba y tuve que jurarle. Ni podía ella comprender cómo me había metido yo en aquello. Me preguntó después la tía si no había nadie de Bilbao. Le dije que dos: uno el tío Frúniz, el diplomático, que está en el Japón. Ése nos explicó lo limpios que son los japoneses y decía «Tokio», en vez de «Tokío». Y luego el Marqués de Calafat, un señor casi gibosito, muy bueno, de chaqueta negra de trencilla, con un cuello de puntas grande y los lentes de oro, de esos de cadenita en la oreja. Pero ése sólo estaba en Bilbao, desde hacía seis meses, en la Delegación de Hacienda y debía de ser un Marqués arruinado de Madrid, pariente de la madre de Olay, porque dijo que él y la madre de Olay entoncaban con los Centellas y que, en apellidos valencianos, no hay mejor Eso fue en el aperitivo. Olay me enseñó casi todo el palacio, diciéndome que en el piso aquel donde comimos todo era «living» y se podía unir para una fiesta. No sé por qué la tía se volvió a reír a carcajadas. Luego le describí los cuadros y las preciosidades y cosas magníficas que tienen. La tía me preguntó qué cuadros eran. Le dije que, por lo menos, entre los buenos buenos, tres Goyas y un Greco, San Francisco de Asís, con una cara

verde y rayos en las manos, puesto en el sitio de fumar y tomar el café.

También me llevó Olay a ver los primitivos, en el salón de música, y Olay se creía que valían muchísimo más por ser anónimos, porque decía que los anónimos son siempre muy antiguos y quedan ya pocos.

Todavía, al día siguiente, en la mesa, seguíamos hablando de lo de Olay, porque la tía me dijo en la sopa: «Cuéntame más, Pedro, que es enorme». Entonces le conté, entre otras cosas, que Olay se llamaba Gogó y su hermana la pequeña, y la mayor, Adeli. También la madre de Olay se llamaba Bebe y el padre, Jimmy, pero su mujer le decía casi siempre *dearest*.

Al fin, como la tía se reía tanto, yo, sólo verle, me empecé a reír también mucho y a mirar todo como asuntos de risa.

«¡Pero, tía —le dije—, ni sé yo por qué nos reímos así! ¡Si allí había cosas buenísimas!» Ella, entonces, me dijo: «Yo no te he negado para nada que allí hubiese cosas y personas también buenísimas. Pero mal colocadas».

LIX

A pesar de tanta diversión y tanto reírse con lo de Olay no las tuve todas conmigo y seguí con la escama, sobre todo a la hora de comer. ¡La que se armaba si se me descubría! Pero, en cuanto me quedaba solo, se me iba el tiempo sin sentir y fueron unos ratos ideales, porque discurría el drama histórico, basado en la historia de la tía, aunque con grandes modificaciones. Pasaba en unos tiempos imaginarios, o más bien visigodos y merovingios. En la librería encontré un libro superior, que ya lo conocía yo de antes, el de Agustín Thierry, y también miré mucho el Mariana y algo de Cantú. Hay que documentarse. Voy a resumir el argumento y a ver qué me parece, porque todavía yo no he desistido de escribir esta obra. Irá en verso octosílabo y endecasílabo, pero también alternando con prosa, como el «Don Alvaro».

Este drama mío, que lo tengo ya el plan casi completo desde entonces, lleva por título «La doncella Luscinda». Se levanta el telón y en el primer acto se le ve a Luscinda, que vive en la Corte de Alfoino, Rey de Farlia, pagano. A Luscinda le acompaña su hermana de leche, Geltrude, cristiana en secreto. Luscinda es pagana todavía y si se bautizara moriría a manos del tutor, Ulfrido, pagano fanático. Geltrude, a través de los bosques, le lleva a Luscinda en peregrinación al convento de Brunilde, abadesa y tía de Luscinda, que hace a ésta cristiana. A la vuelta, Luscinda tiene una visión en la mitad del bosque. Un ángel que se le aparece en un árbol va y le ordena que huya a la corte cristiana de Carloman, porque pronto estallará la guerra entre los dos monarcas, primos hermanos y pretendientes al Imperio. Este acto primero tiene tres cuadros: 1.º En la Corte de Alfoino. 2.º En el monasterio. 3.º En el bosque.

Acto segundo. Lo primero se ve a Luscinda, que llega con Brunilde y Geltrude a la corte de Carloman, las tres disfrazadas de hilanderas. Han hecho caminatas larguísimas y han pasado peligros atroces. Luscinda es recibida en la casa del Conde Pinario, su pariente, que es, además, el Gran Cancelario.

El entusiasmo de Luscinda por Carloman es inmensísimo le considera brazo de Dios, por todo lo que le ha contado la tía Brunilde.

Ahora viene el cuadro segundo, en el jardín del Rey. Allí Luscinda, con hijas de señores de la Corte, está jugando a la gallina ciega. Van y dicen «¡zapatito quieto!», y como a Luscinda le cogen, a ella le toca ya quedarse y le vendan los ojos con el pañuelo. El Rey lo ve todo desde un balcón entre árboles, más bien oculto, a mano izquierda, porque nadie debe saber que está, y, mirando para Luscinda, dice al capitán de su guardia, un tal Amalrico: «Aquella es nueva y la mejor de todas». Baja el Rey a meterse en el juego sin que Luscinda, vendada como está, le vea, y el Rey se hace coger por Luscinda, a la que le suelta el pañuelo una tal Osmunda. Hay que fijarse la vergüenza que pasará Luscinda al ver que le tiene al Rey Carloman abrazado.

El tercer cuadro pasa en el jardín interior. Suenan las trompetas y entra el Rey Carloman

solemnemente al baile de gala, con su mujer, la Reina Margonia, del brazo. Se oye después tocar música de varios instrumentos, como violín, flauta, clarinete y otros, y bailan una especie de rigodón, un baile de esos de mucho saludarse y cogerse un poco de la mano. Luscinda baila con el Rey.

El Rey Carloman y Amalrico le hacen el amor a Luscinda, que sin punto de comparación es lo mejor del baile y muy diferente de las otras. En esto le llaman al Rey, que se va a recibir a los Obispos, dentro. Al marcharse le dice a Luscinda que no ponga caras de pena, porque tendrá bastante con Amalrico. Luscinda, muy apurada, desde antes, va a llorar a un rincón, desesperada de lo que le ha dicho el Rey al marcharse.

El tercer acto es lo de la audiencia. Brunilde y Luscinda han bordado una banderola para la lanza del Rey; por un lado, una cruz, y, por el otro, un corazón. Se arrodillan las dos a los pies de Carloman.

El Rey le coge la cara a Luscinda para levantarle y le dice al oído, sin que Brunilde, sorda como una tapia, oiga, que quiere corazones de veras y no así bordados en banderitas. «Uno como el tuyo, Luscinda», le dice. Luscinda se espanta de oír eso, que le pone a morir y sale.

Para esta parte y lo anterior me repasé primero en Mariana lo de Florinda y lo de doña María Coronel. ¡Son siempre cosas que han pasado en el mundo!

Luscinda le confiesa a Brunilde, en el cuadro segundo, que ya no puede ser más desgraciada y que, desde hace meses, ha ofrecido su vida a Dios para que no corneta el Rey pecado mortal nunca. Hasta coge un tizón de la chimenea para quemarse la cara y hacerse fea; pero, al fin, se lo quitan. Luego quiere enterrarse viva, emparedándose, o por lo menos, hacerse solitaria en cuevas. Se ha vuelto como loca de la desesperación y no saben cómo sujetarle, ni qué hacer con ella. les cuesta un mundo convencerle que huya, escribiendo a su primo Sebastos para que se la lleve a la Corte del otro Rey, aunque sea pagano, a refugiarse con el tutor Ulfrido. A todo esto ha estallado la guerra. Escriben la carta y sale Sebastos a las líneas a esperar a Luscinda.

Carloman, al principio, parece que gana, pero luego le va peor. No lo decidí todavía dónde meter las intervenciones de Pamplino, uno muy gracioso, siempre con chistes y descarándose con el Rey y con todos los de la Corte, estilo Bertoldo.

En el acto cuarto vuelve a la Corte del pagano cruel Alfoino, Luscinda con Sebastos, y a ella, naturalmente, le reciben mal, porque se ha hecho cristiana y se ha escapado a vivir con el enemigo. Para no condenarle a muerte, que muy poco le falta, le obligan entre el Rey y el tutor Ulfrido a casarse, por lo pagano y en el altar de los falsos dioses, con Sebastos. Pero ella, por la mañana, muy temprano, antes de ir al templo del paganismo, huye a los bosques, el mismo día de la boda.

El segundo cuadro es en el bosque, donde Luscinda se ha perdido. Pasa al anochecer, para que después luzcan mejor el fuego y las antorchas. A Luscinda otra vez se le aparece el ángel y le ordena combatir por Carloman. Encuentra allí, entre los árboles, un caballero muerto y el caballo, que relincha muy triste. Viene entonces el ermitaño, muy venerable, de barbas blancas, que le confiesa a Luscinda y le bendice. Ella se quita aquel traje de boda que trae, para ponerse la armadura del muerto y montar a caballo. Se desnuda, claro está, entre ramajes y mucho matorral que allí crecía, pero, además, es casi de noche.

Llegan unos soldados de Carloman con antorchas. Beben allí, en el bosque, alrededor de un fuego, con Luscinda, ella haciéndose muy de hombre y diciendo ¡rediablo!, hasta que todos juntos van para el campamento de Carloman, que sufre derrotas y está para perder la guerra.

En el acto quinto Luscinda se presenta al Rey como caballero desconocido para pedir mando de tropas, igual que Juana de Arco, y contar visiones de ángeles. Dice que no se quitará la celada, porque así lo ha prometido a la Virgen, hasta entrar con las tropas de Carloman en la capital del reino de Alfoino, y allí Carloman se coronará Emperador.

Luscinda, en el cuadro segundo, ha ganado ya muchas batallas y allí en el campamento, que sitian ya la capital del reino de Alfoino, nadie sabe nada de quién es Luscinda, ni mucho menos se figuran que sea mujer, porque ella, delante de la gente, no se quita la celada ni a tiros.

En el último cuadro, a la cabeza de las tropas, Luscinda lleva el estandarte, montada en un

caballo blanco. Asaltan las tropas el puente y van ya a entrar en la capital del reino de Alfoino. Sebastos, el traidor, entonces, de una torre de la muralla, apunta la ballesta, hace el disparo y le atraviesa a Luscinda el corazón. Luscinda muere. Cuando le quitan el casco ha muerto ya y el Rey ve que es ella. La besa en la frente y jura ante las tropas de ser un Rey santo, pidiendo que le maten si no cumple.

Entra todo el ejército arrastrando banderas, por luto menos el estandarte que llevaba Luscinda y lo coge el Rey. Van tocando una marcha tristísima las trompetas y los tambores por el puente; pero de repente los heraldos empiezan a gritar en las torres ¡Viva el Emperador! ¡Viva el Emperador!, y se concluye.

Éste es el drama. No lo puse en tres actos como los autores españoles, sino en cinco, porque prefiero hacer como Shakespeare. Volviendo a las historias de Don Carlos quiero también decir lo de las fotografías viejas que encontré en el mueble secreto. En una, se le ve a Don Carlos de pie, muy arrogante, puestas las manos en la espada y un mastín allí echado delante de él. Las otras fotografías casi todas eran del palacio donde vivió en Venecia, con el comedor y una lámpara enorme hecha de fusiles, el cuarto de dormir, pinturas que allí había y la Virgen de los Dolores. En una decía, debajo, con letra de la tía Clara: «*La saleta amarilla, donde se leyó el testamento, con asistencia de Arbolea*». Allí se distinguía divinamente, sobre la mesita, el retrato de Pío X. Otra fotografía era el Palacio Loredán, por fuera. A la puerta, que sale a un canal, se ve una trainera, como las de aquí, blanca, de ocho remeros, con el grimpolón, que sería el del escudo real. Dos señoras de negro, con velos y libros de misa, bajan del Palacio por la escalerita que llega hasta el agua y los remeros están en posición de «arbola remo» para el saludo. Debajo decía: «*Doña Berta, con su sobrina, Madame de Guermantes, yendo a Misa Mayor a San Marcos. Pascua de Resurrección de 1897*». Otra fotografía era un hotel muy grande, todo blanco, mucho mayor que el Continental, sobre un lago muy quieto, y debajo ponía con letra de la tía: «*Varese —18 de julio de 1909—. El cuarto donde murió Su Majestad es el señalado con una †*»

Allí en Andía, según cuentan, el día ese que llegó la noticia de la muerte de Don Carlos, fue Gertrudis, y apenas lo supo, corrió al cementerio y se pasó allí una hora llorando delante del sitio donde está enterrada la Mari-Anthoni, una íntima suya, tan carlistona o más que ella. Dicen que Gertrudis le decía allí, dando hipos, delante de la losa: «¡Ay, Mari-Anthoni, Mari-Anthoni! ¡Don Carlos, pobre, morir ha hecho y en el Cielo, dichosa tú, muy pronto le verás! ¡Dile que aquí, Gertrudis la de doña Clara, una misa ya le pagará, sí! ¡Ay, Don Carlos, Don Carlos! ¡Hombre hermoso, *ederra!* ¡A todas, locas nos traía! ¡Y sin culpa!»

LX

Aquella noche le escribí a Joshe-Mari con las manos vendadas y una letra pésima que me salía. Mucho fue mala sombra, pero tuve también algo culpa, en parte por imbécil y, en parte, por la curiosidad.

Por la mañana, fui al sitio mío de siempre del jardín, y aunque yo quisiera otra cosa, no podía dejar de mirar las tejavanas. Hacía bueno y me senté junto a la puertecita con el libro. Después de pensar en Isabel, pero un rato largo, iba a leer, en el Pirala, lo de la partida del cura de Busturia, don León Iriarte, en Archanda y Santo Domingo, que yo aquello me sé como la palma de la mano. A menos de un kilómetro veía yo Busturia entre los árboles. Pero ¿y lo otro? ¿No era también historia de las guerras civiles y casi tan de Busturia como el cura? ¿Y quién se quedaría tranquilo sin averiguar un asunto de ochocientos fusiles y cuatro cañones de montaña si tuviese allí mismo y a dos pasos la comprobación? ¿De qué me valían los apuros que pasaba con el secreto si luego me quedaba «in albis», para toda la vida, sobre el motivo principal? ¿Y la preocupación de sí el sacrificio de la tía fue inútil o si había salido bien la cosa? Lo natural, a mí que no me digan, era querer saber.

Me puse a darles vueltas a las dos tejavanas y no conseguí meter ojo por cerraduras ni por

ninguna parte. Empecé a rabiar ya. Me subí entonces a la higuera para dominar con la vista, y, en uno de los dos tejados, descubrí un tragaluz, con el cristal roto, y bajé del árbol a por piedras. Volví a subir, con una piedra gorda en cada bolsillo del pantalón y tres en el pañuelo, que lo sujetaba con los dientes, para trepar con manos libres. A la primera le fallé, pero me entró la tercera o la cuarta y cayó dentro muy sin ruido, que me extrañó. Entonces salió de allá volando una lechuza enorme, casi blanca, muy aturdida de la luz, porque ella es muy nocturna. Se me ocurrió que por donde ella salía y entraba yo podría, a lo menos, meter las narices. Para subir necesitaba una escalera y, para descolgarme dentro, si lo de entrar se presentaba en buenas condiciones, una maroma. Me fui a la caseta de Crispín a buscar la escalera de la fruta y apareció también allí una cuerda, regular de fuerte, que me resistiría. Al volver, yo me tapaba con la fila de los perales viejos, por la parte del arroyo, para que de casa no me viesan. Pero Eburne, con los brazos remangados, tendía sábanas en los alambres de junto al lavadero y cuando yo pasaba el agua por las piedras me gritó de lejos: «¡Perico! ¡Muy cargado vas! ¡Pintor o así te has hecho? Nidos no hay ahora».

Yo corría con la escalera, pero se me enredó entre ramas y me di de morros en el suelo. Me levanté con algo sangre en las narices, y en un voleo llegué a la tejavana y subí donde la lechuza. Se podía entrar, pero difícil, porque había que ensanchar el agujero de la red de alambres, muy roñosa y durísima. Me costó, pero, al fin, entré, rasgándome los pantalones con una punta. Dentro hice pie en el travesaño, como a un metro de profundidad y agarrándome al tragaluz. Todavía sacaba la cabeza y veía el paisaje, pero había metido todo el cuerpo y me hacía cosquillas el entusiasmo de entrar y de saber. Abajo no se distinguía ni gota, oscurísimo y mucho más profundo de lo que se calculaba desde fuera. Me resultó bastante complicado y con peligro de caerme al atar la cuerda a la viga, que no le llegaba con los brazos, hasta que, después de conseguirlo, me coloqué ya en posición para irme a descolgar. Por si acaso, me santigué, como si me echase a nadar. No sé por qué, me acordaba entonces del loro de las tías viejas de Eguía, que, en cuanto me ve a mí, empieza a gritar: «¡No te tires Rrreverrrrrte! No te tires Rrreverrrrrte!»

Y en mala hora me tiré, ¡Santo Dios!, que no me maté de milagro, y si llego a caer en duro salía yo con la cabeza abierta o rota una pata. La caída aquella fue de horror y la última parte sin cuerda, porque la cuerda, como resistir, sí que resistió, pero al no ser muy gorda se me escurrió en las manos y me hizo, del roce, dos heridas, que me escocieron y dolieron como quemaduras, aunque sangraban poco. A medio camino yo solté del dolor espantoso. Me quedaron así en las palmas de las manos dos telitas sobre la sangre, que luego se me abrían y sangraban entonces mucho. Pero, además de eso, di de culo en un montón de argomas y ramas de espino, con pinchazos terribles, que, después, en cuanto me movía, allí enredado de pies a cabeza, se me clavaban por todas partes. Me arañaron hasta la cara y me destrozaron la ropa, como si me atacase con mala idea toda aquella maraña del demonio. Tenía sangre ya por la mar de picaduras y rasguños que me hice en el cuerpo, y me veía allí prisionero, en un pozo de pinchos, muy mal para salir con las manos, que me dolían furiosamente y muy pegajosas de la sangre. Iba a gritar, pidiendo socorro, pero me contuve y, además, habría sido inútil, porque nadie me oiría, tan lejos de casa y en un sitio donde, quitando yo, no iba nadie. Lo que más me desesperaba era pensar que, aunque me soltase de aquellas espinas no podría tampoco salir. ¿Cómo treparía yo por la cuerda, con las manos así de rajadas? ¿Por qué, idiota de mí, no le haría nudos? Yo, un crédulo imbécil, me ilusioné que bajaría y subiría igual que los del trapecio del circo. Algo me consolaba recordándome que, en los tiempos de Don Pedro el Cruel, a otro le pasó igual que a mí, porque lo dice así la Crónica del Canciller Ayala (1), y ese autor es el que me explicó mejor de la literatura de la Edad Media el Padre Cornejo. Me decía, además, que ese libro era «un almacén de desengaños». Pero ¿y eso qué? ¡En qué situación me veía y tan lejos de que me oyeran! ¡Con qué mala sangre lo pensaron —decía yo entre mí— para que cayese en el cepo el que se atreviese! Después de pasarme un rato infernal y sin saber qué hacer, empecé a ver algo siquiera. Se puso a entrar el sol por el tragaluz y pegaba contra la pared, allí arriba. Me vi bien dónde había caído y cogí un berrinche fenomenal, que me rechinaban los dientes

¹ "Et mostró (Lope de Cañizares) al Rey, cómo traía todas las manos tajadas de la cuerda con que le pusieron, fuera de la cibdad por el muro." Ayala —Crónica de Don Pedro Primero— Cap. VII (N. del E.)

hasta echar espuma, y ya con la rabia de la desesperación, dando gritos, me lié a codazos contra las argomas y las zarzas, a clavarme ya lo que fuese, y como si luchase a brazo partido con todos los demonios de Satanás. Yo les gritaba, muy frenético: «¡No me tendréis cogido, canallas! ¡No y no y no!»

Al fin, me abrí salida a una especie de callejón por el lado de la pared larga, porque es más bien estrecho y largo aquello. Me pude mover y vendarme las manos con las tiras de la camisa, que ya me la encontré hecha tiras. El dolor se me había quitado mucho, no sé si de lo que me hirvió la sangre con la furia. Yo sudaba a chorros. Me dejé una manga del traje, casi desde el hombro, en la pelea. Pero, ¿y cuándo saldría? Por supuesto, con lo que habían amontonado allí no se podían ver los fusiles. Creo que los pusieron a lo largo de la pared contraria al callejón, porque era en la pared sin ventanas. Al fondo; me topé con uno de los cañoncitos, muy envuelto en unas arpilleras empaparlas en grasa rancia, que olía mal. Corté, ya por pura curiosidad, con la navaja la arpillera y toqué el cañoncito, que le metí los dedos en la boca. Después me quedé allí sentado, cansadísimo, y debía ser tarde, porque me pareció de oír el mediodía en San Pedro de Cautéguiz.

Uno allí comprendía lo hermosa que es la libertad y ver el campo, la mar y las nubes, que van por encima de los montes. De veras que si los liberales combatían por aquello —pensaba yo— se merecían cualquier cosa. Pero allí estaba yo prisionero de los carlistas y para mayor inri, prisionero, de aquella guerra, que no se había hecho.

Me acordé que era 24 de septiembre y la Virgen de la Merced, Patrona de la Redención de Cautivos y fiesta en la parroquia de Las Arenas. Esperé que la Virgen no me abandonaría y le recé para que me libertara. Sentí por los carlistas, a pesar de Isabel y de la tía Clara, odio a muerte. ¡Anda —decía yo— que si me tenéis aquí entre las uñas no lo sabéis y la guerra esta se os fastidió y los fusiles esos ya los podéis largar para chatarra a cuarenta céntimos el kilo! ¡Sí, sí! ¡Pero, con todo eso, yo no salía! Me senté allí en la tierra. Apoyaba la nuca contra el cañón y, entre el sol que bajaba por arriba, me puse a mirar el efecto de las telarañas. Pensé que si me hubiese visto Isabel se habría reído de mí y hubiese dicho que yo había salido con la cabeza rota por curioso y estúpido. Me daba rabia que ella, en el fondo, fuese tan carlista y tuviera en su cuarto una foto de la Princesa María Inmaculada. A lo menos, antes de ir a Londres la tenía.

Me sentía hambre y sueño, y me dormí. ¡Qué sueño tan dulce me entraba! Soñé que la puertecita secreta estaba allí, en aquella pared al lado mío y yo llamaba como siempre y ^{*} Isabel me abría. Otra vez era aquello:

—Tan. Tan.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién es yo?

—Yo.

—Si eres tú, si eres yo, abriré.

Pero, de repente, sonaron cerraduras y cerrojos, con un ruido muy fuerte, que me desperté. Al abrir yo los ojos fue la gran alegría y dije para mí: «¡Ya estoy salvado! ¡Estoy en libertad!» La puerta estaba abierta allí al fondo del callejón, frente por frente, y vino de allí tanta luz, que casi no veía. Un momento se quedó todo tan parado, que me asusté. Entonces una voz, que me parecía muy dura y casi de hombre me gritaba desde el sitio del sol: «¡Salga fuera quien está ahí o disparo! ¡Pronto!»

En la puerta, la tía Clara levantaba la pistola con la mano y vi cómo le relucía. Le grité, ya muerto del pánico: «¡Soy yo! ¡Soy Pedrito! ¡Tía! ¡Tía! ¡No tires!» «¡Ven acá, idiota», me dijo ella, tranquila. Al llegar yo metía en una funda de cuero rojo la pistolita nueva y era un revólver muy niquelado de cachas de marfil, parecido al de Joshe-Mari. Ella me dijo: «No sabía que fueras tú. He visto la escalera». No pude contestar. Ella me preguntó: «¿Para qué entraste?» «Para ver», le contesté yo. «¿Para ver qué?», me preguntó. «A ver lo que habría», le contesté. «¿Qué había?», me

^{*} Sic en el original del libro [Nota del escaneador].

preguntó ella. «Me caí en las argomas —le dije—, me hice heridas y también con la cuerda. No he visto nada. He tocado como una máquina, pero sin verla y le he metido los dedos por el tubo.» Me miraba con dudas de si le mentía. Yo no le podía confesar que sabía lo de las armas, porque con eso se sabía también *lo otro* y saber *lo otro* era matarle. Entonces yo me arrodillé delante de ella y, poco más o menos, le dije: «¡Tía Clara! ¡Tía Clara! Te pido perdón y no te daré más disgustos nunca más en la vida. Te lo juro por Dios que es el último. Yo quiero quedarme aquí siempre, sin separarme nunca de ti y ser bueno. ¡No me echas de Andía, tía Clara! ¡No me echas! Desherédame, que lo merezco. Deja todo a los pobres y al Hospital, pero no me echas, aunque me tengas como criado tuyo y a comer en la cocina. ¡Si me quitas de venir aquí, yo me muero! Yo no me quiero separar de ti por nada de este inundo, porque a nadie de la familia le quiero ahora tanto como a ti y a ti te miro como a lo que más de este mundo. Haré yo que me tengas como a hijo, porque yo, tía Clara, lo que más quiero es ser como tú».

Me eché a llorar más fuerte y la tía se puso un poco roja, que nunca yo le había visto así, y se iba a tapar la cara con las manos, pero se contuvo y sólo dijo, muy desconsolada: «¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pero qué enormidad es ésta!» «¡Tía! —le dije yo con toda mi alma—. ¡Por favor! ¡Por lo que más quieras!» Le iba a pedir que no llorase, ni dijese más nada, porque me partiría el corazón si hablaba de *aquello otro*. Y entonces ella dijo, como si tal cosa: «Pedro, estoy aterrada de pensar si enciendes ahí una cerilla, con tu manía de andar con cerillas, para ver ahí dentro y ardes abrasado, con todo lo que hay metido en esa tejavana, que prende como yesca».

Luego va y como sin fuerzas ningunas para enfadarse, empezó a cogerme las manos y verme las heridas y decir que «pobre de mí» y que en el pecado me llevaba la penitencia. Se había pasado ya de mucho la hora de comer. Ella, al ir hacia casa, me ponía la mano en el cuello y me acarició un poco, sólo un poquito, y como sin querer, pero yo, con eso, comprendí que me perdonaba ya del todo. Cuando subíamos la cuestecita del jardín miró hacia los juncas, muy triste, y quizá pensaría, cuando trajeron por allí las armas.

En seguida me curó en su cuarto con el agua verde, que me escocía a más no poder. Yo resistía sin chillar y miraba aquel busto de la Virgen de los Dolores, con puñales de plata, que la tía tiene a la cabecera. Y la tía me dijo: «Cuando te toque ir a la guerra, ¿seras valiente, Pedro?» «Sí, tía», le contesté yo. Y le dije luego: «Pero ¿y si no hay más guerras, como dicen, con lo de la Sociedad de las Naciones?» Ella dijo: «Habrás». «Yo quisiera —le dije entonces— que cuando yo fuese mayor hubiese las grandes guerras.» «Habrás —volvió ella a decir—, y quiera Dios...», pero no terminó esa frase.

No sabíamos qué hablar en la mesa, porque de lo que había que hablar y de todo lo que había pasado ninguno de los dos queríamos. Estuvimos así sacando unas conversaciones sobre gatos y tonterías, sin ninguna naturalidad. A los postres, le preguntó la tía a Anuncia si no traía los hojaldres de crema que mandaron las monjas de Guernica, y Anuncia contestó que la señora ni probaba nunca esos hojaldres y «que solía regalar, sin tocar siquiera». Entonces la tía le dijo «no estoy sola» y que me los trajesen. Yo, con eso, tranquilizándome ya mucho, no dudé que me perdonaba de corazón y subí al cuarto a escribir a Joshe-Mari, pero allí todo el piso, menos la saleta china y mi alcoba, que hacen uno, estaba muy cerrado con llave y hasta candado gordo en una puerta. ¡Todo eso en el cuarto de hora que salí al jardín a fumar el pitillo después de comer! ¿Sabría ya la tía que había yo revuelto las cartas del cajón secreto? Me quería entonces meter debajo de tierra. Pero mis copias estaban en el escondite detrás del espejo.

D E L 2 5 A L 2 9 D E S E P T I E M B R E

LXI

¡Vaya si fue bruto Joshe-Mari! Sólo a él y nada más que a él se le ocurriría decir que se alegraba de haberse pegado el tiro aquel en el brazo izquierdo, porque así se quitaba la preocupación del examen y, además, podría, como yo, contar aventuras. Él, como en su casa ya no le hablaba nadie del suspenso, hasta que se curase, creía que se lo quitaba de encima. Tampoco lo comprendía yo en qué cabeza cabe irse con Bering, más pequeño que él, un alemanito de once años y una escopeta mala, a tirar a las gaviotas desde el bote. A las gaviotas no se tira. A Joshe-Mari se le enganchó el gatillo en la escota de foque y se le disparó a quemarropa, dándole desde algo arriba de la mano, casi hasta el codo, que si se descuida una nada le destroza el pecho. Bering, por supuesto, genial, atándole un tirante del pantalón para contenerle la hemorragia, como se hace en las guerras con la banda de goma, porque Joshe-Mari si no, se va todo en sangre. Le mandé a Fritz Bering el abrazo mayor del mundo. Me emocionó mucho también aquello que contó Joshe-Mari cuando Bering rezaba Padrenuestros en alemán y el *Jesus Christus Kindelin* para pedir a Dios que les saliese remolque, hasta que vino, ya con luces a bordo, aquel de arrastre, el «Piscis» de Zumaya. No quise ni pensar en el rato tremendo que pasarían, allí solos, Joshe Mari sangrando por una brecha atroz, a cuatro millas de San Sebastián, casi de noche, con aquel sur maldito que le sacaba fuera, hacia alta mar. Le quitaron a Joshe-Mari, según él me escribió, casi medio «bisté» de carne quemada y que olía a «bisté», pero después se le ha ido rehaciendo el brazo y mueve todo, como antes.

Me extrañaba a mí que no me escribiese aquellos días, con todo lo que le conté, tan importante, de las cartas del cajón secreto. Cuando le contesté a la que él me mandó y le dictó a su hermana, casi estuve por darle la enhorabuena, porque un tiro más a gusto que él no se lo pagará nunca nadie. Claro que estaría en sus glorias, como decía él, entre no ir a Orduña, lo menos hasta el 12 de octubre y, sobre todo, por tener el cuarto a las tardes atiborrado de chicas, que le iban a ver con el pretexto de su hermana. Cualquiera le tosía entonces a Joshe-Mari, con Loli, su novia, y otras dos o tres de las mejores, sentadas en su cama y otras muchas, me contó él, hasta allí sentándose en la alfombra, porque tantas le fueron a visitar, que ni cabían en las sillas. ¡Aquello sí que era el apoteosis y como un torero de cartel! ¡Ay, si yo a Isabel, cuando estuve a morir, le hubiese visto, nada más un poco, en la puerta! Creo que me habría curado.

A los pocos días, Joshe-Mari ya se las arreglaba para escribir y dibujar, que dibuja divinamente, con la mano derecha y lápiz, en un bloc. Con estarse allí quieto, me escribía más que otras veces, pero me extrañó horrores y se lo dije como lo sentía, que no se impresionase con la historia sublime que le conté de lo de la tía Clara Y, en cambio, se hubiese divertido y hasta haciendo dibujos con lo del contrabando. Él se echa a perder con Edgar Wallace, como antes con Sandokan, y mucho me temí que no supiera apreciar la «Doncella Luscinda». Desistí de mandarle el argumento.

LXII

Los carlistas de Bilbao celebraron aquellos días el primer aniversario de la muerte de don Juan Arbeloa, el mismo que estuvo en Andía para dirigir el asunto de las armas. En Bilbao la Juventud

Tradicionalista organizó, por todo lo alto, una velada, con discursos de don Claudio Rivero, el diputado por Vergara. Para mí lo importante era que el abbé Le Breuil había ido en representación de los amigos franceses de Arbeloa, porque pensé si se vería con el tío Ricardo y le contaría de Isabel. En «El Pueblo Vasco», de Bilbao, Pedro Mourlane Michelena, uno de los pocos amigos de mi padre, publicó unos versos, que recorté. No parecía sino que había estado registrando conmigo, el día antes, la tejavana. Lo sabía yo que era muy buen poeta, pero no que fuese un adivino. Y a ver, si no, los versos lo que dicen:

*¡Don Juan., el buen guerrillero
como Jáuregui, el Pastor!
¡Aún acicala el rencor,
las armas de tu granero!
¡Guardas
las lucientes espingardas,
que repondrán al Señor!
¡Ya estallaron otra vez
en el Motín de Aranjuez!
Cubre un polvo solariego
las mustias bocas de fuego
y el tambor
de las discordias civiles.
¡Fusiles, viejos fusiles,
que repondrán al Señor!*

En la mesa, la tía Clara, con tanto que traían los periódicos de Bilbao, habló de Arbeloa, sin fingirse para nada liberal ni hacerse tampoco la carlista en las ideas, aunque la admiración y el cariño se le notaran. Me contó que don Juan Arbeloa tenía un palacio en Ondáiz, ahí junto a la frontera, donde varias veces, en los tiempos antiguos, había dormido el Emperador. Cuando la guerra civil, ese pueblo, Ondáiz, cayó en manos de los liberales y los carlistas les estaban encima, desde el monte San Roque. Fue don Juan, que era oficial de Artillería, joven, y como le dijeron que allí él era el que sabía y que empezara, disparó sus cuatro cañones sobre su palacio, muy bien hecha la puntería, que lo hundió en varios sitios. «¿Sobre qué ha disparado usted, Arbeloa?», le preguntó el jefe. «Sobre el Cuartel General de los *quiris* mi coronel», le contestó Arbeloa, como si nada. Hoy todavía está el palacio muy ruinoso y lo han empezado a levantar los hijos. La tía me decía que se haga por las ideas lo que se haga, eso siempre es hermoso. «A mí —dijo después— me parece muy superior a lo del "Castellano Leal", del Duque de Rivas, cacareadísimo, y que te gusta tanto a ti leérmelo.» Le pregunté por qué lo decía y ella me explicó que el Conde de Benavente lo hizo por su honor particular, por orgullo de clase, y Arbeloa, sencillamente, por servir á su Rey y sin palabrería, como debe servirse. Y dijo después que Arbeloa no era peor nacido que el propio Conde de Benavente, porque si Benavente iba al Palacio del Emperador y era primo de reyes, como decía de sí mismo, también el Emperador había ido al palacio de Arbeloa, y que si Arbeloa no era él, precisamente, primo de reyes, lo son sus hijos y sus nietos, cosa no tan difícil, por enlaces, que conoce aquí todo el mundo.

Al levantarnos de comer mandó encender la chimenea del salón grande y que nos llevasen allí el café. Ese salón coge todo el largo de la casa, como una galería, con los balcones un poco más altos que el jardín. Abrió el mueble rojo de flores y sacó los abanicos, pero el mejor, con todas las varillas de figuritas de marfil, rotas por la mitad, y el diamante del clavito, saltado, aunque estaba allí, en un papel, dentro de la caja. Se conservaba bien la pintura, sobre pergamino, casi toda de ciervos, unos que corren, otros que brincan, otros a beber en el río y otros en la hierba, a descansar. En el medio, por un bosquecito, más en alto, aparece una cazadora medio desnuda, con el arco y las flechas y dos perros, que le van saltando alrededor. Lo quería mandar la tía a Madrid a que se lo

arreglasen, pero un restaurador muy bueno, un tal Jesús, de la calle Concepción Jerónima, no sabía ya si viviría. Dijo entonces que ella ni conocería Madrid si volviese y «que cómo pasa el tiempo». Ya lo sabía yo también «que pasa el tiempo» y antes no lo sabía, ni se me ocurría pensarlo nunca, ni lo entendía en qué consiste cuando les oía decir a los mayores: «¡Cómo pasa el tiempo!» Pero ya, sí. Casi no pensaba yo en otra cosa al final del verano. El tiempo que me quería Isabel se había pasado y la puertecita secreta no se abría desde que Isabel se marchó. Todo eso y el recordarme cosas que Isabel me decía era lo que me ponía más triste y, así, mirando atrás, es como más me convencí de lo desgraciadísimo que yo era, pero le quería mucho más a Isabel desde que me cogían esas tristezas y, a veces, hasta gozaba de quererle así tanto y de verme, por ella, entristecido hasta lo último.

No se me pudo quitar ya esa idea en toda la tarde. Luego fue la tía a otro mueble y allí salieron muchas cajitas de la mar de maneras, de porcelana unas y las otras de metal dorado y también alguna de cristal. Había unas cuantas, de las de metal, casi igual, redondas, chiquitinas y una con las flores, de lis plateadas y, debajo de una corona real, entre las flores, en esmalte azul «C. VII», que quería decir «CARLOS SÉPTIMO». Le pregunté a la tía de qué eran y me dijo que de confites para bailes, días de santos y cosas así. Se le abrió o se le saltó de por sí la tapita a la de la corona real dentro vi yo pegado un confite verde, de menta. «Vaya, toma —me dijo la tía—, dulzura de hace medio siglo.» Me daba no sé qué chupar aquel confite, algo amargo, que sabía como a perfume.

¿Me enseñaría tanta cosa guardada para que no registrase más yo solo y como para darme una lección? De la «credenza», que se llama, sacó un estuche, con un aderezo de brillantes antiguo, pero soberbio de verdad, y me dijo que era el de su madre y que se podían hacer tres combinaciones. Lo cogía, el collar aquel, en la mano, para verlo bien a la luz cómo brillaba y me dijo mirándome: «No me lo puse nunca, Pedro, pero lo salvé de milagro. De tu mujer será, cuando te cases el día de mañana».

¿Qué iba a hacer yo, el día de mañana, con el collar, pero sin Isabel? Para qué me decían siempre «el día de mañana»? Aquel tiempo de antes, que éramos novios, es lo que yo quería más del mundo. Y, sobre todo, yo pensaba en el primer día, aquella tarde, que le puse la medallita mía y me dio un beso.

LXIII

Lo que nadie habría pensado es que el secreto saliera casi a relucir aquella tarde, por cuestión de una música. Vimos una porción de miniaturas lo último de todo. La mejor, con mucha diferencia, fue la de mi tocayo, Pedro de Andía, porque la hicieron en Holanda y es mucho más grande que las otras, casi doble mayor, sobre una caja negra para el tabaco de rapé y con un aro de oro muy finito. Es una pintura preciosísima hecha en marfil, que ni se notan allí las pinceladas ni se sabe cómo se puede trabajar de este modo. Hasta se le cuentan las piedras al broche, en la corbata, y se ven los dibujos del encaje. Resulta, además, como un cuadro en pequeño. Se ve allí un señor bastante joven, rubio, de pelo rizado, como sin peinar, haciéndole un poco patillas y todo el tipo más bien inglés. Va de paseo por la playa en un caballo blanco y lleva la levita verde, con el pantalón muy justo, a listas anchas, negras y amarillas, y botas de montar. El sombrero de copa lo trae blanco, muy grande, y se lo quita, con la derecha, muy estirado el brazo, para hacer un saludo la mar de alegre, como que acaba de desembarcar. Parece por la tarde. Allá, bastante cerca de la playa, fondea un barco de tres palos y le puede uno contar todas las velas, seis cuadradas por palo, todas las de cuchillo y cuatro foques. También asoman por la banda seis cañones. ¡Esa era vida! ¡Con ese barco y ese caballito ya me hubiese cambiado yo por él! ¡Y, luego, la holandesa guapa y muy buena, que le dijo «que sí» en seguida! ¡Mira tú —pensaba yo entonces— lo que va de Pedro a Pedro!

Nos habíamos puesto a ver las miniaturas sobre el piano de cola que hay allí, porque el balcón nos daba muy buena luz en ese sitio y mirábamos con el cristal de aumento. De repente yo me acordé, cuando sería yo muy muy chiquito, unas noches de luna, antes de conocerle a Isabel, que salíamos al jardín, poco antes de cenar, y le oímos tocar el piano a la tía Clara. Estaba la familia del

tío Martín, casado con la hermana de papá, la tía Carmen, que ellos viven en Zaragoza, y todos nosotros, con el tío Lorenzo y los abuelos. ¡Cómo me había yo olvidado de aquellas épocas! Yo me sentaba en el suelo de piedra, junto a mamá, que se ponía en un sillón de tela roja y desde allí le veía y le oía tocar a la tía Clara, con el balcón abierto, que es en el piso bajo y todas las luces del salón encendidas. Nosotros estábamos debajo de los magnolios, en lo oscuro, y se oía también la fuente, junto al laurel grande. Yo me creía que sería así el cielo, de la felicidad que me venía, sólo de estar. ¡Qué alegre era todo hace unos años con la casa llena de gente y el coche de caballos de la tía, que nos llevaba al baño a Chacharramendi y sonaban los cascabelitos! Luego tuvieron otro igual, dos veranos, en casa de Mendive. ¡Cómo comprendo ahora que Isabel tenía que aparecérseme y que yo estaba va, con cinco o seis años que tendría, como enamorado de un imposible, no sabía de qué y esperando que llegaría! Aquellas noches, cuando tocaba la tía Clara el piano, y yo, desde lo oscuro, veía el salón lleno de luces y oía la música y olía el olor del jardín y miraba arriba las estrellas y la luna, ya casi era como pensar en Isabel y hasta sufría yo de algo, sin saber qué era, y qué me faltaba. ¡Y cuánto jugaba yo entonces con el tío Sebastián, que vivía, y me hacía las sombras chinescas en la pared blanca con las manos y un día fue también a Bilbao a comprarme la linterna mágica!

Me entristeció mucho recordarme de aquellos tiempos, que se me habían olvidado, y es que luego, cuando Isabel vino y me quería, creo que me olvidé ya de todo. En esto, la tía, de pie, tal como estaba, abrió el piano y recorrió con la mano todas las teclas. ¡Qué alegría me dio aquel sonido! Sentí como electricidad. Y yo dije: «Toca, tía Clara». «Suenan —me dijo ella —mejor de lo que yo creía. Serán años que no lo abro. ¿Quieres que probemos?» «Sí, tía, sí», le dije. Estaba loco por recordar. Ella se sentó en la banqueta y alargó la mano al mueble de los libros de música, pero no alcanzaba, y me dijo, señalándome uno, muy roto: «Pedro, por favor, que no llevo.

Dame ése». Lo puso en el atril y cuando lo abrió, como por la mitad, y alisó las hojas con la mano, yo vi el título, que decía:

«RIGODONES VASCOS»,
por
EL CONDE DE TORRE-MÚZQUIZ.

¡Menudo asunto era! ¡Como si no estuviese yo al cabo de la calle de lo que iba a pasar allí! No sé si muchos lo sabrán que en Bilbao, el día de la pérdida de los Fueros, hay concierto de la Banda Municipal en el Arenal (o en la Plaza Nueva, si llueve) y ese día todo son piezas vascas, como protesta de lo que nos quitaron. Allí, todos los años, tocan aquello mismo que iba a tocar la tía Clara y se forma entonces el escándalo monumental entre liberales y carlistas, porque, hacia el medio, esa pieza tiene su trampa y es un trozo metido entre las otras partes de la música, que es con el que se arma el bollo padre. Han solido haber hasta tiros y casi siempre palos, aparte que unos aplauden a rabiarse y otros silban a todo meter. A mí, un año que me escapé de los Escolapios, antes de ir a Orduña, a ver aquello, un guardia, al cargar los guardias contra la gente, me atizó un garrotazo que casi me abre la cabeza. ¡A ver si sabré! Empezó la tía dale que le das al piano, muy tranquilamente, y la música iba tan preciosa, hasta que vino lo que había de venir cuando llegó aquel trozo, y fue de verdad cosa de oír, porque lo tocaba la tía con un alma, digo, que hacía ya temblar toda la casa. ¡Era la «Marcha de Oriamendi»!

Ella, cuando acabó esa parte, que la tocaría también aquel día más de corazón, por lo del aniversario de Arbeloa, dio un respiro fuerte, que se puso en el pecho la mano y me dijo:

«Pedro, hazme el favor de abrir esa puerta, a ver quién anda ahí, escuchando».

Abrí la puerta y allí se nos apareció Gertrudis, llorando como la Magdalena, con todos los pelos revueltos, que se le caían por la cara y mordiéndose la punta del delantal. «¿Qué haces ahí, Gertrudis?», le preguntó la tía, sin reñirle. «Perdón, perdón, señora --le decía Gertrudis, que se le quería como arrodillar y juntaba las manos—; a veces, pues, señora, la música, también, a todos gusta.» Y lloraba más fuerte. Se levantó la tía y le cogió a Gertrudis, muy cariñosa, así, por la

cintura, y le dijo: «¡Vamos, vamos! No seas inocente, Getu! ¡No te pongas como una criatura de dos arios! ¡Vete ahora a la cocina y no llores más!» Le hizo la tía Clara a Gertrudis como una caricia, empujándole un poco la cara, para que se fuese. Entonces Gertrudis se le abrazó como una loca. Temblaba, lloraba, y le besaba fuera de sí, hasta que le dijo después, mirándole muy fijo a los ojos y cogiéndole de los brazos: «¡Ay, Clarita hermosa! ¡La Clarita mía, ésta es!»

Y se fue para abajo gritando: «¡Dios eterno! ¡*Ama Begoñakoa!* ¡Morir ya no me importa, no!» Atronaba toda la casa y, un momento, la tía y yo no hablábamos. «¿Ves —dijo, al fin, la tía— esta pobre Gertrudis cómo está?» En seguida, continuó tocando la última parte que faltaba y, cuando se acabó, me dijo: «Torre-Múzquiz, el autor de esto, era muy buen amigo mío y de toda la familia de mi madre. Su casa de Ezcaray no queda lejos de la nuestra del Villar de Cilleros». Y cerró el piano.

LXIV

¡Qué ilusión fue la carta de mamá! ¡Qué alegría desde que vi el sobre y su letra y el papel gris tan grande y el color de la tinta azul claro! ¡Qué felicidad cuando la abrí! ¡Qué modos siempre de decir las cosas, que yo no encuentro en nadie! ¡Y luego aquel olor maravilloso! Dios lo sabe cómo esperaba yo una carta suya en el colegio y la tristeza que era para mí si otros tenían cartas y yo no. Me había escrito poco el curso último. Yo no lo podía comprender eso, con lo que me quiere.

Suelo llevar sus cartas en la cartera muchos días. Las leo y las vuelvo a leer y hasta las huelo, porque huelen a su perfume y a todo lo suyo. Y, sin embargo, somos muy diferentes y ella muy moderna. Yo soy más como el tío Lorenzo y la tía Clara. Soy más antiguo.

En esa carta, que recibí en Andía, me contaba que el tío Ricardo le convidó a almorzar en casa al abbé Le Breuil y el abbé les trajo noticias de los Mendive «y también nos habló —decía mamá— de tu íntima Isabel, de "tu Isabelisísima", a quien verás muy pronto». Yo pensé, si yo hubiera estado en la mesa, la de cosas que habría sabido. No podía ya vivir tanto tiempo sin saber nada de ella, sin verle nunca y esperando siempre Me vino una impaciencia loca de ir a Bilbao,

Ya me sentía en Andía como en la noche eterna, aunque antes el estar allí me consolaba, pero mamá me dijo que no podría ir a Bilbao hasta el 6 o el 7 de octubre, cuando ellos volviesen del viaje, que harían con Pitusa a Burdeos, para que le viese a Pitusa un gran oculista, especialista de la vista. A Pitusa, de veras, le está pasando un caso rarísimo. Ve más del normal y le vienen dolores de ojos y de cabeza, de tanta pupila como gasta. Me ponía yo a fumar en el bote a la altura del Spórting y ella desde casa me veía, para contarle luego. Así, con lo del viaje por sus lindos ojos, yo me quedaba rabiando en Andía, sin amigos ningunos y ya con bastante mal tiempo. Mamá, muy cariñosa y en ocho caras, que no suele alargarse tanto, a lo menos conmigo, me decía, entre otras cuestiones, lo de no ir al colegio hasta después de Reyes y también me decía que el tío Lorenzo le vendía la casa de La Galea al tío Van Riel. Y después me explicaba que el tío Lorenzo no había hecho nada para sí, porque nunca hace nada para sí, con su gran corazón de siempre, sino por el bien de los demás, y que si no fuese por mí y pensando en el día de mañana, ella no estaría con aquella pena de que se vendiese, pero que yo, pobre, me quedaba sin eso, que debía haber sido mío, aunque ella sabía que al tío Lorenzo le dolía, por mí, más que a ella misma.

A mí, lo confieso, me hacía gran ilusión esa casa de La Galea, pero me consolé, porque me supuse lo que habría sido. Al tío Lorenzo, pensé yo, le han hecho presidente de los Asilos de don Agustín, que iban ya por la mitad de las obras del Pabellón nuevo, y como don Agustín ha dejado poco y el tío Lorenzo tampoco tiene mucho, ha vendido la casa de La Galea para seguir la obra y dar lo mismo que don Agustín daba en vida. ¡A ver si no me iba yo a conformar! Aunque hubiera vendido el palacio de Olay no me importaba. Luego, cuando vino Pitusa al día siguiente, vi que me había equivocado de medio a medio.

LXV

El 29, día de San Miguel, me subieron el desayuno, como siempre, a las nueve. ¡Qué pereza me dio de levantarme! A las diez y media estaba en la cama todavía. Luego me dormía casi en el baño, con los grifos abiertos, que ya se desbordaba, y oí la mar de coches frente a la verja, todos pitando para que les abriesen. ¡Menudo jaleo que armaban! ¡Y menudo rebote entonces el que me pegó el corazón! ¡Isabel! ¿No decía mamá que a Isabel yo le vería, de seguro, prontísimo? ¡Ahí está Isabel!, dije yo, sin dudarlo, y me volvía loco. Salté, me acuerdo, así, desnudo, tal como estaba, y, dejándome un río de agua y de jabón por donde fui, me asomé al balcón de la saleta. Me tapaban de ver los árboles, pero oí muchos chicos y chicas que vinieron hacia la casa hablando alto. En seguida conocí la voz de Jaime Larreátegui, que me gritaba: «¿Estás ahí, Pedrito?» Me entraba un miedo horrible a que viniese ella. Si otra vez fracasaba, cuando me viese, después del estirón y de lo alto que me había hecho, ya podía echarme a morir. Temblando de pies a cabeza con las dudas de lo que le parecería yo tan cambiadísimo, con la pinta nueva, que se le haría, a lo mejor, muy rara. Me miraba al espejo yo y no sabía a qué atenerme, aunque me quería mirar como si allí le viese a un extraño y con toda la imparcialidad. De poco, no bajo. Luego pensé: «Aquí hay que dejarse ya de historias». Me acabé de lavar en un voleo, para que no esperara ella y yo también con la impaciencia fantástica de ir. Me volví y me volví a peinar, porque no me salía la raya bien derecha y, luego, que me salió bien, se me deshizo cuando me puse la camisa y se quedó vacío, por cierto, el frasco de colonia. Entonces estrené el traje de sport nuevo y me avergoncé de haberlo querido estrenar con Cristina Sobrarbe. Bajé a saltos las escaleras, con la rabia de no ser yo, de facha, como quisiera ser.

Abajo, en el comedor y en la entrada, había mucha gente y lo primero que vi al tío Ricardo, de pie junto a la chimenea y con una copa en la mano, y luego a la tía Clara, que servía el jerez y el oporto y algo de fiambres, con Margarita y Anuncia.

Yo me había quedado parado en la puerta, detrás de la cortina, para ver si veía a Isabel, sin preguntar a nadie, cuando Pili y se me echa encima con un abrazo bárbaro, llamándome «Pedrote de mi alma». Casi lloraba de contenta, y en seguida me dijo: «¡Qué altísimo estás! ¡Ay, qué gusto! ¡Ya no te suelto nunca!» Una loca. Iba ella con tirabuzones como antes Isabel, y traía una chaqueta grande blanca. Lo primero que le pregunté si Isabel había venido. Ella, fastidiadísima, me dijo «no» y me volvió la espalda y se fue. Me quedé yo mirando al vacío y como sin sangre, con todas las ilusiones por el suelo. Apareció en seguida Pitusa. Me dio un jersey gordo de lana gris y un par de guantes de parte de mamá. Me dijo que irían a Burdeos a primeros de octubre, pero que sería un sacrificio, porque en casa no iba nada bien la cuestión del dinero y que yo no les hiciese gastos. Luego me contó que Pili Serantes había armado todo aquello como una excursión al Sollube, haciendo la comida nosotros mismos y todo para que yo fuese. Me explicó también que ella y Pili, aunque Pili le lleve dos años, estaban haciéndose intimísimas y que Pili le había pedido un retrato mío, aquél donde estoy en el «Sagutxu» para echarme a nadar. Cuando Pitusa me confesó que se lo había dado y sin mi permiso, yo me puse lo más furioso que nadie se puede imaginar y ella insistiéndome en que se lo dio con las mejores intenciones y ver qué me creía yo de ser y que muchos quisieran. «Tú no entiendes las cosas —le dije yo—, ni sabes lo que puede pasar y eres una refitolera y una estúpida.» Entonces ella, muy descarada, va y me dice: «¡Mira el bobo este! ¡y todo por miedo a Isabel! ¡Si ya no te hace caso, iluso! ¡Si le importa de ti un comino!» Me marché para no retorcerle el pescuezo allí mismo y fui a saludar a todo el mundo. Me recibieron a cual más amables, felicitándome todos y entusiasmadísimos al verme tan alto. Yo se lo agradecí, porque, después de los que tuve en contra por lo de Adamson y las calumnias, me temía que todos no estuviesen así conmigo.

Pili venía con su madre, que es la viuda de don Pablo Serantes, y con la tía Sole Arceniaga, hermana de su madre, ya de novia formal del tío Ricardo, y siempre de muchas pretensiones. Me encontré al de Larreátegui, ése muy cariñoso, con Maribel su hermana; a Pepín Pepón, pero sin la

tía Lucy; a los primos Eguía con Lupe; a las dos gemelas de Loyzaga, que una es Merche, la íntima de Isabel ; a Charo Balmaseda, sin Momo, y ella, de medio novia de José Luis Arbeloa, y, se me olvidaba, Alberto y el pobre Josechu Santuchu, con la perrita. De mayores, aparte el tío Ricardo y las Arceniagas había tres o cuatro más que ni importa decir.

La tía Clara, que era ideal conmigo, desde lo de la tejavana, se puso muy contenta de que tantos viniesen a buscarme a mí. Algunos le decían de broma: «Si vienes, tía Clara, jugaremos todos a los naipes y al juego que tú quieras».

¿Por qué me daría tanta pena, cuando todos nos fuimos y la tía se quedó allí sola? Gertrudis se empeñaba en hacerme comer y beber algo, pero yo no quería y ella terca en que al monte no se va sin *amaiketako* y coger fuerzas, a lo menos un *ondaquin*, en la cocina, de aquello suyo, aguardiente que tiene escondido y a callarse, ¡chits!, sin que me oliesen. Yo le decía que me había cogido aquello con poca gana y ella entonces me preguntó que qué tenía para ponerme tan a disgusto y antipático, a pesar de tantas chicas guapas que me venían a buscar y que así un *aluki* y un soso me volvería.

Nos llamaron a los coches y Pili se las manejó para que me sentara entre ella y Maribel Larreátegui. En dos minutos llegábamos a Pedernales y nos íbamos a bañar allí, mientras mandaban el coche de Pili a comprar la merluza fresca a Bermeo. Desde Pedernales, por el puente, pasamos a la isleta de Chacharramendi, que es preciosa, como no sé si habrá otra igual, de forma de monte, más bien bajo, toda de peñas, arbolitos de encina y senderos, con playa alrededor y el hotel arriba, entre el bosquecito, muy salvaje. Con todo de ser lo más bonito de Vizcaya, el tío Lorenzo dice que Chacharramendi quiere decir «monte-malo», de «chacharra», malo, y «charrán», el demonio (1). A mí antes me llamaban mucho «el Charrán», sobre todo la tía.

A la orilla enfrente está Canala, donde se crían muchas ostras, porque no es todavía mar abierto y allí el brazo de mar entra desde Mundaca a Antzora, con montes a los lados, playas, sitios de peñas, más allá los juncales y dos o tres islas. Por lo que yo he leído y lo que me ha explicado a mí el Padre Cornejo, de las playas con grutas marinas y las islas de la historia de Ulises, creo yo que aquello de Grecia y los alrededores tendrá que parecerse muchísimo a Chacharramendi, aunque el abbé Le Breuil me decía que Chacharramendi es un paisaje muy para Chateaubriand. Casi todos confiesan, como digo, que aquello es lo mejor de Vizcaya, con el brazo de mar, casi siempre tan azul y hermoso, las playas, que se ven tan grandes, con la arena tan fina y tan dorada y, más adentro, el castillo de la Emperatriz, entre el bosque de robles y castaños. Mirar aquello es lo que más me hace querer aprender a escribir bien. Mil veces que vaya me parece un sueño y lo he visto toda la vida. ¡Qué tristeza me daba estar allí yo con toda aquella gente y sin Isabel!

Nos sentamos por entre los carrascales, casi a la orilla, y tuvimos la mañana superior, con sol maravilloso y que calentaba de veras como no se había conocido hacía muchos días. Uno se creía, otra vez, en lo mejor del verano. Pili entonces me dijo que tenía que hablar conmigo sola. En esto el tío Ricardo bajó al agua y, después de nadar un poco, nos gritó que era un hielo y que no nos bañáramos nadie, yo sobre todo, por lo de la enfermedad. Se había quedado allí, junto a la isla, una mar muy quieta, clara, clara, igual que un cristal, y le entraba el sol mucho, hasta el fondo. Veía uno las onditas esas como rizos, que forma la mar en la arena, las piedritas, las conchas, las algas y los peces nadando entre las algas, como pajaritos volando por el aire y entre ramas de árbol. Dice el tío Lorenzo que por lo de ser estas aguas al final de la ría de Mundaca y en aquel mismo sitio tan clarísimas, algunos creen que Mundaca se llama así de *Munda-acqua*, en latín «agua limpia». Pero él no lo cree eso.

Quería yo mirar bien aquel agua, porque me parecía un gran prodigio de la Naturaleza y se contaban hasta las conchas y los caracoles, pero no tuve más remedio que irme con Pili. Ella hizo de modo que nos separásemos de todos los demás, llevándome por un senderito de mucho ramaje, todo entre sol y sombra, sin que nos viesan, hasta que nos sentamos casi escondidos por unas peñas altas, pero sin bajar a la playita que había allí como para nosotros solos, al pie mismo.

¹ Error de Pedrito. La etimología de "charrán" es árabe. (N. del E.)

Fuimos casi al lado contrario de donde estaban los mayores y todo el mundo. Habíamos ido todo el tiempo los dos sin hablar nada, ella delante, y cuando nos pusimos en aquel sitio, algo misterioso, como una salita entre rocas, yo le pregunté: «¿Qué quieres, Pili?» «Hay tiempo, Pedro —me contestó ella—. ¿No quieres bañarte aquí conmigo? ¡Me hace una ilusión!» Pero yo le contesté que no podía aquella mañana, porque, aparte lo que nos avisó el tío Ricardo, ni sabría cómo nadar, por las heridas de las manos, aunque iba ya sin vendas, y le enseñé las palmas, con los esparadrapos. «Y, además —le dije—, ya ves, no tengo traje.» «¡Tonto de capirote! —saltó ella—. ¿Crees que no pienso en nada? Hasta he hecho deudas para comprarte uno. ¡A ver si no le gusta a *my deary*!» ¡Qué fastidiosa con el modo de hablar aquel Es que daba dentera.

Abrió un paquete con su traje de baño y un sobre de tela con el mío y mis iniciales, pidiéndome mucho que no contase nada y que sería siempre un secreto entre nosotros dos. Mi traje era bonito, rojo oscuro, con algo de negro. Le di las gracias, insistiéndole en que, aunque yo me quisiese bañar, no podría. «Bien —dijo ella fastidiada—, si te va a sentar como un tiro lo dejas. No te me pongas malo.» Yo estaba con los nervios de punta. Ni guapa ya me parecía, con todo lo que sea y se crea. Luego me salió con que casi resultaba mejor bañarse ella sola y que yo le viese, porque, desde allí, entre las peñas, se veía como en un teatrillo y ella en la arena me haría danzas rusas, que ella estaba aprendiendo para el «ballet» de la Cruz Roja, que hacía un papel de Nijinski, y que ya vería lo que era ella bailando. Se empeñó en estrenar ella mi traje y si me animaba yo después, que me pusiera el suyo, aunque no fuese más que para baño de sol y andar un poco por el agua, pero que a ella el mío, tan corto, le estaría, para bailar, «divino de línea» —me dijo— y bailaría mucho más a gusto. No le contesté y ella entonces se fue allí detrás de una peña no muy alta, enfrente de mí, y era un relámpago cómo se desnudaba. Cuando yo me creí que andaría acabándose de quitar los zapatos y las medias, ya me gritaba muy nerviosa, sacando la cabeza: «¡Yo! ¡No te levantes, Pedro! ¡No te muevas! ¡Por Dios, que no! ¡Ay qué vergüenza! ¡Ahora no me mires! ¡Ni a la cara siquiera! ¡Huy, qué frío!» De verdad ella daba diente con diente al decir eso y a mí no me gustaba nada en absoluto lo que hacía y. hasta me empecé a avergonzar, por ella misma. La peña le tapaba hasta la boca y ella, antes de ponerse nada encima, cuando estaba sin nada, se asomó mucho más, hasta más de los hombros, cogiéndose el cuello con las manos y mirando para el cielo. Entonces, como una bailarina, como lo que es ella, me tiró un beso con las uñas y se escondió a ponerse el traje de baño. Pero no pudo. El tío, que bajaba por la sendita, nos gritaba: «¡Pedrito! ¡Pili! ¿Dónde os metéis? ¡Que se marchan ya todos! ¡Que nos vamos ya!» Ella, espantada, salió pitando al vuelo, por el terror a que la viera el tío Ricardo allí conmigo, sin poderle explicar si estaba o no detrás de la peña de aquel modo indecente. A escape, se debió meter los zapatos y con la ropa suya hecha un lío, que se la apretaba para taparse algo del cuerpo, echó a correr, tal como la pilló, desnuda y todo, por el monte. Saltaba entre los carrascales hacia el bosque y me recordé la cazadora que iba como ella por aquel abanico de ciervos de la tía. Yo sólo vi correr como una mancha de oro detrás de los árboles y un momento que pasó por el sol, allí brillaba como la luz, pero, entonces, a mí no sé qué me cegaba, que ni veía. ¡Ay, cuánto me costaba ya sentirme tranquilo! ¡Endemoniada de ella! En seguida, me encontró el tío Ricardo, aunque yo no le contesté cuando llamaba, para dar tiempo a Pili. Yo le dije que Pili había querido bañarse y se había ido ella sola para desnudarse más arriba. «¡Esa Pili! ¡Vaya jaquita loca y cómo escapaba!», dijo el tío. ¡Y si hubiera sabido! Ella nos gritaba muy fresca: «¡Eh, que ya voy! ¡Qué ya sé dónde estáis!» Pero luego bajó bastante avergonzada. Al pasar el puente de la isla, el tío se nos adelantó a avisar a los otros. Ella me dijo que cuando corrió como una loca para que no le vieran, se arañó mucho el pecho y las piernas y que le picaba. Le dije que también me arañé yo mucho, aquel otro día, casi todo el cuerpo, aunque no le expliqué la aventura que me pasó con las armas. Me acordé entonces del rasguño grande que se hizo Isabel por encima de la rodilla y yo le curé y le di besos en aquel rasguño el día que le conocí. Pero, al pensar eso, de repente, me di yo cuenta que estábamos a 29, día de San Miguel, y era el aniversario de aquel primer día que yo le conocí a Isabel en el camino oscuro. ¿Qué me importaba a mí lo de Pili?

LXVI

Luego, hasta que llegamos al sitio de comer, Pili volvió a estar avergonzada y no hizo porque subiéramos juntos al Sollube. A la subida, me reuní con el de Larreátegui, que hacíamos apuestas a quién llegaría antes a lo más alto. Íbamos los primeros. José Luis Arbeloa nos vino corriendo a avisar que torciéramos a la derecha, antes de empezar la parte mala, por donde me llevaron una vez a los siete años, y le puse de nombre «el camino del ay, ay, ay», porque anocheció, y pasaron allí las negras hasta los mayores, y a mí el tío Ricardo me tuvo que bajar en hombros.

Por donde José Luis nos dijo, entramos en seguida a un robledal, con helecho y setas. Parecía sitio de brujas y de gnomos del bosque, porque allí vivirían muy bien en tanto árbol hueco que había. Vi también muchas nueces de agallas, que se hace tinta, dicen. Lo que cogí fue yesca buenísima, como terciopelo, para encender con pedernal. Andando más, hacía el sitio aquel como una explanada saliente sobre una cortadura y muy buena vista de mar, que dominábamos todo el Machichaco. Se descubría una mar ancha de no sé las millas, más inmensa que nunca, y abajo, en la costa, un pueblito muy solo, que ni sé cómo se llamaría. En medio de aquel bosque, los Arceniaga tienen una casa rarísima, alta y estrecha, aunque sólo es un piso alto sobre el piso bajo y el sótano y, a una esquina, la torre, estilo faro, redonda, con escalerita de hierro por fuera. Resultan las fachadas muy tristes y sin balcón ninguno, con enrejados fuertes, como para monjas, en todas las ventanas. Delante, a la entrada, hay un cuadrado grande, hecho de losa, y a ese sitio Pili le llamó «el antuzano». A la parte de atrás, y sin tapias ningunas, hay un pradito, donde se oye correr el agua, que uno ni se lo espera, entre olmos viejos, y alrededor, cerrando todo aquel rectángulo, un banco de piedra, con respaldo de hierro muy cómodo, aparte de ser, naturalmente, larguísimo. En la mitad hay una mesa, que la hicieron con una rueda de molino, y alrededor, un banco de madera. Lo primero nos enseñaron, al final del pradito, «La Fuente de la Alegría», con el niño de mármol que toca allí el pandero sobre el caño del agua, para significar que al que bebe se le quitará la tristeza.

Se echaron todos a beber a morro y yo no, ni cuando trajeron un vaso para los mayores, porque prefería seguir triste por el aniversario del día de Isabel. Luego le dije a Pili «¿Sabes lo que te digo? que esta casa no viene a qué». Ella se rió muchísimo con eso y se lo fue a contar a su madre y a todo el mundo. Me explicó Pili que su abuelo Arceniaga, cuando se quedó viudo, perdió la chaveta y se puso muy loco de la hipocondría, más loco todavía que don Mario Maortua, y lo tuvieron que incapacitar. Se empeñó en que le hiciesen esa casa por la fuente contra la tristeza, que se la había oído a los aldeanos, y allí se dedicó a la mar de locuras, chifladuras y manías de todas clases, porque hasta se mandó fabricar en París una muñeca grande y de tamaño natural, igual que su mujer que se le murió, y le ponía los vestidos de ella y comía con ella, hablándole, como si tal, finísimo y sin decir ningún disparate. A temporadas, se ponía la mar de celoso y, entonces, se pasaba días enteros mirando el interior de la copa de agua para consultar, pero había de ser con sol o luna. A Bermeo no quería ir nunca, porque está el Manicomio, ni pasar siquiera, y cuando le traían al monte en coche de caballos desde Bilbao, al entrar en Munguía solía decir: «Ahora, por Bermeo no hay que ir para nada. Se sube desde antes. Por Bermeo, no».

Dijo también Pili que, por las tardes, cuando hacía bueno, se sentaba con la mujer artificial allí a la mesa del pradito, y él, como se pasaba las horas con el solitario de cartas, le solía decir a ella: «Adelaida, ¿pongo el caballo sobre el rey para sacar el dos?», y cosas así. Le cantaba también una canción que había hecho él, letra y música, y Pili la sabe: «Adelaidita, mi mente amorosa — sueña contigo su dulce soñar». Luego, si salía un poco frío y humedad, como en otoño, por las tardes, llamaba con la campanilla o, si estaban muy lejos, con el silbato y gritaba: «¡Venancio! ¡Venancio! ¿Qué hace usted? Traiga el chal ya, que puede resfriarse la señora».

«Ese abuelito tuyo —le dije yo a Pili— lo que estaba es loco de amor, enfermo de amor, como, en mujer, Doña Juana la Loca.» «Lo que estaba es como una cabra», dijo Pili riéndose. A mí me entraron aprensiones de volverme lo mismo por Isabel. Me dio también lástima de aquel pobre abuelito y, aunque tuviera su parte de risa, no era de muy buen corazón reírse tanto y llamarle «una cabra». Pili no le conoció a ese abuelo, don José Luis, el padre de su madre, pero sí a Venancio.

Nos pusimos a guisar la comida, ayudando cada uno, y la madre de Pili hizo de cocinera, pero se le quemó el arroz un poquitín. La ternera salió como siempre y la merluza superior, porque ésa la hizo toda el tío Ricardo, que era el que más sabía allí, cocinando como se debe. No tiraba el fogón al principio y hacía humo, pero se cambió el viento y tiró. Pili me llevó al bosque a hacer leña y, después, en la «Fuente de la Alegría», con unos estropajos que hicimos de hierbajos, fregamos la loza Encontraron en el aparador una vajilla de pinturas, todas diferentes, y con versos de la historia de los amores de doña Inés de Castro y el Rey de Portugal. Para el dulce, a Pili y a mí nos dieron el plato del entierro, con una noche muy azul de estrellas y la procesión de muchos caballeros y obispos, todos llevando luces. El verso de abajo decía:

*Desde Coimbra a Alcobaza,
cien mil hachas hace arder.
Todas arden, más que todas
arde el corazón del Rey.*

Sólo para postre sacaron platos de esos, porque los otros se acabaron. La madre de Pili andaba allí a todo mirar, no se descompusiese la historia de amor, tan bonita, si se rompían platos. Comieron los mayores dentro, porque otra vez salió Noroeste muy desagradable. En el comedor vimos una pintura preciosísima de un lago misterioso a la luz de la luna y, alrededor, montañas de roca hasta las nubes. Hacia mitad del lago, va un lanchón alto, y allí un féretro de cristal, cubierto de velos muy finos que arrastran por el agua, con una mujer muerta, entre flores, vestida de blanco. Rema uno solo a popa, de pie, con remo largo, y, de tolete, lleva una* cuerno a la izquierda, pero se hará dura la boga con todo aquello. Otro cuadro era también de mujer muerta, una estampa grande en colores, «Los Funerales de Atala», y el asunto, según dice allí, de Chateaubriand. El tío Ricardo dijo que esa Atala era hija de un español y lo que se llamaba era Atala López.

Se anduvo pero bastante mal de cuchillos y tenedores. Pili y yo, porque ella se empeñó, comimos en un plato y nos sentamos en la escalerita de la puerta que miraba al bosque. Allí cada uno se ponía donde se le antojaba y se armó bastante barullo. Acabamos tarde y hacía ya frío. Encendieron fuego en la sala y quitaron el polvo a los muebles. Después merendamos. La madre de Pili decía que aquello había sido un disparate, porque ya no estaba el tiempo para excursiones, y que todo había sido por las tabarras y las cabezonadas de Pili, que no se podía ya más con eso, todos los días. Luego de merendar y de no saber qué hacer allí, bajamos cuando se nos iba a echar la noche sin sentir, por lo que habían acortado los días. El tío Ricardo se confundió y cogimos por el camino malo. Menos mal que salió una luna magnífica. Pero, al principio, la bajada fue de lo peor. Allí se metió en un zarzal y se dejó casi toda la falda, desde la cintura, Sole Arceniaga (que le llamé yo, desde aquel día, la tía Sole), y el tío Ricardo le tuvo que dar la gabardina, porque, si no, le veíamos, al andar, hasta las ligas, y unas piernas preciosas con la luna, que algunos le aplaudieron. El de Larreátegui le gritó la mar de descarado: «¡Que no es eso monte de corderas! ¡Que se dejan la lana!» Ya se lo he oído yo a la tía eso y que en Vizcaya no se puede casi tener rebaño de ovejas, porque hay ha en el campo más pinchos que en ninguna otra parte, y así mucha lana se pierde, cada día un poco.

Merche Loyzaga se quedó atrás conmigo y conseguí escaparme de Pili. Merche quería hablarme, como íntima de Isabel, y me vino muy misteriosa con que si le daba tanta pena lo que pasaba y tal, aparte de ser Pili una loca como todos los Arceniegas, y que si yo le había dado pie todo el tiempo a Pili, desde Chacharramendi, cuando nos escapamos a escondernos de todo el mundo. Dijo Merche, luego, que ya se sabía muy bien cómo empezó la cosa en Martiarte mismo, el día de Paco y Carola, y siguió en el baile de Soloa, hasta partiéndome los fiambres Pili misma y dándome de comer, igual que a un nene, con el tenedor, y que a muchos dio risa. Se puso a insistirme en que aquello no era para mí de ninguna de las maneras y que parecía mentira después de lo otro, porque como Isabel no

* Sic en el original [Nota del escaneador]

había nada en todo Bilbao ni en este mundo, y que a lo de Isabel volvería si lo quería Dios, o, mejor, nada. Me confesó que estaba teniendo conmigo una desilusión enorme y ni podía concebir que yo, tan pronto, con una coqueta envidiosa y por muy monísima que fuese, me olvidaba de lo de Isabel y lo que Isabel había sido para mí antes, y que siempre sería Isabel una divinidad, como que más valía cien veces el sufrir por Isabel que el divertirse con una como Pili. Me avisó que se lijaban todos y dábamos que hablar.

Yo le expliqué entonces que Pili en plan de novia o medio novia me importaba muy poco, aunque fuese bastante guapa y saladísima en su modo de ser, pero que yo tampoco podía ser un sin educación, sobre todo habiéndome invitado ella y habiéndome venido a buscar a Andía, donde estaba yo como una ostra y nadie se acordaba de mí. Me miró Merche como no fiándose.

«Además, yo creo —me dijo Merche— que como es muy vistosa Pili y está muy de moda, a ti, por vanidad, se te ha subido un poco a la cabeza.»

Eso ya me indignó y le contesté: «¿Y tú qué te has creído? Pero tú, ¿con quién te crees que hablas?» y entonces le empecé a hablar de Isabel, pero muy muy en serio, y a decirle que yo por Isabel me moría y andaba para volverme loco va y que había estado enfermo y a morir sólo por ella, con todo lo que yo había sufrido desde lo del barco y lo de Adamson, aquellas vacaciones, como ni se podía creer, y hasta pensando retirarme del mundo en una cueva o hacerme torrero de faro o entrar en la Marina mercante y navegar lejísimos. También le conté cómo había subido a Begoña descalzo, con la herida del cristal en el pie, por la promesa grande que hice, para que se cumpliera el sueño y me hiciera la Virgen el milagro.

Entonces, lloró la pobre Merche y me dijo que se le traspasaba el alma de oírme y al mismo tiempo se alegraba a no poder más y ni sabía si lloraba de triste o de contenta. Me preguntó que si le escribía a Joshe-Mari de todas esas cosas, y yo le contesté que de todas y cartas extensas, porque ése era mi único consuelo. Ella me dijo que, con lo bien que yo escribía, le gustaría muchísimo leer cómo se lo contaba yo a un íntimo.

«Yo no puedo hablar —me dijo después Merche—, pero creo que si tú confías muchísimo, verdaderamente muchísimo en Dios y en la Virgen, Isabel volverá a ser la de antes.»

Entonces yo le tuve que contar, aunque me costara, el desengaño inmenso de Begoña, a pesar de la fe tan bárbara que puse y de rezar horas y horas para que al fin la Virgen se quedara sin hacerme el milagro y que Dios también, cada vez más, parecía que me abandonaba. Ella se espantó de oírme eso y me dijo que era un gran pecado hablar así y que ella estaba segura, pero segurísima, de que Dios y la Virgen no me abandonaban. Yo le pregunté: «¿Me lo juras tú que crees de veras el que no me abandonan?» Ella me contestó: «Dame la mano. Pedro. Lo creo de veras! Lo creo con toda mi alma!» Yo me contenía, pero va no pude, porque, al oír aquello, me eché a llorar y ella me cogía la cara con las manos, llorando ella también y consolándonos allí muchísimo, que nos quedamos quietos un poco, junto a la pared de una huertita.

Al fin, ella, entre lágrimas, se rió como un ángel y muy cariñosa, más que si fuese hermana mía, me dijo: «Acuérdate. Vas a marcar el día de hoy con piedrecita blanca. Isabel no me reñirá, pero tú tampoco se lo digas que te lo he dado. Para ti lo traía, pobre. Toma». y me dio un retratito de Isabel a caballo, en Escocia, que está parada, de perfil, y como una reina. Merche me decía: «¿Lo ves qué diferente es ella de Pili Serantes y de todas las que se pongan?» Entonces, me pasó una cosa incomprensible, como sin saber lo que hablaba, tuve la mala sombra de contestar: «He conocido yo a una tal Cristina Sobrarbe, que, después de Isabel, y en morena...» Merche ni me dejó seguir: «¡Vamos, idiota! ¡Que te quito el retrato! ¡Ni sabes ya lo que te dices!», me dijo indignada.

Nos habíamos quedado muy atrás y corrimos hacia la carretera, porque vimos los coches con la luna. Los mayores y todos los demás estaban agachados entre unas matas del camino, sin bajar a la carretera, y nos avisaron de no hacer ruido y escondernos. Sólo nos dimos cuenta entonces de que se oía, no muy lejos, un canto hermosísimo y se acercaba hacia nuestro escondite. Allí, por entre los maizales, que casi se veía como de día, venían cinco o seis, quizá como nosotros, de alguna merienda. Uno iba delante de los demás, muy alto y fuerte, sin chaqueta, con la camisa muy desabrochada, a pesar del frío. Ése era el que cantaba. Nos pareció extranjero, porque cantaba en

italiano, y, según los mayores, como no habían oído a nadie cantar nunca. Todos nos quedamos juntos allí, callados y sin respirar casi, para oír aquella voz increíble de maravillosa. A mí me llegó al alma. Me parecía que cuando cantaba, acercándose, brillaba más y más la luna y se hacía más grande la luz. Salió él a la carretera y siguió cantando hacia Mundaca. Los mayores dijeron: «¿Quién será? ¿Cómo puede cantar así? Jamás se habrá oído una voz como ésta».

El tío Ricardo dijo que lo que cantaba era una canción antigua de Nápoles y toda la letra de luna, de mar y de amor.

D E L 2 9 D E S E P T I E M B R E A 6 D E
O C T U B R E

LXVII

Al día siguiente no, al otro, fue primero de octubre. Yo me quedé en la cama, con mucho sol, pero ya sol como de invierno, y miraba el retrato de Isabel. Me daba gusto imaginarme a todos enchiquerados en Orduña y saber que Joshe-Mari y yo estábamos en casa, como reyes, él hasta el 15 por lo menos y sin madrugar ni oír la campana, ni ir a clase, ni aguantar castigos de rodillas.

Pero, luego, pasé mal día. Me vino de repente a la cabeza, y allí en la cama mismo, recordarme de la noticia que me había dado Pitusa de que andábamos mal de dinero. Empecé a sospechar que el tío Lorenzo no vendía lo de la Galea para los huérfanos del Asilo, sino para ayudarnos a nosotros. Volví a leer la carta de mamá y lo vi claro. Eso a mí no me cogía tan de nuevas, porque habíamos andado r a otras veces a trancas y barrancas y oía yo decir que nosotros no sabíamos administrar y que lo nuestro era un desbarajuste. Teníamos a un tal Iraola, que ya no está, y ése iba y venía por los Bancos y llevaba las cuentas.

Luego, si nos caía un conflicto gordo, la pobre mamá le pedía que interviniera a don Cosme Larreátegui. Cuando venía a casa don Cosme y se encerraba con mamá, yo decía: «Malo», y, luego, don Cosme, al salir, ponía una cara como si hubiese visto un moribundo. Papá era entonces muy distinto de ahora. Ni se comprende que haya podido cambiar él en tan poco tiempo y tantísimo, él, entonces, no se ocupaba de las cosas. Nos había prohibido a todos, incluso a los mayores, el hablar nunca de dinero, sobre todo en la mesa, aunque en muchas casas y hasta buenas decía que se hace, pero que es feísimo y unas costumbres de tenderos. Le crispaban los nervios todos esos que dicen: «*Timey is money*». Desde que andaba yo en los Escolapios, para el preparatorio, ya lo oía yo eso de que así no se podía seguir. Mamá lloraba con la abuela María, que se murió, porque no nos ayudaban bastante, y, una vez, la abuela María le puso a papá verde, por vivir en las nubes y sólo dedicarse a sus caprichos, como leer, viajar, jugar y comprar libros y dibujos del siglo XVIII.

Íbamos primero a veranear a Algorta, a otra casa del tío Lorenzo, mucho mejor que la de la Galea y al final de la avenida de Basagoiti. Después, solíamos pasar el otoño y hasta las primaveras en Andía y papá casi siempre en Bilbao o de viaje y el verano lo mismo. Mamá, por otra parte, no se ha entendido nunca muy bien con la tía Clara y papá y mamá, entonces, iban a Biarritz o a San Juan de Luz y luego a París, que volvía mamá con un montón de trajes, zapatos y sombreros y cosas bonitísimas. A nosotros nos dejaban con la tía Clara. Cuando hice la Primera Comuni3n, dijeron que iban mal las cosas. Luego se nos arregló algo.

Mamá, claro, decían lo que le costaría vestirse, sobre todo cuando le llevaba papá a París, aunque ella ha ido siempre sencillísima, y yo ni me explico el que gastara tanto yendo así. A papá le gustaban mucho los viajes por el extranjero, más que nada a Londres, donde tiene amigos antiguos de cuando estudió en Inglaterra, y allí, con esa gente, en los clubs, quizá jugase algo y, según algunos, bárbaramente y con una tranquilidad pasmosa. Luego, le regalaba a mamá joyas, para que no llorase por lo de él y tenerle contenta. Yo ni sé cómo ha sido. La cuesti3n es que en casa nadie quería tampoco aparentar y, sin lujos ningunos, en un piso viejo de la Ribera que vivimos, aunque sea grande, porque en la reforma unimos las dos manos, izquierda y derecha, se iban los billetes como agua. Isabel misma se tuvo que enterar y, por eso, me solía decir: «Quiero yo, de mayor, tener mucho mucho dinero y todo para ti». Se creía de ser millonaria, y vaya también la fortuna de los Mendive en lo que ha parado.

El año que yo fui a Orduña se nos arregló una enormidad y ya nos parecía imposible volver a las andadas. Heredamos del abuelito Ambrosio. ¿Quién nos iba a decir que vuelta a empezar? Cuando comprendí la carta de mi madre, pensé si lo remediaría la tía Clara. Pero lo suyo le cuesta sostenerlo

y da poco. Son casas y cosas muy bonitas, pero, por ejemplo, la tía Clara no puede gastar en las obras del patio de La Rioja, que se le cae, y ha puesto maderos, para que no se le hundan los arcos.

Tampoco nos ayudaría nada el tío José, soltero, senador vitalicio, que vive en Madrid y en la Mancha, pero dicen todos que es un avaro de pueblo, con millones. El tío José es hermano de la abuela Carlota y ha comprado muchas fincas en Ciudad Real, aparte lo que él heredó, que fue todo y mucho, del canónigo aquel tan gigantón, don Juan Felipe Eguía, el magistral de Ciudad Real, hermano de mi bisabuelo don Gabriel. Ese canónigo le tuvo siempre al tío José allí como a hijo, sin estudiar carrera ninguna, todo el día a caballo, entre toros y ovejas, o a cazar por monte con amigos y aprendió a leer a los doce años. Por Navidades, el tío José le regala a la abuela unas latas de aceite y dice para todo el año, pero hay que devolverle las latas, y es un aceite tan horrendo y pésimo, que se lo regalamos a los Santos Juanes, para el alumbrado del Santísimo. Yo ni le conozco al tío José, que es mi padrino por representación, pero él, un día de mi santo, me mandó tres duros, por sobre monedero.

A mí, lo digo de verdad, poco me importaba, por mí, de ser pobre desde aquel día mismo, pero, por mis padres, me espantó y se me hacía un imposible que se acostumbrasen a subir al tranvía o dejasen de tener en lo suyo lo mejor que haya, de todo. A mí antes casi me solía dar vergüenza que en cuanto algo traían un poquitín peor de las tiendas, ya parecía que se hundía la casa, y yo hubiese preferido vivir más a la buena de Dios y sin tanta exigencia, tanta impertinencia y tanto disgustarse por nada.

Después, pensando, vi que, por una razón o por otra, todos íbamos a ser desgraciados o éramos desgraciados. Yo, claro, el que más, y aunque Merche me hubiera dado aquellas esperanzas en el Sollube, seguía muy hundido y pasando las negras por Isabel, que casi resultaría peor ilusionarse. Isabel, desde la muerte de su padre, se había vuelto el rigor de las desdichas y con las maldades de su madre y además con lo que el tío Ricardo vio en Biarritz, me dolía más que todo junto. Mis padres anclarían ya, de seguro, en el colmo de la desesperación al ver que íbamos tan para abajo y ni sabrían ya cómo vivir ni cómo darnos de comer y pagar los colegios. La abuela Carlota prefería irse al otro mundo, con lo que ella es, antes de pasar por un desastre así de la familia y que nos vieses en mala posición, porque las otras veces ya se nos puso cuino loca. De la tía Clara no había nada que decir, una mártir, por dentro, con el amor aquel toda la vida, y si el tío Lorenzo había sufrido muchísimo también por amor, ahora sufriría mucho más, porque el vernos a nosotros felices era lo único en el mundo que le consolaba. Para Pitusa todo se presentaba mal, porque no podría ya casarse tan de cositas, la pobre sin un céntimo y con lo que es Bilbao. Mademoiselle Leonie se tendría que ir Dios sabe dónde a ganarse para vivir en otra casa y hasta peor que la nuestra, donde quizá ni la considerarían, y acordándose como siempre de lo suyo, de los hermanos muertos, de la madre loca, del padre en el mar, de algún novio, a lo mejor, en La Rochelle, y de Francia. ¡Ay, si yo fuese dos personas y una de veinticinco años! ¡A cierra ojos me casaba con Mademoiselle Leonie! No por nada Sólo para verle contenta.

La misma Soledad, según me contó el tío Ricardo el día del Sollube, lloraba todo el día porque se averiguó que aquel carabinero tan chulo de Portugalete era casado, en Melilla y en Almería, y le metieron en Prisiones Militares, como bígamo, que se dice.

Hasta entonces yo me suponía que había más gentes felices. Me convencí también de que ni Pitusa ni yo íbamos a arreglar con matrimonios la cuestión del dinero. Pitusa será todo lo niña gótica y todo lo cargante y chince que se quiera y una que no la aguanto yo con ese carácter, pero no se tragaría, ni a tiros, un Olay. En eso hay que ser justos. Yo tampoco me casaría con una Erra Olay así me mataran.

Una vez, la misma Pitusa me dijo al volver de la playa: «Ceci Echave me ha explicado lo que es "un buen partido" y yo no lo sabía. No comprenderé nunca que nadie se case por el dinero». Eso fue, que hablaron, entre ellas, de la boda de Paco. Pero lo de Carola Loyzaga, mucho menos rica que Paco Eguía, era muy diferente de una indecencia. Los Loyzaga están bastante bien, pero son muchos, once con el que se murió, y Carola y Paco son primos y los dos muy, bobos y se quieren, aunque me huelo yo que ella a él una chispita menos. Un día, el verano antepasado, van y dicen en

la mesa: «Os vamos a decir una cosa, ya que estáis todos. Nos queremos desde la excursión a Santander, sobre todo desde el día de las cuevas, y, si no os parece mal, nos casaremos». Estaban allí las dos familias a almorzar en Martiarte, y como les dijeron «qué bien», se casaron.

Se me iba a olvidar el decir que Edurne también era muy desgraciada. Ese día, primero de octubre, trajo el desayuno y, como se le caían lagrimones gordos, le pregunté: «¿Qué te pasa, Edurne?» Ella, dando hipos, me contó que en la cocina no le quería nadie, sobre todo Gertrudis, ni la tía le miraba muy bien desde lo del fresón y que Margarita le había puesto, para reírse, de mote «el Paje», todo por hacerme a mí bien los recados, pero que ella no quería ser el paje de nadie, sino encontrar uno que le quisiera «para casar» y le ganase un buen jornalito, porque un señorito de cuna para ella no es.

Luego pensé yo, por la noche, recordándome de eso: «Pues, a Isabel, yo, si nos casáramos, le tendría que ganar un buen jornalito». Eso yo antes no lo había pensado nunca.

LXVIII

Hubo más todavía. El tío Lorenzo, acompañándole a la abuela, había ido a pasar la novena del Pilar a casa de los tíos de Zaragoza, como todos los años. Suelen quedarse allí una temporada, desde los primeros de octubre hasta mediados. Entonces me escribió el tío Lorenzo de Zaragoza y me dio mucha lástima de él. Casi me escribía pidiéndome perdón. «No podré ya dejarte lo que quería —me decía en la carta— y es como si hubiese vendido lo que era ya tuyo, pero Dios dispone las cosas y nos conformaremos con su voluntad. No he sabido, créemelo, hacer de otra manera, Pedrito, y son muy malos tiempos para mí.»

El pobre me contaba que no sólo había tenido que vender la casa de la Galea, sino también la de la Avenida de Basagoiti, que valía pero bastante más. El quería fingirme que se veía en apuros y va lo sabía yo que eso, más que por nadie, lo hacía por mi padre y por mí, y es que, a pesar de lo distintísimo que es papá de él, no hay idea de lo que el tío Lorenzo le quiere. Desde que papá era pequeño, le ha tenido siempre deslumbrado y el tío dice que papá hubiera sido lo que hubiera querido y que siempre se desesperará de que no quiera. Luego, papá, al tío Lorenzo es al único, dicen, que ha respetado en este inundo y más que a sus padres, desde que nació.

En la carta, el tío, para despistar, me salía con que él había sido mal administrador y de mala suerte con las minas. Esa era otra! Hay que ver su manía con las minas y, como dice la tía Clara, siempre queriendo descubrir tesoros un hombre que no le importa un pito del dinero. Hemos hecho muchas excursiones con martillo en el cinturón para partir pedruscos y buscar minerales. A mí me ha mandado hacer un martillito más pequeño que el suyo, pero más bonito, como de plata, y ello también, cuando salimos, el saco de cuero, con una correa para el hombro. Luego, en casa, tiene un laboratorio para los análisis y nos hemos solido divertir a la vuelta con el soplete, que aprendí lo de la perla de bórax y los colores maravillosos que se ven en los tubos con los reactivos. Si nos sale algo de probable le mandamos muestras al químico para que compruebe. En La Rioja sí que hay minerales de muchas clases, hasta cobre, y quizá, en la Virgen de Valvanera, una mina de oro, bajo la montaña. El tío dice: «*Vallis Venaria*». «Valle de los veneros y no de la caza.» Una vez fuimos a Ezcaray. El se ha gastado la mar de dinero en denunciar minas y pagar el canon, pero no le ha salido casi ninguna buena. También se ha empeñado en que yo estudie para ingeniero de minas y, en los paseos, me explica formaciones geológicas y me enseña fósiles. Desde el Toloño, me explicó todo lo del valle del Ebro, que me entusiasmó, y veía yo el mar que entraba por allí, las selvas y los animales antediluvianos y las islas. Siempre está con esas ilusiones fantásticas de lo que puede haber en el interior de la tierra y nunca se desengañará. Creo que la «Divina Comedia» le gusta por eso también, porque pasa en lo profundo de la tierra, y del «Quijote» le parece de lo mejor aquello de la Cueva de Montesinos. En casa le toman el pelo y siempre le dicen que a papá y a mí nos quiere encontrar el tesoro.

El, en esa carta para consolarse algo él y consolarme a mí, decía que, en la capilla del Pilar, se

había encontrado, providencialmente, a un tal Bescós, un condiscípulo, que no le veía hace mil años y que iban a hacer una excursión al norte de Huesca para una mina de potasa y que esta vez se presentaba el asunto muy serio, porque eran yacimientos colosales, aunque a grandísima profundidad.

Un año, hasta se creyó descubrir la mina de oro. A la vuelta de Zaragoza se encontró en Madrid con la familia de Rafael, el amigo del tío Ricardo, y como le quieren mucho al tío Lorenzo y saben que se vuelve loco por el campo, le convidaron a pasar unos días en Extremadura. Allí estuvieron en una finca de los tíos de Rafael, que se llamaba «Montesordo», y el tío Lorenzo, también con su otra manía de la etimología, dijo que «Montesordo», sitio muy romano, podría ser antiguamente *Mons-Thesaurus*, y por algo sería. Rafael le dijo que tendrá seguramente muchísima razón, porque a una fuente allí le llamaban la Fuente del Oro y que, a veces, alrededor se habían encontrado piedras de cristal con venitas como de oro. No apareció ninguna entonces, pero Rafael quedó en mandarle en un cajoncito de madera y luego no le mandó nada. En casa se reían, diciéndole a ver si se fiaba de Rafael, que es un medio loco y un fantástico. Pero él esperó mucho tiempo con toda la buena fe del mundo aquellas piedras. ¡Pobre tío Lorenzo!

Como se podía comprender, para que él hubiese vendido las dos casas nos teníamos que ver ya con el agua al cuello y en las últimas. A mí, la verdad, me ilusionaba, por una parte, el que fuésemos pobres Isabel y yo y me daba más esperanzas que los dos ricos. Pensé que si salía lo que Merche me prometió sería divino y nos queríamos infinitamente más todavía con cuatro cuartos en una casita blanqueada y sin brillo en los suelos, como la de hola la costurera, en aquel quinto piso de Belosticalle, con flores, que, según mamá dice, debe ser ideal vivir allí. Entonces Isabel me plancharía las camisas y me haría ese dulce que sabe.

Claro que me tendría que abrir un porvenir yo solo y sin perder un día. Eso ya estaba visto. Hizo la mañana muy buena y me fui allí, junto a la puertecita, a reflexionar sobre mi suerte y hacerme mi composición de lugar. No creí que la literatura me conviniese, hasta llegando a mucho, porque con los versos y dramas en verso que compusiese ganaría, según me decía don Pedro Mourlane, más bien poco, aunque me hiciese célebre. Seguiría dedicándome al latín, ratos libres, como también a la poesía, pero sin pretensiones de ganar, y tampoco se me ocurrió meterme a los periódicos, porque no me gusta esa vida. No me atraía nada profesor de Literatura de Instituto y andar suspendiendo a la fuerza, para cosecharme los odios. Lo de ser abogado, jamás lo pude ver ni en pintura, pero ni oírlo, porque hay la mar de chanchullos con los pleitos y en Bilbao lo que me da más asco es pasar por la calle de María Muñoz y mirar a la Audiencia. Allí no entraría yo nunca, ni con la razón. Médico tampoco lo sabría desempeñar, ni en lo de rajar tripas ni en ningún sentido y, además, lo de ver en las casas a las pobres familias con las muertes. Al doctor Zabaleta, que se le considera muy frío, le vieron bajar la escalera, la noche de don Agustín, medio llorando. Una cosa la encontraba yo superior, arquitecto, como don Agustín, pero las matemáticas, aunque he solido sacar notas buenas, me aburren y no valgo para el dibujo de tiralíneas, porque siempre emborrono.

Joshe-Mari ya lo sabía que mi vocación, así de verdad, sólo sería la de marino de guerra, porque la mar y las batallas en la mar me enloquecen. Pero había que renunciar. Ni sabía yo si mis padres tendrían dinero para que yo estudiara ni ésa ni ninguna otra carrera y, además, yo he oído que en esa carrera de Marina se pasan los mayores apuros sin algo de dinero de casa, con tantos uniformes y los compromisos que hay de quedar bien. ¿Cómo podía yo consentir, para poner nada más un ejemplo, que Isabel hiciese un mal papel en bailes de gala o cuando vinieran los Reyes? Me puse a escoger por el momento, a pesar de que me costaba sacrificios, un plan de menos pretensiones.

Cuando acabamos de comer, ese día, me fui a echar en el diván de la biblioteca, porque a esa hora me entraba muy buen sol a los pies y se quedaba aquello, para dormir un poco y meditar, muy solitario y agradable. Allí se me ocurrió un plan bárbaro, que si contaba yo con Isabel y con la tía Clara sería la felicidad absoluta. Nadie se lo figuraría. Era que me dejase la tía Clara ocuparme de lo de La Rioja y hacer vino. Además, ya lo vería ella, cómo se modernizaba conmigo toda la instalación y hasta se ponía fábrica de conservas como Trevijano o taller de hacer cubas, que ya estuve yo en uno y es una idealidad, o también otra cosa que a mí me entusiasmaba, taller de carros.

¿No me quería dejar la tía todo aquello a mí? Pues yo le sacaría el doble renta con la mitad o más para la tía, y yo, con Isabel, viviría superiormente como en el paraíso y gastando poco, porque allí hay muchas cosas, como huevos de las gallinas, trigo para hacer pan, aceite, jamones, chorizos y tocino y caza y lo que se pesca en el río. Claro que me quitaba allí de salir a la mar, de ir al teatro y de otros atractivos, pero viviría en una casa como se debe, cazaría en los montes y andaría de paseo por todo alrededor, con una buena jaca, pura sangre, que la engancharía también en el carricoche, para llevarle a Isabel de paseo por el camino de Haro o hacia Nájera y que no se aburriera. También, en Haro, podría estudiar en un voleo capataz de vinos, como el hermano de Rosita, y con esa carrerita corta, que ni te piden el bachillerato, me quedaban muy compatibles el latín y la literatura, a ratos perdidos, por mi cuenta o con clase particular de algún cura y empezaría también el griego. ¿No sería, además, muchísimo mejor hacer allí vino de marca propio, por medio de estudios, que vender a la Compañía Vinícola y hasta a los franceses?

Cuando luego me dormí un poquito, con aquel sol tan bueno que me entraba en la librería, medio soñaba que todo era un almacén de vinos y en todos los estantes botellas con el nombre de «LA REGALADA», nuestra viña del Villar de Cilleros.

Consideré una gran felicidad si llegase a eso. Pero sin Isabel no lo haría con aquellas ilusiones. A pesar de todo, yo pensaba, qué hermoso habría sido, de mayor, mandar un crucero. ¡Y hasta morirse, como Villaamil, el amigo de la abuela Carlota, en el puente, dándole cara al enemigo, pero hasta todavía, en un combate mejor que el que le tocó a él! Por ejemplo, frente a Gibraltar.

LXIX

Encontré, allí en la librería, un libro superior, titulado *El Arte de Hacer Vino*, por don Miguel de Andía y Bollegui (1).

Este autor era «el Caballerito». ¿Qué ocurrencia? ¿No le bastaba el horno de cerámica? ¿Quería también ser vinatero además de hacer porcelanas? Desde la mañana siguiente me impuse madrugar para estudiar en serio ese libro y prepararme el porvenir, porque ya no veía otro remedio. Lo primero leí el «*Apéndice sobre la bonificación del chacolí y emparrado de los caminos en la Merindad de Busturia*», y es que allí traía un hermoso dibujo de camino hondo de carro, como aquel donde yo le vi a Isabel el primer día, con las pilastras altas y los parrales.

Una cosa, con todo, me desilusionó terriblemente. Me creía yo que esos caminos eran unas obras antiquísimas, de vascos que vendrían con Aitor o quién sabe si de medio griegos. Me solía figurar que, por ese sitio donde yo me encontré con Isabel, habrían pasado, de seguro, Amaya y la Infanta de Escocia, madre de Jaun Zuría, el primer señor de Vizcaya, porque los dos vivieron allí, cerca de Andía, como se sabe. Ahora me resultaba que esos caminos misteriosos, así con las pilastras y el parral arriba, los había discurrido «el Caballerito» para hacer mejor chacolí, porque madurarían así mejor las uvas y no las robarían tan fácil. Sólo hacía de eso ciento y pico de años, porque en el libro aquel decía: «Vitoria, 1793, Imprenta de Iturriza». De veras que me contrarió el descubrir que yo no le había encontrado a Isabel en los caminos de las leyendas vascas antiguas.

En seguida, toda la mañana, me dediqué a estudiar *El Arte de Hacer Vino*, desde el Prefacio, bastante larguito, y traduje las citas latinas, como la de Horacio, sobre el Falerno y la gotita de miel, que se le pone, y otra de Virgilio, sobre las tierras propias para viñas. Así mataba yo dos pájaros de un tiro, porque me preparaba divinamente para capataz bodeguero y miraba palabras en el Raimundo Miguel, como aquella mañana mismo había tenido que mirar «hymettia» (2).

Bajé para comer, y la tía, con un disgusto grande, porque la pescadera de Bermeo, una tal Conce,

¹ El título completo del libro dice: *El Arte de Hacer Vino. Manual del Bodeguero y Sumiller. Con una Topographia General de los Viñedos Españoles. Su autor, don Miguel de Andía y Bollegui. Individuo de la Real Sociedad Bascongada.* (N. del E.)

² *Sperne cibum vilem — Nisi hymettia mella Phalerno ne biberis* Desprecia el manjar vil y no bebas Falerno sin diluir en él la miel del Himeto. (N. del E.)

le había traído recado del tío Manu, el pariente lejano nuestro, que se sentía muy mal del corazón y se veía solo. La tía Clara dijo que había que ir cuanto antes, y a Crispín le mandó alquilar un coche, donde fuese, para las tres y media.

Yo fui a la mesa decidido a confesarle a la tía que lo sabía ya muy bien que éramos pobres y que me quería poner a ganar en cuanto pudiese, porque, a lo mejor, en un dos por tres nos arruinaríamos del todo y casi ni podríamos comer si no se trabajaba. Luego le pensaba consultar el plan de La Rioja. Al oírme, nada más empezar, se impresionó ella mucho y se le escapó el preguntarme: «¿Cómo sabes tú eso?» Le expliqué lo que Pitusa me contó y lo de las dos cartas. Pero, entonces, ella, de lo más cariñoso y con la cara más bien alegre, me dijo que yo siempre salía con interpretaciones fantásticas, porque no era el asunto así, aunque en parte era así, y que mamá habría hecho mejor de hablarme claro.

Lo primero del todo me contó que, desde que yo estuve a morir, papá había cambiado por completo y que no sólo no iba a la ruina sino que nos había salvado de la ruina. La tía me hablaba tan feliz como si me explicara que nos habíamos vuelto millonarios. Luego me dio a entender que la deuda subía a más de lo que yo me supuse y que papá, todo el verano, le consultó sobre la situación y un plan de economías tremendo, para ponerse a rajatabla, como que había empezado a funcionar y bien. A papá, según la tía Clara, le preocupó mucho, cuando yo estuve tan mal, el que, después de salvarme la vida, de milagro, me encontrase la casa en la miseria.

Aparte las dos casas, que había vendido, por nosotros, el tío Lorenzo, habíamos vendido nosotros la de Las Arenas, que la compramos para las vacaciones antepasadas, al año de morir el abuelito Ambrosio. A mí bien poco se me dio del hotelito ese, de chanfaina. Me he tragado allí yo dos veranos sin Isabel y cuando Isabel vino, los peores ratos que me acuerdo.

Ahora, dijo la tía, papá, lo contrario de antes, no gastaba para él apenas un céntimo y le había escrito a la tía Clara que hasta suprimía el sastre, el camisero y el zapatero, con lo que le quedaba en los armarios. ¡Figurarse, mamá, si hiciera lo mismo! Pero, claro, ella, la pobre, tiene siempre encima las modas, que le cambian varias veces al año y es otra cosa.

Como se quitó el coche grande, que me daba igual, habían despedido a Cándido y a su mujer y eso sí que lo sentí en el alma. Papá, mamá y yo mismo, cuando me diesen el carnet, conduciríamos el coche pequeño. Se había ido Inés, una presumida descarada, que le gustaba a Jaime Larreátegui, y Soledad, que no hacía nada más que imitarle a mamá como una mona, hasta en el modo de telefonar. Seguíamos con la casa de la Ribera, que dejó de estar hipotecada, porque se pagó todo, hasta el último céntimo, al Banco.

Se quedaban Aurelio, Felisa la cocinera y Mónica. No cuento Dolores, que sólo está para la abuela. Como, además, el tío Ricardo se casaba pronto, habría algo menos quehacer.

No se iba, y dicen que se portó con toda la delicadeza del mundo, Mademoiselle Leonie. Papá le escribió también a la tía Clara que antes cenaría todas las noches patatas con puerros, como los aldeanos, que hacer ninguna economía en nuestra educación. Creía la tía Clara que podríamos vivir modestamente, pero bastante bien, con lo que nos quedaba y va, sobre todo, sin líos, ni deudas, ni el miedo aquel de la catástrofe, continuo. Papá, lo increíble, se puso desde entonces a trabajar y estudiar para que nos produjeran cosas, entonces muy abandonadas. Nos han empezado a dar algo. También él le escribió a la tía, de broma, que de nuevo pobre, sería más alegre y aprendería mucho más que los nuevos ricos, de esos que han salido a montones con la guerra. Según la tía Clara, papá se lo había tomado como debía y hasta como un sport, para rejuvenecer. Me insistió en que aprendiese yo también a resistir lo que viniera y mucho más que fuese, porque, en nuestra casa, otros muchos habían perdido fortunas y se habían visto en emigraciones, destierros, cárceles y condenas a muertes por las guerras civiles y las revoluciones, y que, con eso, ni se les ponía el pelo blanco ni se hacían tristes y volvían a casa, de los sitios peores, tan frescos, igual que si viniesen de un viaje cualquiera.

Le pregunté qué le parecía de lo generoso que había sido el tío Lorenzo con nosotros. Me contó que, cuando era joven, el tío Lorenzo también le ayudó al abuelo Ambrosio, que perdió con los barcos e iba a quebrar. Luego el abuelo se rehizo en seguida y al verse con mucha fortuna le dijo al

tío Lorenzo: «Dijiste "como hermanos" y me diste más de la mitad de lo tuyo. Ahora te digo "como hermanos" y para ti la mitad de lo mío». El tío Lorenzo se rió y le contestó que eso no era «como hermanos», sino tratarle peor que a un usurero, devolviéndole cien veces más, y que, además, ni sabría qué hacer con aquello, ni pensaba casarse nunca y que, como todo lo suyo era para nosotros, eso no serviría más que para pagar una burrada los Derechos Reales.

También le pregunté lo que haría mamá. Me contestó, que mamá tiene el carácter muy de niña, pero un gran corazón y que sabría irse acostumbrando. No sé si se acostumbra del todo, pero tiene ahora en papá una fe inmensa. No se resigna nunca a que no sea ya vivir como antes, pero se sacrifica. La tía Clara adivinó muy bien que nadie le ganaría a papá a tomarlo todo esto con buen humor, porque a él antes le matan que ponerse en plan triste. A veces, le veo a mamá llorando sola en el diván amarillo. ¡Qué ideal es llorando! Parece un ángel. Yo que el tío Van Riel, la pintaría.

LXX

En esto vino el coche y salimos para Bermeo. El tío Manu estaba sentado en una cama alta, con almohadones grandes. Nos miró con los ojos muy fijos y le costaba algo respirar. Le noté la voz algo más baja, pero no parecía un enfermo grave, y después, charlando, se rió. De día se encontraba bien, pero se ponía a morir algunas noches y le aterraba verse muy solo, nada más con el «aña» y otra muy joven, hija de un pescador. La casa, que no había ido yo nunca, era muy bajita de techo, toda muy limpia, con puertecitas de cristales y muebles viejos, bastante bonitos. El tío Manu estaba sentado en aquella cama alta, pero haciendo red para sardinas y, lo más chistoso, sacaba el dedo gordo del pie debajo de las mantas, para enganchar la red, como se hace. Nos dijo que desde las mares hermosas de primavera, se había pasado sin salir a la mar y, por distraerse de aquel aburrimiento y de la prohibición de fumar, a los chicos del piso de abajo les enseñaba a hacer red de sardinas, pero que muchas brazas son la red completa y ni vida tendría para concluir. «¡Nunca he podido yo acabar nada en este mundo!», dijo después.

También contó que, los mediodías buenos, por aquel balconcito, le caía el sol en la pared y hasta en las manos y estaba él muy a gusto, con olor a «chirloras» (1) quemadas y a brea y a pesca que subía del puerto, pero que, los de la carpintería de abajo, sacaban las cajas de muerto, allí, al muelle, en las mismas narices, porque siempre les clavan el paño de luto allí fuera, para que no les coja polvo y serrín del taller. Eso, al tío Manu le fastidiaba, viéndose como él se veía del corazón y «con la unción a proa», dijo.

Él solía salir a la mar casi todos los días, desde el amanecer hasta la noche, en el bote suyo, el «Saskel», muy marinero, y, otras veces, en lanchas y barcos de vapor de amigos o, cuando la costera del bonito, en las boniteras. Siempre ha hecho, por gusto, vida de pescador y, de joven, en las regatas de traineras, remaba con Bermeo. Era también viudo de una pescadora, la «Sogalinda», con la que se casó en secreto y la llevó a vivir a un caserío de él, en Altamira, junto a donde dicen el Palacio de la Infanta de Escocia. El tío Manu me miró muy fijo diciéndome: «¡Ay, el tío Manu! ¡El tío Manu! ¡Nada más pescar y jugar al chamelo y al mus toda la vida! ¡Un «arlote» grande! ¡No seas como el tío Mann, tú, Perico! ¡No te mueras sin haber hecho nada!» Entonces me fijé que parecía un Cristo, con la barba algo rubia, que se había dejado crecer, los ojos muy negros y grandes y la cara tan morena de salir a la mar, pero como de oro. Para no coger frío, sentado en la cama, se había echado encima, sobre los hombros, un chamarrote rojo, nuevo, de trencilla negra. La tía le dijo después: «No sufras, Manu. Aquí me quedo yo esta noche, mañana y pasado mañana, hasta que tú quieras». ¡Quién lo iba a decir! Ahora ya, otra vez, el tío Manu ha salido a la mar, aunque menos que antes, pero juega más al mus y al chamelo y va a misa.

La tía, en un papel, me dio la lista de lo que había que mandarle. Me dijo que cogiese el coche para volver, que me portara bien el tiempo que ella no estuviera y que Gertrudis, con el de las ocho

¹ Virutas. (N. del E.)

veinticinco, viniera a quedarse. Me dio también un telegrama para poner en seguida al doctor Zabaleta. Cuando yo volvía en el coche, no hacía más que pensar todo el tiempo a quién se parecía el tío Manu, y pone las manos igual, decía yo, pero no sé quién es. Al fin, caí. Se parecía a mi padre, y papá, lo que son las cosas, si no por los desastres del dinero, también se nos habría podido morir sin haber hecho nada. ¡Qué horror!

Luego, solo en Andía, cené muy triste y ya quería volver cuanto antes a Bilbao. Quizá me avisasen para el día siguiente o el otro. Se me hacía muy rara aquella soledad y no oír a Gertrudis riñendo en vascuence en la cocina, entre el ruido de platos. Cuando se acostaron las otras, me dio miedo, no es nada, sino de mí y de todo lo que pensaría quedándome tan solo. No subí a mi cuarto y me dieron las doce. Me quedé junto a la chimenea, con el fuego encendido. Daba el reloj la hora igual que en los tiempos de Isabel y a mí me extrañaba lo que había cambiado todo. Allí andaba «Cholín», el gato, dando vueltas y como loco de no encontrar a la tía Clara. Dio un salto y se quedó encogido, como a meditar, sobre el mármol de la chimenea, donde no se había puesto nunca.

LXXI

No paraban las calamidades. Cago, aquel de mi curso, me escribió una postal con lo peor de todo, que el Padre Cornejo no iba a Orduña y le habían trasladado a Bilbao, a la Casa Profesa. Para mí eso, en Orduña, por donde se mirara, era la muerte, y él también pensé yo que se moriría del aburrimiento, metido a confesar y a dirigir espiritualmente, en esa calle Ayala, tan oscura, sin campo alrededor ni paseos entretenidos y, además, para inri, allí enfrente, el patio de las niñas del Sagrado Corazón, con Pitusa encima, y lo que alborotan los recreos. No concebía yo que lo aguantase aquello ni que a los superiores se les hubiera metido en la cabeza una barbaridad así. Me faltó una nada para escribir a Roma, al Padre General de la Compañía, diciéndole que al Padre Cornejo no le quitaran de explicar la literatura y de los poetas antiguos, que era lo suyo, aunque le mandaran a Chamartín o a otro colegio bueno y así no se creyeran que era egoísmo mío, porque eso lo declaraba yo para el bien de la Orden y con toda la imparcialidad.

Es que hay que hacerse cargo también lo que significa hundirle, quizá para años, en un sitio tan húmedo y de mala luz para estudiar, sin horizontes de ninguna clase. ¡Con lo que le gustaba ir a él con el Padre Zubiaur y otros Padres a la Virgen de la Antigua o hacia Arbieto y a las choperas del balneario o vernos cazar cangrejos y ranas en el río! ¡Cuántos versos, en latín, me decía de fuentes y de árboles! ¡Qué cosas aquel jueves, con todos los almendros blancos! ¡Y aquel otro día, cuando dije yo que había florecitas de San José y, en la Peña, nieve y me hizo traducir el principio de la «Oda al Soracte»! ¡Y con lo que sabía él, además, de todo lo de la Historia Natural y de nombres de bichos y plantas! Una vez, en un pozo, me enseñó una plantita fina, que brotaba allí abajo, entre dos piedras: «ése —me dijo— es el *Adiantum Capillus Veneris*, la cabellera de Venus, que se baña pero no se moja».

«Sería el ideal —me dijo después— de las coquetas o de las descocadas, que nadan en la Concha y en el Sardinero: bañarse sin mojarse el pelo.» ¡Si les hubiera visto a mamá y a la tía Lucy, a principios de verano, en la playa! Luego me explicó que esa palabra griega *adiantos* quiere decir «que no se moja».

Otra vez, poco antes de Pascuas, la tarde misma del castigo de Joshe-Mari sin paseo, por lo del azufre, yo cogí con la mano una culebra de agua, que nadie se atrevió, y cuando la solté en un pradito de muchos tréboles él me dijo: «Ya tenemos «*anguis in herba*» y ahora vamos a ver si es verdad lo de «*serpentes nunquam in trifolio quiescunt*» (1). Le pregunté cómo sería eso. Me contestó que, según los antiguos, el trébol o *trifolium*, y también las viñas en flor y el apio de montaña y otras plantas, eran muy contrarias a las serpientes y hasta las hacían retroceder, mientras

¹ Sin duda cita de memoria el Padre Cornejo, con alguna variante, el texto de Plinio: "*Serpentes nunquam in trifolio aspiciuntur*". (N. del E.)

otras eran favorables y las atraían, como el fresno y la hiedra. «Por eso —explicó las chicas de la aldea, *los mis amores* de la canción, iban a buscar, la noche de San Juan, *el trébole*.» Le contesté que no entendía yo el motivo. «¿Cómo que no? —saltó él entonces—. Ellas creían defenderse, con el trébol, de su mayor enemigo, la Serpiente, a quien, como tú sabes, dijo el Señor: “*Inimicias ponam inter te et mulieres*”.» «Pero contra esa Serpiente, Perico —me dijo, poniéndome la mano en el hombro y yo estaba arrodillado en la hierba— no hay más que el talón de la Virgen María.» ¡Cuánto me acordé yo de eso después, cuando soñaba la Serpiente en la enfermedad, y, luego, nunca más la soñé, desde el día mismo que subieron todos a Begoña y yo hice la promesa! ¡Cómo comprendía, entonces, que la Virgen tenía mi Serpiente a los pies! También siguió diciendo el Padre: «Pues San Ignacio, ¿no sufría en Manresa y era tentado con visiones de la Gran Serpiente, casi de la misma *Eren Sugue* (1), que le habrían contado en la torre de Loyola «añas» de Azpeitia? ¿No había ofrecido antes en Montserrat armas y galas temporales a la Virgen María? Ni flor ni espada le valdrían contra la Serpiente, sin María, su Señora, su Reina de verdad, en el corazón». Muchas veces acababa así, hablando de la Virgen y de San Ignacio, con cualquier cosa que encontrábamos. También hubo, después de los Ejercicios, un día de campo a una finca buena de un señor de cerca de Orduña, amigo de los Padres.

Allí, en el suelo, entre la hierba, yo oía un ruido fuerte, «¡tac!, ¡tac!, ¡tac!», un poco subterráneo y le pregunté qué sería. Él se paró también. Quitó algo de barro y levantó una plancha de hierro. Allí vimos una campanita cerrada, entre unos tubos. Me explicó muy bien, haciéndome un dibujo con lápiz, en qué consistía todo aquello, para subir el agua, con las presiones, las válvulas y los escapes y una bolita suelta de acero, que se llamaba *el ariete hidráulico* y lo habían inventado los Montgolfier, los mismos de los globos, porque inventaban siempre esos cosas para subir. Entonces, el Padre se puso a hablar, como en la carta, cuando crecí los seis centímetros; de lo que es el subir y dijo que San Ignacio, con los Ejercicios, había inventado también un ariete para las almas y que hacía fuerza para subir.

Ese día de campo fuimos por el tren hasta Amurrio y luego a pie a la finca de aquel señor, en Respaldiza, donde comimos. El Padre Cornejo, a los de su clase, nos llevó a ver, allí cerca, el Monasterio donde está enterrado el Canciller Ayala y, como el Padre ha escrito su vida, nos habló mucho de la Crónica y del Rey Don Pedro y del Rey Don Enrique y del «Rimado de Palacio». Luego, a la vuelta, siguió hasta Don Juan II y los Trovadores. Otra vez repitió aquellos versos que tanto le gustaban:

*Virgen, flor de espina,
siempre te serví,
santa cosa e dina,
ruega a Dios por mí.*

Nos dijo que la Virgen había nacido «como flor entre espinas, de la tierra de nuestra humanidad y la hizo gozosa y gloriosa». Al volver, yo dije que había más flores que hierba y él me hizo aprender los cuatro versos de Gil Polo, sobre la primavera:

*De flores matizadas se vista el verde prado,
Retumbe el hueco bosque de voces deleitosas,
Olor tengan más fino las coloradas rosas,
Floridos ramos mueva el viento sosegado.*

No me puedo olvidar de aquella tarde y el retablo de oro que nos enseñó, con muchos cuadritos de pintura en madera.

¡Qué iba a ser Orduña, para mí, sin el Padre! Nadie me enseñaría ya esas cosas y tantas y tantas

¹ Antigua leyenda vascongada de la Gran Serpiente, *Eren Sugue* o *Leren Sugue*. (N. del E.)

así, que yo aprendía entusiasmado. y él, en aquella maldita calle Ayala, no tendría más que las cucarachas el hollín de Bilbao y el día entero con la luz eléctrica encendida.

Me propuse, ya en serio, conseguir el no volver a Orduña ni después de las Navidades, como lo conseguí, porque ya me han sacado definitivo. Así iría a verle, como voy, todas las tardes que pudiese para clases particulares de latín y empezar con el griego, como pensábamos. Me juré solemnísimamente que, aunque le mandaran al Padre a las misiones de la China, yo, en Orduña o donde me tuvieran, haría nada más lo que él me dijera en estudios y en lo demás. Eso, fijo como la luz. Allí hay profesores buenísimos y les quiero bastante, pero así, maestro de verdad, yo creo que se debe tener uno solo, sin andar cambiando. y es que, además de los estudios y de otras muchas conversaciones, con el Padre Cornejo yo hablaba mejor que con nadie de las cosas del mar, lo que quisiera, y me explicaba todo, porque él estudió antes en San Fernando y casi concluyó, hasta que dio la vuelta al mundo a vela en la Fragata-Escuela, y nada más desembarcar, derecho, entró en la Compañía, con el disgusto que se comprenderá para los .de su casa, una familia de marinos de hace más de doscientos años.

El Padre Zubiaur me contó que un abuelo del Padre Cornejo fue almirante famoso (1), como que hizo por tierra y por mar, batallas estupendas y tomó Orán y Mazalquivir, con la Escuadra, y había querido reconquistamos Gibraltar, por medio de barcos especiales. Aparte de la Historia de la familia y lo que él estudió, sabe el Padre Cornejo de navegar a vela, lo que se dice prácticamente, igual que de griego y de latín. Por eso, cuando estuvo en Deusto, que aquellos Padres iban a veranear a Baquio, él cogía el timón de una lancha de pesca, lo mismo que el tío Manu, y salía a alta mar, con otros dos o tres de la Orden, sin miedo a temporales, porque, una vez, con el mismo Padre Zubiaur, le saltó uno, que se lo capeó tan fresco. ¡Habría que verle metido en un cuarto de aquellos de la Residencia de Bilbao! Una vez, había estado yo en uno, que me confesé ya tardísimo con el Padre Zabala, para el Corpus.

También me escribió el tío Ricardo que papá, mamá y Pitusa se habían retrasado en el viaje para el especialista de la vista. Así hasta el 10 o el 12 no podría yo estar en Bilbao, porque, además, no habría nadie en casa. El tío Ricardo se iba a Madrid detrás de la novia y la abuela y el tío Lorenzo no volverían del Pilar hasta el 15 o el 20. Seguro, para cuando yo fuera, Isabel habría vuelto ya. A pesar de lo que me prometía Merche, quizá por consolarme, a mí me entró mayor miedo que nunca, porque si salía mal aquella vez, se acabaron las ilusiones para siempre.

¹ Don Francisco Javier Cornejo. Nació en el Valle de la Ruesga (Santander) en 1669. Murió en Madrid en 1750. (N. del E.)

D E L 6 A L 1 2 D E O C T U B R E

LXXII

Se quedaba la tía Clara en Bermeo quién sabe hasta cuándo. Nos pidió que, por Cotice la pescadera, le mandásemos el tercer tomo de *Madama de Sevigné*, algo más de ropa, la manta de pieles, dos barajas y el bastón de cabeza de perro. También pidió las botas para lluvia y el libro de meditación del Padre Fáber.

A mí, al principio, me gustaba quedarme solo para pensar mejor en mis cosas y vivir a mis anchas, con una libertad completa. Luego, anduve de aquí para allí de mala gana, sin nadie para hablar, ni Gertrudis. Antes me parecía Edurne un carácter simpático y mona, pero ya no me hacía ningunísima gracia. Se volvió de un estilo la mar de afectado, haciéndose la señoritinga, con un lazo de seda grande atrás del pelo, para atarse el «chori», y poniéndose muy apretado y en dos vueltas el collar de caracoles, que le regaló su padrino el maquinista. Ella y las otras, como no les veía la tía Clara; se daban también colorete.

Yo me empecé a pasar horas muertas en mirar el fuego y en jugar con «Cholín» y los otros dos gatos. Yo quería traerles ratoncitos chiquitos, «sagutxus», armando ratoneras en el sótano y en el desván, para organizarles cacerías y concursos, en un circo de sillas del jardín y alfombras viejas, igualque el de la campa de los primos para los fox-terrier. Allí hemos solido conocer, pero matemáticamente, la raza de los perros y con apuestas, que hasta al tío Ricardo le gustó. Si matan de un golpe, ¡crac!, y tiran el ratón por el aire, buena raza. Así hacía «Yip», y como ése ninguno. Pero, si se ensañan por el suelo, soltando y volviendo a morder, hasta sacar las tripas al ratón, entonces, mala raza. Así se descubrió que «Chirris», el de los Larreáteguis, a pesar de las manchas y aunque lo pusieran los papeles, no era puro. Yo estaba seguro que «Cholín» el persa, mucho más manso que los otros, sería el más limpio y el más caballero para matar ratones. Ése no ha hecho nunca «¡uff!» y no dice ni «¡miau!», pero hay que verle echarse a lo más alto del cedro a cazar pajaritos o cuando le hacía frente y le achicaba al mastín de Isabel. Una cosa dijo muy bien Pitusa, que ese gato, si llega a nacer hombre, de tan bueno, se habría hecho cura.

Como las ratoneras no me funcionaron, de rotas y roñosas, quise hacer el catálogo de la librería y una tarde entera, con hoja de Gillette, corté unos cuatrocientos cartoncitos iguales, para empezar, y me agencié dos cajas chinas, alargadas y muy a propósito para fichero. En Bilbao, cuando hubo el Certamen Escolar, tuve el segundo premio de bibliotecas infantiles y presenté fichero, con más de cien obras.

En la librería de Andía hay libros malos y bastantes, que los trajo «el Caballerito» de París y de Holanda. Aunque dicen que capitulaba el Rosario todas las noches en el salón grande, él tenía aquí la *Enciclopedia*, una obra fatal, de más de treinta tomos, que los he contado (y otra igual, duplicada, tenía en la casa de Bilbao), y las *Obras Completas de Voltaire*, lo peor de lo peor, casi el doble de tomos. Hasta he visto un libro que, en el lomo, pone, en francés: *Destruction des Jesuites*. Todo eso y más la tía lo cierra con llave en las estanterías antiguas del pasillo, muy bonitas, pintadas blanco y oro, donde los libros esos malos se disimulan mucho, porque las puertas, en lugar de cristal, tienen una rejilla dorada. También hay allí junto, encerrada, una parte muy buena, como los *Sermones de Bossuet* y libros en latín de San Agustín.

Yo principé por las novelas y versos, para tener en orden y bien reunido todo lo perteneciente al amor. En esto, me salió un libro horrible, que lo pone de vuelta y media, como obra nefasta, el Padre Ladrón de Guevara en los *Novelistas Buenos y Malos*, donde yo he leído todo lo que se dice sobre la cuestión. Era nada menos él Werther, en francés, con estampas, y no comprendo cómo la

tía no lo cerraría con los otros prohibidos o mejor, sin más contemplaciones, quemarlo, como puesto en el *Índice*, Yo va lo sabía que era la historia de uno que se enamora y al fin se suicida por una mujer ideal, cuando se casa ella con otro, y también me constaba que muchos así, jóvenes como yo y enamorados como yo hasta la locura, se mataban sólo de leer ese libro y se iban de patitas al infierno. Yo no quise, por miedo de mí, ni tocar ese *Werther* de espanto, que sólo vi la ilustración de la portada, donde ella les da de merendar a unos niños, come poniendo pan con mantequilla, y mira él todo aquello, por la puerta.

A mí, a pesar de todo, me entraban tentaciones atroces de leerlo y saber en qué consistía. Lo dejé en su sitio, haciendo fuerza de voluntad, y tanto me aterraba, que ya no continué la clasificación, ni volví por la librería, huyendo del peligro.

No quería tampoco, para nada, volver a distraerme en registrar cajones, porque me avergonzaba de mí mismo, y me costaba comprender cómo hice yo eso varios días, horas y horas, con aquella satisfacción inmensa. Me quedé con aborrecimiento de abrir más muebles, nunca.

Fui a la puertecita y allí no se podía parar de la pena, con otro invierno encima, con muchos árboles sin hojas y otros amarillos. Mientras aquello estuvo verde había como alguna ilusión de que Isabel apareciera. Fui una mañana al cementerio a ponerle a don Agustín, la última vez, flores, y se me hizo menos triste. Por la noche, desde el balcón, vi una hoguera roja en el Sollube. ¡Cuánto me impresionó! Me acordé entonces de las de San Juan, cuando volví para las vacaciones, y pensé que, si nos casáramos, la noche de la boda arderían muchas hogueras por todos aquellos montes alrededor. Ella me solía decir: «Quiero que nos casemos el día de San Juan, en Santa María de Guernica, y que, cuando salgamos de la iglesia, estén los ezpatandantzaris y pasemos los dos, muy juntos, por debajo de las espadas». Ya no me lo diría, no, eso, ni tantísimas cosas.

Yo hacía planes para ir a sitios o divertirme algo y de todo me hastiaba en seguida, nada más pensarlo. Ya me cansé de echarme horas en el diván y dar allí vueltas, peor que enfermo, del fastidio que me cogía y sin conseguir entretenimiento ninguno, por más que intenté discurrir combinaciones nuevas. No podía más de estar solo y ya no se me ocurría nada más que cavilar de verme hecho polvo con las calamidades que me habían caído, unas detrás de otras. No me fiaba yo, poco ni mucho, de lo que me había dicho Merche, ni menos todavía de lo que me contó el tío Ricardo del día de Biarritz. Me sospeché que no se atrevían a decirme la verdad y siempre seguían con las medias palabras y los misterios. Ya me harté de hacerme ilusiones. Todo me daba asco. Ni siquiera miraba la foto de Isabel, porque allí a Isabel no le veía yo cara ninguna de acordarse de mí, sino, al contrario, de olvidarse. Tuve muy mal gusto de boca, sin ganas de comer y hasta sin ilusión por fumar, a pesar de tabaco muy bueno que tenía. Al fin va me vino la furia de quedarme pudriéndome en casa, igual que un paralítico, y como si no me pudiese levantar ya nunca. Aunque llovía mucho aquella tarde, salí como loco y subí al monte de detrás de casa por el sitio peor, a propósito, para hacerme daño y reanimarme, al menos, con la rabia de que me escociera. Me hice sangre en la frente contra una rama y me llovía encima.

Luego, cuando llegué a lo más alto, escampó y salió el arco iris. Quería hacer fuego, pero no hubiera ardido el zarzal tan mojado. Me puse a contemplar, desde las peñas, toda la vista de la mar, que tanto me gusta, creo la que más de este mundo, con la ría, las playas, las islas, los montes de enfrente y el castillo de la Emperatriz, entre el bosque. Pero, esa vez, todo me parecía feo y me aburría, hasta el arco iris hermosísimo, que cogía, sin exageración, desde Bermeo a Forua. Me paré algo a mirar las peñas mojadas, muy grises, con los redondeles blancos ti amarillos, que llaman los líquenes y se me figuraban algo misterioso y de brujas.

Bajé de peor humor que a la subida y me cogió otro chaparrón. Me metí, para no calarme hasta los huesos, en el caserío de Isunza y allí Vithori, la mujer, muy simpática, me puso a secarme bien al fuego y me dio para merendar un tazón de leche, con borona. Cuando me dijo ella de jugar a nueces con Churi, en el suelo de losas, muy bueno, se oyó chirriar un carro por el monte y venía el amo. Yo me fui a escape, aunque no me quiso ella dejar, porque a ese hombre, Mikolás, tan falso, nunca le he podido ver ni en pintura y volví a casa hecho una sopa y embarrado de tierra *bustiña* hasta los ojos, que me tuve que mudar todo. Me acosté en seguida de cenar, con mucho cansancio

de las piernas y la espalda muy fría, pero sin sueño y aborreciéndome a mí mismo de lo mal que me salía siempre cualquier cosa que hiciera.

Ni sabía ya lo que llevar a la cama para leer, porque cualquier libro de historia me resultaba entonces pesadísimo y los otros de amor, como son novelas y versos, me disgustaban más cada vez al recordarme de lo mío. Encontré, por casualidad, en el estante pequeño de arriba, «Las Aventuras del Barón de la Castaña», que las leímos un verano Isabel y yo. Me parecía todo aquello más bonito, si cabe, que la primera vez, pero también me entristecía de pensar otros tiempos, hasta que me dormí.

Soñé que era yo mismo el Barón de la Castaña y dormí acostado en un desierto infinito de nieve. Sé que me envolvía yo todo el tiempo en un capote azul de militar, pero no acababa de envolverme bien nunca y siempre me entraba mucho frío por alguna rendija. Luego me desperté, no sé cómo, echado en mitad de una plaza, con luna y un reloj luminoso en una torre. Me vi sangrando por muchas heridas, que se ponía roja la nieve. Delante, en un palacio, había un baile de la corte, y se veía muy bien por las ventanas de unos arcos grandísimos. También allí Adamson era otro Barón de la Castaña pasó a caballo sobre la mesa del banquete sin tocar una copa. Luego fue igual que el Baile de *La Viejecita* en el teatro. Allí Isabel bailaba con los dragones ingleses de chaquetas rojas y uno era Adamson. Yo, entonces, me arrastraba por aquella nieve hacia la puerta del palacio y arrastrándome, pero sin poder llegar nunca a la puerta a llamar con la mano, le gritaba a Isabel desesperadísimo: a ¡Abre! ¡Abre! ¡Abre! ¡Isabel, por Dios, ábreme! ¡Me moriré si no me quieres! ¡Me moriré si no me abres! ¡Ábreme, Isabel!»

No me abría y eso me destrozaba a mí, igual que de veras. Me desperté como sin alma y asustado de ver el día tan oscuro, que dudé si anochecería. Isabel, a lo último del sueño, no llevaba ya el traje de baile. Iba vestida de monja de hospital, porque era la guerra de la Independencia, y en el salón había muchos heridos. ¿Por qué no me abría para curarme a mí? ¿No estaba yo herido el que más y el primero de todos? Me siguió al despertar el frío de la espalda y también en los pies, como si todavía no me hubiera quitado las botas de montar del sueño. Margarita me puso el termómetro y vio que tenía 39 y seis décimas.

LXXIII

Me pegué tres días en la cama con la fiebre y dolor de la cintura, figurándome sin parar lo peor del mundo y el porvenir por el lado más negro, mientras las de abajo, insensibles, me dejaban solo todo el tiempo. Y qué les importaba de mí, a ellas? Luego se supo que se escapaban a la puerta de atrás a sentarse con el de la luz y Aquilino el hojalatero, en cuca monas, y también formaban tertulia en la cocina y hasta haciendo churros, con Plácida la de Goicoechea y otras mujeres. Me tenían tirado, como en el desierto, arriba en mi piso y en una habitación solitaria, lo más lejos de donde se hace la vida. Allí, sin la tía Clara ni Gertrudis, aguanté el ostracismo y el completo abandono, pero no quise rebajarme a pedirles, como por favor, que hablaran conmigo algunos ratos. ¡Vaya diferencia de personas con Mademoiselle Leonie! Por supuesto, unas desagradecidas, después de lo que fui para ellas, escribiéndoles las cartas de amor, en castellano, para los novios, cuando ellos navegaban. La otra, Edurne, se me puso cada vez más tonta, con pinturitas de la cara y los labios, y, como no le daba yo ningúnísimo pie, tampoco se atrevió a venirme con sus bromitas y monadas. Total, que a mi cuarto no subió nadie más que para traer las cosas y, cuando le llamaron a don Lino, ese burro, después de atreverse a decir que si yo era un quejón y que no le alarmaran a la tía por una calentura de pollo, me puso a leche y caldo limpio, con una yema para el mediodía.

No me hicieron lo que se dice compañía ni medio minuto y de día, pase, pero desde el anochecer, solo, solo, me moría de tristeza, y la noche, ya se sabía, me cogía una desesperación de darse contra las paredes, hasta que la tercera noche, me fui a volver loco y de poco me echo a perder para toda la vida.

Ni de noche podía llamar, por ejemplo, si tenía sed, para pedir más agua de limón, porque allí, en

Andía, no existen timbres y el cordón azul ese, con una borla, que cuelga desde arriba de la pared hasta la cabecera de la cama, toca las campanillas de abajo cuando quiere, apenas un tintín, que ni se oye, por medio de alambres, y, de veinte veces que se tira, suena una y eso ensayando de la mar de maneras, para que no se enganche. Ya lo dijo el tío Sebastián, que a las campanillas de Andía no les hace nadie tilín y no hay quien les encuentre el dinguiringui.

Yo, la verdad, creí de ponerme otra vez a morir, con enfermedad misteriosa, igual que por agosto, y que me moriría lo más fijo, porque no me vendrían más fuerzas para sacarme otro milagro a pulso. A mí, desde lo de Begoña, me bajaron muchísimo la fe y la devoción y va no confiaba a cierra ojos en ponerme a pedir, hasta rendirme, las grandes ayudas divinas para que lo de Isabel cambiase. Yo puse antes muchas ilusiones en eso, porque tenía la seguridad de que rezando yo muy de veras y pensando en Isabel muy profundamente me convertía como en un imán, fortísimo, fortísimo, y eso ella no lo podría resistir ni a grandes distancias y pasara lo que pasara. Había sido eso un consuelo grande para mí y también la creencia de que, habiendo salido yo de la muerte como salí y con el crecimiento sobrenatural de los seis centímetros, la idea de la Virgen, a pesar de lo que me negó cuando subía descalzo, habría de ser, forzosamente, de dar facilidades para que algún día, que en el Cielo ya se sabría, nos quisiéramos. Pero ya no lo veía tan claro el que Dios y la Virgen nos hubieran unido en designios y el que eso no se pudiese destruir por nada del mundo. Ni me hacía ilusión el Rosario, ni va lo rezaba, y otros veranos, cuando tenía yo mucha fe, hay que ver lo que era, sobre todo cuando tocaba aquel misterio «La Visitación de Nuestra Señora a su prima Santa Isabel». Nadie me quitaba de la cabeza que me traía suerte.

Pero, a pesar de tanto que me desengañé, yo siempre me creí que algún día se habría de ver algo asombroso. Todo septiembre me lo pasé en Andía, empeñándome en lo más inverosímil, con las mayores esperanzas de que ella y yo nos encontráramos en un sitio raro, de sorpresa, o de que me escribiría ella una carta descubriendo que me quería siempre lo mismo, o, a lo mejor, más, y que se había hecho la misteriosa por probarme. También, si oía pasos en el jardín o si Edurne abría la puerta, yo corría a ver si era Isabel, o, cuando llamaba el cartero, pegaba un salto por si habría algo de ella para mí, y aunque sólo fuese una postal. Casi siempre, después de comer, en la segunda temporada, me iba a la verja de delante y allí, entre los bambús, en la silla de hierro, me quedaba horas a mirar el cruce de Mendive, al final del camino de casa, y otras veces salí a esperar el tren a San Cristóbal o fui dando paseo por la carretera de Forua, para si me encontraba con su coche. Cuando más me desilusionaba, más cogía el vicio de ilusionarme, lo que ni se comprende. Aquel día de Olay, allí en medio del monte, yo no hacía más que pensar si estaría dispuesto, por orden de la Providencia, el que me encontrase a Isabel allí sola, que se habría perdido.

En todo veía la suerte, igual si encontraba herraduras o si me daba vueltas a la luz una mariposita o cuando se me posó en el hombro la paloma, que fue muy prodigioso. También me hice adivinador. En el almanaque Bailly-Bailliere aprendí a echar las cartas y me salían suertes, pero estupendas, y nunca se cumplía nada. Le hice varios días seguidos, lo de echar las cartas, apenas levantarme, hasta que me cansé. Poco antes de irse Gertrudis con la tía a Bermeo, nada me faltó para hacer una cosa mala. Iba a pedirle yo a Gertrudis que me mirara bien el ojo y debajo de la lengua y me dijera, con imparcialidad, si yo era brujo y si podría hablar, con «sorguiñas» y espíritus, por la chimenea, para preguntarles el porvenir. Una noche, corrí a la punta de los juncales, porque, en un bote blanco de vela, que entró por la ría, con gente de excursión, me parecía de oír la risa de Isabel. Y es que, aquella mañana, los naipes habían estado fantásticos. Cuando volví a casa ya de noche, nunca me olvidaré, era la vuelta de una romería. Muchas parejas bajaban de la ermita cantando y saltando y ellos, a veces, daban gritos de lo contentos que iban con ellas. Me dio mucha envidia y pena de ver tantos novios muy felices y de pensar que yo sin Isabel no me consolaría nunca de ir solo. Era vísperas de San Miguel. Vino luego la excursión al Sollube y, cuando tocaron las bocinas a la puerta de casa, estuve ya seguro, segurísimo, de que Isabel venía. Todo el tiempo esperé a cada minuto, que a veces me daba golpes el corazón, los mayores imposibles y nunca me lo quise confesar a mí mismo que vivía engañándome. Sólo cuando la tía se quedó en Bermeo y al poco yo caí con fiebre, que me dejaron tan solitario, me desconsolé ya del todo. Me quedé

aniquilado y entonces pasó lo inconcebible. De repente, Dios y la Virgen y* Isabel era como si no existiesen. Lo confieso que ya no me funcionaba ya bien la cabeza.

LXXIV

Al anoecer, en cuanto Margarita se marchaba, después de cerrar las maderas y traerme la leche, ya sabía lo que me venía. Empezaba la noche eterna. Hacia las diez, Anuncia abrió una rendija de la puerta para preguntarme si quería algo. Yo le contestaba que no, y entonces ella me decía «Pues hala, Perico, a dormir bien y hasta mañana si Dios quiere». Ella tan tranquila, y yo le hubiese estrangulado. Ni podía entonces respirar con la tristeza que me ahogaba y el aire tan pesado de aquellas noches. Allí me cogieron, de verdad, las angustias del vacío absoluto y sólo se me ocurría mirar, hasta morirme de asco, la cenefa verde pintada en el blanco de la pared, con las flores de las esquinas, o el cuadro de las ruinas de Roma o aquellas vigas negras, tan fúnebres, en lo alto del techo.

Allí era ya como vivir en la nada. Isabel se había marchado de dentro de mí y ahora sólo pensarlo me da horror. Yo va no conseguía ver nunca su cara en mi interior, como lo que había sido siempre y como algo del cielo en el alma. ¿Es que no tendría ya alma? Me volvía una bestia. Tampoco yo hasta entonces, hasta las tres noches fatales que pasé, me había dormido jamás sin quedarme primero medio soñando que nos dormíamos Isabel y yo, apretados los dos muy fuertes, como siendo uno mismo. ¡Y eso ya no lo podía hacer! Isabel no quería volver a estar dentro de mí, aunque hacía yo grandes esfuerzos y pasé martirios. Me desvelaba hasta el amanecer y daba vueltas y vueltas de locura, como por entre nubes que me sofocaban. Me iban viniendo como un frío y un vacío atroces, hasta lo hondo, que hacían peor que daño, ni se puede explicar, y uno prefería morir. ¡Ay, qué horas aquéllas!

¡Cuánto eché de menos, entonces, el tiempo que Isabel estuvo en Inglaterra y que yo tanto me quejaba! ¡Ay, en Orduña, pensaba yo, las primaveras! ¡Cuando los árboles se llenaban de flores, yo le decía a Joshe-Mari, le llenarme lo mismo de Isabel! Volvía yo, al final de los paseos del colegio, todo entontecido y medio borracho del amor que me entraba por ella sólo mirar el campo alrededor. Buscaba de quedarme solo y me iba lejos de los demás, meditando por el camino, para que no me conociesen los pensamientos de sólo mirarme a la cara y se rieran. Es que ni podía resistir aquel recordarme, tan inmenso, de ella, cuando se metía el sol detrás de los montes o veía la estrella, tan hermosa, del anoecer o salía temprano la luna, entre los chopos del camino de Arbieto. También aquellas tardes de por marzo y abril me subía desde los pies una electricidad de la tierra, que es muy misteriosa, y me calentaba todo el cuerpo, como que, a veces, casi ardía y me ponía rojo del calor. Luego, a la noche, me echaba en la cama rendido con un cansancio enorme, pero muy delicioso, que yo le llamaba «el cansancio del amor» y soñaba sueños divinos. Entonces empecé a escribir versos en el cuadernito del canto de oro, como los de «La Mañana y la Tarde». ¡Qué feliz fui yo muchas veces en Orduña! Era una gloria sólo verme tan enamorado de Isabel y sentirme así más que todos. Claro está que sufría también y a Joshe-Mari le solía dar lástima de que me consumiera con tanto esperar, pero entonces yo estaba seguro de que lo mío llegaría y me consolaba nada más figurarme el gusto de decirle a Isabel lo que había pasado yo por ella y lo mucho más que le quería yo con todo eso.

No me cambiaba yo por nadie en aquellos tiempos y me hacía ilusiones colosales, como ni hay ni idea, sobre mis triunfos en el día de mañana. Por Isabel me creía capaz de subir a lo más del mundo. Por ella, y nada más por ella, yo me sentía en mi interior, allá en lo más secreto de mí, casi medio divino y creía que la Virgen y Dios me protegían mucho más que a los hombres corrientes. Yo me figuraba ser como un príncipe de los libros de cuentos. Todavía yo, todo el verano y hasta los primeros de octubre, que me resigné, por las circunstancias, a hacer vino, seguí confiando de ser

* Sic en el libro [Nota del escaneador].

para lo porvenir un héroe y un genio y que llegaría a lo más alto, como único entre todos. Joshe-Mari se me demostró siempre la mar de convencido de que yo habría de ser algo grande y él, con eso, me animaba fantásticamente. También influyó que para todas las personas importantes que yo conocía, como don Agustín, el Padre Cornejo, la tía Clara, el tío Lorenzo, doña Mariquita, el abbe Le Brcuil y el tío Ricardo, yo era siempre su predilecto sobre todos y como muy diferente de los demás, y el Hermano Gárate, que decían que adivinaba tanto las almas, cuando supo mis notas un año, no decía de mí: «siempre será Pedrito el primero en toda la línea» A mí a cada paso se me representaban cosas extraordinarias que yo haría por Isabel, y si, por ejemplo, le ganábamos la pedrea a los de Mendive y me nombraban capitán a mí o si discurría la «Doncella Luscinda», yo andaba siempre con la idea de la fama que ganaría de mayor en batallas y en libros. Me cuesta hoy, todavía, a pesar de tanto que me dice el Padre Cornejo, esfuerzos titánicos el quitarme de esas ilusiones. Lo confesaré que al entrar en la Marina mi plan era imitarle en todo, hasta en el león a los pies, a Don Juan de Austria, como lo había leído en «Jeromín», y si se hubiera descubierto que yo era príncipe no me habría extrañado lo más mínimo. Para mí lo incomprensible y fuera de razón era el no serlo. Todas esas fantasías de grandeza, tan disparatadas, las tuve muy ocultas y solamente a Joshe-Mari le daba a entender algo, porque también él me pinchaba con que si yo sería tanto y cuando. A mí me fastidió lo que más el que, de muy pequeño, desde que lo leí en la Historia Sagrada, cogí la terquedad aquella de ser el segundo José. Todavía, a principios del verano, con la foto que me mandó de Italia el tío Van Riel, lo de parecerme a David lo miraba yo muy seriamente, como señal del cielo y cosa de Dios. Después, cuando le vencí a Adamson, como a Goliat, ya no me cupo duda. ¡Lo que bajé los humos cuando, luego, me daba con un canto en los dientes de ser capataz bodeguero y hacer vino en La Rioja! Todo lo que me había forjado para lo porvenir se me hundía, y la verdad que me resigné mucho. Me contentaba sólo con tenerle a Isabel de cualquier modo y trabajar en lo que fuera. Después, allí en la cama, los días de fiebre, hasta para eso perdí los ánimos, porque no concebía de ser jamás nada, ni que Isabel me quisiera más nunca, ni levantarme siquiera con voluntad ninguna de vivir en este mundo, si es que no me moría. Sólo veía entonces que me despreciaba Isabel para siempre y me daba miedo de ser nada más un bicho despreciable. A ratos, otra vez quería sentirme superior a los demás y me daba el ataque de orgullo o me encontraba raro y medio loco, pero quizás un ser extraordinario, y al fin me hundía, viéndome de ser menos que los demás y arrastrándome sobre la tierra, como un limaco. Hace poco el Padre Cornejo me dijo: «Lo que no se te ocurrió nunca fue de ser igual que los demás y es por donde debías haber empezado». Ni ahora me convenzo del todo, aunque me resigno Pero esas noches me venían todas las furias, sin saber por dónde salir. De repente, por la primera vez en mi vida, pensé si yo por Isabel no habría querido ser demasiado y si Dios me castigaría de tanta soberbia. ¿Pero no me andaban predicando siempre que había de tener grandes aspiraciones? ¿Qué aspiraciones? Yo sin Isabel no sería ni bueno siquiera. Me horrorizaba no poder consolarme ni con ser bueno. Entonces va me dio la locura furiosa.

LXXV

La tercera noche fue un delirio. Me comía los puños clavándome los dientes y me arrancaba el pelo a tirones. Me daba sacudidas tremendas todo el cuerpo, aunque yo no quisiera.

Cuando creí que me calmaba y me quise dormir, fue peor. Se me saltaba la cabeza ardiendo muy aprisa y me cavilaba ella sola. Me sentía como si me devorasen por dentro la substancia gris, hasta lo último. Eran no sé las horas, más de media noche. Yo ya no sabía si me volvería loco de veras o si ya estaba. No podía llamar a nadie. No tenía a nadie. Necesitaba que alguien muy íntimo, como Joshe-Mari, me viese y me dijese lo que le parecía aquella enormidad, porque yo me alarmaba hasta el espanto. A todo esto, yo repetía sin parar y ya sin saber lo que decía: «¡No ser nada! ¡No ser nada! ¡Esto es no ser nada!» ¿Y a quién podría preguntar? ¡Que nadie pase nunca aquella maldición y aquel suplicio!

Me creí que la cabeza mía era una balandra y, con la galerna, corría dándose bandazos entre las almohadas, igual que entre olas, a estrellarse contra Punta Galea, que era la esquina de la mesa de noche. No paraba aquello.

Entonces fue cuando me levanté sin vestirme y corrí a la huerta a tirar la caja de balas por el pozo. En el cajón de mi mesa de arriba yo tenía la pistola del tío Sebastián, con munición, por si, estando yo solo, me asaltaban ladrones, y me dio ya miedo de trastornarme por completo en un arrebató y de pegarme un tiro.

Luego, afuera, hacía una noche caliente, sin nada de estrellas. Se veía una luna muy ahogada, transparentándose dentro de nubes, y todo el cielo muy parado, color humo de tren, casi amarillo. Me eché a revolcarme en las ortigas de junto al peral viejo, como hacían los santos en la tentación, y di gritos. Me vi aplastado en este mundo y como en el reino de la muerte. Era este mundo lo mismo que un sitio cerrado, que me sofocaba, con techo y paredes. No podía salir, ni respirar, ni asomarme a nada y veía todo muy sucio y oscuro y viejo, como entre las murallas de una cárcel. Ni sentía que hubiese aire libre. Dios no me oía ni la Virgen tampoco. Isabel no existía ya para mí. Dije entonces como en el teléfono: «No contestan del otro lado. Han cortado los hilos», y es que hablaba solo, medio sonámbulo. Volví a casa mareándome, porque en la huerta se respiraba un aire podrido. Cuando tiré las balas al pozo, me echó el pozo a la cara un aliento que olía a difunto. Había por el suelo muchos gusanitos de luz.

Después fui a la librería a coger el libro maldito. No podría dormir de pensar que estuviera. En las brasas de la chimenea del gabinete lo quemé. Me entraban unas ansias atroces por devorarlo hasta el amanecer. Mientras que siguiera en la casa aquel *Werther* yo no viviría nunca en paz. Se abrió el libro aquel sobre la brasa, muy despacio, pero sin quemarse al principio. Creí que alguna mano invisible, como de los espíritus que sabía Gertrudis, lo hojeaba tranquilamente. Pensé si estaría el libro encantado, si era cosa de magia, y me asusté. Yo ni respiraba mirando. Luego se puso negra la piel roja y cuando se abrieron todas las páginas con llamitas azules me acerqué y leí sólo una frase: «¡Yo tu marido! q Oh Dios que me criaste!» ¿Cómo hablaba de Dios si se mataba? ¡Pobre Werther! ¡Qué misterio terrible! Le di al fuelle para acabar pronto, porque tardaba en consumirse y me ponía los pelos de punta. Ardía retorciéndose la pasta y abriéndose y poniéndose negras todas las hojas, con un tufo a demonios de la piel de la encuadernación. Pero todavía se leía. Tuve algunos momentos la tentación de sacarlo, cuando no ardía todo todavía y quitarme la obsesión de leerlo, porque pensé que no me la quitaría nunca y buscaría otro, donde fuese. Volví arriba y antes de acostarme fui a ver la pistola que yo guardaba, enorme, más larga que del nueve largo y como para llevar en silla de montar. Sobre los cañones leí las letritas de oro: *Jerôme Flachet — ft — d'armes — A'Saint-Etienne*. ¡La habían fabricado donde mi bicicleta! Me la puse en la sién para sentir el frío. Si me hubiese matado tendría las llamas del infierno para toda la eternidad. Había yo salido bien, eso sí. Pero jamás había tenido que luchar en mi alma contra esas ideas. Luego caí en la cama y me entró un agradecimiento grandísimo, no sabía a quién, como a alguien que estuviese allí, cerca de mí. Al principio, no comprendía. Después hice una cosa, que yo la hacía siempre, cuando era muy pequeño, al acostarme, y después ya no. Le recé al Ángel de la Guarda. En seguida, me dormí muy tranquilo.

LXXVI

Se me marchó la fiebre al día siguiente, aunque me levanté medio atontado. Almorcé con buen apetito y leí los periódicos, pero sin darme cuenta de nada. Luego me eché una siesta y veía el cielo muy azul, con sol y nubes blancas, muy quietas, encima del monte. ¡Qué calma había! Bajé a las seis a merendar y se había apagado la chimenea. Les dije que encendiesen. No quise acostarme temprano y cené en el comedor, porque de salud me encontraba divinamente. Luego de cenar, me senté frente al fuego, a mirar las llamas como en un teatrillo y a meditar en lo que dicen de las

llamas del amor, compadeciéndome mucho de ver cómo se iba allí acabando todo y consumiéndose y se hacía ceniza. Una vez, oí decir al tío Sebastián que él se ponía a ver quemarse un tronco, horas enteras, lo mismo que si leyese un libro, de principio a fin, viendo allí muchos cambios y figuras y con curiosidad de ver cómo acababa. Recordándome de eso yo hubiera querido ser un tronco ardiendo, sin acabarme nunca.

Me estuve acordando después de la «Introducción a los Cantos del Trovador», de Zorrilla, que la sé de memoria Y me puse a declamar yo solo:

*¿Qué se hicieron las auras deliciosas,
que henchidas de perfume se perdían,
entre los lirios y las blancas rosas,
que el huerto ameno en derredor ceñían?
Las brisas del otoño revoltosas
en rápido tropel las impelían
y ahogaron la estación de los amores
entre las hojas de sus yertas flores.*

*Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
en torno de la antigua chimenea
y, acaso, la ancha sombra recordamos
de aquel tizón que a nuestros pies humea.
En tanto, acaso, tristes esperamos
que pase la estación adusta y fea
en pereza febril adormecidos
y en las propias memorias embebidos.*

Luego, llegué a la estrofa que más me impresionaba, porque allí yo sentía lo que antes solía querer decir como gran soñador y todo lo que se me había concluido.

*Venid a mí, yo canto los amores,
yo soy el trovador de los festines,
yo ciño el arpa de vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines.
Yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Stambul en los confines
y el lirio azul, incógnito y campestre,
que nace y muere en el peñón silvestre.*

De repente, se abrió la puerta y allí se me apareció Margarita, a medio vestir, que se había levantado de la cama. «Susto grande me has dado, Perico —dijo ella— y no sé con quién creí que estabas. ¿Hablando solo estás a estas horas? ¿Y cómo hablas tan raro que ni se te entiende? ¡Loco te has vuelto tú! ¡A Bermeo habrá que llevarte!» «Estoy diciendo versos, mujer», le contesté yo. «¿Versos? —dijo ella—. Entonces, de remate.»

D Í A 1 2 D E O C T U B R E

LXXVII

Era la Virgen del Pilar y santo de mi madre. Fui a misa a San Pedro de Gautégui, pero no comulgé, como los otros años, ese día. Tuve telegrama de casa, que habían vuelto de Burdeos y que yo fuese ya para Bilbao. Yo dije «voy mañana mismo». En Bilbao le encontraría de seguro a Isabel y ya, lo mejor, era, de una vez para siempre, que pasara lo que Dios quisiera. Ya estábamos a 12 de octubre. Se puso después de comer un día hermoso y me pareció que debía ir cuanto antes a Bermeo para despedirme de la tía, que me diese dinero y a ver lo que había que hacer. Como ya no tenían tren hasta muy tarde me decidí a ir andando. Total, no son más que nueve kilómetros y, si me causaba para volver, cogía el de las siete en Pedernales.

Hacia las cinco, subía la cuesta, donde tuvimos el combate con los de Mendive y arrepintiéndome yo mucho, porque nunca me consolaré de la brecha que le abrí al pobre Pachi. Iba en eso, cuando vi aparecer por el alto de Laubide tres curas y, como dicen buena suerte, me hice en seguida el nudo en el pañuelo. Yo seguí subiendo la cuesta y vi que dos de aquellos curas eran muy altos y con bastón y fajas. Me fijé un poco más y, ¡santo Dios!, ya pegué a correr como loco y me caí en un charco grande, allí de narices, pero, a escape, ame levanté y así, no sé, sin darme cuenta que me había puesto perdido de agua y barro, le salté al cuello al más alto de los tres curas, que venía entre los otros dos, y le di un abrazo que le ahogaba.

Cuando me solté de él, los otros se reían, y él, siempre tan pulcro, empezó riéndose también y muy tranquilamente se puso a limpiarse la sotana y la faja, mientras les decía a los otros:

«Este que ven ustedes aquí es nuestro famoso Pedrito de Andía, aunque ha crecido ya tanto, tanto, que casi no se le conoce más que por lo impaciente.»

¡Era el Padre Cornejo, más alegre que nunca! Le daba el sol entonces en la cara y me acordé lo que le dijo un día mi padre en la mesa a don Pedro Murlane: «He conocido en Orduña un fraile extraordinario, por lo menos de facha. Parece un dios griego, a pesar de su pelo blanco muy corto y la sotana de jesuita». ¿Y cómo venía con aquel buen humor y aquella salud estupenda, después que le tenían ya hundido allí en la calle Ayala? ¡Hay que ver con setenta años cómo le brillaban los ojos grises, mirando más burlones que nunca, y cómo se reía de mí con aquellos dientes tan blancos! ¡Así vivirá un siglo y hará las bodas de diamante!

Me dijo que aquellos dos Padres más jóvenes eran hermanos, hijos los dos del médico viejo de Mundaca, uno «de casa», dijo, y el otro benedictino de Silos. Volvían de la profesión de una hermanita de ellos, en Bermeo. Habían pasado el día muy bien y, como después de comer se puso tan hermoso y ese paisaje de por allí a todos gusta, decidieron venir, dando paseo, a tomar el tren para Bilbao a las 7,10, en San Cristóbal.

Antes de echar todos para abajo, le pude hablar al Padre un momento, sin que oyeran los otros, y le dije que yo no iba ya para Bermeo, porque sería lo mismo al día siguiente por la mañana y quería confesarme con él de muchas dudas. Entonces, él les dijo a los otros que yo me quería confesar y que fuesen delante, por favor, porque había tiempo y que ya nos reuniríamos en San Cristóbal.

Nos volvimos atrás al alto de Laubide, que hay el banco de piedra, y como no pasaba nadie me puse de rodillas a decir el «Yo Pecador». Me confesé primero de todos los pecados que me acordaba y, en seguida, le empecé a explicar lo más grave de todo y el que me empezaron a entrar muchas dudas y se me quitaban las fuerzas para rezar desde aquella desilusión que yo tuve con la Virgen de Begoña. También le confesé las grandes tentaciones de orgullo que yo había tenido por lo de parecerme a David, cuando David era de mi edad, lo mismo que antes me pasó con José y luego

le volví a decir los disgustos enormes de todo el verano, pero todavía no le expliqué la razón de eso ni de lo de Begoña, ni le dije nada de estar yo tan enamorado y desesperadísimo de amor. El Padre, con lo de David, se rió un poco, por más que no quería, disimulando así con el pañuelo, pero después, cuando le expliqué más el orgullo y las dudas, empezó a hablarme de David y que en vez de andar en majaderías de parecidos con estatuas, le imitara en el modo de dar la cara a los disgustos y con humildad delante de Dios, porque David había sido mucho más valiente que con Goliat con aquellas galernas furibundas que se le formaban dentro del corazón, mientras yo, «cobarde y muy ruin» a la primera contrariedad y en cuanto me veía «un poco descaminado y sediento» —me dijo— empezaba a dudar de Dios, y que eso era por no querer lo que Dios quería y entristecerme y desesperarme con lo que Dios había querido, como si el Padrenuestro y el rezar todos los días «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» a mí no me sirviese para nada. Me atreví a decirle que hasta tuve miedo de matarme. Se puso serio. Me recalcó mucho que eso, más que dudar de Dios y desengañarse de la Virgen, era una niñería intolerable y como coger una rabieta con Dios y con la Virgen porque no habían hecho mi gusto dando satisfacción a mi amor propio, pero que anduviese con mucho cuidado, porque ese pecado de niñería puede ser gravísimo y que ya lo ponen la Escritura y San Pablo y San Agustín, y a ver si quería yo saber más que la Providencia Divina y figurarme que todos los premios y castigos, felicidades y desgracias, habían de ser en este mundo y a mi antojo. Nunca le había visto yo tan duro conmigo y no se me ablandaba ni a la de tres.

Después me citaba salmos de David sobre los sufrimientos y sobre la confianza en Dios, que parecían a propósito para mí y me repitió, para que me fijara, sobre todo uno, cuando David, tan valiente, le decía al Señor: *«En tierra desierta y seca y sin camino, parecí delante de Ti, para ver tu virtud y tu gloria»*.

Yo, por dentro, ya me entusiasmaba y miraba, mientras le oía, todo alrededor, los montes y el cielo y un poco de mar y, conforme él me hablaba, el mundo aquel, que me había parecido tan feo toda aquella semana, se me volvía muy hermoso y hasta más que antes. Entonces yo le dije también del asco que me había dado algunas veces de mirar el cielo y la tierra, y hasta del arco iris, y él, mirando lejos, me contestó que para David, los cielos, las montañas y aquella estrella que salía (y él la señaló) hacían ver la grandeza de Dios.

Yo me había dejado para lo último una cosa de mucha vergüenza, sin saber si sería pecado o no, y es que, siempre que yo comulgo, me suelo figurar, sin querer yo, que Isabel comulga al lado mío o que está comulgando al mismo tiempo en otro sitio y que le tenemos a Dios entonces los dos juntos, como siendo los dos una persona. No me quedó, al confesarme de eso, otro remedio que confesar el amor hasta la locura por Isabel y ya decirle cómo había sufrido inmensamente nada más por ella y por qué razón yo esperé el tercer milagro de la Virgen, que antes me lo callé cuál era y lo que seguía padeciendo.

El Padre, sin enfadarse ya, me dijo que en la Comunión había que pensar en Dios sobre todo, sin quitarle a Dios nada, pero que si yo no podía evitar de ningún modo ese pensamiento de Isabel, podía pedir en la Comunión que Isabel fuese más buena cada día y para que en Isabel y en mí se hiciese la voluntad de Dios. ¡Qué impresión de confianza tan inmensa fue la que me dio sólo oírle decir el nombre de Isabel y hablarme de Isabel tan tranquilamente y como si le conociera de toda la vida!

Me explicó, después, que el amor era un deseo grande de hermosura y que como la mayor hermosura es la del alma, el amor perfecto es darlo todo, ofrecerlo todo, hasta la vida, para que la persona a quien queremos tenga un alma hermosa, que es como decir sin mancha de pecado ninguno. Entonces comprendí que lo de la tía Clara por Don Carlos era el amor perfecto y nada más. Me siguió diciendo que Dios, con este amor nos había querido, haciéndose condenar a muerte, por nuestra mayor hermosura, para sacarnos de la fealdad y abrimos el camino del cielo, porque nos puso la luz del cielo en nuestra misma cara, sacrificándose y muriendo para resucitar, y siguió con que el mayor martirio para cualquier enamorado sería ver que aquella a quien quiere se le volvía fea y horripilante, pero que no sería nada la fealdad más atroz del cuerpo si se comparase con la del

alma, que sólo consiste en el pecado mortal. Yo vi que eso era lo que yo soñé, cuando Isabel se me volvía fea en aquel sueño que antes no lo entendí.

Me dio la absolución y ya empezaba a oscurecer. Antes, en medio de la confesión, habíamos rezado el Angelus, pero yo, muy confuso, no contesté bien los latines. «¡Tanto Virgilio —dijo él— y ahora no me contestas a las palabras del Angel!»

Me echó de penitencia el Rosario grande de los quince misterios, para que lo rezara en tres días y me recomendó también, al acostarme todas las noches, que, por todo aquello de David, dijera el salmo 125 de David. A escape, lo busqué al volver a casa y vi que decía:

«Cuando el Señor hiciere tornar la cautividad de Sión, seremos como los que sueñan. Entonces, nuestra boca se henchirá de risa y nuestra lengua de alabanza: entonces dirán de nosotros: Grandes cosas ha hecho el Señor ron éstos.»

«Grandes cosas ha hecho el Señor con nosotros estaremos alegres.»

«Haz volver nuestra cautividad, oh Señor!, como los arroyos en la primavera.»

«Los que sembraron con lágrimas con regocijo segarán.»

«Irá andando y llorando el que lleva la preciosa simiente: mas volverá a venir un regocijo trayendo las gavillas.»

Yo, ahora, sigo todas las noches repitiendo el salmo.

Cuando bajábamos del alto de Laubide hacia la estación, le conté la pedrea y la herida de Pachi, que se me había olvidado, porque no me creía de tener nada en el quinto Mandamiento.

Otra vez le saqué la conversación de lo requetemal que me había ido todo el verano en tantísimas cosas. Él me contestó que tampoco exagerara y me pusiese a hacer el mártir y que Dios Nuestro Señor siempre prueba a los que habrán de ser más buenos, porque en lo que se crece para mejores cosas es en el dolor, y sin dolor, dijo, no se nace ni se renace a nada y mucho menos a la vida eterna, ni se sacan frutos ningunos, ni se hacen trabajos ni luchas nobles, como tampoco sin estrujar la uva se hace el vino, ni sin moler el grano el pan. Me insistió en que si yo quería vivir sobre la tierra como hombre de verdad me tendría que hacer a sufrir como hombre y que, si se quitaran las penas de este mundo, se le quitaría toda la belleza y toda la nobleza y toda la poesía, porque sin penas no hay héroes, ni poetas, ni santos, ni habría San Agustín, ni San Ignacio, ni San Francisco, ni San Pablo, ni David, que tanto lloraron todos esos, ni tampoco César, ni Ulises, ni Aquiles, ni Eneas, ni siquiera el pobre Don Quijote de la Triste Figura, y que no era hombre alto el que no crecía en el dolor, que es la bienaventuranza de las bienaventuranzas, porque casi todas se podían resumir en una: «Bienaventurados los que sufren».

Después me explicó de la fe, el amor y todas las luchas, que no podían separarse nunca del dolor, y que ésa era la única vida de verdad y todo lo mejor de este mundo con el camino abierto para el otro. Me mandó que imitase a Cristo y le oyese cómo decía «Toma tu Cruz y sígueme», porque el que le sabe seguir en eso y aguanta más Cruz es el más hombre y alcanza mayor gloria. Muchas cosas más me siguió hablando y, al llegar a San Cristóbal, me recordó que en la Ilíada, Tétis, la madre de Aquiles, le pidió a Vulcano las armas para el hijo y que se las hiciera «por lo mucho que ella había sufrido», porque así, el dolor siempre era el precio de todas las armas invencibles, como las que se forjó San Ignacio, en la cueva de Manresa, entre mortificaciones imponentes, con la ayuda de la Virgen María.

«Ármate, Pedrito —me dijo al final—, a precio de dolor, de punta en blanco, para entrar como caballero en una vida nueva, que sea ésa tu vida nueva y la tomes con alegría.»

Él me hablaba ya con un entusiasmo como nunca le había visto y yo me sentía igual que fuego de los ánimos que me daba. Entonces sí que me vi crecido de verdad y como gigante muy alegre, del peso que se me había quitado de encima

En la estación, aquellos otros Padres debieron conocer que había pasado algo muy importante y nos recibían con mucho respeto.

Al poco, llegaba el tren de Pedernales y subían al coche. Al arrancar el tren, el Padre Cornejo me

saludaba, contentísimo de mí, con la mano y a lo último sacaba el cuerpo de la ventanilla y me gritó: «¡Adelante y arriba, Pedrito!» Yo le gritaba a él: «¡Adiós, Padre Cornejo! Adiós! Adiós! ¡Adiós!»

El tren se perdía de vista y no sé cómo yo me encontré en medio de los raíles, muy cuadrado y saludando militarmente, pero igual que si estuviera en sueños. Me sentí que yo era un marino o un soldado y él mi Almirante o mi Capitán General. Hasta el cielo mismo, en vez de nubes, yo lo veía lleno de banderas.

L A C A R T A D E L 1 5 D E O C T U B R E

LXXVIII

Carta muy larga que le escribí a Joshe-Mari Azelain, contándole todo lo último, y no la terminé, porque, hacia el final, cuando me amaneció, vi que estábamos ya a 15 de octubre y, como Joshe-Mari tenía que estar para el 15 en Orduña, allí el Padre Prefecto la leía y no se la daba.

¡La que has armado tú, Joshe-Mari! ¡Ni me lo podía creer! que tú a ella le mandaste casi todas mis cartas a Salies! ¡Que, en San Sebastián, cuando estuvo Merche a las corridas, combinasteis, entre los dos, que Merche te proporcionara un montón de sobres de su letra y se los entregaran a Isabel sin abrirlos! ¡Me muero de vergüenza sólo pensarlo! ¡Ay, Joshe-Mari de mi alma! ¡Qué barbaridad tan tremenda me hiciste! ¡Me lo jugaste el todo por el todo! ¡Al fin, abrázame! ¡Abrázame muy fuerte, más fuerte que nunca! Con el alma que tienes tú enorme, me has salvado mucho más todavía que si me hubieses dado la sangre, cuando me la quisiste dar.

Ahora llevo diecinueve horas de vida nueva y como si volviese a nacer. Ahora daría un brazo por podértelo contar horas y horas y me cuesta mucho escribir, aunque te escribo al vuelo, como loco, porque sin escribir no podría. ¡Quién hubiera salido volando para San Sebastián hoy, a primera hora de la tarde! Contigo me hubiese quedado a merendar, a cenar y a dormir, para no dormir, en la cama junto a la tuya, para hablarte con la luz apagada hasta casi al amanecer, y al amanecer, a toda marcha, hubiese tirado para Andía. No soñaba yo otra cosa sino verte, verte cuanto antes. Estoy aquí rabioso que estallo, Joshe-Mari, sin podérselo contar de palabra a nadie que me quiera. ¡Cuánto necesito hoy de ti! Ay, más que nunca, Joshe-Mari! ¡Más que los días aquellos de disgustos y desastres atroces! ¡Mira tú lo que ha sido este verano de 1923! ¡Una vida y, para recordarse, toda la vida! ¡Y días y días una muerte! ¡Ay, qué bien sé yo ahora lo que es resucitar! Es que para mí todo, la vida entera, el mundo entero, han empezado hoy. O no, ayer, porque ayer es ya hoy, y ni sé ya el día en que vivo.

Oigo dar las tres de la madrugada en San Pedro de Gauteguiz. Ardo de calor y te escribo con el balcón abierto. Hay muchas, muchísimas estrellas, más que nunca me parece que hay. Me he acostado a eso de las diez, que se oía un poco de lluvia sobre los árboles, y me caí rendido del sueño. Me he despertado a media noche. Me creía que estábamos en primavera, con el olor de lluvia y ese cielo tan estrellado. Ahora no podré dormir más. Se me han pasado a oscuras dos o tres horas, porque no acabo de pensar, Joshe-Mari, no acabo de creer lo que ha sido para mí esta mañana. En la cama me sentía otra vez a primeros de junio y que volvía para las vacaciones y que oía otra vez en Las Arenas el ruido del mar, Me he puesto a escribirte y, aunque quiera, no podré parar hasta el fin, así me den las ocho de la mañana. Miro a las estrellas. ¡Qué hermoso me parece hoy el inundo, Dios mío!

A cada momento se me saltan las lágrimas de pensar lo feliz que soy. ¿Cómo he podido yo merecer esto? Ni sé cómo contártelo. ¿Y si no pudiera resistir tanta felicidad? ¿Cómo voy a poder vivir hasta mañana con el corazón, que se me va a romper de alegría?

Ayer, iba a haber ido a Bilbao y, anteayer, en Bermeo, me despedí de la tía Clara. Luego, ayer, perdí el tren de las 12,55 y la misa de nueve, que iba a comulgar de despedida, y a Crispín le mandé que estuviera con las maletas en San Cristóbal. Al salir yo de casa, que serían las siete y media,

hacía tanta niebla y frío, que me dio grandísima tristeza. Ya me iba, y volví la cabeza un momento para mirar la fachada principal de Andía, que es muy blanca de cal, entre las hiladas de piedras azules, con los balcones de bolas doradas, siempre tan relucientes, y las flores de los geranios, pero, sobre todo, preciosa, me parece, por la hornacina de mármol oscuro, con el San Miguel de alabastro que ahí está y tiene la espada levantada sobre el Demonio. «¡Qué felices hubiéramos sido —pensé yo— en esta casa!»

Yo me fui por el jardín adelante calado de niebla fría hasta los huesos y con aquel impermeable de seda que no abrigaba nada. Fui hasta la puertecita nuestra, a sentarme por lo menos un cuarto de hora, como última vez, y allí me puse con la cara contra la hoja de hierro. Para poder quedarme allí, yo había encendido una fogata regular, con tablas, palos y hojas secas, que saqué del horno de cerámica, porque allí dentro no había humedad, mientras el jardín era una esponja. Yo miraba el fuego con pena, que se me iba apagando y ardía mal. Entonces, he dicho: «Cuando se apague la última chispita me iré». Apenas decir eso, ha revivido con una llama larga y mucho humo, pero ha durado poco, y, al apagarse la última chispita, me he levantado y ya me iba hacia las tejavanas, a coger el camino. Pero me he vuelto, Joshe-Mari, sin saber por qué, o quizá porque ha sido un misterio y cosa de Dios. Y me he sentado, como antes, junto a la puertecita, con la cara contra la hoja de hierro y he besado la puertecita para irme. Pero, todavía, me he puesto a mirar la higuera, que se ha secado mucho, y el pradito verde, alrededor del horno, porque allí un año, por San Juan, me acordaba de que estuvimos Isabel y yo a buscar el trébol de cuatro hojas, y el «aña» Tiburtzi nos dijo: «Sólo se encontró uno en Oñate, dicen, hace mil arios». Me he quedado bastante tiempo sin quitar los ojos del pradito, como cuando se mira sin pensar, y no tenía corazón para irme. Me costaba el volver a Bilbao y, a lo mejor, allí tendría el desengaño para siempre.

«Tantas veces como he venido aquí a la puertecita, desde que estoy —he dicho entre mí— y no se me ha ocurrido nunca volver a oír cómo sonaba.»

He pegado con los nudillos dos veces en la puertecita de hierro

—¡Tan! ¡Tan!

Y entonces he oído aquella voz del cielo que del otro lado me preguntaba:

—¿Quién es?

¡Era ella, Dios mío! y he contestado:

—Yo.

Ha vuelto a preguntarme y la voz le temblaba muy entristecida:

—¿Quién es yo?

Yo he vuelto a contestarle:

—Yo.

Muy despacio y como si no pudiese más, de tanto que sentía, ha dicho ella entonces:

—Si eres tú, si eres yo, abriré.

El cerrojito ha vuelto a chirriar como antes, y cuando la puertecita secreta se ha abierto, allí, sentada sobre las ortigas, al pie del zarzal, estaba mirándome Isabel, toda de luto, con el pelo liso y las trenzas, pálida como si se fuese a morir y llorando con aquellos ojos, que son lo más hermoso del mundo.

He tenido que juntar las manos. La quería adorar, te lo digo de veras, Joshe-Mari. Yo no sabía si era ella que vivía o si se había muerto y venía del cielo a consolarme por algún milagro. Ninguno de los dos podíamos hablar, y en aquel momento, que yo la miraba muy callado, he visto que, detrás de Isabel, relucía el jardín salvaje con el sol y que en todas las puntas de las hojas y de las ramitas de los árboles brillaban, temblando, miles y miles de gotitas de agua, como las lágrimas en los ojos de Isabel, y así todo, alrededor de Isabel, me hacía como juegos de diamantes. En esto, un pájaro saltaba de una rama a otra muy calmoso y, al fin, ella me ha dicho:

—¡Pedro!

Y yo a ella:

—¡Isabel!

Nos hemos cogido las manos y ella, tranquila, dejaba correr lágrimas y lágrimas, que le

resbalaban poco a poco. Luego le he preguntado:

—¿Cómo estás aquí?

Dijo que la noche anterior había venido sola con Tiburtzi a recoger encargos de Mendive, porque les habían mandado su madre y volvían con el tren de hoy. ¡(Que volveremos juntos, Joshe-Mari! ¿Te imaginas tú esto? Entonces yo le he preguntado que cómo estaba allí en la puertecita. Me ha dicho que por la mañana se despertó temprano y fue al balcón para mirar Andía. En cuanto vio subir el humo del fuego mío, ella estaba segura que era yo, por mi costumbre antigua de hacer fuegos para que ella los viese y supiese así que yo pensaba en ella.

Se vistió y salió muy de prisa y al atravesar el salón grande se encontró con el «aña» Tiburtzi, que le preguntó dónde iba corriendo y tan temprano. «Ni me llames ni me busques hasta que vuelva —le contestó Isabel—, porque me está esperando Pedrito.»

—¿Cómo sabes tú? —le preguntó Tiburtzi.

Y ella le llevó hasta el balcón y le dijo:

—«Aña». ¿Ves ese fuego? ¡Es él!

Y vino. Cuando ella me contaba eso seguía llorando y entonces yo, como el primer día que le vi en el camino oscuro lloraba, me he quitado la medallita del bautismo se la he colgado al cuello como aquel primer día. Yo le he dicho:

«Póntela por dentro y así no te la quitarán, porque ya, como no te acuesta Tiburtzi no sabrá nadie que la llevas.»

Isabel se ha puesto colorada y después se metía los dedos por el cuello del traje hasta que ha conseguido también cazar la cadenita de oro de la medallita suya, que me ha dado, y yo me reía, porque me ha recordado mucho la Isabel de antes, con los gestos que hacía.

«Toma tú ésta, Pedro —me ha dicho—, y la tienes que llevar siempre. Hasta morir.»

Me la he puesto por dentro y ella me ayudaba. ¡Si tú lo hubieras visto, Joshe-Mari! En seguida se ha secado con el pañuelo algo que le quedaba de lágrimas y me ha dicho ya muy contenta.

—¡Cuánto has crecido, Pedro! ¡Cuántísimo desde la última vez! ¡Ya lo sé que ha sido milagro de la Virgen! Anda ponte ahí de pie delante de mí, que te vea.

Me he puesto para que me viese y ella se ha entusiasmado como no te puedes imaginar.

—¡Huy, qué alto, Pedro! —me decía—. ¡Levanta la cabeza, bobo, y mete las espaldas! ¡Como sigas así me vas a pasar! ¿No lo sabes que yo va no crezco, ni quiero?

—Es mejor que no crezcas —le he dicho yo—, porque para mujer ya estás muy bien; pero si te quedas un poquitín más alta, no me importa, con tal que me quieras y yo te querré siempre lo mismo. Lo que yo no alcance, Isabel, tú me lo alcanzarás.

Luego le he explicado, antes de volverme a sentar allí con ella:

—Mira, Isabel, yo creo que con lo de crecer me he vuelto muy feo.

—¡No digas eso, Pedro! —ha saltado ella muy escandalizada—. A mí ahora me pareces mejor que nunca. y tampoco te creas tú que antes eras así tan precioso. Es que tú antes, Pedro, te creías mucho. Yo sí que estoy fea.

—Lo que tú me pareces a mí —le he dicho yo— es un ser celestial, como ya lo dijo el tío Ricardo cuando te vio en Biarritz.

¿Me quieres creer, Joshe-Mari, que no habíamos hablado casi nada más que lo que te digo desde las ocho y cuarto y hemos oído que pitaba el mercancías de las diez? En seguida nos hemos puesto a contarnos de todo lo nuestro, de lo que nos había pasado estos meses y de miles de cosas. Ella me ha confesado que en Inglaterra se olvidó algo de mí y también que le daba, no sabía por qué, muchísima vergüenza escribirme. Luego vino a Bilbao con ilusiones, pero en el encuentro del barco se desengañó y se entristeció muchísimo conmigo al verme tan pequeño al lado de ella. Su padre se lo conoció y ella le dijo: «Papá, yo no quería tener más que un novio en toda la vida. Yo no quería decir en toda mi vida "te quiero" más que a una persona, y ahora no sé qué hacer. Estoy desesperada».

Don Agustín le dijo que esperara y que si no esperaba, todo se echaría a perder en esta edad, aparte lo de mi estatura. Casi le hizo prometer que hasta los dieciocho años, por lo menos, me viese

muy poco y que si seguíamos ahora muy juntos iría todo mal, mientras que si aguardábamos a ser mayores y a que yo creciese, si yo le quería siempre y era bueno iría todo bien. Dice que con eso que su padre le dijo y con dejarnos casi de ver y lo de mi estatura, otra vez el amor se le quedó como dormido, aunque el día de Martiarte y después el día de Soloa le di muchísima pena y casi me quiso como antes. Luego, con las cartas que fe mandaste tú, Joshe-Mari, se volvió a enamorar, y más que nunca, porque —ella lo dice— que antes ni sabía que se pudiese querer ya tanto, tanto. Fíjate que ella se pasó los días rezando para que yo no me muriera y quería meterse a curar en los hospitales de Lourdes, con la promesa que hizo por mí.

—Te quería —me ha dicho— más que nunca, Pedro, cuando leí tus cartas, pero tenía todavía fuerza para no verte hasta que fuéramos mayores. Luego pensé darte de vez en cuando algunas esperanzas, para que no te olvidaras de mí. Yo no debía haber venido hoy. ¿Y sabes tú por qué he venido, Pedro?

—¿Por qué, Isabel? —le he preguntado.

—Me vas a mirar mal —ha dicho ella entonces—. ¡Qué vergüenza decírtelo! ¡No podía más ya! ¡Me moría de celos! ¡No podía ya más, de Pili, de Edurne, de Cristina Sobrarbe y hasta de que te pareciese una maravilla la tía Lucy! ¡En qué peligros te veía, Dios mío! Es que va me volvía loca, Pedro. ¡Qué noches he pasado con tus cartas! ¡Ahora ten compasión de mí! Ha muerto mi padre. Ya lo sabes cómo he quedado. No te tengo más que a ti en este mundo. ¡Si vieras cómo lo he comprendido que no te tengo más que a ti! ¡No me abandones nunca, Pedro! Yo no puedo ser nada sin ti. ¡Júrame que nunca mirarás a ninguna más que a mí sola! ¡No me hagas una desgraciada, Pedro! ¡Te lo pediría de rodillas!

¿Lo puedes tú creer que me dijera eso, Joshe-Mari? Yole he jurado que antes de mirar a otra me mataría y que nunca jamás le daría motivos de quejarse de mí. Ella ha dicho entonces:

—¡Bendito sea Dios! ¡Qué feliz soy ahora!

Luego quería saber todo de lo que pasaba en mi interior cuando subí a Begoña descalzo y bajé con la desilusión aquella.

—¿Lo ves ahora? —me decía—. ¿Lo ves cómo me tienes para siempre? Ya no puedes dudar de Dios nunca.

El tiempo se nos iba sin sentir y como soñando y a mí me parecía que íbamos en el mundo los dos solos, como en una balsa encantada, por un río muy ancho y azul, entre las costas y las islas del cielo.

Después ella me ha dicho:

—Empiezas a quererme poco, Pedro. Mi medallita ni me la has mirado.

Le he contestado entonces:

—No te miraba más que a ti, Isabel.

Me ha dicho que tenía mucho miedo a que yo me pareciese a David, aunque me hicieran luego santo, porque entretanto para ella sería horrible, con tantos amores como tuvo David y que había leído su historia hasta en la Biblia misma, para saber.

Isabel, después, más tranquilizada ya de todo, se ha puesto a mirarme y yo también le miraba a los ojos, que son medio verdes, medio castaños, con rayitas oscuras entre la claridad. A Isabel le han temblado los labios un poco y me ha dicho:

—Sujétame fuerte las manos, Pedro. No quiero, no puedo ya abrazarte y besarte como cuando pequeña. Ahora somos mayores. ¡Cuánto te quiero, Pedro! ¡Estoy asustada hoy de mí! No me mires por eso mal. Quiero ser buena.

Eso me ha dicho, muy colorada, y hemos empezado a pensar, pero muy en serio, lo que vamos a hacer en adelante, y me ha jurado que a su madre no le va a ocultar la verdad y que frente a su madre dará la cara por mí siempre.

Hacía mucho sol, aunque de invierno, y picaba muy fuerte. Sobre los maizales he visto que se levantaba ese vapor de la humedad y, por eso, todo, el campo y los montes, con ese vapor me parecía que temblaban. Yo le tenía a ella las manos muy sujetas y me había quedado otra vez sin hablar, a mirarle a los ojos y también ella me miraba. Estábamos los dos así, como en el paraíso,

cuando en la iglesia de San Pedro hemos oído repicar el mediodía. Los dos nos acordábamos de su padre, que está enterrado allí. Ella ha sacado de entre las mías la mano derecha y se ha hecho la señal de la cruz para decir después las palabras del *Angelus*, en latín, como suelen acostumbrar algunas chicas cuando vuelven de los colegios extranjeros. ¡Qué bien pronunciaba el latín, si la hubieras oído, Joshe-Mari!

—¡*Angelus Domini nunciavit Mariae!*

A mí, como con el Padre Cornejo, se me había ido de la memoria el latín mío y no me acordaba para contestarle. Ella ha rezado entonces el «Avemaría» y sí le he contestado. En seguida, ha dicho el segundo latín, pero ella pensaba, me parece, que yo, lo mismo que la primera vez, no lo contestaría, y, para que yo no quedara mal, lo ha acabado ya ella todo entero:

—¡*Ecce Ancilla Domini! ¡Fiat mihi secundum Verbum tuum!*

FIN

MADRID. Primavera de 1949.

MONTESORDO DE PORTAJE. Primavera de 1950.